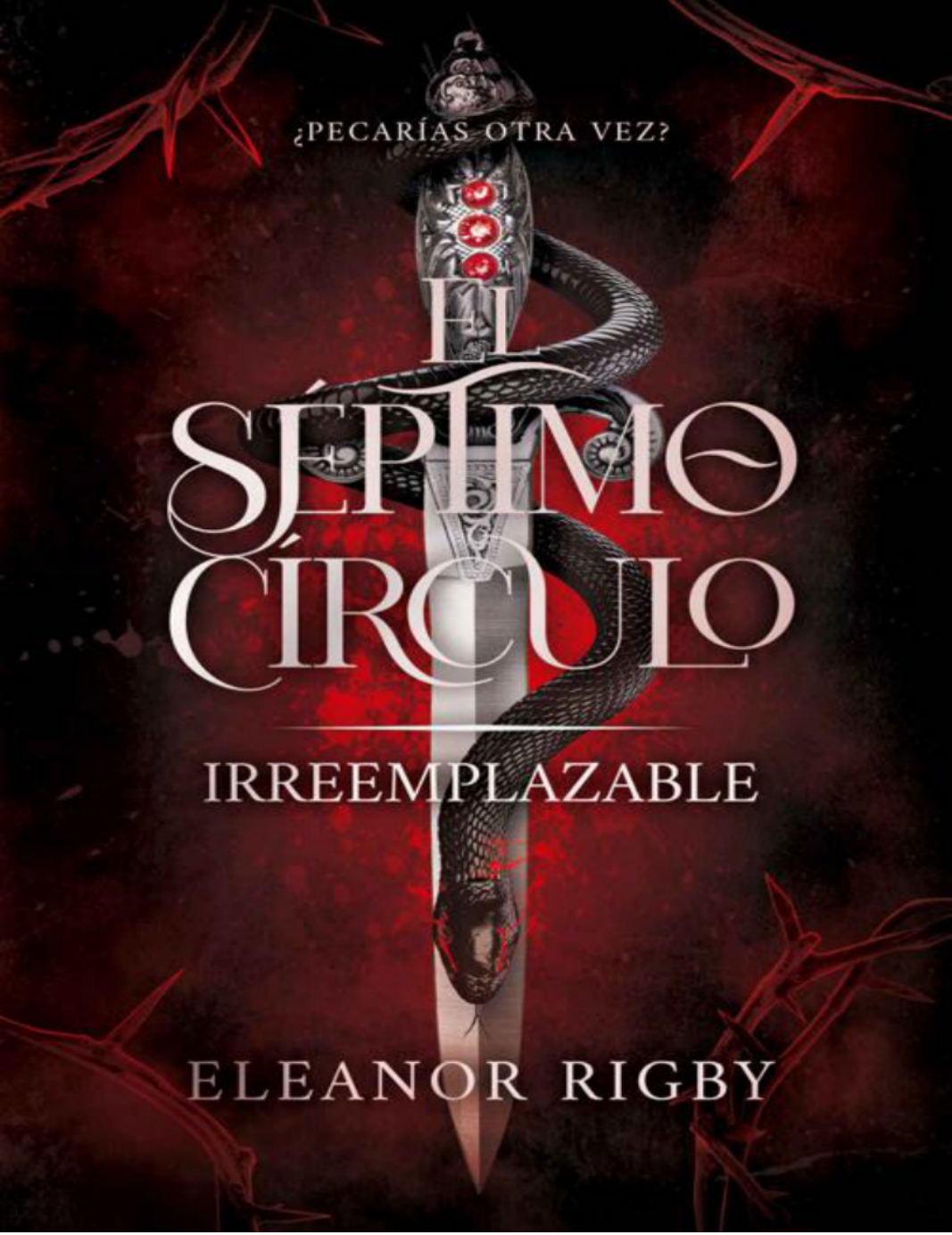
¿PECARÍAS OTRA VEZ?
EL SÉPTIMO CÍRCULO
IRREEMPLAZABLE
ELEANOR RIGBY

EL SÉPTIMO CÍRCULO

IRREEMPLAZABLE

© 2022, Eleanor Rigby
Título: *IRREEMPLAZABLE: El Séptimo Círculo V*
Primera edición: enero de 2023
ISBN: 9798364642431
Sello: *Independently published*
Diseño de portada: Mireya Murillo Menéndez

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Prefacio

No había poder superior al de la Magna.

Diosa del mundo. Señora de la naturaleza. Protectora de los hombres. Se hizo a sí misma y desarrolló su poder a través de la creación de una Idea de lo Perfecto que ya anidaba en su cabeza, que ya representaba con su mero existir. La Magna quería descartar los misterios del universo y construir sobre él un reflejo de lo que Ella misma era. Una sustancia eterna, omnisciente y que todo lo podía. Una materia sin taras... Y todo solo para satisfacer su gran deseo: el de acabar con la soledad, lo único capaz de hacerle sombra.

Pero este poder, encarnado en una raza inferior de seres dotados de vida gracias a su magia —los humanos—, se volvió contra ella. Quiso que la creación heredara cada una de sus cualidades esenciales, pero estas se desvirtuaron al transmitirse. El hombre demostró su ambición desde la tiranía; su confianza, desde un fuerte sentimiento de superioridad; hacía gala de su poder sometiendo a sus congéneres. Y el amor que la Magna había intentado inculcar en sus mundanales súbditos cruzó el límite de la moderación para convertirse en odio. No poseían la virtud de la mesura. No vivían el amor como debía ser. Ahora eran poderosos... Pero también terroríficos, y suponían una amenaza para los demás.

Hubiera sido imposible corregir la desviación a la que tendían los humanos. Ese Bien, tomado como un propósito de justicia individual, ya proliferaba a lo largo y ancho de La Tierra y se acercaba peligrosamente a algo que la Magna conocía y respetaba como némesis: el tentador Mal. Para poner solución al problema solo pudo recurrir a una vía: los protegería de sí mismos.

Desesperada, creó dos razas superiores a la humana pero inferiores a ella misma; dos razas a caballo entre la divinidad y el libre albedrío de fácil corrupción de los mortales. Esta vez, la Magna procuró agregarles debilidades para evitar su rebelión. Se dividirían en *seráficos* y *empíreos*. Los primeros arrojarían luz sobre la faz terrestre y evitarían en la medida de lo posible que la decadente condición humana empeorase notablemente. Los segundos, humanos elegidos por su lealtad y renacidos en el Autem como inmortales, se encargarían de protegerla a Ella, de acompañarla en forma de séquito

que *nunca*, mientras el Mal estuviera controlado, volvería a poner los pies en tierra firme.

Los seráficos demostraron su obediencia cumpliendo con el cometido providencial... pero hubo un grupo de empíreos que la defraudaron. Hubo un grupo de criaturas que sucumbió a alguno de los pecados de los hombres. Y contra estos, herida en el alma, la Magna tuvo que aplicar un castigo.

Los arrojó lejos de su seno, a las inmediaciones de los peores rincones del mundo, donde para ganarse el perdón y restaurar la confianza de la diosa tendrían que cosechar una serie de hazañas con las que demostrar su lealtad infinita. Pero el daño ya estaba hecho: antes del Pacto de Paz, los seráficos odiarían a los pecadores, entendiéndolos como enemigos de su creadora, y los penitentes, como ahora se llamarían esas criaturas empíreas debido a su cambio de condición y evolución al margen de la voluntad divina, se alimentarían de ese desprecio para crear el suyo propio.

Aunque los penitentes estaban en La Tierra para hacer el Bien y así regresar junto a su diosa, ya habían sido condenados. Su destino era fracasar en el camino hacia la redención.

Necesitarían la oportunidad de un alma pura y desinteresada para que la diosa decidiera si merecían el rescate, el perdón definitivo. Necesitarían la llegada de un alma pura que pasara desapercibida y recordase al penitente la belleza del virtuosismo. Y solo una cosa podría lograr eso: solo alguien podía limpiar la negrura de sus almas y elevarlos al Autem, hogar de la Magna... Y esa era la Magna en sí misma, incomparable, inigualable.

La diosa fragmentó su alma y repartió los pedazos por el mundo. Dejó que vagaran a lo largo de los siglos y encontrasen cobijo en cuerpos mortales que los penitentes habrían de hallar por obra del destino en el momento adecuado. Mientras tanto, vivirían a la sombra de un dolor inimaginable, de una maldición individual y cruel que les mantendría vivos en contra de su voluntad.

Ellas, las almas puras, los extractos de la Magna, *las anandhas,* estaban en algún punto del planeta, esperando y reencarnándose sin saber que lo hacían. Eran quienes debían descubrir la forma de llegar a su pecador particular. Y lo harían, eventualmente. Pero mientras tanto los penitentes deberían honrar a la Magna protegiendo La Tierra junto a sus enemigos ancestrales, los seráficos, desde una serie de organizaciones que se encargarían de la protección del mundo conocido. Una de ellas se llamaría El Séptimo Círculo, y estaría compuesta al comienzo de esta historia por siete corazones malditos que aguardan el momento de su iluminación.

Valthessar. Luvart. Abraxas. Xaphan. Samael. Dagon. Renyi.

Guerreros históricos preparados para matar. Para odiar. Guerreros

invencibles y temidos incluso por la propia Magna.

Guerreros listos para afrontar cualquier cosa.

Puede que haya llegado la hora de la verdad: el momento de la guerra real. La del corazón. Todos quieren el alivio y la redención, pero un penitente es dueño de una voluntad férrea y no alberga ni una chispa de luz en su alma. Solo rencor. Dolor. ¿Sería capaz de dejarlo atrás y rendirse?

Estando acostumbrado a vivir en la oscuridad, ¿te atreverías a abrir los ojos?

Prólogo

Ruth sacó el zippo plateado del bolsillo trasero del *short* y prendió el cigarrillo que bailaba entre sus labios. Una vez hubo dado una profunda y purificadora calada —porque era purificadora, aunque los enemigos de la nicotina insistieran en recitar sus componentes cancerígenos—, recogió las rodillas y se las abrazó.

No soltó el mechero en ningún momento. De hecho, jugaba a abrir y cerrar la tapa con un rítmico movimiento de muñeca, meditando si prender fuego al cementerio con ella dentro.

Allí solía pasar todas las noches desde que Novak Havel fuera enterrado en Vyšehrad: escondida entre las losetas de piedra, los elaborados mausoleos familiares y la frondosa vegetación de los cipreses, que le harían sombra de no ser porque no había lugar más oscuro que un camposanto a primeras horas de la madrugada.

Ruth se podía imaginar el aspecto que le ofrecía a los turistas con pasión por lo paranormal y a los adolescentes rebeldes que solían escabullirse a zonas como aquella para echarse unas cervezas. Debía parecer una auténtica loca con la llama cimbreante reflejada en las pupilas, iluminando y luego sumiendo en la oscuridad su media sonrisa macabra, el pelo graso de no haber tomado una ducha en días, pues no podía volver a casa, y las rodillas y los codos magullados, cuando no despellejados por el frío.

Si llegaban a la conclusión de que le faltaba un tornillo, no estarían muy equivocados. Y si asumían que Ruth dormía entre las cruces de piedra porque no tenía donde ir, tampoco estarían faltando a la verdad.

Sí que había un cochambroso apartamento esperándola en Bartolomejská, pero no solo era peligroso pasearse por el barrio debido a su elevado índice de criminalidad, sino porque por una vez, la policía estaba haciendo su trabajo.

Los agentes andaban peinando el área en su busca.

Ni siquiera le había dado tiempo a quitarse el polo de trabajo. Según decía el noticiero, su piso era vigilado las veinticuatro horas del día por si acaso Ruth tenía a bien regresar, y no le había parecido que el gusto de ponerse un top más favorecedor, o solo cubrirse con un abrigo de segunda mano, le mereciera correr el riesgo. Lo que sí empezaba a preocuparla era que su jefe no le disculpara las ausencias,

ni siquiera bajo la comprensible excusa de que pretendían meterla entre rejas y Ruth no podía permitirlo. Si la despedían del club Ruby Bloom o de cualquiera de los numerosos empleos que cubría religiosamente para llegar a fin de mes, de poco le serviría escapar de la cárcel. Su vida se convertiría en la misma ruina cuando no tuviera ni un mendrugo de pan que llevarse a la boca.

Ruth dio una nueva calada al cigarrillo, el único vicio que se costeaba. Se frotó los dedos que los guantes, que solo cubrían hasta los nudillos, dejaban a la vista. Clavó la mirada en el grabado de la lápida y expulsó el humo muy despacio, esperando que con él se disolviera la rabia que llevaba años pudriéndose dentro de ella.

—Se te podía acusar de todos los crímenes imaginables, pero una cosa que siempre te he alabado es que cumplías tus promesas. No bromeabas cuando me dijiste que harías de mi vida un infierno incluso cuando la hubieras palmado.

Lo dijo en voz alta y clara, para que se enterasen todas las almas del cementerio de la clase de energúmeno que era la nueva incorporación al grupo. Ruth estaba segura de que incluso convertido en polvo, Novak Havel se las apañaría para truncar la subida al reino de los cielos de sus inocentes vecinos. Porque en comparación con él, incluso el pecador más infame de Vyšehrad habría merecido una segunda oportunidad.

—Ni siquiera tienes derecho a estar aquí. A los carroñeros como tú hay que quemarlos para que su veneno no pudra la tierra. Pero además de un tipo de palabra, eras adivino, ¿eh? Sabías que, el día que no estuvieras, tendría que encontrar la manera de mantener vivo tu legado. Y aquí estoy, haciéndome daño porque no puedes hacérmelo tú.

Ruth se interrumpió al notar la primera gota de lluvia en la rodilla desnuda. La secó con un manotazo indiferente, y con un suspiro en la punta de la lengua, apuró el cigarrillo antes de que la tormenta lo empapara.

Sonreía con desgana porque no podía hacer otra cosa. No podía regresar a casa, no podía refugiarse con amigos, no podía distraerse de la realidad echando más horas que un reloj en un trabajo mal pagado, y tampoco podía cambiar de vida porque Novak Havel la había marcado con hierro candente y sabía que llevaría la señal del escarnio allá donde fuera.

Ruth se abrazaba a los escombros y a los vicios porque no había nada más a lo que aferrarse. Y en parte, ella y solo ella era culpable de su soledad, como también era a quien debía darle las gracias por el alivio con el que cerraba los ojos cada noche, sabiendo que él no iría a buscarla con malas intenciones. Porque los muertos, por diabólicos que hubieran sido en vida, no tenían poder en el más allá para

atormentar a sus víctimas.

Alargó el brazo con la colilla del cigarrillo aún encendida y lo apagó en la «o» de Novak. La noche anterior ya había manchado de ceniza la letra «h», y, el lunes, la «v». Se puso en pie despacio y estiró los brazos por encima de la cabeza, aún sin apartar la vista del epitafio.

Ruth se pasó la lengua por la fila superior de los dientes, acumuló saliva y escupió sobre la tierra húmeda.

—«Nunca te creas más que los demás» —musitó, observando su monumento a la vida con los ojos prendidos como brasas—. «Pues polvo eres, y en polvo te convertirás».[1]

Fue a darse la vuelta para ponerse a cubierto de la tempestad, pero una mano de hierro truncó sus propósitos. Ruth forcejeó con la presencia que le había tapado la boca y aferrado por la cintura, pero sus miembros dejaron de responder conforme el cloroformo entró en su sistema a través de la hiperventilación. Luchó contra la inconsciencia y trató, en vano, de girarse hacia su agresor, pero solo consiguió que él, durante el forcejeo, le arrancara la plancha de latón que rezaba su nombre.

Lo último que oyó antes de desmayarse fue el tintineo metálico de la placa golpeando la superficie pedregosa de la tumba. Como si ahí, en el agujero negro que siempre fue su padre y que ahora hasta a él le había absorbido, estuviera destinada a perderlo todo.

Incluso la vida.

Capítulo I

Abraxas entendía que la memoria de los muertos debía ser respetada. Por eso no comprendió cómo era posible que la única pista vinculada a su esposa fuera un bar de *striptease*.

De no haber sido por la placa que guardaba en el bolsillo y los nombres que rezaba —«Ruth. Club Ruby Bloom»—, jamás habría plantado un pie en un garito de esas características. Deploraba todo lo relacionado con la sobreexposición del cuerpo femenino, que, en su opinión, tenía que ser protegido de ojos depredadores como los del ansioso público con el que se topó apenas empujó la puerta de doble hoja.

Aunque el techo estaba salpicado de manchas de humedad, los sillones de cuero presentaban agujeros por los que asomaba el relleno amarillento y, a falta de cenicero, las mesas tenían muescas de cigarrillos apagados, el local estaba abarrotado. Olía a sudor, a tabaco, a cuero y a depravación. Las luces de neón solo iluminaban el modesto escenario donde destacaba una barra de metal, marcada por las huellas dactilares de las bailarinas. Los rostros de los clientes habituales no eran un misterio gracias a lamparillas esféricas que, situadas estratégicamente en el centro de las mesas, iluminaban sus mejillas ruborizadas mientras cambiaban de color de forma paulatina.

Una vez en el corazón del establecimiento, Abraxas hizo un barrido panorámico de lo que le esperaba y volvió a repetir para sus adentros las cuatro letras que llevaban días trastornándolo.

Ruth.

El solo nombre le llenaba de interrogantes.

Antes de que La Magna lo nombrara empíreo de su séquito y penitente de El Séptimo Círculo, por ese orden, Abraxas perteneció al pueblo de los sabinos, un clan prerromano que le disputó la soberanía a los monarcas de la península itálica. Originario de la localidad de Trebula Mutuesca, Abraxas y el resto de su comunidad adoraban a la diosa Feronia, que representaba la fecundidad y el ciclo natural. Una parte de Abraxas, todavía fiel al politeísmo practicado durante su vida humana, rogaba aún hoy a Feronia por un milagro, pero eso no le había impedido estudiar —ni en el pasado ni nunca— el resto de religiones que se dieron a conocer en el Imperio. Así pues, sabía quién era Rut en el Antiguo Testamento, y no dejaba de sorprenderle que la

mujer a la que estaba desesperado por encontrar fuera un personaje viudo, tal y como lo era él. Asimismo, Rut se consideraba prefiguración de la Iglesia cristiana, y, como bisabuela del rey David, era indiscutible la importancia de su rol en el destino del Mesías.

¿Sería su mesías también?

Sin mayor dilación —porque la paciencia no figuraba entre sus virtudes—, se acercó al primer mirón que localizó bebiendo solo en uno de los sillones de escay.

Pretendía interrogar sobre Ruth a cada uno de los presentes, para lo cual no se molestó en saludar de antemano. No era su intención resultarle agradable a su interlocutor. Hacía algún tiempo —siglos, para más señas— desde que Abraxas se había acomodado en su imagen intimidante para hacer y deshacer a su antojo, sin preocuparse por la sensibilidad ajena.

—¿Ruth? ¿Ruth qué más? —le preguntó el desconocido, torciendo la boca tras su jarra de cerveza checa.

—Estoy seguro de que las mujeres no dan su apellido en este sitio. Ni ningún tipo de información personal, si a esas vamos —le replicó Abraxas de mal humor, el que había sido su único humor durante los últimos meses.

Era muy consciente de que su físico se acercaba a la descripción que los cobardes darían del ángel de la muerte, pero el tipo estaba lo bastante borracho para no temerle ni a la Parca. Se desentendió de sus preguntas con un encogimiento de hombros y le refirió a un grupo de cincuentones con un aspaviento indiferente.

—Yo vengo a veces, pero no soy cliente habitual. Esos se pasan aquí el día entero. Si buscas a alguien, lo más probable es que Karel y sus amigos te ayuden a localizarlo.

Abraxas echó una ojeada al banco acolchado que rodeaba una mesa redonda. En torno a esta se carcajeaban tres zorros plateados, lo bastante atractivos para no antojársele vomitivos a las estrellas de la noche que habrían de bailar en su regazo, y un John Doe. Este último era muy consciente de sus escasas oportunidades de marcharse a casa acompañado. Bebía sin participar en la jocosa conversación del resto, sumido en la clase de silencio pensativo que Abraxas encontraba sospechoso y, solo a veces, cuando se levantaba con el pie derecho, muy respetable. Nada le gustaba más que un tipo callado que no molestaba si no era necesario.

Apoyó los nudillos en el borde de la mesa, alterando la paz amistosa del grupo. Se inclinó hacia delante y preguntó, sin rodeos:

—¿Dónde está Ruth?

—¿Ruth? ¿Te refieres a *Ruth*? —Uno de los tipejos hizo un hincapié morboso que asqueó a Abraxas—. Si es esa Ruth, la niña bonita que a veces sirve y a veces baila, tiene que estar al caer. Ponte cómodo y sé

paciente. Suele hacerse de rogar, y está tan solicitada que con mucha suerte podrás pasar a saludarla a las cinco de la madrugada.

Abraxas consultó el reloj de pulsera de uno de los clientes allí sentados.

Ni siquiera habían dado las dos.

—No tengo tiempo para esperar tanto —rugió, aunque eso no era del todo cierto. Le sobraba la vida inmortal con la que había sido maldecido cuando se trataba de seguir las pistas que le condujeran a Astaroth.

—¿Y qué quieres que le haga yo, amigo? Siéntate con nosotros y tómate algo. El rato se te pasará rápido. Además... Las bellezas que suelen desfilar a estas horas no tienen nada que envidiarle a Ruth.

Abraxas miró de arriba abajo al amistoso compañero. Probablemente hubiera salido de trabajar a las siete y, sin pasar antes por casa para cambiarse de ropa o desearle las buenas noches a su hija menor de edad, hubiese puesto rumbo al club donde veía morir las noches. Llevaba una americana arrugada que con toda seguridad habría adquirido a precio de saldo en unos grandes almacenes, y hacía por lo menos dos años que ya no tenía esa talla de camisa, porque los huecos entre los botones se abrían, mostrando el vello salpicado de canas que cubría su pecho. El cuello de la prenda amarilleaba, señal de que acababa de divorciarse y no tenía ni la menor idea de cómo se ponía una lavadora. Estaba ruborizado por el abuso de alcohol, pero Abraxas pondría la mano en el fuego porque llevaba desde las ocho de la mañana apestando a cerveza, como le sucedía a los borrachos.

No era la clase de compañía que frecuentaría por gusto. No solo porque dejara mucho que desear, y ni siquiera porque fuese un humano del tres al cuarto, raza débil por la que Abraxas, en su rol de protector, apenas sentía una lástima condescendiente —en ningún caso aprecio o preocupación—; aquel tipo repelía a Abraxas, igual que el resto del mundo, por el simple hecho de no ser Astaroth.

Aún le asombraba cómo la ausencia del ser amado podía poner de relieve la insignificancia de todo lo demás, hasta el punto de hacerle despreciar aquello que antaño no solo encontraba tolerable, sino excitante o enriquecedor. Abraxas no había querido que los miembros de El Séptimo Círculo le acompañaran en su aventura por numerosas razones, pero la principal era que no mandarlos a todos al infierno le exigía un sobreesfuerzo que no se veía en condiciones de llevar a cabo.

Ellos tampoco eran Astaroth. De hecho, le recordaban su ausencia constantemente.

Desde que perdiera a su mujer, le quemaba ser testigo de la felicidad de los demás, que Abraxas interpretaba como una afrenta personal, como un desplante a la mujer a la que la vida le fue

arrebatada. Que aquellos cuatro humanos que se conformaban con una existencia mediocre y cuya muerte nadie lloraría estuvieran vivos mientras la brillante Astaroth criaba malvas en un agujero desconocido, se le antojaba insoportable. Apenas podía controlarse para no parar los corazones latentes con sus propias manos, como si así pudiera devolverle el aliento a su esposa.

Si acabando con todo ser vivo que poblara La Tierra pudiera recuperarla, lo haría sin pensarlo dos veces.

—¡Mira! —exclamó de pronto el John Doe. Tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima de la música, que en ese justo momento estalló en los altavoces para reproducir una canción que Astaroth adoraba: *Love On The Brain*—. ¡Ahí está tu Ruth!

Abraxas se giró hacia el escenario con el corazón encogido.

No necesitaba escuchar los álbumes preferidos de su mujer o sacar de los cajones los que fueron sus vestidos más usados para que su imagen acudiera a su mente y le paralizara de golpe. Astaroth estaba anclada a su memoria consciente y a su rutina, del mismo modo que su sombra caminaba pegada a sus talones o el sol brillaba sobre su cabeza durante el día entero, tanto si él podía percibirlo mediante la vista como si no. Pero le resultó especialmente turbador que una mujer como la que apareció en el escenario hubiera elegido aquella canción para exhibirse, porque no se parecía en absoluto a Astaroth, ni mucho menos tenía su manera tímida de bailarla por el dormitorio o canturrearla por lo bajini mientras se duchaba.

Los focos disparaban neones rojos a la espalda de Ruth, delineando su silueta de modo que su cintura parecía más estrecha de lo que era. El contraluz le impidió reconocer a primera vista qué llevaba puesto o cuál era su aspecto, y no se habría preocupado de resolver el misterio si una insolente corazonada no le hubiera impulsado a avanzar hacia el escenario como un autómata. Se detuvo, tambaleante, en cuanto Ruth se colgó de la barra con una mano y empezó a girar. Tenía la oreja casi apoyada en el propio hombro, los ojos cerrados y una expresión de abandono que los focos delanteros descubrieron al bañarla con luz azul.

Abraxas no se dio cuenta de que dejó de respirar. No podía ver sus rasgos con claridad más allá de los mechones largos de un corte *pixie* que enmarcaban dos pómulos afilados, los labios entreabiertos y la sombra de las pestañas acariciándole las mejillas, tan salpicadas de purpurina como el resto de su cuerpo.

Y su cuerpo...

Tuvo que hacer un esfuerzo para controlar la respiración y tragar saliva, pero el bajo vientre de Abraxas empezó a caldearse apenas la joven envolvió la barra con una pierna y comenzó a hacer virguerías, exhibiendo los tensos abdominales, los músculos marcados de los

muslos y las pantorrillas.

Desde su posición, parecía más que alta. Parecía, de hecho, infinita e inalcanzable, como si la música con la que se movía hubiera tejido una fantasía y ella fuera el resultado del anhelo de los hombres.

Era un sueño, no una realidad.

Oh, and baby I'm fist fighting with fire
Just to get close to you
Can we burn something, babe?
And I run for miles just to get a taste[2]

Astaroth jamás habría lanzado una mirada atrevida al público, ni habría movido los labios, musitando la letra, como si estuviera contándole a su amante un morboso secreto al oído. Astaroth ni siquiera se habría decantado por un intenso carmín para tintar su pecaminosa boca, no vestiría un tanga de cuero y un corsé de encaje ante desconocidos, y no se habría atrevido a comenzar a desabrocharlo a espaldas de sus clientes como una descarada Gilda del siglo XXI.

Y sin embargo, pese a las claras diferencias que las declaraban dos mujeres distintas, Abraxas lo supo como sabía su nombre. Ruth era ella. Ruth no iba a conducirle a los huesos de su mujer, porque Ruth tenía a Astaroth dentro, o de lo contrario, Abraxas no habría sentido aquel poderoso impulso que le instaba a devorarla, a protegerla hasta de sí misma.

Tuvo que crispar los puños, apretar los músculos y rechinar los dientes para no abalanzarse sobre ella, pero era consciente de que sus ansias no podrían resistirlo por mucho tiempo. El anhelo estalló dentro de él en tanto la añoranza de los meses de luto crecía hasta hacerse insoportable, y, con los ojos vidriosos por la emoción y la entrepierna ardiendo, decidió que nada le importaba más que sacarla de allí para estar con ella a solas.

Ni siquiera el sentido común.

Capítulo II

Decidió moverse en el justo momento en que Ruth lograba deshacerse del corsé, quedándose con unas pezoneras de látex y la piel de tinta negra que la vestía hasta el cuello.

No se había percatado de que estaba tatuada desde las muñecas hasta la garganta. Incluso el pecho estaba salpicado de dibujos que no pudo reconocer a primera vista.

Abraxas reparó entonces en dónde estaban y quiénes la observaban. Los zorros plateados, los depravados habituales; todos los hombres presentes la deseaban, sabían quién era ella porque reproducía el mismo espectáculo cada noche, y se removían en sus asientos para recolocar la erección en los pantalones. Se humedecían los labios con la lengua, fantaseando con que Ruth les bailaba en el regazo.

Ser consciente de aquella realidad enfureció inexplicablemente a Abraxas, cuya mente solo era capaz de reproducir una y otra vez las mismas tres letras: «Mía».

Un rugido animal. «Mía». Un latido axiomático. «Mía».

Una verdad irrefutable.

Mía.

Sin pensarlo dos veces, se encaramó al escenario y puso fin a la función tomando a Ruth entre sus brazos. Lo único que vio antes de echársela al hombro fueron sus ojos poniéndose como platos. Después llegaron los gritos, las quejas del público, los intentos de intervención de los inútiles de los guardias de seguridad, las amenazas del propietario, que salió de las sombras ante la emergencia. Fue sorprendente que pudiera armarse un escándalo de esa magnitud en los diez segundos que Abraxas tardó en abandonar el establecimiento, pero fue aún más curioso que alguien creyera, aunque fuera por un solo instante, que podría detenerlo.

La puerilidad de la raza humana no dejaba de sorprenderle.

Abraxas apartó con un codazo en la cara al primer segurata que trató de frenarlo extendiendo los brazos, mandó al suelo de un puñetazo en el vientre al John Doe con complejo de salvador y le rompió una jarra de cerveza en la cabeza al tipejo que le había invitado a unirse al grupo de los zorros plateados. Empleó una sola mano para deshacerse de los molestos individuos mientras con la otra inmovilizaba a la escurridiza Ruth, que pataleaba y le clavaba los

puños en la espalda para que la soltara.

—Ni por asomo —gruñó Abraxas. Su voz emergía de las profundidades de sus entrañas—. Tú te vienes conmigo.

Y se iba con él porque había confirmado sus sospechas en cuanto le puso un dedo encima. Apenas apoyó la palma de la mano en su baja espalda y la cubrió con la chaqueta de cuero negra que llevaba para evitar que se exhibiera, la sangre le ardió en las venas y empezó a temblar, anticipando los placeres que obtendría con su sola contemplación, con su regreso, con su dulce abrazo. Abraxas no necesitaba más que su instinto para actuar, y actuó bajando la calle en dirección al coche que lo había llevado al centro de Praga sin inquietarse por las llamadas telefónicas a la policía que efectuaban los transeúntes o los gritos que le exigían que la dejara ir.

Tuvo que reducir a otro par de entrometidos, pero no le tomó ni cinco segundos. Ni cinco movimientos. Ni cinco miradas hostiles.

En cuanto hubo llegado a su destino, un todoterreno con los cristales tintados cuya marca no sabía ni le interesaba, Abraxas arrojó a Ruth al interior y se acomodó en el asiento del piloto a una velocidad que ningún ser humano podría haber replicado.

—Yo que tú ni lo intentaría —advirtió Abraxas, observando por el retrovisor que Ruth se abalanzaba sobre la puerta para escabullirse—. No soy tan idiota como para no poner el seguro.

Ruth le lanzó una mirada agresiva desde la parte trasera. Con el trajín, se le había caído uno de los vertiginosos zapatos de tacón, la pesada chaqueta de Abraxas se le había escurrido por un hombro y estaba gloriosamente despeinada, como si acabara de hacer el amor.

Abraxas estuvo a punto de gruñir de placer, tomarla de la barbilla y besarla hasta borrarle la mueca rabiosa, los labios o la cara entera; besarla hasta que dejara de existir. Pero se controló, recordando solo entonces que Ruth no sabía que era Astaroth, y que él no podía permitirse asustarla más de la cuenta o huiría de él.

—Ah, no, solo eres lo bastante gilipollas como para secuestrar a una mujer delante de media ciudad —le escupió ella. A pesar de la advertencia, siguió forcejeando con la abertura de la puerta, incluso golpeó los cristales con ambos puños—. ¡Socorro! ¡Estoy encerrada! ¡Por favor, que alguien me ayude! ¡Auxilio!

—Si ni media ciudad, como tú dices, ha podido rescatarte, ¿qué te hace pensar que lo harán los fulanos que merodean por aquí, que ni siquiera te pueden escuchar desde el coche? Nadie puede vencerme —agregó Abraxas, tan orgulloso de su dominancia como esperaba que ella quedara deslumbrada. Sin embargo, no compartía esa característica con Astaroth, que solía jactarse de estar emparentada con el hombre más poderoso de El Séptimo Círculo.

De hecho, Ruth lo miró como si fuera un asqueroso gusano.

—Hijo de puta... —masculló ella. Una línea de kohl negro alargaba sus ojos como los de las geishas, afilando su mirada... ¿gris?—. Tú no tienes ni idea de quién soy yo. No hay ni una fibra de jovencita aprensiva en mi cuerpo. En cuanto te descuides, te mataré con mis propias manos.

—Ahí te equivocas. Sé perfectamente quién eres —repuso con una dulzura que la desarmó un instante—, y es por eso que estás aquí y vendrás conmigo al fin del mundo si hiciera falta.

La vacilación no la mantuvo callada por mucho tiempo.

—¡Vete al puto infierno, mamón! —Y le escupió antes de encaramarse hacia la palanca de mandos para cernirse sobre él con una agilidad asombrosa.

Haciendo gala de una fuerza inusitada, Ruth lo agarró del cuello, esperando paralizarlo mientras buscaba a tientas el seguro del coche. Abraxas la retuvo abrazándola por la cintura desnuda, donde la piel se escamaba a causa del frío invernal y la impresión del secuestro. Tuvo que hacerle daño para sacarse sus manos de encima, y asimismo para devolverla a los asientos traseros de un empujón que la dejó aturdida.

Mientras ella recuperaba el sentido, Abraxas se palpó el cuello. Observó con asombro sus dedos manchados de sangre. Debía haberle clavado las garras afiladas que tenía por uñas. Parecía que a Ruth no le preocupaba tanto la practicidad como a Astaroth, que jamás se había dejado las uñas largas para que no la molestaran en sus labores de cocina.

—Estate quieta y haz el favor de ponerte el cinturón —le ordenó en tono hostil, mirándola a través del espejo—. No soy muy buen conductor, ni tampoco tengo paciencia para estos numeritos. Da gracias que no te he sedado o maniatado y compórtate.

Ella lo fulminó con la mirada. Los faros de un coche que avanzaba hacia ellos en la dirección contraria la deslumbró un instante, resolviendo el misterio de sus ojos. Eran de un insólito verde grisáceo, y estaban rodeados por pequeñas piedras —¿pegatinas?— plateadas que replicaban diamantes.

—Oh, sí, muchísimas gracias, cariño, eres un encanto —gruñó, asqueada. Enseguida gritó, a pleno pulmón—: ¡Que te jodan!

Abraxas aferró el volante con crispación.

—Tienes suerte de que no pretenda procurarte el menor daño, porque no estás manteniendo la actitud que te conviene con un hombre que podría reducirte en dos segundos —repuso, mosqueado con su escaso instinto de supervivencia.

—¡Dos segundos! ¡Pero si hasta lo tiene cronometrado! —ironizó ella. Hablaba a voz en grito, motivada por la adrenalina y el pánico—. ¿Quieres que midamos cuánto tardo yo en romperte las pelotas?

—Ya me las estás rompiendo —masculló él por lo bajini,

poniéndose el cinturón—. En eso no te pareces a Astaroth, pero parece que a las dos os cuesta reaccionar como es debido en situaciones de alto riesgo.

—En una situación de alto riesgo te vas a meter tú como no me dejes ir. No soy ninguna pobrecita, no estoy desprotegida, y... —Sacudió la cabeza—. ¿Quién coño es Astaroth?

—Alguien a quien habrás de referirte con respeto en todo momento.

—Porque tú eres el colmo de la caballerosidad, ¿no? ¡Socorro! —Volvió a aporrear la salida del coche con desesperación. Incluso usó el codo, envuelto en la manga de la chaqueta, y trató de romper la ventanilla—. ¡Ayuda!

—El cristal está blindado. Nadie puede quebrarlo.

Ruth le dirigió una mirada amenazante.

—No pierdo nada por intentarlo.

Abraxas aferró el volante de nuevo para desahogar la frustración y se armó de paciencia con una larga inspiración. Para darle un escarmiento, pisó el acelerador de forma abrupta.

Ruth estuvo a punto de salir volando por los aires, pero se agarró a tiempo a los dos asientos delanteros y logró mantener el equilibrio.

—¿¡Es que estás loco!? —aulló Ruth con los ojos inyectados en sangre—. ¿¡Quieres matarme, o qué te pasa!?

Abraxas se concentró en la carretera para no darse la vuelta y sacudir a Ruth para que recordara quién era y por qué la necesitaba dispuesta.

—Todo lo contrario, Astaroth —repuso con voz calma—. Quiero devolverte a la vida.

Capítulo III

Abraxas abrió la puerta trasera de un tirón e hizo un gesto seco para invitar a la joven a salir.

—Baja del coche.

Ruth se había hecho un ovillo en la parte trasera del asiento. Había pasado todo el viaje observando al otro lado de la ventanilla con los ojos como platos, como si deseara memorizar los giros del coche, las calles que cruzaba, los carteles de la autovía que dejaban atrás. Se desperezó al sentir la brisa nocturna en la piel, aún con el gesto turbado. A pesar de la profunda oscuridad del bosque, logró fijarse en la hierba irregular que alfombraba el suelo de su destino.

—¿A dónde me has traído? —quiso saber, husmeando por encima de su hombro.

—No te he dicho que me hagas preguntas. Te he dicho que bajes del coche.

—Y yo te he dicho que te vayas a tomar por culo, pero tampoco me has hecho caso —le espetó. Apartó la mirada para ojear al otro lado del cristal tintado. Seguía tratando de discernir, a través de las sombras, alguna figura o detalle familiar—. ¿Dónde estamos?

—A las afueras de Praga.

—¿Norte o sur? ¿Este? ¿Oeste? Esto no es el polígono.

—Estaría encantado de proporcionarte las coordenadas exactas si estuviera seguro de que no vas a utilizarlas con el fin de escaparte.

Ruth clavó en él una mirada que le puso la piel de gallina, y no porque temiera la venganza violenta que leía en su brillo hostil, sino porque a la luz de la luna era bella de un modo escalofriante, como el destello de un cuchillo levantado para asestar la puñalada final; como el asesinato perfecto.

—No parecías tan preocupado por evitar que conociera «las coordenadas exactas» cuando me metías aquí dentro sin una venda en los ojos o la cabeza cubierta, que es lo que se hace si no quieres que tu víctima conozca el destino.

—No me preocupa que le cuentes a la policía cuántas veces he torcido a la izquierda, ni tampoco que llames a un Uber.

—¿Cómo quieres que llame a un Uber sin teléfono móvil? ¿Por telepatía?

—Que no tengas móvil no es mi problema. Si llevaras algo más que

unas bragas, podrías haberte guardado el teléfono en los bolsillos por precaución...

—Claro, porque tendría que haber previsto que me secuestrarían esta noche.

Cada palabra que salía de sus labios rezumaba ironía.

—... pero no parece que ahí quepa ni un alfiler. —Abraxas señaló su atuendo con un desdeñoso gesto de barbilla. Ruth estaba tan inquieta observando alrededor, aferrándose a la manija de la puerta contraria para que Abraxas no la sacara por la fuerza, que no se preocupó de defenderse del reproche—. Pero ya nos encargaremos de que te vistas como es debido cuando estemos en la casa.

Aquel comentario sí lo captó. Ruth se giró hacia él, al principio con extrañeza. Luego, el reconocimiento relampagueó en sus ojos, iluminando por un instante el precioso rostro de gata siniestra.

Abraxas vaciló antes de ordenarle nuevamente que abandonara el vehículo, sobrecogido y también decepcionado porque Ruth no guardara parecido alguno con Astaroth. Ahí donde su mujer poseía una exuberante melena pelirroja y un rostro redondo y salpicado de pecas, la piel de Ruth parecía una cara de la luna, plateada y prístina, y podía recogerse todo el pelo colocando los mechones más largos detrás de las orejas. Ni siquiera era del familiar tono caoba, sino de un rojo artificial con raíces negras que le hizo pensar que estaba teñida.

—¿Quieres vestirme a tu gusto? —Ruth extendió los brazos, aferrándose al respaldo de los asientos, para evitar que Abraxas la arrastrara fuera del coche de un tirón—. ¡Espera! Mira, no hemos empezado con buen pie, pero quiero que sepas que si lo que esperas de mí es un... baile privado o satisfacer algún tipo de fetiche, o que baje las escaleras con una faldita de colegiala, yo... yo estaré encantada de proporcionarte un servicio privado. Es algo más caro, pero si me dejas volver al club, no te cobraré, lo juro. Será un regalo.

Abraxas se la quedó mirando, inquieto por la confesión que intuyó en sus palabras.

—¿Servicio privado? —repitió, ceñudo—. ¿Qué quieres decir con «servicio privado»? Solo eres bailarina, ¿no? Te mueves para el público con la barra y ya está.

Ella pareció igual de confusa ante su vacilación.

—¿No eres un cliente habitual, uno de esos enfermos y tarados que me dejan flores en el cuarto de mantenimiento?

—No te conocía hasta hoy. ¿Cuáles son tus servicios privados? —exigió saber, impaciente.

—¿Que no me conocías hasta hoy? ¡¿Y por qué coño me has secuestrado y dices que me quieres cambiar de ropa, entonces?! —bramó, volviendo a la pose defensiva—. ¿Me quieres regalar a tu hija como una réplica de Barbie a escala real?

Ruth se dio media vuelta a la velocidad del rayo y culebreó hacia la otra puerta del coche. La abrió de un movimiento desesperado y se arrojó de cabeza al asfalto del aparcamiento. Emitió un gemido de dolor al rasparse los codos y abrirse una herida en la frente, pero no dejó que la adversidad la distrajera e intentó correr hacia la carretera, que sospechaba que se encontraba sorteando los árboles del bosque.

Abraxas la interceptó enseguida. La tomó por la cintura y tiró de ella para pegarla al capó del coche.

—Tú no sabes mucho sobre secuestros, ¿no? —inquirió él, tratando de controlar la ira y el repentino escalofrío de placer que le estremeció al acorralarla—. ¿Desde cuándo tienes que conocer a la víctima o ser su cliente habitual para llevártela?

Ruth alzó los puños para golpearlo, ofendida con su sarcasmo, pero Abraxas fue más rápido agarrándola de las muñecas y clavándoselas a cada lado de la cintura. Al sacudir los hombros y las caderas para librarse de él, la chaqueta se terminó de deslizarse por sus esbeltos brazos, exhibiendo un generoso pecho cubierto tan solo por las pezoneras con forma de estrella.

Abraxas apretó la mandíbula, pero no retiró la vista.

A diferencia de lo que pensaban sus compañeros sobre las noches que abandonaba la casa para tomar el aire, no había salido en busca de calor femenino desde la traumática pérdida de su mujer. Había pasado de desfogarse varias veces al día con Astaroth a no acercarse a las hembras, ni siquiera a mirarlas, y ahora tenía ante sí a un espécimen único, una mujer hipnótica que lo encendía como a un muchacho tímido y virginal.

Ella se dio cuenta enseguida de su debilidad, y como no tenía un solo pelo de tonta, decidió usarlo en su beneficio cambiando el brusco movimiento de caderas por un inquietante contoneo contra su entrepierna.

Abraxas estaba tan pegado a su cintura que sintió con claridad el volumen del pubis y el prometedor roce de los pezones enhiestos contra el pecho.

—Si lo que quieres es follarme —le dijo en voz baja, los párpados entornados—, solo tienes que decirlo. No hace falta que me lleves a tus dominios o intentes asustarme. Por un buen precio, te habría seguido a donde hubieras querido. Y si lo que te apetecía era jugar al gato y al ratón... —Ruth se puso de puntillas, mordiéndose el labio, y lo miró a los ojos como si no le tuviera miedo a nada—, podrías haberme avisado. Se me da bien ejercer el rol de víctima. De hecho, soy la mejor aparentando lo que los hombres quieren que sea.

Abraxas se dejó seducir por el roce de su aliento en la nariz, por las continuas caricias que las zonas más prohibidas de su cuerpo le prodigaban, enfermándolo de deseo. Pero muy pronto comprendió lo

que insinuaba con sus palabras, pronunciadas para desestabilizar y truncar la paz mental de un hombre, y un latigazo de rabia le instó a aferrarla con fuerza.

—¿Por un buen precio? —repitió entre dientes con un mal presentimiento—. ¿De qué estás hablando?

Ella esbozó una sonrisa que le puso el vello de punta.

—¿De qué crees tú que estoy hablando, guapo?

—¿Eres...? —Le costó tragar saliva—. ¿Eres una...?

—¿Una puta? —Ladeó la cabeza con cierta condescendencia, como si supiera que tenía que tratarlo con gentileza para evitarle el sufrimiento. Enseguida sonrió—. Encantada de conocerte.

—No —masculló él sin pensarlo—. No es posible. Claro que no. No, no, no...

Ruth se sorprendió con su rechazo.

—¿Por qué mi realidad te frustra tanto? Pareces tener tan claro cómo deben operar los secuestradores que he asumido que eres uno de esos esbirros de la trata de blancas. ¿No es para darte un porcentaje de mis polvos para lo que me quieres? ¿No pretendes enviarme a la otra punta del continente para que los turistas me asfixien con su polla en un burdel tailandés, siempre por un módico precio?, ¿o es que solo os gusta llevaros a las menores de edad con el himen intacto, y a las que ya nos han dado por todas partes no servimos para subastas millonarias, solo para hacer la esquina en los barrios pobres?

Abraxas la soltó de golpe, como si su contacto le hubiera quemado. La miró de arriba abajo con el estómago revuelto.

Ni siquiera se percató de que daba un paso atrás.

—Eres... —Las palabras se le atragantaron—. Eres una puta.

Una parte de él había esperado que Ruth se ofendiera con la conclusión. Solo así sabría que, si bien desempeñaba labores degradantes, no estaba orgullosa de donde la vida la había llevado. Sin embargo, Ruth se limitó a levantar las cejas; a retarlo a expresar verbalmente la postura que Abraxas ya estaba dejando clara con su horror y su censura.

—Y tú eres un secuestrador. Encantada de conocerte —le espetó, envenenada—. Los dos somos unos pobres desgraciados a ojos de la legalidad, pero por lo menos yo no le hago daño a nadie.

—Ahí te equivocas —bramó él—. Me haces daño a mí.

Ruth no esperó a que Abraxas saliera de su estupefacción y recuperara el dominio de sí mismo para echar a correr hacia la carretera.

Resultaba inquietante la agilidad y el sexto sentido que Ruth demostraba dominar al conducirse entre las sombras como si estuviera acostumbrada a los secretos del anochecer, pero era lógico que lo estuviera si hacía las calles a partir de las nueve. Una prostituta

conocía mejor que nadie los lugares que tenía que evitar, los que suponían un peligro para ella. La de las fulanas era la raza traicionera, la desvergonzada, la —nunca mejor dicho— astuta como una zorra. Y si bien Abraxas estaba dispuesto a concederle algunas virtudes a las mujeres de vida alegre, no podía soportar que Ruth —su Astaroth, en realidad— fuera una de ellas.

Eran pocas las culturas históricas que veían con buenos ojos la compraventa de cuerpos. Los guerreros poseían a las vírgenes del enemigo como demostración de poder, se acostaban con sus esclavas sin el consentimiento de las susodichas, ya que no eran consideradas personas, sino bestias en absoluto merecedoras de respeto; se podía comprar una esposa pagando una dote al padre de la elegida y después desembolsar una cantidad para que una prostituta llevara a cabo las prácticas sexuales que degradaban a la digna parienta como mujer, pero no por ello dejaba de ser una realidad vergonzosa.

Abraxas había sentido rechazo hacia sus allegados por abusar de su fuerza para reducir a las jóvenes y pobres o a las hijas de los rivales políticos, y más aún de que se pavonearan de sus «conquistas» pagadas, de que se escondieran en callejones para comprar las atenciones de una puta.

Ruth era eso. Una puta. Una puta que, al igual que él podía pagar para poseer, otros habrían usado y disfrutado mucho antes.

«Nos han dado por todas partes», retumbaba en su cabeza, y Abraxas no dudaba de su cruda sinceridad, porque si algo caracterizaba a la verdad, era que escocía como sal en las heridas. La habrían poseído de maneras que ni siquiera habrían cruzado el pensamiento de Abraxas, quien procuraba tratar a Astaroth con la mayor de las gentilezas, con esa caballerosidad de la que hacía acopio para demostrarle que la veneraba, incluso si dada su naturaleza animal esto le suponía un esfuerzo.

Aun turbado por el descubrimiento, Ruth no logró asquearle lo suficiente para no ir tras ella, apartando las ramas de matorrales y esquivando los gruesos y combados troncos de los árboles. Tenía su olor aún pegado a la nariz, y no necesitaba más que esa pista para seguir sus huellas como el mejor rastreador.

No podía haber ido muy lejos. No sabía dónde se encontraba, por lo que no conocía el territorio y, por rápida que fuera, no contaba con las habilidades sobrenaturales de Abraxas.

Antes de alcanzarla, la vio tropezar con una de las raíces salientes de un roble antiguo. Ruth se había quitado el único zapato que llevaba para echar a correr, y este salió volando en cuanto aterrizó sobre sus dos antebrazos, estriados por las lágrimas de sangre que manaban de las heridas que se había abierto en el codo al caer antes sobre el asfalto.

Ya de lejos, Abraxas oyó su gemido de dolor y se estremeció al percatarse de que se había golpeado la cabeza con otra ramificación de las raíces. Viendo que no se levantaba, Abraxas apretó el paso y se cernió sobre ella para darle la vuelta con infinita delicadeza.

No había perdido del todo el conocimiento, pero la brecha de la frente, provocada por la caída fuera del coche, se había agrandado y sangraba con profusión.

A causa del aturdimiento, Ruth no podía enfocar la mirada.

Si a Abraxas le había cabido la menor duda de que Ruth fuera la reencarnación de Astaroth —y había deseado equivocarse en cuanto supo de su vulgar desempeño—, esta se disolvió en cuanto la sostuvo laxa entre sus brazos.

En lugar de pensar que así era como tendría que haber rescatado a Astaroth, experimentó el alivio de saber que ahora había cumplido su deber, porque su mujer estaba a salvo ahora. Aunque hubiera llegado tarde, tan tarde que ya ni siquiera tenía el mismo rostro o un cuerpo parecido, la había encontrado.

Involuntariamente, Abraxas la estrechó contra su pecho.

—No me importa —musitó, atolondrado—. No me importa lo que seas ni lo que hagas.

Ruth parecía demasiado afectada como para abrir los ojos del todo, no se dijera ya encontrar la réplica perfecta. No obstante, y aún moviendo la cabeza en desesperada búsqueda de la consciencia, balbuceó:

—Hombre..., gracias por perdonarme la vida.

Abraxas le acomodó la cabeza herida en su hombro, tan recio que difícilmente le resultaría cómodo, y echó a andar de camino a la casa con ella en brazos. Con dificultad pero decidido a comenzar en ese preciso instante a cambiar sus viejas costumbres, le subió la cremallera de la chaqueta para que exhibiera su piel lo menos posible. Bajo techo le esperaban un puñado de guerreros con testosterona para parar un tren, y Abraxas estaba tan poco dispuesto a permitir que la vieran en paños menores como a que Ruth se aferrase a su —a partir de entonces— antigua forma de vida.

En cuanto entrara en razón y supiera quién era, de dónde venía y, sobre todo, a qué clase de hombre pertenecía, uno celoso, posesivo y dominante, pondría fin a aquel delirio de ejercer la prostitución. No volvería a tocarla nadie que no fuera él. Ni siquiera se tocaría ella misma si Abraxas pudiera impedirlo.

Contaba con que Ruth acabaría mostrándose obediente. Astaroth solía serlo, y tenían el mismo espíritu.

Fue a eso a lo que se aferró para arrojar un poco de esperanza a los últimos acontecimientos.

Capítulo IV

Sabía que Astaroth se reencarnaría en otra mujer. Ese era el único motivo por el que había soportado meses de amargura y desesperación en lugar de entregarse al Gran Grimorio. No obstante, no se le había ocurrido que tendría que llevársela por la fuerza una vez volviera a verla, ni que sería... Sería...

En el camino de regreso, Abraxas no quiso mirarla a la cara para no ver en ella el bochorno de una vida prostituyéndose, pero el instinto protector vencía cualquier remilgo, y sus pensamientos le acabaron conduciendo irremediablemente a comprobar de forma compulsiva si seguía respirando.

Con los ojos cerrados y los labios entreabiertos, y aun sangrando con profusión por las heridas abiertas, el cabello pegado al cráneo y la piel blanquecina por el frío, logró encogerle el corazón a su captor.

Abraxas retiró un mechón que se había pegado al líquido escarlata que corría por su sien. Fue delicado al acariciar las finas venas azuladas que coloreaban sus párpados como los rayos de una tormenta, sus sienes y los dibujos de tinta que decoraban su cuello. Parecía un ángel caído. La suya era una belleza perversa, pero dormida inspiró en él la misma ternura que la dulce Astaroth cuando se rendía entre sus brazos.

Abrió la puerta de la casa de una patada impaciente, preocupado por si la atendía demasiado tarde.

No había practicado el modo en que se dirigiría o, más bien, advertiría a sus compañeros para que lo dejaran llevar sus asuntos en paz, pero pensó que tendría unos quince o veinte minutos de margen antes de que se abalanzaran sobre él para criticar sus decisiones.

Se había equivocado con rotundidad. Apalancados en el sofá, y mirándolo con una mezcla de incomprensión y estupor, se encontraban Dagon, Luvart y Valthessar.

El príncipe de los ángeles fue el primero en reaccionar, apartando a un lado el snack del que estaba dando buena cuenta e incorporándose con la cautela de la que todos se armaban a la hora de tratar con Abraxas, como si fuera una bestia sin raciocinio alguno; una subraza a la que atar en corto, pues por lo visto era incapaz de comprender la complejidad de las sensibilidades humanas.

—¿Qué demonios llevas ahí? —inquirió Luvart, acercándose con

recelo. Había extendido una mano hacia él, como si se tratara del rabioso depredador de un circo itinerante.

Por instinto, Abraxas se abrazó aún más a Ruth.

—Es... es una mujer herida —balbuceó Dagon, encaramándose al borde del *chaise longue* para mirar la escena con cara de niño curioso. Esa curiosidad se transformó enseguida en inquietud—. ¡Está sangrando! ¡Necesita ir a un hospital!

El *rex* Valthessar observaba la escena con la apatía que gobernaba su vida desde hacía días, los que habían transcurrido desde que Mara, su expareja, tomó la decisión de abandonar El Séptimo Círculo y vivir de acuerdo a su preciada humanidad.

Entre todos los presentes, Abraxas había sido el único en respetar la decisión de Mara.

—No le habrás hecho eso tú, ¿no? —El *rex* enarcó una ceja oscura, sin mover una sola pestaña. Tan solo deslizó el brazo por el respaldo del sofá, dando a entender que ya podía tener lugar una catástrofe allí, que él seguiría ocupando aquel sector del salón.

—¿La has hallado herida por ahí? —insistió Dagon—. ¿Quién es?

—Es Astaroth —acotó con sequedad, ansiando perderlos de vista. Vaciló antes de concretar—: La reencarnación de Astaroth.

Los tres reaccionaron tal y como requería una noticia de esas características. Luvart se quedó paralizado por el asombro, sin perder la incredulidad con la que solía mirarlo por encima del hombro; Dagon se puso en pie como un resorte y fue hacia él para comprobar que así era, como si fueran a devolverle a su mujer en idénticas condiciones, con su pelo y su cara, y el *rex* amusgó los ojos.

—¿Y te la has encontrado así? —quiso saber—. ¿O así es como la has dejado después de que ella tuviera la mala suerte de encontrarte a ti?

Valthessar lo conocía mejor que ninguno de los presentes. Siempre había sido así, entre otras cosas porque habían crecido e ido prosperando juntos debido a la relativa cercanía de sus experiencias humanas. Él había sido reclutado tras la batalla de Qadesh que puso fin al conflicto entre hititas y egipcios, y Abraxas lo fue una vez los romanos anexionaron a los sabinos a su territorio.

El *rex* había sido una suerte de hermano mayor para él. Era considerablemente más controlado, y aunque no destacaba por su paciencia, sabía disimular sus defectos y sacrificar las que eran sus prioridades en pro del bien común. Sin embargo, la pérdida de Astaroth puso de relieve la escasa empatía de Valthessar ante una tragedia de terribles dimensiones, la misma de la que el resto del clan hizo gala al encadenarlo en un sótano y prohibirle buscar a su mujer antes de que la mataran. El horror del que fue víctima no le importó un carajo a ninguno de sus supuestos hermanos, quienes, tras

impedirle salvar a mujer, tuvieron el descaro de ofrecerle su repugnante compasión.

Abraxas aprendió la lección que nunca tendría que haber olvidado, ni siquiera para empezar a llamar «amigo» a un simple compañero: en la guerra no existían las simpatías, solo corría la sangre, y a nadie le importaba si él vivía o moría del mismo modo que a nadie le había preocupado lo suficiente la desaparición de Astaroth. A la vista estaba que Valthessar, si bien insistía en haber perdonado e incluso comprendido sus afrentas, llevadas a cabo con ningún otro fin que proteger, vengar o salvar el digno recuerdo de Astaroth, lo tenía por un bruto incapaz de actuar movido por algo distinto a un impulso asesino.

Como no le importaba en absoluto la opinión de ninguno de los allí presentes, se sinceró con su crudeza habitual.

—La he reconocido nada más la he visto y me la he llevado.

—¿Cómo que te la has llevado? —repitió Dagon, anonadado.

—Pues sospecho que ha sido tomándola en brazos, tal y como lo vemos ahora —apostilló Luvart, señalando con un elegante gesto de mano la pose de Abraxas.

El príncipe de los ángeles no pestañeaba, no movía un músculo. Decían que su autocontrol le honraba y le convertía en un activo eficiente, pero Abraxas deleznaba su frialdad hacia todo lo que no implicara a su mujercita.

Que, por cierto, ¿dónde estaría? Ya había salido la luna.

—Supongo que la muchacha habrá tratado de defenderse —prosiguió Luvart, gesticulando con la cabeza hacia las heridas de Ruth —. Ese habrá sido el resultado.

Abraxas se envaró, pero no se molestó en defenderse de las acusaciones.

—Me la llevo a mi dormitorio —anunció en tono informativo.

—¿Para qué? ¿Para seducirla? ¡Esa mujer necesita ir al hospital! —rezongaba Dagon, que se había acercado para valorar sus lesiones.

Abraxas se giró con Ruth en brazos para que no la tocara, no la mirara y ni siquiera respirase cerca de ella. El penitente más joven tuvo que captar el mensaje implícito en la mirada resentida del sabino, porque no insistió. De hecho, su expresión de censura se atenuó. Dagon debía saber que no tenía derecho a hacerle reproches cuando él había sido el culpable de que Leviathan no le dijera a Abraxas con exactitud dónde se encontraban los restos de Astaroth.

Dagon nunca había sido su compañero preferido. No entendía su carácter abierto, sus gustos femeninos y su interés por lo mundano, pero tampoco lo había odiado nunca. Al menos, no hasta que tomó la decisión de sabotear la búsqueda de Astaroth disparando a Leviathan en la frente.

Abraxas no pudo saciar la sed de sangre que estalló en su cuerpo aquel día pidiéndole la muerte de Dagon, pues no solo era su deber proteger a la humanidad, sino apoyarse en El Séptimo Círculo para tal fin. Tuvo que reducir su impulso violento a un puñetazo y disimular en lo sucesivo que el rencor no estaba matándolo; ese mismo y venenoso rencor que acumulaba hacia el resto de los miembros de la comunidad.

—Ella es más fuerte de lo que parece —repuso Abraxas entre dientes.

—No es más fuerte que tú —replicó Luvart, la voz de la razón—, y sigue siendo humana. Necesita asistencia médica, y Xaphan no está entre nosotros ahora mismo. Puede haberse fracturado el cráneo o presentar daños cerebrales. Además, ¿sobre qué crees que podríais charlar cuando la pobre está en esas condiciones?

—¿Siquiera estás seguro de que es Astaroth? No dudo que vaya a reencarnarse —prosiguió Valthessar—, pero las *anandhas* tienen que nacer de nuevo, y no creo que esa mujer que llevas ahí haya cumplido los veinticinco o los treinta años que tiene en el transcurso de dos meses.

Abraxas lo fulminó con la mirada.

Ni siquiera le enfurecía que hubieran aunado fuerzas para alzarse contra él. No era la primera vez, y siempre supo que no sería la última. En cuanto le perdieron el respeto, no hubo vuelta atrás. Estaba condenado a ser la mascota o el perro patrulla de El Séptimo Círculo, a recibir palos y ser tratado con una infame condescendencia.

—Sé reconocer perfectamente cuándo tengo delante a mi alma gemela —gruñó, iracundo—. Que tú tuvieras tus problemas para admitirlo en tu día no significa que los demás seamos imbéciles.

—Cálmate, Abraxas —le pidió Dagon, alargando los brazos, pero él siguió mirando, desafiante, al *rex*, que le devolvía la mirada con la mandíbula tensa—. Solo queremos ayudarte. Yo no dudo que sea ella si tú lo sientes así, pero lo que está claro es que si lo que pretendes es conquistarla (o reconquistarla) no lo vas a lograr con un secuestro y un encierro.

—Como seguro que no la conquisto es siguiendo los consejos de ese amargado de ahí, porque si fuera Romeo, no creo que su *anandha* le hubiera dejado antes de cumplir el primer aniversario —espetó Abraxas, desafiando a Valthessar con una mueca desdeñosa—. Y perdona si a vosotros dos tampoco os escucho. Hasta donde sé, todavía no te has acostado con tu querida Qadira, y Luvart es tan nocivo para su novia que ni siquiera puede convivir con ella fuera del horario nocturno sin matarla.

»Cuando alguno de vosotros tenga potestad alguna para dar consejos, estaré encantado de escucharlos. Mientras tanto, dejadme en

paz —rugió.

Dicho aquello, Abraxas se encaminó escaleras arriba e hizo justamente lo que había amenazado y lo que los demás habían acertado al hacer sus deducciones: meter a Ruth en su dormitorio y encerrarse con ella hasta que entrara en razón.

Capítulo V

«Me tiene que pasar todo a mí».

Eso fue lo primero que pensó Ruth en cuanto abrió los ojos y cayó en la cuenta de dónde se encontraba. O, más bien, de dónde *no* estaba: en el bar de alterne bailando para su público habitual o, de últimas, descansando en el apartamento de lujo al que acababa de mudarse.

Llevaba días previniendo una desgracia como solo podría serlo un secuestro a manos de un hombre escalofriante. Sabía que no tenía derecho a un respiro, no se dijera ya a ser feliz, y había pasado la última semana recibiendo buenas noticias, aceptando pactos provechosos y pavoneándose por su piso cerca del reloj astronómico medieval con la certeza de que la bienaventuranza no le duraría demasiado, pero más que dispuesta a aprovecharla mientras durase.

Sin embargo, que hubiera estado física y psicológicamente preparada para el desastre no quería decir que no estuviese decepcionada por el desarrollo de los acontecimientos..., o que el miedo no la paralizara en cuanto se topó con la mirada escarlata de su captor.

Ruth quiso ponerse en pie, pero el secuestrador había tomado precauciones. Tenía las manos atadas al respaldo de la silla cuyas patas mantenían prisioneros sus tobillos, de modo que no podría librarse del agarre ni siquiera levantándose con el asiento a cuestas. Ruth sabía cómo proceder en casos de extrema urgencia, y contaba con preparación militar —adquirida gracias a su autodidactismo— para actuar con eficiencia incluso cuando la cazaban con la guardia baja. Por desgracia, para lo que no estaba lista era para confrontar a un tipo con las características del espécimen que tenía delante.

No la asustaba su aspecto feroz, ni tampoco el trato brusco que había recibido por su parte, pues estaba más que habituada al maltrato de los hombres. Lo que había inquietado a Ruth desde el primer momento era su determinación a llevársela consigo: el poderoso anhelo que le había parecido intuir en su forma de mirarla. Si no hubiera sido por la extraña fascinación que había apreciado en él, se habría estremecido al oírle decir que sabía muy bien quién era ella, porque si algo temía Ruth —y con razón— era a dónde podrían llevarla quienes conocían su nombre y su historia.

No le preocupaba que un esbirro de su padre tomara represalias o

que la encontrara un policía encubierto que aún no se había enterado de que Ruth era ahora un activo imprescindible para llevar a cabo ciertas investigaciones; más bien le inquietaba no saber a dónde la conduciría el fervoroso deseo del hombre que la había hecho prisionera, pues si algo tenía claro, por insólito que pareciese, era que su secuestrador la deseaba.

—¿Tienes hambre? —Fue lo primero que él le preguntó.

Estaba sentado frente a ella en una silla idéntica a la que se había convertido en su cárcel. Apoyaba los codos sobre los muslos, adoptando una postura que pretendía transmitir informalidad. Tal vez lo hubiera logrado si no fuera duro como el diamante, tuviera aspecto de bruto y estuviese tenso como la cuerda de un violín. Todo en su cuerpo exudaba fiereza, ansias de devorar, y no parecía fardar de la virtud de la paciencia.

A Ruth se le daban bien los perfiles psicológicos, y a diferencia de algunos delincuentes con los que se había codeado, su secuestrador era un libro abierto. No le costó llegar a la conclusión de que no era el cabecilla de la organización criminal a la que sin duda pertenecían los tipejos que había visto en el salón, cuando fingió estar inconsciente.

Era un miembro importante, eso sí. Aunque la estrategia seguía siendo primordial en los asaltos, la fuerza bruta de los Goliat servía para agilizar el desenlace de un cuerpo a cuerpo y marcar la diferencia en el desempeño de una misión. No obstante, nunca lo pondrían ante el psiquiatra del BIS[3] para averiguar información clasificada, ni mucho menos dirigiría a un batallón si no pretendían fracasar con estrépito, pues todo lo que pensaba se reflejaba en su semblante.

Y para sorpresa e indignación de la propia Ruth, que no podía creerse su línea de pensamiento, descubrió que su transparencia se le antojaba un soplo de aire fresco.

Se quiso abofetear.

«¡Un soplo de aire fresco!», quiso gritar. «¡Te ha secuestrado, imbécil!».

—El que tiene hambre eres tú —contraatacó Ruth. Dado que los golpes no afectarían a su corpachón de gladiador y ella no llegaría a ninguna parte huyendo, optó por mostrarse razonablemente solícita—, pero no hambre de problemas, sino de soluciones... O eso es lo que presiento en ti.

—Ah, ¿tienes un presentimiento? —Pareció emocionado de que así fuera, un detalle que extrañó a Ruth. ¿Sería un tipo supersticioso? La gente espiritual era más vulnerable a la manipulación emocional, lo que supondría una ventaja para una mujer tan avezada en las mencionadas técnicas como lo era ella—. ¿Qué te dice?

—Que tenerme aquí va a resolver un contratiempo, pero por más que me esfuerzo en adivinar cuál, no termino de caer. —Rezumaba

ironía por los cuatro costados—. Tendrás que perdonar mi estupidez, pero es que cuesta imaginar que secuestrar a una mujer pueda darte gloria.

—No es gloria lo que busco —repuso él, relajado. Tenía la conciencia tranquila—, solo paz.

—Pues más difícil me lo pones —bufó Ruth. El resoplido le apartó un mechón negro de la cara—. Enemistándote conmigo solo vas a pasarlo mal, Terminator.

—¿Terminator? —repitió, ceñudo.

Ruth se reclinó en el respaldo y se quedó mirándolo con los ojos entornados.

Se perdonó haber sido víctima del impulso de abofetearlo y salir corriendo cuando todo superviviente que se preciara sabía de antemano que aquello solo irritaba al perseguidor —con lo que eso conllevaba: más violencia—, pues a fin de cuentas, seguía siendo humana —una humana con la sangre fría, helada, pero humana— y el miedo la había paralizado. Ahora tenía una segunda oportunidad para salir viva de allí, y no era otra que jugando con su mente, tratando de conocer sus puntos débiles.

Metiéndoselo en el bolsillo, si fuera necesario.

—No eres un violador, ni un asesino, ni ninguno de esos tarados que secuestran a las mujeres para saciarse con ellas, romperles el cuello o quemarlas vivas y luego arrojarlas a una cuneta —meditó en voz alta, no sin mostrar su repulsión hacia la violencia descrita. Se fijó en que el secuestrador apretaba la mandíbula, furioso por las acusaciones, y sonrió—. Oh, oh... Parece que el chico tiene principios. No te gusta que te llame ninguna de esas cosas, ¿no?

—No me gusta que me llamen por ningún adjetivo que no sea mi nombre.

—¿Y cuál es tu nombre?

—Abraxas.

Ruth se sorprendió de que lo hubiera confesado sin vacilar. No debía ser muy listo si no protegía su identidad o su rostro. ¿O era tan seguro de sí mismo que no temía que le proporcionara una descripción a la policía? Había irrumpido en el club Ruby Bloom con sus dos manos desnudas, la había arrancado de la barra de *striptease* y se la había echado al hombro, y nadie había podido detenerlo.

Quizá ni siquiera un rifle de asalto hubiera logrado tal hazaña.

«Nadie puede vencerme», le había dicho, y tal vez fuera cierto. Por lo menos él creía que era cierto, dada la extraña humildad con la que había pronunciado una frase indiscutiblemente soberbia.

Ruth no estaba tan segura de su irreductibilidad, sin embargo. Sabía que todos los hombres tenían un punto débil, y si no lo tenían, al menos eran mortales. Si para salir de allí tenía que apelar a ese

defecto plural matándolo con sus propias manos, lo haría sin dudarlo.

—Abraxas —repitió ella. Se convenció de que no había sido placer lo que había iluminado el rostro del secuestrador al escucharla—. No eres un violador, o ya me habrías puesto la mano encima. Tampoco pareces por la labor de torturarme, y si te ofende que me dedique a la prostitución, dudo bastante que me quieras en una casa de citas tailandesa.

No supo qué pensar sobre el modo en que se erizó, como si la idea le perturbara.

—No volverás a dedicarte a... *eso*.

Ruth enarcó las cejas. Había sonado como un padre estricto, una figura con la que estaba familiarizada gracias a las sitcoms de los noventa y no porque hubiera gozado del privilegio de tener una figura paterna.

—¡Vaya! —exclamó con fingido asombro—. No me digas entonces que tu numerito en el Ruby Bloom era un acto heroico y solo querías salvarme de la vida alegre de las putas, como Richard Gere a Julia Roberts.

—Esto no tiene nada que ver con *Pretty Woman.*

Ruth emitió una risita entre dientes, gratamente sorprendida.

—Un hombre con tus fachas que ha visto *Pretty Woman* no puede caerme mal. —Se removió en el asiento para inclinarse hacia él y añadir en voz baja—: Ni siquiera si me ha secuestrado.

Abraxas hizo una mueca de dolor.

—Lamento las formas —admitió en el mismo tono—, pero no se me ocurrió otra manera de... conseguir una entrevista contigo. Me dijeron que hasta las cinco no te quedabas libre, y yo...

Observó que se pasaba la mano por el pelo, de pronto invadido por una inusitada timidez. Ese comportamiento podría habérsele antojado ridículo, dadas las proporciones musculares del gigante y su dominancia en el arte de la intimidación, pero Ruth sintió, al oír su disculpa, que su propia ironía había tenido parte de verdad, porque de veras le estaba costando disgustarse con su acompañante.

¿Qué sentido tenía eso? Quizá se debiera, simple y llanamente, a que Ruth ya había sido arrastrada por la fuerza en más de una ocasión. También había tenido que huir, soportar una somanta de golpes o confrontar a un criminal temible. Con el tal Abraxas, Ruth se sentía como en casa. Aunque su hogar siempre hubiera sido una pesadilla, estaba acostumbrada a los sobresaltos y a los sudores fríos, y tal vez hasta hubiera echado de menos la adrenalina.

—... Yo no soy muy paciente y sí bastante impulsivo, como ya habrás podido apreciar —prosiguió, observándola con fijeza.

Hablaba con la torpeza de quien no tenía por acostumbrado excusarse, contrariado porque las normas básicas de educación le

obligaran a comportarse como un ser humano y no un animal, pero a la vez tenía las mejillas encendidas, Ruth no sabía si por la excitación de estar a solas con ella o por su bochornosa actuación.

—Tampoco eres muy civilizado —corroboró, arqueando las cejas—. A los invitados, aunque sean forzosos, no se les ata a una silla.

—Es que tengo que asegurarme de que no vas a escaparte. No podría soportarlo.

Y le dirigió otra mirada, aún más desnuda de trampas o pretensiones, que la dejó aturdida.

«No podría soportarlo», acababa de decir, con una franqueza capaz de herir a los cínicos como ella.

—Vale... —contestó Ruth con lentitud, reacia a dejarse conmover —. A ver si adivino: tu jefe se enfadaría mucho si le llevaras la mercancía dañada. Por eso te preocupa que me largue.

—Mi jefe vive enfadado —refunfuñó con desdén—, y no le gusta ni un pelo que estés aquí, pero me importa una mierda.

—¡Anda, un rebelde! —Habría aplaudido si hubiera tenido las manos libres—. Podríamos llevarnos bien si no me hubieras raptado.

La sorprendió una vez más expresando con severidad:

—Eso es lo que quiero. Que nos llevemos bien.

Ruth no pudo contener una carcajada incrédula. A él no le sentó bien su reacción, y viendo que apretaba los puños para contener la ira, Ruth procuró modular su expresión. No le temía a los golpes, pero prefería no pasar una dolorosa semana a base de antiinflamatorios.

—Lo has complicado bastante con tu entrada, y ahora me inquietas más todavía con ese aire enigmático que intentas darte y que solo me está revolviendo el estómago. —Intentó acomodarse en el asiento—. ¿Por qué no me dices qué quieres de una vez y terminamos con esto?

—Tú y yo no vamos a terminar nunca. Estarás atada a mí de por vida.

Ruth le sostuvo la mirada sin disimular su perplejidad. Cualquiera habría medido sus palabras para no alterar a la bestia que tenía enfrente, pero Ruth sabía, como sabía su nombre o cuántos dedos tenía en la mano, que él no le haría daño. Era una corazonada temeraria, pero su intuición tenía un porcentaje de acierto del noventa y nueve por ciento.

Aunque estrangulada, no pudo evitar reírse otra vez, consciente de que de algún modo siniestro y retorcido, ella era importante para el tal Abraxas.

—Dios, no te imaginas cómo acabas de sonar —articuló unos instantes después, anonadada—. Pareces uno de esos macizos que protagonizan las novelas románticas de *highlanders*... Salvo por el detalle de que dudo bastante que hubiera escoceses con tu tono de piel en el siglo XII. Sabes a los que me refiero, ¿no? —insistió, hablando

más despacio en vista de que no parecía enterarse—. A los guerreros que secuestraban a las mujeres que les gustaban para casarse con ellas.

El alivio de Abraxas al saberse comprendido fue palpable.

—Es justo lo que pretendo.

Ruth sentía que estaba perdiéndose en la conversación.

—¿El qué? ¿Parecerte a Fabio Lanzoni[4]?

—Que te cases conmigo. O bueno, en realidad no, porque ya estamos casados.

Hubo un tenso silencio.

—Vale... Hemos pasado de una novela de *highlanders* a aquella comedia romántica de Uma Thurman. —Ruth puso los ojos en blanco —. Oye, Terminator, intento tomarme en serio esto del secuestro, pero no habrá manera si te pones a decir esas paridas. ¿Cómo vamos a estar ya casados, si no te he visto en mi vida y tú has admitido hace un rato que no frecuentas el club donde bailo?

—No me has visto en *esta* vida, pero en la anterior eras mi mujer —le contestó, dejándola boquiabierta—. No te llamas Ruth, sino Astaroth. Te conocí hace siglos, cuando estaba haciendo penitencia. Diste sentido a mi vida en el preciso instante en que te vi, y no volvimos a separarnos hasta que los esbirros del Gran Grimorio te llevaron consigo, y te... te... te mataron.

Ruth no se atrevió a decir ni media palabra. No ya porque la hubiera enmudecido con su discurso romántico, ridículo a todas luces, ni porque le asombrara que un hombre con su aspecto pudiera tartamudear, sino porque su rostro se contraía por el dolor al rememorar lo que parecía una experiencia traumática. La suya era una herida abierta que aún supuraba, y no le bastaba con haber sufrido la pérdida de su esposa, sino que se atribuía las culpas con lo que eso conllevaba: un sufrimiento intolerable.

Ahora que se fijaba, Ruth se dio cuenta de que más allá de que fuera excepcionalmente grande, tenía los ojos rojos. No parecía el resultado de una conjuntivitis o de la sobreexposición a sustancias químicas, sino que eran de una tonalidad escarlata que no solo no había visto antes, sino que dudaba que existiera.

Sospechaba que no llevaba lentillas, y eso, más que ninguna otra cosa, la inquietó.

¿Quién diablos era ese hombre? O mejor dicho... ¿*Qué* era?

—Siento muchísimo no haber podido salvarte —musitó él, aguantándole la mirada—. Quiero que sepas que todos y cada uno de los días que han pasado desde entonces han sido una condena para mí. No he podido dormir, ni comer, ni respirar con el alivio de antaño porque me faltabas. Me he dedicado en cuerpo y alma a dar caza a tus captores, y sé que no ha sido suficiente. Sé que no bastará para que

perdones mi torpeza. Pero yo... Te lo juro por lo que para mí es más querido que hice cuanto me fue posible, y si pudiera viajar al pasado y cambiar los hechos, no permitiría que te alejaras de mi lado. No te perdería de vista ni un instante. Mataría a quien te pasara por encima y moriría si ese fuera el precio de mantenerte a salvo.

Ruth boqueó durante unos segundos antes de encontrar un argumento suficiente para replicarle, que no el mejor, pues no se encontraba en condiciones de expresar hasta qué punto era una ridiculez lo que Abraxas estaba balbuceando.

—¿De qué cojones estás hablando, tío? —masculló al fin, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Mira, siento mucho lo de tu mujer Asterisco...

—Astaroth.

—Pues eso, Astarroz. —Bizqueó—. Pero yo me llamo Ruth en esta vida, que es la única que tengo, y yo a ti no te he visto jamás. He nacido como Ruth, he crecido como Ruth, he tenido mi propia familia, he salido con algunos tíos, y te aseguro que si tú hubieras sido uno de ellos, me acordaría.

Como no podía ser de otra manera, su respuesta le indignó.

—Yo no entro en esa categoría que mencionas —gruñó Abraxas con una convicción que movía montañas—. No soy como «alguno de esos tíos». Soy tu hombre.

Por un instante, Ruth no supo qué decir. Se repitió que su propio silencio tenía base en lo surrealista de la situación, en que nadie podría haberla preparado para un chalado de la talla de Abraxas, pero muy en el fondo, en ese fondo retorcido y siniestro, tuvo que admitir que se compadeció de la pobre criatura.

Tal vez estuviera loco, pero su dolor poseía tal dimensión física que Ruth sintió que podía respirarlo. Y por un vago instante la desquiciaron los celos hacia la mujer que le había devastado. Envidió a toda mujer que fuera capaz de volver loco a un hombre hasta el punto de hacerle buscar a una joven parecida a ella. Y sobre todo se dolió porque esa afortunada Astaroth hubiera tenido a quien la protegiera y la quisiera, porque ¿cómo habría sido su vida si hubiera contado con un protector como Abraxas?

Abría la boca para darle sus condolencias cuando un dolor punzante le atravesó la frente, ahí donde la herida abierta llevaba un rato palpitando. Quiso llevarse una mano a la zona, pero seguía atada y un mareo la sobrevino de pronto y sintió que empezaba a perder la consciencia.

Balbuceó un puñado de palabras ininteligibles —tal vez pidió auxilio, temiendo lo que pudiera ser de ella si se desmayaba allí, en presencia de un tipo obsesionado—, pero no pudo evitar que un fundido en negro se adueñara de su campo de visión y perdiera toda

conexión con la tierra.

Capítulo VI

Ruth tardó un buen rato en ubicarse en tiempo y espacio cuando abrió los ojos.

Había cambiado el escenario. No se encontraba en la habitación donde Abraxas la había tenido recluida para meterle en la cabeza ridículas ideas románticas. Reconoció enseguida las paredes blancas, el chirrido de las ruedas veloces de una camilla sobre el pavimento sanitario homologado para los hospitales y el sonido de los zuecos de una bandada de médicos apresurándose para conducirla a una de las habitaciones acondicionadas para urgencias.

Ruth se llevó una mano a la cabeza, ahí donde sentía la herida latiendo. Alguien se la apartó con delicadeza. Le pidió que permaneciera quieta y le prometió que la atenderían enseguida.

—¿Dónde está él? —quiso saber con el corazón encogido.

—¿El tipo que la ha traído? —La enfermera vaciló—. Se ha quedado en la sala de espera con el resto de sus amigos.

Ruth se mordió el labio inferior y dejó caer todo su peso en la incómoda camilla, aliviada al saberse lejos del perturbador personaje. No estaba en condiciones de sacar conclusiones sobre los últimos acontecimientos más allá de la obvia —debía salir de allí lo antes posible—, pero se alegró de no haberse equivocado al anticipar, según un estúpido pero acertado presentimiento, que Abraxas no pretendía hacerle daño. De lo contrario, no habría cometido el error de principiante de llevarla a un hospital, de donde podría escaparse en cuanto pudiera tenerse en pie.

Por desgracia, aún tardaría un buen rato en recuperar la compostura. No le quedó otro remedio que aceptar su indefensión —aunque a regañadientes, y furiosa consigo misma por su debilidad— cuando el fundido en negro volvió a dejarla fuera de juego.

No volvería a abrir los ojos hasta una hora después, cuando ya la hubieran ingresado en una habitación a la espera de resultados. Estaba intentando sobreponerse al mareo por el movimiento y tratando de no vomitar pese a notar el estómago revuelto cuando se dio cuenta de que no solo Abraxas la estaba esperando al otro lado de la cortinilla que separaba las camas.

Había una horda de hombres discutiendo.

—¿Cómo se os ha ocurrido? —se desesperaba un desconocido—.

Tendríais que haberme llamado a mí antes de exponer a El Séptimo Círculo trayéndola a un hospital. ¡Es una de las primeras reglas de convivencia! ¡Yo me encargo de atender las lesiones!

—Solo es una mujer. Una cualquiera. No van a detectar ninguna anomalía genética que nos ponga en peligro, Xaphan —le replicó otro tipo, este con la voz más ronca y un clarísimo tono guasón que Ruth, aun fuera de eje, encontró irritante.

—No, pero corremos el riesgo de que la muchacha le comente al enfermero de turno que fue sustraída de su lugar de trabajo en contra de su voluntad —replicó la misma voz de la razón.

Sonaba alarmado, y hacía bien al reprocharles su error garrafal. Si Ruth fuera la cabecilla de lo que parecía una organización criminal, también los estaría abroncando por inútiles.

—Ya quisiera yo que me sacaran de mi lugar de trabajo, aunque fuera por un ratito —se rio otro. A este, Ruth pudo verlo a través de la cortinilla que separaba la cama de la que sería otra cama: tenía el cabello largo y ondulado de una bonita tonalidad caoba. Recordaba haberlo visto en la salita de estar, cuando fingió su indisposición—. A lo mejor la muchacha se alegra de que le hayan dado el resto del día libre, incluso si es para que la ingresen en el hospital.

Ruth se podía imaginar a Xaphan, el único con sesera de todos los presentes, pellizcándose el puente de la nariz. Asimiló con retardo el nombre con el que se habían dirigido a él, y entonces se preguntó cómo se escribiría.

—Por la diosa... —Le extrañó que clamara al cielo en femenino. «¿Qué diosa? ¿Ahora son politeístas?»—. Tendré que cerciorarme de que el especialista que la atienda no se marche a casa con ideas preconcebidas sobre lo ocurrido o que no se la tome muy en serio si decide soltar la sopa.

—Se ha dado un golpe en la cabeza —apostilló una voz que Ruth reconoció. ¿Baltasar, era? Estaba segura de que se habían referido a él como «el *rex*» en la casa. ¿Por qué tenían nombres tan extraños? ¿Serían inventados para no dar a conocer sus identidades?—. Lo más probable es que desestimen una historia que empiece por «he sido secuestrada» y achaquen los delirios al golpe.

—Me habéis malinterpretado —insistió el tipo razonable. Empleaba un tono sorprendentemente sereno para tratarse del presunto cómplice de un criminal—. No estoy preocupado porque quiera que el secuestro salga bien y este escollo vaya a truncar el resultado. Lo que quiero es que devolváis a esta pobre chica al lugar del que ha salido, y que recemos por que no vaya a la policía a denunciar lo ocurrido.

—Como si la policía pudiera detenernos —se mofó el *rex*.

—No, no puede detenernos —convino, exasperado—, pero sería mejor si no los tuviéramos investigándonos. No es que andemos

ligeritos de problemas, precisamente, y todos de los que debemos hacernos cargo ahora mismo han de ser atendidos con urgencia como para encima...

—El paradero de Astaroth siempre ha sido una urgencia para mí —repuso Abraxas.

En cuanto oyó su bramido, Ruth se encogió, y no por el miedo, sino por la impresión que le produjo oírlo sin verlo, como si su palabra fuera una orden divina que solo se pudiera obedecer. Cuando lo había tenido delante, su físico había acaparado cada uno de sus sentidos, impidiéndole fijarse en un rasgo tan característico como su voz aguerrida. Aunque empleaba el tono de un conquistador espartano, no alzaba el tono. De hecho, si dijera que susurraba, se estaría acercando más a la verdad.

—Abraxas... —empezó Xaphan—, lamento en el alma tu pérdida, pero tienes que entrar en razón. Esta no es la manera de acercarse a la que crees que es la reencarnación de Astaroth, y no ya porque vayas a destapar la organización ante una desconocida con poder para arruinarnos, sino porque la vas a espantar.

—Estás tú para hablar, que no se te ha conocido mujer en siglos —gruñó el aludido.

Ruth se concentró en la última frase de Xaphan, la única que tenía sentido para ella.

Había mencionado «una organización», y no le extrañaba lo más mínimo que esa fuera la descripción que daba del equipo. Todo cuadraba. Los miembros eran tipejos de aspecto fiero, les preocupaba permanecer en la clandestinidad y vivían bajo un mismo techo, alejados de la civilización. Se referían a uno como *rex*, el título de rey que le correspondía a los romanos, y hasta se denominaban de un modo concreto: El Séptimo Círculo. Si sumaba el hecho de que Xaphan se había referido a «la diosa» y no al Dios cristiano, a Yahvé o Alá, lo más probable era que se tratara de una secta secreta y, por tanto, que la quisieran a ella para llevar a cabo ritos satánicos, sacrificios o una ofrenda.

¿A qué se dedicaban, si no? Quizá a la trata de blancas, dado el interés depositado en ella. Que no quisieran hacerle daño o no la hubieran tomado por la fuerza no quería decir que no la necesitaran como fuente de sabiduría para adiestrar a las futuras prostitutas, más jóvenes y atractivas. Tal vez requiriesen la experiencia de una mujer con carrera en el mundo de la noche, o desearan a una madama al mando de las fulanas en el que fuera el nuevo burdel.

En su barrio de origen y en el entorno en que solía moverse, Ruth había oído historias parecidas a la que estaba viviendo. Siempre supo que sería cuestión de tiempo que acabara protagonizando una de ellas.

Se incorporó en la cama con cuidado de no captar la atención de

los presentes, pero sospechaba que tenían los sentidos puestos en ella; que estaban pendientes de un movimiento delator. No le dio tiempo a comprobar si estaba o no en lo cierto al achacarles habilidades extrasensoriales, porque la puerta se abrió y una doctora de aspecto feérico hizo acto de presencia sobre unos tacones de vértigo.

Ruth cerró los ojos para no llamar la atención, haciendo responsables a sus oídos de captar la conversación entre las partes. Oyó el sonido de la cortina y unos pasos, señal de que Abraxas y sus esbirros pasaban a la habitación propiamente dicha.

Aunque no vio el asombro en el rostro de la doctora, sí que lo sintió, al igual que su claro rechazo cuando espetó:

—Vosotros otra vez. ¿Cómo es posible que solo me traigáis mujeres con claros signos de forcejeo?

—Tampoco hemos traído tantas. Esta es la segunda —se quejó el de la voz cantarina.

—Oh, ¿es que va a haber una tercera? —Ruth la imaginó enarcando una ceja.

—No seríamos tan idiotas como para pegarle a una fémina y traerla al hospital nosotros mismos, donde la víctima podría delatarnos —le gruñó el *rex*.

—Pero sí son ustedes tan idiotas como para hacer que parezca que la historia es tal y como la ha descrito.

—¿Qué culpa tenemos nosotros de que se haga ideas preconcebidas? —rezongaba el *rex*.

—¿Culpa? Ninguna, pero sí pecan de estúpidos al dejar que me haga dichas ideas con su sospechoso comportamiento. ¿Acaso no saben que vivimos en un mundo de apariencias? ¿Tanto interés tienen en que todo apunte a que son ustedes un puñado de quinquis?

Si Ruth hubiera estado en sus cabales, se habría echado a reír ante el tono con el que la doctora les hablaba. Solo le había dado tiempo a captar su largo cabello blanco, recogido en una alta y apretada coleta de caballo, y la carpeta azul que llevaba consigo, un atractivo contraste con respecto a su piel albina e iris transparentes.

Se vio tentada de abrir los ojos para saber más de ella.

—¿Cómo se atreve a hablarnos así? —le gruñó el *rex*—. ¿Voy a tener que pedirle unas palabras a su supervisor?

—Soy la cirujana y jefa de planta de la especialidad de Neurología. Si lo que quiere es que alguien me ponga en mi lugar, lamentablemente no lo va a encontrar en este hospital.

—Oh, no me importaría ir a cualquier otro sitio si con eso consiguiera que no atendiese más a mis amistades —le espetó el *rex*.

—Vaya, y yo que pensaba que ha conducido tres horas hasta este hospital porque le gustó cómo traté a su novia la última vez. Por cierto, ¿cómo se encuentra? Le pediría que le diera saludos de mi

parte, pero mi sexto sentido me dice que ya no viven juntos. —Y agregó en voz baja—: Bien por ella. Resultó ser tan lista como parecía.

Se hizo un silencio tan tenso que incluso Ruth, con los ojos cerrados y fingiendo estar dormida, podría haberlo cortado con un cuchillo.

—Parece usted demasiado joven para ser jefa de planta de Neurología. Para ser neurocirujana, de hecho —apostilló al que reconoció como Xaphan.

Ya no sonaba sereno en lo absoluto, y Ruth pensó que su alteración se debía a que allí estaba la autoridad médica que podría mandarlos al calabozo con un parte de lesiones. Supo que se equivocaba cuando abrió un ojo y comprobó, pasmada, que el nerviosismo de Xaphan tenía otra razón de ser. Observaba a la doctora, que era ajena a su escrutinio, como si estuviera presenciando un milagro.

—Eso me dicen —atajó la doctora. Ruth la vio alzar la vista hacia Abraxas—. Me alegra verle por aquí. Tenía la esperanza de que se pasara a recoger el guante que le tendí la última vez, ¿o sigue sin apetecerle salir?

—La mujer que está en la camilla es mi esposa —dijo Abraxas.

Ruth estuvo a punto de jadear de indignación.

¿Su esposa? ¿Cómo se podía tener tanto descaro?

—Y supongo que no mantienen una relación abierta o fluida. Qué lástima. —Chasqueó la lengua, pero a eso se redujo su frustración—. Tengo aquí los resultados de las pruebas de la señorita... Ruth Havel, a la que, por supuesto, tampoco le corresponde este centro médico, sino el hospital Na Františku. ¿Tienen algún problema con el centro de salud de la capital, señores? ¿Acaso allí ya ha escandalizado a las neurocirujanas tanto como a mí con su extraña tendencia a traerme novias y esposas con lesiones graves?

—¿Qué lesiones graves? —exigió saber Abraxas.

Ruth no dio crédito al pánico palpable en su voz, como si de verdad estuvieran discutiendo el estado de su mujer.

Aquel hombre estaba chalado.

Tenía que salir de allí cuanto antes.

Por suerte, Abraxas acababa de dejar a la vista su debilidad, y resultaba que Ruth podía utilizarla en su beneficio para ponerse a salvo. Podría ponerla en práctica en cuanto se quedara a solas con él, y sospechaba que eso sucedería en apenas unos segundos, pues justo entonces, Abraxas reparó en que estaba despierta.

—Tiene un traumatismo craneoencefálico leve —anunció la doctora, hojeando las páginas de su carpeta con el desinterés rutinario.

Todos los ojos estaban puestos en ella, como si fuera la diosa a la que Xaphan había mencionado. Sobre todo él la observaba anonadado,

no tanto con la existencia de Vaccari, como rezaban las letras cosidas en azul a la bata, sino con su propia reacción. No parecía acostumbrado a toparse con alguien que le resultara interesante.

—¿Y? —insistió Abraxas, impaciente—. ¿Cómo se cura?

—Con reposo y analgésicos de venta libre. Lo único que padecerá son cefaleas, mareos, visión borrosa... y eso en el peor caso. No creo que le cause secuelas a largo plazo, siempre y cuando evolucione adecuadamente durante los próximos quince días.

—Según los porcentajes de recuperación, para dar por curado un traumatismo craneoencefálico leve se necesitan, como mínimo, ocho semanas —replicó Xaphan.

Hasta Ruth se interesó por su respuesta, sorprendida por la calma que transmitía su sola presencia. Si le hubieran preguntado cómo se lo imaginaba, lo habría descrito tal cual era: despeinado y dueño de una cálida mirada de ojos castaños.

La doctora Vaccari pestañeó una sola vez en su dirección.

—Si se refiere al noventa y seis por ciento de pacientes recuperados, podría tener parte de razón, pero según las pruebas, la señorita Havel podría entrar en el cuarenta y cinco por ciento de pacientes recuperados en las primeras dos semanas.

—¿Está segura de eso? No es una lesión que se pueda pasar por alto. Sus complicaciones fisiopatológicas podrían afectar al comportamiento y la calidad de vida de Ruth.

—¿Me lo dice, o me lo cuenta? —respondió Vaccari, mirándolo sin mucho interés. No estaba ofendida porque la cuestionaran, lo que significaba que estaba acostumbrada—. La inmensa mayoría de los pacientes con TCE leve sobreviven y se recuperan. Los que presentan disfunciones neurológicas continuas tras un golpe son los de menos.

—Pero hay que tenerlos en cuenta, aun así. No en vano se llama «epidemia silenciosa» a este mal —insistió Xaphan, mirando a Ruth con intención—. Creo que debería permanecer ingresada en observación durante esas ocho semanas que indica la medicina general.

Ruth comprendió lo que pretendía: alejarla de su «organización» antes de que descubriera más detalles o tomara la decisión de denunciarlos. Debía haber adivinado, solo Dios sabía cómo, que Ruth no tenía la menor intención de pisar la comisaría. Por lo tanto, poco peligro correrían abandonándola a su suerte en un hospital de...

¿Dónde estaba? A tres horas de Praga, según Irving Vaccari. Pero ¿al norte? ¿Al sur?

—¿Piensa pagar usted las ocho semanas de ingreso? —contraatacó la doctora.

—Este es un hospital público, ¿me equivoco? —replicó Xaphan con amabilidad.

—Se pagará lo que sea necesario —contestó Abraxas con severidad.

Ruth no daba crédito al modo en que hablaba, como si tuviera soberana potestad sobre su cuerpo; como si, de hecho, más que su mujer fuese su esclava.

—El caso es que no será necesario, porque está en perfectas condiciones para marcharse a su casa —zanjó la doctora—. Puesto que soy la responsable de la paciente y única autoridad en esta habitación, mucho me temo que su opinión, señor Universidad-De-Praga —deletreó en referencia a las letras que rezaba su sudadera—, no es la que prevalecerá.

—Es una lástima, porque mi propuesta me parece más prudente —prosiguió Xaphan, aguantándole la mirada a la doctora Vaccari con un brillo distinto en los ojos y cierta extrañeza en la postura, como si no supiera qué hacer con su cuerpo—. ¿Puedo ver los resultados de las pruebas?

La doctora alzó las finísimas cejas rubias, depiladas al estilo de Mae West.

—¿Tiene acaso formación médica?

—Soy curandero. —Y esperó con algo de la familia de la esperanza a que ella reaccionara.

—¡Curandero! —La doctora Vaccari jadeó, y aunque nada en su tono indicaba desdén hacia la que era su disciplina, se notó que no lo respetaba tanto como a sí misma. Quizá porque no respetaba nada tanto como a sí misma. Decidió no dedicarle ni un segundo más aireando la carpeta—. Puede marcharse cuando quiera, señorita Havel. El resto de sus heridas han sido limpiadas y curadas, como puede apreciar en codos, rodillas y frente, así que no veo razón para retenerla.

Aprovechando que la doctora Vaccari estaba presente y nadie daría un paso en falso para hacer ver que existía un problema entre la enferma y quienes la habían llevado al hospital, Ruth se incorporó con toda la intención de salir de allí.

Abraxas avanzó hacia los pies de la cama y le dirigió una mirada que truncaba cualquier tentativa de huida. Ruth debería haber imaginado que si no le había importado que los clientes de Ruby Bloom se escandalizaran, mucho menos respeto le tendría a la opinión de una doctora que claramente bebía los vientos por él.

—Fuera —ordenó Abraxas—. Quiero estar con ella.

—Espero que no se refiera en el sentido romántico. Sigue estando demasiado débil para según qué actividades —advirtió la doctora Vaccari. Acto seguido, se marchó escoltada en primer lugar por la curiosa mirada de Xaphan. Luego, el resto de los miembros del grupo obedecieron a Abraxas, aunque no sin obvio recelo.

Ruth memorizó las caras de cada uno de ellos, por si alguna vez

necesitara una descripción física. También se entretuvo todo cuanto le fue posible con las amplias espaldas de los criminales para no tener que enfrentar a Abraxas, al que sintió sentándose en el borde de la cama.

En cuanto lo tuvo en su campo de visión, Ruth inspiró hondo y se preparó para poner en marcha el arriesgado plan de escape.

Solo tenía esa oportunidad, y no pensaba desaprovecharla.

Capítulo VII

Abraxas odiaba equivocarse, pero solía agachar la cabeza cuando le daban una lección de humildad, y procuraba no guardar rencores después. No obstante, de un tiempo a esa parte había empezado a detestar con especial fervor que algún miembro de El Séptimo Círculo le sacara los colores. Sobre todo Xaphan, aquel tipejo frío y desharrapado que se creía en posesión de la verdad absoluta y al que los borregos le seguían la corriente dijera lo que dijese.

Abraxas, que le tenía respeto a Valthessar y lo quería como a un hermano, había empezado a resentirse con su comportamiento —y el del resto de sus compañeros— por andar alabando descaradamente a uno como si poseyera dones que pudieran salvar a la humanidad. Sí, era indudable que Xaphan era una criatura excepcional, pero no servía para la lucha cuerpo a cuerpo, un detalle que le arrojaba a la inutilidad más absoluta cuando de las guardias se trataba. Además de que Abraxas no se fiaba de la serenidad intocable que le envolvía como un halo de superioridad.

¿Cómo era posible que un hombre no perdiera los papeles jamás? Solo cuando viera furioso a Xaphan, si es que tal milagro se daba, dejaría de mirarlo con recelo. Mientras tanto, seguiría dándole una rabia enfermiza que tuviera la razón, porque era innegable que estuvo en lo cierto al advertirle que espantaría a Ruth con su actitud. Por eso y por ningún otro motivo la había llevado al hospital, esperando que cometer voluntariamente un error de principiante —liberar a un preso — le hiciera saber que no pretendía herirla.

Pensó en alargar un brazo hacia ella, tal y como había visto que se hacía en las películas, para ofrecerle consuelo estrechando su mano. Pero no quería que lo tomara por un descarado, y se reprimió a riesgo de que su comportamiento se le antojara distante.

Para su inmensa irritación, Abraxas se sorprendió pensando en qué preguntaría Xaphan para hacerla sentir mejor.

—¿Cómo te encuentras? —inquirió tras un buen rato dudoso.

—Como si me hubiera dado un golpe del copón en la cabeza. Vamos... —Alisó las arrugas de la sábana que la cubría—, de puta madre.

Abraxas torció el gesto. No le gustaba que hablara como una barriobajera, como tampoco su estilo descocado a la hora de vestir, su

corte de pelo, por el que podrían confundirla con un muchacho afeminado, la forma en que se ganaba el pan, el modo en que le miraba; su tono al hablarle, falto de respeto...

Si se paraba a pensar en todo lo que desentonaba en ella, en la reencarnación de Astaroth, se estremecía de pura frustración.

¿Cómo podía la misma mujer ser tan diferente? ¿Qué haría para que Astaroth volviera en sí misma y fuera de nuevo educada, complaciente, cariñosa...?, ¿y sobre todo, capaz de entender que todo lo que Abraxas hacía era por su bien?

—Bueno, ya has oído a la doctora. —Dirigió una mirada vacilante a la puerta, tenso—. Se supone que te irás recuperando poco a poco. Te ha dado el alta.

—Yo me fío más de tu amigo, el de la sudadera de la Universidad de Praga. Creo que la tal doctora Vaccari solo me ha dicho que me largue porque le molesta que no hayas accedido a salir con ella, y no me apetece marcharme a casa, a riesgo de sufrir un derrame, porque la neurocirujana me tenga manía.

—Su interés me es indiferente. No me gustan las rubias.

—Y tampoco te gusto yo. Te lo noto en la cara, en el desagrado con el que contemplas cada cosa que digo o hago —apostilló, mirándolo de hito en hito—. ¿Por qué no dejas que me vaya como has dejado ir a Vaccari?

—Puede que no me gustes —reconoció a desgana, sabiendo que estaba jugando con fuego. Si algo sabía, era que a las mujeres no se les podía reconocer algo así—, pero te necesito. Eres vital para mí. Por eso no puedo dejarte ir.

Apreció un brillo curioso en los ojos de Ruth, esos ojos en los que no había ni una chispa del candor o la coquetería de antaño; solo cálculo y desidia.

La inteligencia no era una cualidad que le resultara atractiva en las mujeres, pero tenía que reconocer que casaba con el resto de su nueva imagen de tipa dura.

«A Astaroth jamás se le habría ocurrido cortarse el pelo así», pensaba una y otra vez, entre horrorizado y fascinado por la magia de la *anandha*, que lograba que le atrajera una fémina sin la densa melena en la que le gustaba enredar los dedos.

—Vital —repitió ella, paladeando las sílabas—. He estado con unos cuantos hombres y ninguno me ha declarado sus sentimientos de un modo tan... vehemente. Entenderás que me extrañe, dado que no me conoces, y que intente huir de ti.

—Lo entiendo y lo respeto, pero no puedo permitirlo.

No armó una pataleta. Debía estar haciéndose a la idea de que pasaría mucho tiempo con él.

—¿Y qué me das a cambio de quedarme donde estoy y no generarte

problemas? —tanteó ella, incorporándose con lentitud.

Abraxas alargó un brazo para ayudarla, alertado por si el movimiento la mareaba.

—No suelo participar en trueques.

—Seguro que no. O se hace tu voluntad, o se hace tu voluntad. Esas son las opciones, ¿no?

—Solo cuando mi contrincante es considerablemente más débil que yo. Si no, puedo dignarme a negociar.

No lo había dicho con la intención de sacarla de quicio, sino con el fin de ser honesto, un detalle que tenía entendido que las mujeres valoraban.

Ruth torció los labios en una sonrisa condescendiente. Sus ojos distantes mandaban un mensaje distinto al resto de su expresión, que le recomendaba que no se confiara demasiado en su irreductibilidad.

No mientras ella estuviera presente.

—Pero has dicho que quieres que nos llevemos bien. Por más diestro que seas en el cuerpo a cuerpo, no puedes conseguir que nos compenetremos si no me das algo que me ayude a verte con buenos ojos.

—¿En qué estás pensando? —inquirió tras valorar su propuesta, cruzando las piernas. No dejaba de vigilarla de soslayo, inquieto.

Algo le decía que era más peligrosa de lo que parecía.

—En información. Para confiar en declaraciones tan románticas como las que me haces, tengo que confiar primero en tu palabra a secas. Dime algo que sea verdad.

—Ya te he dicho algo que es verdad: eres vital para mí.

—No, algo que no esté relacionado con los sentimientos. Algo como... como qué es El Séptimo Círculo, y quiénes son los hombres que estaban en esa habitación, y por qué os reunís, si os dedicáis a la trata de blancas o al blanqueamiento de dinero... o a Dios sabe qué.

Abraxas no ocultó su sorpresa.

Su esposa jamás se había interesado por el desempeño de sus tareas como penitente o en las cuestiones políticas de las dos razas. Su papel se limitaba a entretenerse con la caja tonta, como Abraxas llamaba a la televisión, con novelas eróticas o con actividades físicas mientras él llegaba de las guardias.

—Revelarte esos aspectos de mi vida queda fuera de toda cuestión —repuso con firmeza—. Al menos por ahora. Del resto puedes disponer a tu antojo desde este preciso momento.

—¿El resto, dices? ¿El resto de los aspectos de tu vida? —Esperó a que Abraxas asintiera para sonreír, ladina—. ¿Y a qué aspectos te refieres, si puede saberse? Porque si te refieres a que puedo saber cómo se llaman tus padres o qué guarradas te gusta que te hagan en la cama, creo que voy a pasar. No me interesa.

»Quiero decir... —Lo miró de arriba abajo de un modo que lo estremeció—, no eres nada desagradable a la vista. No te habría quitado el ojo de encima si te hubiera visto por ahí. Pero no pretenderás convertirme en tu novia o tu rollete después de lo que ha pasado, ¿no?

—Lo pretendo y lo anhelo, pero soy consciente de lo complicado que es... y que será. No pienso darme por vencido, Astaroth —le advirtió, mirándola con fijeza; esa fijeza que parecía desarmarla durante un instante, dejarla sin sus capas de cinismo impostado, desnuda y lista para aceptar la verdad—. Ya sé lo que es vivir sin ti y no se me ocurre nada más terrible.

—¿Cómo me has llamado?

—Astaroth.

—Me llamo Ruth.

—Si prefieres que te llame Ruth...

—Es que es tal y como me llamo —replicó con impaciencia—. Mira, lo siento si me parezco mucho a tu ex...

—No era mi ex. Era mi mujer. Y no os parecéis en absoluto.

—Entonces me he perdido hace rato, Terminator.

Abraxas inspiró hondo y se dijo que tenía que ser paciente. No era una cualidad que figurase entre las muchas de las que se enorgullecía, pero merecería la pena cultivarla con tal de hacerla entrar en razón.

Por lo poco que había leído sobre las *anandhas*, y sobre todo en los últimos meses, cabía la posibilidad de que fueran recordando poco a poco fragmentos de su vida anterior conforme se iban acoplando a la rutina con su penitente. Era un proceso largo y costoso, pero Abraxas estaba seguro de que sería pan comido comparado con el luto.

—No se me dan muy bien las palabras —admitió humildemente, mirándola de reojo—, pero intentaré explicártelo como mejor pueda.

»Astaroth... Astaroth está muerta. —Le tembló la voz al decirlo, a pesar de haberlo aceptado ya—. Muerta para siempre. No habrá otra como ella. Nadie se parecerá físicamente, y por lo que veo, sus reemplazos tampoco compartirán rasgos de personalidad, pero eso no quiere decir que ella no vuelva a estar entre nosotros. Ella está en ti en... en esencia, ¿comprendes? Puedo sentirla en ti. Olerla en ti. Lo he sabido nada más verte, tocarte lo ha confirmado, y aunque suene descabellado y no lo entiendas porque has disfrutado o, mejor dicho, padecido una vida mortal hasta hoy, te aseguro que tarde o temprano lo acabarás sintiendo tú también.

—¿El qué?

—Que somos el uno para el otro.

—¿Y cómo se supone que lo sentiré? —preguntó unos instantes después, concentrada en la explicación. Se incorporó un poco más. La sábana resbaló por su pecho, revelando parte del escote—. ¿Con un

beso, por ejemplo?

Abraxas no se vio en condiciones de hablar. No solo porque su descaro le hubiera noqueado una vez más, sino porque le sorprendieron sus propias ansias de besarla. Resultaba curioso, cuando no perturbador, que deseara a una mujer radicalmente diferente a Astaroth.

Por mucho que fuera su reencarnación, ¿no la estaba traicionando?

Al final se limitó a asentir con la cabeza de forma mecánica, porque sí, eso era justo lo que quería decir.

Pero ¿lo haría si se le presentara la oportunidad? ¿Tendría la sangre fría de besarla?

—Pues vamos a ver si es cierto —decidió ella en el acto, dejándolo de una pieza. Ni en mil años se le habría ocurrido que tomaría la iniciativa tan pronto, pero ahí estaba, retirando la sábana con delicadeza para aproximarse a él—. Estoy más que dispuesta a averiguar si soy la reencarnación de tu esposa. Total, la prueba me va a costar un beso, y la recompensa es un romance que trasciende a la vida, ¿no? He ofrecido servicios más completos a cambio de nada.

Abraxas frunció el ceño.

—¿Estás burlándote de mí?

—Suelen hacerme esa pregunta muy a menudo, pero no, no me estoy burlando. ¿Tienes idea de la de veces que me he preguntado cuando era niña si la reencarnación era algo real? —Ladeó la cabeza, observándolo con curiosidad—. ¿Sabes a cuántos sapos he besado creyendo que eran mi alma gemela? Ahora tengo la oportunidad de dar respuesta a todas esas dudas. No tiene precio.

Abraxas no supo si la creyó porque en el brillo de sus ojos lo cegó o porque estaba desesperado por confiar en ella y así empezar nuevamente el primer día del resto de su vida. Pero lo hizo. La creyó. Y Ruth tuvo que olerlo del mismo modo que él olía en ella a su pareja, como si de un hombre lobo se tratase, porque alargó una mano en su dirección y le rozó la mejilla.

Abraxas se quedó paralizado con la dulzura que imprimió a su contacto. Le trajo un recuerdo vívido de las caricias de Astaroth, de las mañanas y tardes interminables que pasaron enredados, charlando sobre pequeñeces, haciendo planes a largo plazo. Al mismo tiempo, su roce le dejó la mente en blanco; una tabla rasa sobre la que podría escribir nuevos proyectos de futuro, estos con el corte de pelo de un muchacho, los ojos avispados de una loba ambiciosa y el cuerpo de una *stripper*.

Fue ese cuerpo el que sintió ciñéndose al de él antes de perder el primer plano de su cara y rozar sus labios.

Los tenía cuarteados por el frío que había pasado, además del estrés del trauma, pero el beso resultó sorprendentemente dulce, tan

arrebatador que Abraxas, más que disfrutarlo, se enfureció consigo mismo y se rebeló contra el hecho de estar tocando a alguien que no era su mujer.

No podía serlo. No se parecían. Ni siquiera se sentían igual, porque en la dulzura de Astaroth había instinto maternal, paciencia y ternura, y en la lentitud de Ruth había afán de seducción, una trampa mortal, un juego francamente perverso que le fue debilitando hasta que se oyó gruñir con desesperación y quiso envolverla con el brazo.

No llegó a hacerlo, porque justo antes de que sus sentidos embotados le alertaran de que algo estaba sucediendo, sintió la ligereza de la vaina que resguardaba su arma. Se separó con los ojos puestos donde debería estar el *gladius* romano, y ese fue su error: perder de vista al enemigo. Para cuando fue a mirar a Ruth, se topó con una mujer que empuñaba su daga contra él.

En apenas un sigiloso movimiento que Abraxas aún estaba digiriendo, la muy escurridiza le había colocado el extremo punzante del acero contra la nuez de Adán. A juzgar por su sonrisa macabra, no tendría ningún reparo en rajársela.

—No me hagas arrepentirme de tratarte bien —le advirtió Abraxas.

—Ah, ¿me estabas tratando bien? Joder, entonces no quiero saber cómo tratas mal a los demás... —Su mirada se oscureció cuando amusgó los ojos para hablarle entre dientes—. No me hagas arrepentirme de no matarte aquí y ahora, puto cabrón.

Acto seguido, Ruth saltó de la cama con el *gladius* aún en la mano. Abraxas fue rápido a la hora de atraparla, echándole las manos a la cintura, pero ella no mostró escrúpulo alguno a la hora de lanzar una estocada valiente a la articulación. El acero azul de su arma más mortífera le rajó la muñeca, haciéndole gimotear de dolor. Aún le quedaron fuerzas para interponer el pie en el camino de Ruth. La joven tropezó con su zancadilla y dio de bruces en el suelo, con lo que soltó el *gladius* que Abraxas se aproximó a recuperar enseguida.

No contó con que ella lo agarraría del tobillo, se impulsaría usando el zócalo de la pared más cercana para reptar por el suelo y le mordería en el espacio que dejaba el pantalón y las botas, justo en la carne.

Abraxas disimuló un alarido mordiéndose la lengua. Furioso, se agachó para recuperar el arma. Una vez la hubo empuñado, evitó que Ruth se escabullera colocándole la hoja en la garganta desde atrás.

—Te tengo —dijo, triunfal.

Ruth hiperventiló hasta tres veces seguidas, y cuando Abraxas pensaba que podría maniatarla nuevamente a la camilla, Ruth actuó en dos movimientos: se agachó y se echó hacia atrás con el codo flexionado para incrustárselo en el vientre de un empujón seco que lo

dobló hacia delante. Cuando se hubo liberado de la amenaza de la daga en el cuello, Ruth le dio una patada en el estómago ya dolorido que lo arrojó de espaldas al suelo.

Mientras se recuperaba del asombro, que no del inesperado ataque, Ruth le arrancó el *gladius* de la mano y lo giró en la mano con aparente diversión. Abraxas alargó la mano para intentar quitárselo, pero Ruth la apartó de una nueva patada que le dejó el brazo vibrando.

Lo último que vio de ella fue su rostro asomado estando él tendido boca arriba. La muy escurridiza sonreía envenenada y besaba la hoja del *gladius*.

—Me lo llevo de recuerdo.

Capítulo VIII

Hasta que no cerró la puerta principal y pudo apoyarse en ella, Ruth no se atrevió a tomar aliento. Tenía las dos manos cruzadas a la espalda, una daga con pinta de pieza de coleccionista sujeta gracias a la tira del tanga de cuero y el cabello y la ropa chorreando.

En su precipitada huida había caído una tormenta que parecía el colofón de las veinticuatro horas más desquiciantes que había vivido jamás, y eso ya era decir tratándose de ella, que se jactaba de haber pasado por fatigas inimaginables.

En cuanto recuperó el dominio de sí misma, giró las cuatro llaves que protegían su casa de invitados indeseados. Todavía hiperventilando y con una mano sobre el pecho, se quitó los zapatos y se arrastró, con la chaqueta de Abraxas goteando sobre el parqué, hasta el baño.

Procuraba mantener la mente en blanco como la sobreexposición a situaciones de alto riesgo le había acabado enseñando, pero los flashes del rostro y los gestos del secuestrador la atormentaron mientras giraba la llave de la ducha. Le temblaban los dedos, y tenía que admitir, para su absoluto espanto, que no podía atribuirle su reacción únicamente al miedo, sino a otra emoción igual de elemental.

Ruth estaba acostumbrada a besar a los hombres para salirse con la suya, a mentirles, a robarles y a derramar su sangre, pero no se le habría ocurrido pensar que uno solo conseguiría ablandarla.

En cuclillas, valoró la temperatura del agua con la mano bajo el chorro. Suspiró y dejó caer la cabeza hacia delante. A tirones bruscos, se quitó la chaqueta que él le había cedido en un gesto de caballerosidad y que ella había rescatado luego del perchero de la habitación, aprovechando que Abraxas seguía demasiado aturdido por su victoria para reaccionar. A punto estaba de dejarse hipnotizar por el repiqueteo del agua sobre la superficie de la bañera cuando oyó el chirrido de unos zapatos sobre las baldosas del baño.

Se giró con el corazón en un puño. Por una fracción de segundo temió que se tratara de Abraxas y empuñó la daga con firmeza.

El intruso alzó las manos con una sonrisa divertida.

—Tranquila, vaquera. Solo soy yo.

Ruth no dejó caer el arma. Volvió a guardarla a buen recaudo a su espalda, entre su piel y el tanga. Estaba claro que cuatro llaves no

eran suficientes para evitar visitas indeseadas.

«E indeseables», pensó.

—Qué susto me has dado, joder.

—Reconozco que tendría que haber tocado antes de entrar —cabeceó Pavlik, enrollando el dedo en uno de sus tirabuzones rubios—, pero no parecía haber nadie y tampoco cogías el teléfono, así que...

—Así que pensabas que me había fugado, ¿no? —completó ella, dirigiéndole una mirada entre displicente y recelosa.

Pavlik no era el agente que más la disgustaba del BIS, pero seguía sin divertirla que los miembros de la organización, por superiores que fueran en rango y funciones, se creyeran en el derecho de allanar su morada.

Una que ellos le habían proporcionado después de una sorprendentemente favorable negociación, por otro lado. Era uno de tantos regalos envenenados que Ruth había recibido a lo largo de su vida.

—Considerando el estado en el que te encuentras, parece que ha ocurrido algo bastante peor —valoró, paseando la mirada oscurecida por su cuerpo.

Aunque estaba acostumbrada a que el género masculino se relamiera —y ella se veía capaz de reducir al libidinoso de turno si llevaba a cabo un movimiento sospechoso—, no le gustó que Pavlik no disimulara sus pensamientos. En parte porque ante él era vulnerable. Si se atrevía a abofetear, placar o apuñalar a un agente del BIS, estaría muerta a la media hora.

Y perdería su querido apartamento.

—¿Te importa que me duche antes de explicarte el porqué de mi ausencia? Seré de poca utilidad si agarro una neumonía. No me vacunaron contra la gripe, ¿sabes?

—Adelante, estás en tu casa... ¿No querrías compañía durante esa ducha? —Le guiñó un ojo castaño—. Tienes una bañera muy hermosa. Apuesto a que cabemos los dos.

Ruth lo ignoró sin darle la menor importancia.

—Después del día que he pasado, Pavlik, no me vendría mal disfrutar de un rato a solas.

—Como quieras. —Se encogió de hombros y se marchó, con toda probabilidad a husmear en su dormitorio, su salón o ambos.

Suerte que Ruth, aunque adoraba su nuevo piso sobre todas las cosas, no se había molestado en decorarlo al gusto. Lo mantenía tan impersonal como lo dejaron los inquilinos anteriores. Sabía que no se quedaría mucho tiempo porque la buena suerte no le duraba más que un par de minutos, y además lo consideraba una inteligente medida para frustrar los registros de sus encantadores compañeros. Mientras

de ella dependiera, nadie sacaría de sus armarios una sola prueba de rebeldía.

Le habría hecho ilusión levantar allí su fuerte, convertir el piso en un espacio seguro al que regresar después de degradarse en el club o bien de llevar a cabo actividades ilegales y aún más desagradables como agente del BIS.

No obstante, aún tendrían que pasar años para poder asentarse.

Al menos disfrutaba de algunas ventajas. Hasta que no entró a formar parte de la organización, no había visto un barrio residencial de cerca —salvo en las revistas del corazón y en los noticiarios—, y no conocía la vida sin cortes de luz, como tampoco había probado a descansar en un colchón que no estuviera carcomido por las termitas.

Ya duchada, se puso un albornoz blanco que olía a suavizante y se abrazó con los ojos cerrados hasta que se sintió en condiciones de enfrentar a Pavlik. Rescató un cigarrillo de un cajón bajo el lavabo —toda su casa estaba sembrada de paquetes para no tener que levantarse en busca de un pitillo—, se agitó el pelo empapado con una mano y se reunió con Pavlik en el salón.

El agente estaba sentado en su sillón favorito con los brazos sobre el respaldo. Miraba los cuadros con la ilusión de encontrar algún secreto de Ruth, pero las réplicas de Monet no se acercaban una pizca siquiera a sus verdaderos gustos.

—¿Y bien? —quiso saber en cuanto ella tomó asiento tan lejos como se lo permitió el sofá—. Sabes que no nos gusta que desaparezcas. Da la impresión de que se te ha olvidado nuestro acuerdo, de que te desentiendes de tus obligaciones, y no nos tomamos muy bien las deslealtades.

Ruth se colocó el cigarrillo entre los dientes y lo encendió mientras hablaba.

—Yo no tengo la culpa de que un pirado se haya enamorado de mí y me haya intentado arrastrar a su guarida.

Se le escapó una sonrisa incrédula al escucharse en voz alta. Esa era la descripción más afín a los hechos, y sin embargo, no recordaba a Abraxas como nada parecido a un pirado. Le incomodó darse cuenta de que había empatizado con él aun cuando la historia no tenía ni pies ni cabeza, y se dijo que si seguía inmersa en aquella vida de intrigas y criminales, acabaría olvidando el límite entre el bien y el mal.

—Vaya. No has sonado ni siquiera molesta porque el tipo te haya jodido la noche de propinas —comentó Pavlik, mirándola con una mezcla de asombro y regocijo—. Sí que eres una chica dura de pelar, ¿eh? O eso o tienes un sentido del humor muy retorcido. ¿O quizá eres pésima poniendo excusas? —Ladeó la cabeza, enarcando una ceja.

—No sería la primera vez que bromeo con que me secuestran, pero te aseguro que en este caso ha sido tal que así. —Recogió las piernas

en posición de loto y expulsó el humo con toda naturalidad.

—Daré por hecho que no me estás mintiendo, porque la verdad es que se te ve inquieta, aunque no más de lo habitual —apostilló. Se quedó observándola con la cabeza en la misma postura curiosa, como si admirándola desde otro ángulo fuera a adivinar sus secretos.

—Me han pasado tragedias peores, créeme. Lidiar con un negro con conjuntivitis y una extraña fijación con las mujeres parecidas a su exmujer es pan comido.

Y no mentía. La diferencia entre Abraxas y sus enemigos habituales radicaba en que en él había percibido el irrefrenable deseo de cuidar de ella. Tanto si se equivocaba como si no, protegerla era algo que jamás se le habría pasado por la cabeza al hampa checo. Una mujer que solía regresar a casa apaleada y temblando de impotencia porque seguía siendo vulnerable al mismo grupo de canallas debía darse con un canto en los dientes si lo único que su secuestrador hacía era besarla y decirle que estaban hechos para estar juntos.

No sin incredulidad, Ruth le sonrió al vacío con el cigarrillo entre los dedos, ajena al intenso interés de Pavlik.

«Qué hombre tan curioso, ese Abraxas», pensó.

—¿Así describirías al agresor en comisaría? ¿Un negro con conjuntivitis? —Se le escapó una nota burlona.

Ruth lo miró con desdén.

—No me digas que eres uno de esos ridículos defensores del lenguaje delicado. A la gente de la calle nos la suda el detallismo. Un blanco es un blanco, un negro es un negro. Y no lo voy a denunciar, así que quítate las comisarías de la cabeza. —Desvió la mirada al centro de flores que decoraba la mesita de café. Ahí le habría gustado poner una lámpara moderna, o extender el puñado de cómics manga que coleccionaba desde que era niña. Su padre rompió y quemó la mitad de su tesoro, pero aún le quedaban suficientes ejemplares para armar toda una exhibición—. Lo más probable es que tenga un problema mental.

—¿Qué ha pasado con exactitud? Esto no es ninguna tontería, Ruth. Puede que se trate de alguien que sabe quién eres y a qué te dedicas, o uno de los muchos criminales a los que estamos buscando y que esperamos que acudan al Ruby Bloom.

Ruth le hizo un resumen para contentarlo. Habló con voz monótona mientras ojeaba su propio salón como si aún no supiera si comprar el piso, soñando con los elementos que sustituiría por otros.

Los Monet se irían al carajo. Enmarcaría pósteres de las mejores películas de los setenta a los noventa, empezando por *La naranja mecánica* y acabando por *Reservoir Dogs*. Odiaba el papel de pared beis con flores de lis; ella preferiría pintarla de rojo o de negro, y pobre de aquel que le dijera que se volvería loca entre cuatro paredes teñidas

de tonalidades oscuras. Los clásicos de Dickens y Austen serían donados a la biblioteca municipal, y en la balda colocaría por orden alfabético a sus autores favoritos de *thriller* psicológico, policiaco y ensayo narrativo.

En parte no se extendió en la explicación porque sentía que estaría aireando las intimidades de un hombre que guardaba a muy buen recaudo sus secretos. Ruth tendía a empatizar con quienes se le parecían; con los monstruos que habían olvidado cómo llorar pero aún tenían esperanza. Experimentar empatía hacia su captor la hacía sentir ridícula, pero no estaba en condiciones de luchar contra la sensación.

No cuando aún necesitaba asimilar lo ocurrido.

—Es él —anunció Pavlik con el gesto oscurecido. Ruth retiró el cigarrillo de sus labios y esperó a que se explicara mirándolo con cautela—. Es uno de los hombres que estamos buscando, Ruth. Y parece ser que no es el único con el que has tenido contacto. Has conocido a todo El Séptimo Círculo.

—No me suena que me mencionarais ninguna organización criminal con ese nombre.

—Porque es uno de nuestros casos abiertos más significativos, y no se le facilita la información a cualquiera.

—Ni mucho menos a alguien como yo, que pende de un hilo para no acabar entre rejas, ¿no? —Ruth meneó la cabeza con una sonrisita indolente. Echó las cenizas del cigarrillo sobre el centro de flores—. ¿Has decidido que ya no soy cualquiera y que merezco una explicación?

—No depende de nosotros cuando ya te has visto inmersa en la investigación. Lo inteligente sería destinarte al caso ahora que has tenido contacto con los hombres que buscamos. A veces sucede así; es el problema el que busca al agente y no al revés. Desde luego, todo apunta a que Abraxas volverá a por ti, si no porque le interesas, al menos porque has visto demasiado y eso te convierte en un sujeto peligroso.

Ruth se cerró aún más el escote en uve del albornoz, de pronto víctima de un escalofrío que no supo cómo interpretar.

—No pretenderás mandarme a la boca del lobo después de lo que te he contado, ¿no? Ha intentado secuestrarme —le recordó, aunque sin la menor esperanza de ser escuchada.

—Precisamente. Te ha metido en su casa, y le importaste lo suficiente para llevarte a un hospital. Cometió dos errores que un hombre con su capacidad para operar en las sombras ya debería tener superados.

—¿De qué clase de hombre estamos hablando? —Se abrazó el codo con la mano que no sostenía el pitillo—. ¿Por qué lo buscáis?

Pavlik entrelazó los dedos de las manos y los apoyó sobre las

piernas cruzadas.

—No solo a él, sino a El Séptimo Círculo. Son asesinos entrenados. Se desconoce dónde se esconden, pero se sabe que operan en el extrarradio. Normalmente limpian con precisión quirúrgica las zonas donde llevan a cabo los asesinatos, pero nadie es infalible y en alguna ocasión hemos encontrado ADN de los pocos desaparecidos que se denuncian. Es una prueba que, junto a los testimonios de los que han sufrido a manos suyas, la mayoría desharrapados del polígono, basta para abrir una investigación.

—Parece algo grande —murmuró, contrariada. No le costaba imaginarse a Abraxas quitándole la vida a alguien, pero ¿a las pobres criaturas que no tenían donde caerse muertas? No encajaba con lo poco que él le había dejado ver sobre sus principios—. No estaré a la altura.

—Te reclutamos porque eres extraordinariamente fuerte, Ruth.

Ella arqueó la ceja con incredulidad.

—No me dores la píldora, Pavlik, que no nací ayer. Me reclutasteis porque lo necesitabais para desmantelar una red de narcotráfico. La red de narcotráfico de mi padre, de hecho.

—Pero te hemos mantenido en el cuerpo porque tienes tanto coraje que rozas la temeridad, eres ágil e imbatible en el cuerpo a cuerpo, la sangre fría te permite matar con los ojos cerrados... No eres a quien habría elegido para esto si hubiera podido —reconoció con aire saturnino—, pero tampoco estoy desencantado porque las cosas se hayan dado así.

Ruth presionó los labios para reprimir un juramento.

Apagó el cigarrillo en el cenicero que compró en un bazar para turistas, justo en el corazón de «*I love* Praga», y lo miró con franqueza.

—Es un hombre violento. No sé si podré soportar a otro —admitió con simplicidad—. La piedra también es dura y aun así se parte si aplicas la fuerza suficiente.

—Pero hay que saber cómo golpearla para que ceda, y nadie sabe lo que hay en tu cabeza. Tu punto débil es un misterio —agregó, observándola pensativo. No le gustó que tratara de ver más allá de su expresión—. De todos modos, la violencia no es una característica concreta de Abraxas. Sea cual sea el criminal al que te enfrentes, ninguno va a darte besos. Ninguno va a quererte.

«Pues lo parecía. Parecía quererme», pensó ella.

Desechó el extraño pensamiento antes de que echara raíces y se concentró en Pavlik.

—¿Y si me niego alegando que el caso me toca de cerca porque he sido víctima del agresor? ¿Y si aporto algún tipo de prueba psiquiátrica de que no estoy en plena posesión de mis facultades como para...?

—No puedes negarte —la cortó con sequedad—. Tú no eres como el resto de los agentes. No puedes tomar vacaciones, ni recibir pensión, puesto que no te vas a jubilar, ni acogerte a los beneficios económicos de los que ellos disfrutan. Formar parte del BIS es tu penitencia, aunque parezca más divertido que pudrirte en la cárcel.

»No lo olvides, Ruth. Si no fuera por nosotros, habrías estado entre rejas hasta los cincuenta años.

Ruth se quedó un buen rato mirándose las uñas de los pies, pintadas de su rojo intenso favorito. Aquella era una coquetería que su personaje tenía en común con ella misma. Ruth, la *stripper*, debía ofrecer el mejor aspecto para su público; Ruth, la asesina, convicta y ahora agente del BIS que se disfrazaba de bailarina de alterne para descubrir información sobre el narcotráfico, procuraba que la admirasen por su físico para que así no se dieran cuenta de que por dentro era un despojo.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó con voz hueca.

Pavlik se encogió de hombros.

—Volver al club y esperar a que venga a buscarte. Tengo la sensación de que lo hará.

Capítulo IX

Abraxas llevaba horas recorriendo el perímetro del salón principal.

La toma de decisiones era una actividad que no se le resistía, más que nada porque se consideraba un hombre impulsivo y con una marcada vena violenta que le llevaba a escoger en el acto el siguiente paso sin dar cabida a la vacilación. Raras veces se arrepentía, porque era incluso más insólito que se equivocara. Sin embargo, cuando se topaba con una encrucijada de metro setenta y cinco, un problema alejado de las habituales crisis bélicas que solían ocupar su tiempo, sentía que debía echar mano de otros métodos.

Y el ejercicio físico, en este caso caminar de un lado para otro como un tigre enjaulado, siempre le había ayudado a pensar con claridad.

No esta vez, sin embargo.

El *rex* Valthessar creía haber llevado a cabo un acto de caridad dándole la noche libre para que pensara en la gravedad de los hechos que había emprendido por libre, pero Abraxas hubiera preferido montar guardia en el extrarradio. La lucha era lo único que le distraía, lo único que había conseguido que no se entregara al Gran Grimorio en el preciso instante en que perdió a Astaroth y que más o menos le había mantenido cuerdo desde entonces.

Que su mujer hubiera regresado en el cuerpo de otra no quería decir que ahora estuviese preparado para afrontar el choque de realidad que Ruth suponía. Estaba incluso más confuso y desesperado, y por razones que le costaba verbalizar.

—¡Bueno! —exclamó una voz cantarina a su espalda. Dagon bajaba las flamantes escaleras de estilo georgiano con una de sus llamativas camisas de Versace. El intenso aroma a champú afrutado que despedían sus rizos húmedos y el perfume caro con el que había rociado su cuello delataban que se había aseado con esmero para una ocasión especial—. ¡Uno que se marcha!

Abraxas se giró hacia él como si lo hubiera retado a duelo.

—¿A dónde vas? —rugió, indignado.

—Tengo una cita —anunció con regocijo mientras se ahuecaba la melena suelta—. No me vayas a esperar despierto, ¿eh? Voy a rascar hasta las últimas horas del alba. Siempre y cuando Qadira quiera, claro está. Que no se diga que en esta casa no nos importa el

consentimiento —apostilló, lanzándole una miradita sabedora.

Sus compañeros de El Séptimo Círculo solían olvidar que Abraxas era tan penitente como los demás, y eso significaba que poseía la misma habilidad sobrehumana para leer las emociones de sus allegados. No tenía que esforzarse para saber que Dagon exudaba optimismo, que le desbordaba la emoción y que hacía muchísimo tiempo que no estaba tan entusiasmado con una salida, y eso eran palabras mayores, porque Dagon era alegre por naturaleza y hacía cuanto estaba en su mano para convertir su estancia en La Tierra en una fiesta continua. La diferencia entre los demás y Abraxas era que él no sentía la necesidad de hacer uso de sus dones si no era para la guerra, y ni mucho menos para recordarle al resto lo hábil que era en materias psíquicas. De hecho, prefería no echar mano de la emocionalidad para no experimentar los viles sentimientos que le sacudieron en ese momento: estaba tan desquiciado por la que era su situación que no podía sino ver el entusiasmo de Dagon como una falta brutal de empatía hacia él, incluso un ataque personal.

—Me pregunto si habrías conseguido que Qadira te concediera un segundo de su tiempo libre si no le hubieran borrado el disco duro —comentó con inquina.

En otras circunstancias se habría arrepentido por ser tan duro con Dagon. Los espíritus nobles y sin otro defecto que su propia y excesiva generosidad no eran su compañía preferida; ahí donde otros veían bondad, Abraxas señalaba la debilidad, pero ese estaba lejos de ser el problema que tenía con el penitente adicto a la moda.

—Me lo habría concedido, pero probablemente habría sido imposible aspirar a una vida en común —contestó él, en lo absoluto afectado por la pulla... o eso pareció. Se quedó mirando a Abraxas con la cabeza ladeada—. Te noto inquieto. ¿Se te puede dejar solo, o debo llamar a alguien para que te vigile?

—¿Por qué me preguntas a mí si necesito una niñera? La última vez que miré, fuiste tú el que le voló la tapa de los sesos a un prisionero antes de que nos desvelara información crucial.

Dagon agachó la cabeza, asumiendo su parte de culpa.

Aunque Abraxas comprendía mejor que nadie la llamada del instinto y se perdonaba los errores que cometía en nombre de la impulsividad, no podía dejar correr el hecho de que Dagon había estado a punto de truncar la búsqueda de Astaroth.

—No es por escurrir el bulto, porque de hecho me siento como una mierda por haberme dejado llevar por la rabia, pero... es muy probable que Leviathan hubiera jugado con tu mente en lugar de proporcionarte detalles específicos sobre su paradero. —Metió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros—. Y se supone que la has encontrado igualmente, ¿no?

Abraxas desvió la mirada hacia la ventana. La rama de uno de los árboles centenarios del jardín golpeaba el cristal con insistencia, empujado por la tempestad que se había levantado.

—Y la he vuelto a perder —musitó en voz baja.

—Se veía venir —lamentó Dagon. Empleó un tono comprensivo que impidió que Abraxas se ofendiera, sobre todo cuando le devolvió la mirada y se topó con su expresión afable. Dagon puso los brazos en jarras—. ¿Cómo se te ocurre llevártela por la fuerza, hombre? ¿Tan poco confías en tu atractivo físico? Eres un tipo con muy buena planta, tienes un trabajo estable y sientes absoluta devoción por tu mujer. ¿Sabes la cantidad de pibitas que hay ahí fuera deseando encontrar a un pretendiente que reúna al menos una sola de estas cualidades? ¿Qué te costaba acercarte con una sonrisa, hacerle un cumplido e invitarla a cenar?

—¿Invitarla a cenar? —repitió Abraxas, atónito. Sospechaba que Ruth habría reaccionado de la misma manera: haciéndole una llave marcial y robándole el *gladius*.

—Sí, claro. Ya sabes, es el primer paso para conocer a una chica y saber si sois compatibles. Una cena, una tarde de paseo por el centro, una noche de cine, una merienda casera en el parque, prepararle un almuerzo en tu casa con un delantal de «besa al cocinero»... —Abarcó el resto de alternativas con un ademán; alternativas que resultaban obvias para él, un joven de mundo, pero no para Abraxas, que sentía que llegaba muy tarde a la lección—. Aunque nadie las haya puesto por escrito, existen unas normas a la hora de salir con una mujer.

—Yo no pretendo salir con una mujer. Ni siquiera conquistarla. Ella ya es mi mujer —masculló, irritado—. Ya pasó todo lo que tenía que pasar para que llegáramos al punto en el que nos encontrábamos antes de que se la llevaran.

Dagon consultó su reloj de pulsera y cambió el peso de pierna. Era evidente que le corría prisa salir, y más obvio aún que preferiría morir a faltar a su primera cita con Qadira. No obstante, hizo de tripas corazón y se dejó caer en uno de los sillones orejeros para impartir su sabiduría. Quizá porque sabía que se lo debía.

—Abraxas... —Se inclinó hacia delante con las yemas de los dedos apoyadas en las de la mano contraria. Pareció armarse de paciencia con una profunda inhalación—, lo entiendo. Te aseguro que lo entiendo. Debe ser confuso y desesperante de narices tener que volver a ligar cuando saliste del mercado de solteros hace... ¿veinticinco siglos? En fin. —Sacudió la mano antes de que contestara—. La cosa es que no puedes relacionarte con el género femenino tal y como lo hacías cuando llevabas un taparrabos. En estos últimos milenios ha habido un gran progreso tecnológico, científico y sobre todo social. A las mujeres de hoy no se las corteja al estilo *highlander*.

—¿Y cómo se las corteja? —se sorprendió preguntando, inmóvil junto al sofá.

—Con paciencia, cariño, respeto... No digo que tú seas un bruto irrespetuoso ni nada de eso. Siempre fuiste muy tierno con Astaroth —se apresuró a aclarar, alzando las manos—, pero si no me equivoco, en cuanto reconociste a Astaroth como tu compañera allá por la época romana, le soltaste que era tuya y te la llevaste a tu casa... y sirvió. Ahora eso es denunciable, me temo.

—¿Crees que me denunciará?

—Es probable. ¿Por qué te crees que el equipo estaba tan estresado? No puedes darle estos disgustos a Valthe, Abraxas. Mara le acaba de dejar. Hay que andarse con cuidado.

Abraxas reprimió a tiempo una sonrisa amarga.

No debería sorprenderle que El Séptimo Círculo se solidarizase con la ruptura de Valthessar. Todos habían llegado a apreciar a Mara, él incluido, y los que no, respetaban al *rex* lo suficiente para no jugar con sus pobres nervios.

Abraxas no había merecido esa consideración. Todo el mundo se había creído con el derecho de ponerse el nombre de Astaroth en la boca, de opinar sobre las decisiones que su hombre tomaba para encontrarla, de oponerse a participar en la búsqueda, de priorizar problemas internos que habían existido desde el origen de los tiempos y que, sin embargo, eran más importantes que el asesinato a sangre fría de una mujer y su no nato.

Como cada vez que lo recordaba, Abraxas tuvo que buscar un soporte para no perder el equilibrio. Apoyó las dos manos en el respaldo del asiento con la mirada clavada en la chimenea, donde una llama sin energía pero tenaz se resistía a consumirse.

—Tengo que encontrarla como sea y llevarla a mi terreno.

Oyó el suspiro resignado de Dagon.

—Esa no es la forma más apropiada de referirse a un cortejo. Más que llevarla a tu terreno, tendrías que crear un terreno común que visitar los dos cuando os sintáis con las ganas.

Abraxas torció el gesto.

—Puede que esa sea tu definición de vida en pareja, pero no la comparto y no voy a ceñirme a ella solo porque Woody Allen pusiera de moda los matrimonios que no viven juntos y Tinder haya provocado que la gente tenga miedo de escribirle dos veces al día a su pareja y no más, no vaya a ser que se sienta acosada. —Al ver que Dagon se quedaba pasmado, siguió, envalentonado—. ¿Qué? No me interesan los programas de telerrealidad ni los álbumes de R&B tanto como a ti, pero eso no quiere decir que no sepa lo que está pasando en el mundo. A fin de cuentas, es el mundo al que protejo. Tendré que saber algo de él, ¿no?

—Creo que nunca te había oído decir tantas palabras seguidas —admitió, maravillado—. Y creo que tampoco habías dado antes una opinión personal sobre un tema de actualidad.

—El único tema de actualidad que me importa ahora mismo es conseguir que Astaroth vuelva a mí. Y no solo para retomar la relación que teníamos, porque es evidente que esa relación no fue lo bastante estrecha para evitar que me la quitaran, sino para establecer un vínculo que le impida ir a ninguna maldita parte si no es conmigo detrás.

Dagon tuvo que darse cuenta en aquel momento de que nada ni nadie podría disuadir a Abraxas de salir en su busca, o quizá empatizó por fin con su causa, porque en lugar de levantarse, como sugería que iba a hacer al arrastrarse al borde del sillón, volvió a plantar las nalgas con propiedad en el asiento y miró a Abraxas con seriedad.

—Sabes que no fue tu culpa, ¿verdad? Nadie puede prever una tragedia como esa.

—No voy a hablar de sentimientos contigo.

—Descuida, machito, no queremos que tu testosterona de primera calidad se vea afectada. —Alzó las palmas de las manos—. Comprendo lo que dices, y aunque no estoy de acuerdo, vamos a ponernos manos a la obra. Si sigues los consejos que te voy a dar, es más probable que ella acuda a ti por su propio pie e incluso desee quedarse contigo.

—¿Consejos? ¿Qué consejos me vas a dar? —Arrugó el ceño—. Llevas una camisa amarilla y tienes tres pendientes en cada oreja.

—También tengo novia. ¿La tienes tú, listo?

A pesar de tener la respuesta perfecta en la punta de la lengua, Abraxas prefirió no replicarle. Aunque nadie quisiera reconocérselo, era lo bastante modesto para admitir cuándo necesitaba ayuda externa; cuándo no podía enfrentarse solo a un problema que le estaba carcomiendo. Además de que, desde el principio, le había causado una profunda curiosidad el vínculo que se estableció entre Dagon y Qadira.

Abraxas percibió en todo momento el miedo que la guerrera sentía hacia los hombres. No le sorprendió que se apoyara en Dagon mientras duró su estancia en la casa, pues a fin de cuentas, Dagon no era del todo un hombre. De hecho, no se parecía en absoluto a la definición que Abraxas tenía de lo masculino.

Ahora bien, sí le extrañó que iniciaran una relación.

Quizá Dagon tuviera razón, después de todo, y supiera más sobre el cortejo contemporáneo que él.

Reticente pero desesperado por una solución, Abraxas tomó asiento en el sofá frente a su mentor y lo miró de hito en hito.

—¿Tú no te tenías que ir?

—Sí —chasqueó la lengua—, pero si he esperado casi un siglo al

amor de mi vida, no me voy a morir por posponer la hora de la verdad un día más. Ante todo he de centrarme en mi trabajo como penitente, y parece que solo ayudándote a ligar evitaremos una catástrofe a nivel nacional. Porque eso es lo que quieres, ¿verdad? —Enarcó una ceja—. Tienes intenciones honorables con ella. Pretendes darle el lugar que tenía Astaroth, no echar un polvo sin más.

El primer impulso de Abraxas fue responder un no rotundo. El lugar que tenía Astaroth era irreemplazable. Sin embargo, pronto recordó que Ruth y Astaroth eran la misma esencia; que, con independencia de que se hubiera reencarnado en una mujer descarada, temeraria y desconcertante, era el deber de Abraxas honrarla como honró a su cuerpo original.

A diferencia de muchos de sus compañeros, que despreciaban abierta o secretamente a La Magna y deploraban sus decisiones, Abraxas creía a ciegas en la voluntad divina. Supo desde el primer momento que la diosa le comprendía y pronto le recompensaría por su sufrimiento.

A eso se aferró para no perder la cabeza, y a eso se agarraba ahora con desesperación.

La Magna no le habría devuelto a Astaroth en semejante estado si no hubiera sido porque tenía que superar una última prueba o aprender una lección. Y si se trataba de un castigo, gustosamente lo aceptaría, pues sabía que en el fondo, y sin importar quién apretara el gatillo, el único culpable de la muerte de Astaroth era él.

—¿Me has oído, Abraxas? —La voz de Dagon penetró en sus pensamientos—. Ella te gusta, ¿no? Porque si no te gusta, lo notará, y es muy complicado conquistar a una mujer que tiene la sensación de que la desprecias. A no ser que dicha mujer tuviera un padre ausente y, además de sufrir carencias afectivas, haya desarrollado cierta fijación por los hombres que le hacen refuerzo intermitente —meditó, cabeceando. Enseguida sacudió la mano—, pero eso ya es otra historia.

Abraxas no tenía ni la menor idea de qué estaba hablando, pero sustrajo la idea principal y, tras someterla a análisis, llegó a la conclusión de que tal vez Ruth no hubiera tenido un padre ausente, pero sin duda conocía el sufrimiento.

Había estado tan ocupado intentando encajar el hecho de que se había reencontrado con Astaroth que no había querido recordar detalles concretos, como la manera en que Ruth se defendió de él, con una agilidad sorprendente, y la forma en que supo metérselo en el bolsillo, demostrando un talento manipulador digno de Mata Hari.

Aquellas no eran las habilidades que una mujer corriente pudiera desarrollar asistiendo a un par de clases de krav magá o yendo al gimnasio cuatro veces por semana. Ruth no era inofensiva, ni su

corazón era un lienzo en blanco sobre el que Abraxas pudiera escribir su nombre después de un par de besos. Ruth tenía la mente codificada y el cinismo de un estratega con experiencia bélica, y eso Abraxas lo reconocía porque se veía a sí mismo cada día en el espejo.

Era una mujer con el alma emponzoñada. La delataban su sonrisa traicionera y el brillo letal de sus ojos.

Por eso le gustaba de un modo francamente retorcido, pero al mismo tiempo, aquellos eran detalles que despreciaba porque no le recordaban a Astaroth. Porque no podían ser más diferentes, y Abraxas se negaba a venerar un solo rasgo característico que su mujer no hubiera mostrado en vida. Igual que se negaba a pensar en el beso que habían compartido, porque Astaroth jamás le habría besado así, como una puta endemoniada.

Abraxas se estremeció recordándolo y se pasó una mano por el rapado.

—Da igual si me gusta o no —resolvió, bloqueando pensamientos indecentes—. Lo que importa es que debe estar conmigo, aunque solo sea para que pueda protegerla. El simple hecho de ser mi mujer la pone en peligro, y tengo que estar ahí, con ella, para dejarle claro a quien la mire que habrán de pasar por encima de mi cadáver para tocarle un solo pelo de la cabeza.

Capítulo X

Pavlik le había dicho que lo más probable era que si Abraxas sentía verdadera fijación por ella, él mismo volviera a buscarla al lugar donde se conocieron, así que allí se dirigió al día siguiente.

Ruth se limitaba a seguir las instrucciones que le dictaba el BIS. Hacer lo contrario podría considerarse delito de sedición, y no estaba en condiciones de enfrentarse a una organización de espías. No tenía los recursos suficientes para salir vencedora, y si no podía ganar, Ruth ni siquiera lo intentaba.

Nunca se le había dado bien perder.

El agente resultó estar en lo cierto. Mientras Ruth se fumaba un cigarrillo y disfrutaba de una copa en uno de los desvencijados sofás del público, se percató de la agitación que provocaba la visita de cierto cliente. Con las piernas cruzadas y el vaso en la mano, observó con el estómago encogido que Abraxas se abría paso entre los jugadores de billar y bebedores compulsivos que bajaban al bareto en cuanto despertaban de la siesta.

Solo los desempleados deambulaban por el Ruby Bloom a las cuatro de la tarde. Los desempleados y él.

Ruth reprimió un estremecimiento cuando la mirada de Abraxas cayó sobre ella. Empezaba a pensar que no sabía mirar, sino apuñalar. La intensidad de su interés le provocaba cosquillas en la nuca.

Tuvo que hacerle un gesto al jefe de seguridad para que abortara la misión, pues ya se estaba dirigiendo hacia la mesa con intenciones de ponerlo de patitas en la calle. Ruth había tenido que dar explicaciones sobre lo sucedido para que no se les ocurriera vetarle la entrada, aduciendo que era un hombre con el que mantenía una relación muy peculiar.

No se habían tragado la historia de que dio su consentimiento para ser arrastrada fuera del local, pero tampoco se habían atrevido a contradecirla.

—Al final va a ser verdad eso que dicen de que el asesino siempre vuelve al lugar del crimen —comentó Ruth, proyectando su voz de manera que solo la escuchara él. Ante su silencio, dejó de remover el contenido del *old-fashioned* y lo miró interrogante—. ¿No me vas a corregir?

Abraxas tomó asiento enfrente de ella con la incomodidad propia

de un hombre que no estaba en su elemento.

—¿En qué sentido?

Ruth estuvo a punto de respingar. Había olvidado de un día para otro su voz grave; una voz que parecía surgir de las profundidades de la tierra.

—He dicho «asesino», no «secuestrador». ¿No te molesta que te achaque más defectos de los que tienes?

—En este caso, no. Adolezco de ambos.

Ruth ni siquiera se planteó que pudiera estar bromeando y le dio una calada al cigarrillo sin dejar de mirarlo con diversión.

¿Y qué si era un asesino? Ella misma era una asesina. Su padre fue un asesino. Todos los hombres y mujeres de los que se había rodeado desde la tierna infancia habían matado con sus propias manos al menos una vez en la vida. Aquel detalle solo le hacía más afín a ella. Y si bromeaba con la muerte, también se sentiría más cerca de él, porque Ruth era la primera a la que le pirraba el humor negro.

—Pues ahora mismo pareces una persona muy normal. —Lo miró de arriba abajo. Se había esforzado por pasar desapercibido con prendas oscuras—. ¿Hoy no planeas cogerme en volandas?

—Solo si estás dispuesta.

Ruth acarició el borde de la mesa con los dedos, entre incrédula y extrañamente complacida por el modo en que se desarrollaba la conversación; por el simple hecho de que hubiera regresado, y sin armar un escándalo. Su comportamiento civilizado les ahorraría problemas a los dos.

—La verdad es que no. Estoy muy cómoda aquí sentada. ¿Qué se te ofrece? A ver si lo adivino: confirmar que no voy a denunciarte a las autoridades.

—Se te ve tan tranquila que nadie diría que ayer tuviste un día movidito, y menos todavía que fue por mi culpa. Yo diría que no tendría que chantajearte o sobornarte para cubrirme las espaldas.

Ruth levantó las cejas.

—Qué tipo tan sagaz.

—¿Cómo estás del golpe en la cabeza? —preguntó, cambiando de postura en el asiento. Fue al preocuparse por ella cuando la tensión de su semblante desapareció, como si hubiera sido sincero por primera vez desde su entrada—. ¿Te estás tomando las pastillas que te han mandado?

—Me he tomado una esta mañana, si tanto te interesa saberlo.

Abraxas dirigió una mirada aprensiva al vaso de whisky.

—Creo que no es sano mezclarlo con alcohol.

—No lo es. —Y, ante su cara de pasmo, vació hasta la última gota de un largo trago. Sin necesidad de mirar hacia la barra, agitó el vaso en el aire y se acodó sobre la mesa—. ¿Qué quieres de mí? ¿Te has

pensado lo del bailecito privado?

—Me gustaría recuperar mi daga.

Ruth chasqueó la lengua y meneó el dedo índice delante de sus narices.

—Santa Rita, Rita, lo que se da, no se quita... —Hizo una pausa para mirar al camarero con una sonrisa. Había acudido a la mesa volando—. Gracias, Yanis. A lo mejor mi acompañante quiere pedir algo.

Abraxas estaba mirando la copa de whisky que acababan de servirle.

—¿Cuántas llevas?

—¿Lo dices para calcular con cuántas podrías alcanzarme? Te advierto que no va a ser posible.

—Yo no afirmaría eso con tanta rotundidad. No sabes si estoy acostumbrado a beber.

—Pero sé que yo sí lo estoy y que, de hecho, bebo como un pirata.

—Es una realidad que las mujeres no tienen tanto aguante como los hombres —repuso en tono informativo.

—Te aseguro que tengo más aguante que los hombres en más de un sentido —replicó, rodeando el vaso con los dedos—, y no lo diría si no lo hubiera experimentado de primera mano.

Abraxas le sostuvo la mirada como si quisiera averiguar si mentía.

Corría el rumor de que los hombres robustos y aficionados al deporte compensaban con sus músculos inflados el insignificante tamaño de su cerebro, pero a Ruth no le parecía que a él en concreto le faltara sesera. Más que ser irreflexivo, un tipo tenía que estar muy seguro de sí mismo para presentarse al día siguiente en el mismo bar donde había tenido lugar un secuestro público. Quizá también fuera un poco descarado, pero no sentía que ese adjetivo fuese del todo con él. Parecía serio y honrado, uno de esos insólitos espíritus que eran fieles a los mismos principios durante toda la vida, y no por comodidad u obstinación, sino debido a una inquebrantable y sincera convicción.

Llevaba un jersey de cuello de cisne y una chaqueta de cuero. Ninguna de las dos prendas conseguía disimular los volúmenes de su cuerpo.

Ruth no temía a los hombres grandes. Sabía que el tamaño de un bastardo no tenía nada que ver con el miedo que podía infundir en su víctima. La persona que más la había aterrado desde que era niña medía lo mismo que ella y pesaba bastante menos.

—Traiga la botella —dijo solamente.

—¿La botella? —repitió ella—. No puedo pagar una botella.

—El gasto correrá de mi cuenta.

—¿Es una forma de compensarme por lo de ayer?

—Me disculpo de nuevo por eso.

—Pues he oído disculpas más sentidas de asesinos condenados, pero no importa. —Apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia él. Por desgracia, la mesa redonda era demasiado grande para que sus narices llegaran a rozarse—. Sé que eres sincero.

Abraxas no apartaba la mirada de ella, absorbido por la curiosidad.

—¿Por qué no me tienes miedo?

—¡Ja! —Se dejó caer contra el respaldo—. Porque eso te gustaría, Terminator.

—Te equivocas. No quiero que me temas.

—Es verdad... Querías que te amara desesperadamente, ¿no? —se mofó.

—Eso no me parecería mal.

Ruth soltó una carcajada antes de poder reprobar su propio comportamiento. Le habían ordenado que coqueteara con Abraxas, que lo acorralase o que incluso lo drogara; que hiciese lo que creyera necesario para sonsacarle información, infiltrarse en su casa, codearse con sus conocidos, y todo para que confiara en ella, en definitiva, pero no había tenido que esforzarse. El flirteo le salía de forma natural, igual que él se expresaba sin la intención de deslumbrarla con su ingenio o con un puñado de halagos vacíos y, sin embargo, lo conseguía. Era franco y directo, y para Ruth, acostumbrada a escrutar con cautela a sus enemigos —no tenía amigos de ninguna clase—, aquello era refrescante.

El camarero reapareció con la botella de whisky. La dejó en el centro de la mesa junto con un par de vasos limpios.

—No te tengo miedo porque no eres peligroso —retomó Ruth una vez hubo servido los dos vasos. Lo miraba de reojo, y no porque quisiera predecir su siguiente movimiento para protegerse, sino por el gusto de averiguar en qué estaba pensando, de adelantarse a sus movimientos—. De hecho, eres un secuestrador de pacotilla.

—Eso solo lo diría alguien que puede comparar un secuestrador con otro.

—Nadie me había secuestrado antes, descuida. Tienes el honor de ser el primero.

—Y el último.

—Yo no apostaría por eso. La vida es muy larga.

—Yo sí apostaría por ello. A ti nadie te va a hacer daño mientras yo viva —aseveró con firmeza.

—¡No me digas! Pues eso bien merece un brindis. —Alzó su copa —. Salud.

Abraxas la imitó y vació el vaso sin hacer siquiera una pausa para tomar aliento. Lo dejó sobre la mesa con un gesto sorprendentemente elegante, entrelazó los dedos y la miró como si apenas hubiera dado

un sorbo de agua.

—Quiero salir contigo —anunció sin más.

Ruth ladeó la cabeza con la copa aún en la mano.

—No entiendo a qué te refieres. ¿A tomar el aire, dices? ¿Te has mareado tragándote ese veneno de golpe? Aquí el whisky lo hacen con el matarratas, estoy segura.

—No me sorprendería. Creo que nunca había bebido nada tan repugnante —admitió, inexpresivo—. Me refiero a salir en general. Quiero llevarte a cenar.

A Ruth se le escapó una sonrisa incrédula. ¿Cómo era posible que se lo hubiera puesto tan fácil? Aquello no era nada menos que lo que tenía que hacer para contentar al BIS: metérselo en el bolsillo para que la incluyera en su vida.

Más allá de la sorpresa, le extrañó su propia reacción. Se sintió curiosamente halagada.

—Tienes la cara muy dura, Terminator —dijo al fin, con los labios pegados al borde del vaso y la mirada entornada sobre él—. ¿Te lo han dicho alguna vez?

—Sí, e incluso hay quien se ha preocupado de confirmarlo en un sentido literal.

Ruth soltó una carcajada.

—¿Por eso tienes cicatrices y moratones por curar en todas las partes visibles del cuerpo? —Señaló el rodal cerúleo de la mandíbula con un gesto de barbilla—. ¿Eres boxeador o algo así?

—Algo así, sí —contestó con ambigüedad—. ¿Lo harás? ¿Saldrás conmigo?

—¿A cenar? ¿A dónde?

—Donde más te apetezca.

—Para empezar, estás dando por hecho que me apetecería salir con un hombre que me dio un golpe en la cabeza. Hay mujeres muy autodestructivas, entre las cuales me incluyo, pero es un vicio que trato de erradicar, ¿comprendes?

—Lo del golpe fue un accidente. Puedo tratarte bien.

Ruth no supo cómo reaccionar.

«Puedo tratarte bien», acababa de decir, y se había preocupado de que sonara a promesa, como si planeara alargar aquella cita informal hasta el desayuno del día siguiente, hasta un almuerzo con los respectivos padres, hasta una merienda con amigos, hasta el fin del mundo. Ruth había sido víctima de la ambición de los hombres y estaba acostumbrada a tratar con tipos a los que no se les podía decir que no, pero en él no detectaba la frialdad de los asesinos. Simple y llanamente, Abraxas le estaba haciendo una clara advertencia con tal calidez que se sintió abrumada.

—¿Esto tiene algo que ver con eso de que dijiste de que me parezco

a tu mujer y de que... estamos hechos el uno para el otro? —le costó parafrasearlo. No eran palabras que estuviera acostumbrada a pronunciar—. Porque... Joder, tu esposa tuvo que ser una criatura excepcional si es capaz de desencadenar esta historia de locos. ¿Cómo era? ¿Qué hacía por ti para tenerte tan enganchado?

Abraxas acarició el borde del vaso con el dedo.

—Era cariñosa y obediente. Me respetaba y dejaba en mis manos las decisiones que a ella le concernían porque confiaba en mi criterio. Estaba en casa cuando yo regresaba, y en lugar de hacerme preguntas impertinentes sobre lo que hacía o dejaba de hacer, me entretenía con relatos de su rutina o me hacía olvidar con caricias.

Ruth hizo de rogar la conclusión que Abraxas estaba esperando con la vista fija en ella. Dio una calada al cigarrillo y expulsó el humo tan despacio que él acabó cambiando de postura en el asiento, ya no tan impaciente como simplemente inquieto.

—Si lo más bonito que mi hombre puede decir de mí es que soy obediente —dijo al fin—, te juro por Dios que me inmolo.

—Por suerte, no será necesario. No es una virtud que se te pueda atribuir.

—Eso es cierto —cabeceó, conforme. Hizo una pausa para arrojar los vestigios del cigarrillo en el cenicero—. ¿Sabes? No suena a que tuvierais una relación de cuento de hadas... O, bueno, quizá sí tenga sus equivalencias con el cuento de hadas Disney de los años cincuenta. *Blancanieves* era, ¿no? O *Cenicienta*. A las dos les encantaba fregar y soñar con el amor romántico que tanto daño nos ha hecho.

El gesto de por sí severo de Abraxas se ensombreció con el desahogado comentario.

—¿Qué estás insinuando?

No debería provocar a un hombre con una herida tan reciente y visiblemente dispuesto a utilizar sus puños de hierro para vengar el nombre de su mujer, pero Ruth no le tenía respeto ni a la muerte y la vena autodestructiva la impulsaba a ser cualquier cosa excepto prudente.

—Estoy insinuando que tenías una criada, no una esposa. No quiero decir con esto que no llegaras a quererla —se apresuró a aclarar—; de hecho, me lo creo. ¿Cómo no ibas a quererla, si no te causaba molestias? Los hombres caen rendidos por cualquiera que les dé la razón como a los locos, sobre todo si además de ser complaciente, la tipa tiene una cara bonita.

»Tampoco cuestionaré que ella te amara. Es habitual que las mujeres se enamoren de las causas perdidas. Ahora bien; esa relación que describes no es la que tendrías conmigo si aceptara una cita. Eres consciente, ¿no?

—Eso ya se vería —repuso, atravesándola con la mirada—. Si eres

tan abanderada de la igualdad como pareces después de tu pequeña disertación sobre el amo y el esclavo, sabrás que tendríamos que ponernos de acuerdo para todo, y eso te obligaría a ceder en algunos aspectos.

Ruth sonrió, lobuna.

—En absoluto. Yo soy la que lleva los pantalones. Tendrías que ser tú quien se adaptara a mí, quien fuera... ¿cómo has dicho? *Cariñoso y obediente*. No te vendría mal que cambiaran las tornas, para variar... —Lo miró de soslayo con el cigarrillo a punto de rozarle los labios, curvados aún en una media sonrisilla canallesca—. Se te nota a leguas que necesitas una dosis de humildad.

Abraxas entornó los párpados mientras se servía otra copa.

—No me digas.

—Ajá.

—¿Qué prueba decide quién lleva los pantalones? ¿Esa que has planteado sobre cuál de los dos puede beber más whisky?

—No hay prueba que valga para dictaminar algo así. La autoridad no se somete a un juicio justo, por eso no se puede disputar. Te he dicho que mandaría yo porque tengo el poder como para que ni se te ocurra discutírmelo, ¿o no estás aquí rogándome que salga contigo?

—No te he rogado en ningún momento.

—Pero tampoco me tomarás contra mi voluntad si rechazo la oferta, ¿verdad? —Su silencio le dijo todo lo que necesitaba saber—. ¿Te vas a arriesgar a que me niegue a salir contigo solo porque he cuestionado tu hombría?

—No —contestó enseguida—. Sé cuándo tengo que ceder.

—¿Ah, sí? —Ruth volvió a acodarse en la mesa para mirarlo muy de cerca—. ¿Y cuándo se da el caso?

—Cuando mi prioridad es complacer al enemigo, no reducirlo.

Ruth se dio por satisfecha con la respuesta y se reclinó en el asiento.

—Pocos enemigos tendrás si te dedicas a complacerlos.

—Tengo más enemigos que amigos —replicó. No pareció afectado porque así fuera, lo que confirmaba que era una criatura solitaria. Como ella—. Por desgracia, a ti te convertí en uno al dejarme llevar por mis bajos instintos. No volverá a suceder.

—¿Quieres decir que pretendes pasarme al otro espectro? ¿Vas a convertirme en tu amiga?

—Sería un buen comienzo —reconoció con llaneza.

Estaba permanentemente en guardia, pensó Ruth. En cualquier otra persona, esa actitud solemne le habría resultado irrisoria, pero por más que lo intentaba, no lograba tomarse a la ligera ni su presencia ni sus extrañas peticiones. Lo envolvía un aura de magnanimidad que no pasaba desapercibido ni ante los cínicos como ella.

—Me alegra que hayas dejado de lado esa obsesión con casarte y permanecer a mi vera durante el resto de tu mortalidad —comentó con desahogo—. Con este nuevo tú no me importaría salir una noche.

Su rostro se iluminó. A Ruth le costó tragar saliva.

De veras quería pasar tiempo con ella.

—¿Eso es un sí?

—Depende. ¿Por qué quieres salir conmigo? Por tu bien, no me digas que pretendes convertirme en el próximo culo bonito que te esperará en casa mientras tú haces lo tuyo. Es evidente que no tengo nada que ver con la última mujer con la que saliste, y no pareces la clase de hombre al que le gusta la variedad. Apuesto a que no has probado la comida mexicana.

Él pestañeó, confundido.

—No, no la he probado, pero ¿eso qué tiene que ver?

—Tiene mucho que ver, porque demuestra que no estás acostumbrado a los sabores fuertes. Seguro que no te va el picante.

Abraxas comprendió a lo que se refería y enarcó las cejas con un atisbo de sonrisa.

—¿Crees que no puedo manejar a una mujer como tú?

—No sé si puedes, pero es evidente que no estás acostumbrado. No te divertirás conmigo, Abraxas. Quizá solo si follamos, y ni siquiera, porque yo voy encima y me juego lo que sea a que a ti te gusta mandar. ¿No prefieres pensártelo mejor? Yo siempre me apunto a una cena en una compañía interesante, pero no parece que tú vayas a aguantar hasta el segundo plato.

Ruth creyó ver un destello de fuego en sus ojos rojizos.

Nunca había visto unos iris como esos. Al principio pensó que se debería a una ilusión óptica, a una infección, pero ahora lo dudaba. Tampoco lo imaginaba lo bastante coqueto o deseoso de parecer original en ciertos ambientes excéntricos como para comprarse unas lentillas de color. Era un hombre sencillo y clásico, o quizá no tanto, porque la estaba mirando como si quisiera devorarla, y a los hombres sencillos y clásicos no les gustaban las mujeres ni remotamente parecidas a Ruth.

—Puede que no seas mi tipo, pero estás buena y me pones de muy mal humor —admitió sin cambiar de expresión—. Te aseguro que puedo soportar que intentes burlarte de mí durante una comida.

Ruth soltó una carcajada genuina.

—¿Por qué ha sonado como si ponerte de mal humor fuera una virtud? ¿Es que crees que del odio al amor hay un paso?

—No es una virtud, pero es una característica que me da vida.

Ruth se rio de nuevo, esta vez con sarcasmo.

—De nada, entonces.

»Podemos vernos en el restaurante mexicano de Malá Strana el

viernes a las ocho, y así averiguamos si estás hecho o no para los sabores fuertes.

«Y de paso me entero de dónde has salido», pensó, mirándolo de hito en hito.

Capítulo XI

—Por tu bien, espero que no se te haya ocurrido llamarme porque haya algún problema en El Séptimo Círculo, o peor: porque Valthe lo esté pasando mal. Yo también lo estoy pasando mal. Es lo que se hace cuando dos personas rompen su relación: pasarlo mal. No es excusa para molestarme cuando estoy preparándome para asistir a mi clase de escritura creativa.

Abraxas retiró el móvil de la oreja para fruncirle el ceño a la pantalla iluminada, donde destacaba el nombre de Mara. Había sido ella la que se había tomado la molestia de incluir su número de contacto, porque Abraxas no terminaba de adaptarse a las últimas tecnologías y le disgustaba verse en la obligación de mantener una conversación mediante mensajes o bien dando la impresión de que estaba hablando solo con uno de esos audios.

Aparte de su nombre, Mara había incluido lo denominado «emojis»: un diablito sonriente y un corazón en llamas.

—Me dijiste que te telefoneara si necesitaba algo —repuso Abraxas tras colocar de nuevo el *smartphone* entre el hombro y la oreja.

Abrió las dos hojas del armario con las manos.

—Era una forma de hablar. Era evidente que tú nunca ibas a necesitarme para nada. Por lo menos, no para montar un mueble de Ikea, que es para lo que se molesta a los amigos.

—¿Entonces no te puedo llamar?

—Claro que sí, hombre. Te dejé mi nuevo número para que me cuentes cómo estás, cómo te sientes, o incluso para vernos de vez en cuando, pero no para recordarme que el mundo sobrenatural se desmorona sin mi presencia.

Abraxas adoraba a Mara por una simple razón: fue la única persona que arrojó un poco de luz después de la muerte de Astaroth, quien le transmitió su último mensaje y la única que le sostuvo cuando estuvo cerca del derrumbamiento. Gracias a esto, y una vez transcurrió el tiempo suficiente para que se acostumbrara a su chispeante personalidad, Abraxas había aprendido a quererla por otros motivos, como su sentido del humor —que a veces se le hacía cuesta arriba— o el hecho de que defendiera con garras y dientes su preciada libertad.

No obstante, si la muerte de Astaroth no hubiera ejercido de puente de unión, Abraxas no la soportaría. Era impertinente, especialmente con la que solía ser su pareja —algo que él no comprendía—, siempre

tomaba las decisiones más egoístas que pudiera concebir la mente humana y creía que podía hacer lo que le diese la real gana, como si una criatura con un don sobrenatural y señalada para un fin concreto pudiera decidir no cumplir con su deber.

Le recordaba a Ruth. O Ruth le recordaba a Mara.

O tal vez solo tenía la sensación de que se llevarían a las mil maravillas.

—No te he llamado porque el mundo sobrenatural se esté desmoronando sin tu presencia.

Se mordió la lengua para no agregar algún comentario que pudiera provocar que le colgara, como «el mundo de Valthessar, por otro lado, sí». No era su asunto, y tendría que estar muy borracho para tomarse la molestia de defender al *rex*.

—*¿Entonces?*

Abraxas se rascó la nuca, avergonzado, y echó una ojeada aprensiva a las escasas prendas de ropa que colgaban de su armario. En su mayoría eran camisetas básicas o jerséis elásticos y absorbentes que permitieran el movimiento, vaqueros negros sin florituras, chaquetas que traspirasen, zapatos cómodos.

—Tengo una cita y no sé qué ponerme —reconoció, avergonzado.

—*¡¿UNA CITA?! ¡¿TIENES UNA CITA?!* —chilló Mara. Abraxas tuvo que alejar el teléfono para no perder la audición, pero incluso así la oyó romper a reír y estallar en aplausos—. *¿Quién es? ¿Cómo es posible? ¿Tu exmujer se ha reencarnado? Vaya, esa es una pregunta que jamás pensé que haría cuando un amigo me anunciara que pretende salir con alguien. El caso es... ¡Qué fuerte!*

—Supongo. —Carraspeó, sintiéndose más violento que nunca, y cambió el móvil de mano. Le sudaban las palmas—. ¿Cómo se supone que debo vestirme? La última vez que necesité consejo sobre... esto... Bueno, fue Dagon quien me dio algunas pautas, pero me niego a que me maquille y me plante unos aros dorados en las orejas.

Eso último lo agregó con un gruñido.

—*Pues te sorprendería la cantidad de mujeres que se pirran por un tío con una clara vibra femenina. Si lo que quieres es que te diga qué ponerte para impresionarla, no te preocupes. Eres la clase de hombre que estaría favorecido incluso con un saco de arpillera.*

—Pero no es eso lo que debería ponerme, ¿no?

—*Con unos pantalones y un jersey estarás bien. Eso sí, preocúpate de que se le haga la boca agua con tu perfume. Es importante. Crucial, diría yo.*

Abraxas sabía lo determinante que era el olor propio. A fin de cuentas, era un penitente, una criatura con apariencia humana y con características más bien animales; podía adquirir la misma velocidad que un guepardo y era tan letal como un cocodrilo del Nilo, por lo que

no resultaba nada sorprendente o novedoso que tuviera el sentido del olfato tan desarrollado como un depredador. Sabía lo importante que era para él en el campo de batalla, y también cuando se trataba de reconocer a una mujer.

Siempre le habían gustado los perfumes femeninos. Sin embargo, en su última reunión con Ruth descubrió que su delicioso aroma y su carácter complicado no eran la mejor combinación. No le deseaba a nadie la extrañeza, incomodidad y anhelo que había sentido en su presencia, por un lado atontado, temblando de deseo, y por otro deseando cerrarle el pico y castigarla por sus atrevimientos.

—¿No me vas a responder ni una de las preguntas que te he hecho? ¿Cómo es?

—No se parece a Astaroth —dijo enseguida—. En nada.

—Bueno... todavía no la conoces bien, ¿a que no? Podría sorprenderte. Y si resulta que no tienen en común ni el blanco de los ojos, es mejor en cierto modo, ¿verdad? Eres inmortal, Abraxas, y debe ser aburrido pasar dieciséis o veinte siglos con la misma mujer. La Magna te habrá hecho el favor de darte una esposa distinta para que disfrutes de la novedad.

Abraxas prefirió no contestar, pero no le sorprendió la falta de tacto con la que desestimó un sufrimiento que él tenía enquistado.

Que no se pareciera a Astaroth era una tortura, y que hubieran sido solo veinte siglos con Astaroth y no una vida entera, una cruz. La Magna no le había hecho ningún favor. De hecho, a veces, cuando le vencía la tristeza, pensaba que el luto era su castigo de pecador y no por el que tuvo que pasar en edades tempranas.

Y sin embargo, Mara tenía una pizca de razón. Abraxas se negaba a reconocerlo, ni en voz alta ni para sí mismo, pero había algo en Ruth que Astaroth no tuvo y que le parecía terriblemente fascinante.

—Eso que he dicho ha sido una parida, ¿verdad? Te ha afectado —adivinó Mara—. *Lo siento. Estoy tan emocionada con esto que no mido lo que digo. O no lo mido nunca. En fin... Me sorprende que le hayas pedido salir en lugar de echártela en el hombro y llevártela a tu habitación.*

Abraxas carraspeó antes de responder.

—Las mujeres del siglo XXI exigen un trato diferente —parafraseó a Dagon—. Si es el sacrificio que tengo que hacer para recuperarla... Supongo que podría ser peor.

Pero no podría ser peor. A Abraxas se le habría dado mucho mejor arrasar una ciudad, vencer a un dragón y escalar la más alta torre que fingir que era todo un caballero, que estaba de acuerdo con las relaciones de pareja que se estilaban en la actualidad y que no le irritaba profundamente que Ruth no se hubiera enamorado de él enseguida.

Era consciente de que sus habilidades de cortejo no eran las mejores y de que tendría que dar su brazo a torcer en numerosos

aspectos, y todo por una mujer a la que aún no quería. A la que a veces pensaba que no podría querer jamás.

Abraxas dio un paso hacia el armario colindante. Alguien se había tomado la molestia de infiltrarse en su dormitorio y bloquear las puertas para que Abraxas no corriera a refugiarse en el pasado, pero había sido en vano. No le costó romper las cadenas que envolvían los tiradores y asomarse a las prendas que pertenecieron a Astaroth.

No abrió más que una rendija, lo suficiente para meter la mano y acariciar sus vestidos preferidos. No quería que su olor escapara del encierro y se perdiera en el olvido, como lo habían hecho su voz y sus anhelos.

—Mara —dijo en voz baja—. ¿Sigues ahí?

—*Ajá.*

—¿A ti Astaroth te mencionó...? —Presionó los labios—. Sé que no tuvisteis mucho tiempo para hablar, que ella tenía que cruzar el umbral, pero a lo mejor... A lo mejor te comentó que no era del todo feliz conmigo. ¿Lo hizo? —insistió, agarrando con fuerza la manga del último vestido que llevó. Prefería que no se pusiera pantalones, y Astaroth siempre estaba por la labor de complacerlo. Abraxas daba por hecho que jamás cuestionaría sus preferencias y se amoldaría a ellas, y por eso jamás percibió su afán por hacerle feliz como un sacrificio, pero ahora...—. ¿Te dijo que yo era demasiado dominante, o que ella se sentía desgraciada?

—*¿Qué? ¡Claro que no! Te he contado mil y una veces lo que hablamos, y te aseguro que no soy tan cruel como para dejarme un detalle tan importante.*

—Pero... ¿parecía aliviada por tener que irse?

—*No, Abraxas. Estaba muy apenada. Y resignada, claro; hecha a la idea de lo que le esperaba. Había pasado demasiado tiempo encerrada como para tener esperanza.*

Abraxas tragó saliva y retiró la mano.

—Ya.

—*¿Por qué lo dices? Parece que algo te preocupa.*

—Digamos que me estoy cuestionando algunas cosas —musitó. Mara sabía que Abraxas estaba lleno de dudas y temores, que su cabeza no dejaba de funcionar jamás y el único modo que tenía de pararla era luchando. Con ella podía desahogarse sin miedo a que no lo tomara en serio—. Es posible que dos amantes no tengan la misma visión de la relación que mantienen, ¿verdad? Uno puede ser muy feliz y no tener la menor idea de que el otro es terriblemente desgraciado.

—*Pues claro que es posible. Para muestra, un botón* —bufó. Abraxas se la imaginó sacudiendo la cabeza y suspirando, como hacía cada vez que recordaba que el problema de base entre Valthessar y ella no tenía

solución—. *Cuestionarse esta clase de cosas es un excelente ejercicio de autocrítica cuando estás en una relación, pero planteárselo después puede acabar torturándote, porque ya es demasiado tarde. No tiene sentido que ahora pienses en eso, Abraxas. Lo que quiera que pensara Astaroth sobre ti, se fue con ella. Lo que sí puedes hacer es cambiar lo que creas que falló durante esta segunda oportunidad que se te ha presentado.*

Sin lugar a dudas, pensó Abraxas, porque Ruth había sido muy clara.

Ella no era obediente. Ella no esperaría calladita en casa. Ella no permitiría que Abraxas tomara decisiones sobre lo que no le concernía. Y todo porque, para empezar, Ruth no era un ama de casa. Era una bailarina de alterne que sabía luchar, despistar, manipular e incluso hipnotizar con su forma de mover los labios, con sus lentos parpadeos, con los gestos de actriz de los años veinte.

Abraxas no podía recordar si alguna vez se había quedado fascinado viendo cómo Astaroth cruzaba las piernas y daba una calada a un cigarrillo, y eso le aterraba.

Lo más probable era que Astaroth jamás hubiera probado un vicio tan desagradable.

A Ruth le importaba un carajo.

—No puedo saber qué falló si no llegó a decírmelo.

—*El hecho de que tengas dudas sobre tus fallos quiere decir que podrías haberlo hecho mejor. Hazlo mejor* —le aconsejó Mara—. *Puede que ella haya sido creada genética y espiritualmente para ti. Puede que su único cometido en este mundo sea permanecer a tu lado. Pero eso no debería significar que no te la tengas que ganar, o que puedas dar por sentado que no te dejará. Te aseguro que las mujeres sabemos rebelarnos contra nuestro destino. No nos subestimes.*

Capítulo XII

Ruth se miró en el espejo mientras terminaba de ajustar el micrófono a la liga del muslo. Le pareció que la pose era sexy a rabiar: la cabeza ladeada, provocando que un mechón de pelo cayera sobre uno de sus ojos ahumados; la raja del vestido de cuero a punto de ceder y enseñar la cúspide entre sus muslos por culpa de la pierna apoyada en el borde de la silla.

Buscó su propia mirada para transmitirle al reflejo de su rostro la duda que acababa de asaltarla.

¿Y si acababan acostándose? ¿No sería un grave error esconder el micrófono bajo la ropa?

¿Tan importante era grabar la conversación, para empezar?

Pavlik le estaba haciendo un seguimiento para evitar que la misión se malograra y se lo había recomendado. Sin embargo, a Ruth le parecía un extra innecesario. Se consideraba lo bastante avispada como para captar cualquier rareza en una primera charla.

Además de que se le daba de maravilla almacenar datos.

Bajó la pierna de la silla y alisó las arrugas que se habían quedado en la rígida falda. Se acarició el escote en forma de corazón y ajustó los finos tirantes, los del vestido y los del sujetador cuyo encaje se insinuaba por encima del corte del top.

Había muchos consejos sobre el buen vestir en las revistas que ojeaba cuando se aburría en el salón de manicura. Evitar que se marcaran las bragas, que se enseñara el sostén, que se transparentara el tanga, que se rompieran las medias o que se combinara un maquillaje agresivo en los ojos con un pintalabios llamativo.

A Ruth le importaba un comino. Muestra de esto eran el *eyeliner* oscuro y los labios rojos.

Se alborotó el pelo delante del espejo.

¿Tendrían sexo, o no? No le importaría. Para ella era una mera transacción. Solía divertirse, sí, y como solo buscaba su placer porque estaba acostumbrada a que los hombres priorizaran el suyo, le valía cualquier sujeto. Por supuesto, prefería un prototipo antes que a otro, y recordaba a algunos amantes con más aprecio que a los que demostraron poca maña, pero en general no era exquisita.

En cuanto a Abraxas... No negaba que sintiera curiosidad.

Se arregló la comisura de los labios, manchada de carmín, y se echó a la calle sobre las botas de motera.

Pavlik no le había insinuado que tuviera que acostarse con Abraxas, pero Ruth pensaba que sería la forma más rápida de sonsacarle información. Todo el mundo se sentía vulnerable después de un orgasmo, y no le cabía la menor duda de que por más caballeroso que se hubiera mostrado en el Ruby Bloom, el objetivo de Abraxas no era otro que meterse entre sus piernas.

Podía ser tan solemne como quisiera, pero no pudo disimular cuánto la deseaba.

Lo localizó esperando de pie a la entrada del restaurante. Tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón, y movía ansiosamente la pierna. Miraba a un lado a otro como si tuviera prisa. Su inquietud enterneció a Ruth, pero también le sacó una sonrisa desdeñosa.

Era muy novedoso quedar con un tipo que parecía desesperado por su compañía. Apostaba por que su objetivo era arrancarle las bragas.

Mientras se acercaba, se preguntó si no tendría un plan oculto. Si, al igual que ella —y en el caso de que no buscara sexo—, no pretendía sonsacarle algún tipo de información.

Le costó creerlo cuando sus miradas se encontraron y él perdió el aliento.

¿Sería posible que simplemente le gustara como mujer y aspirara a una relación? Esperaba que no. Conquistarla le resultaría más difícil incluso que llevar a cabo un plan perverso.

—Hola —saludó ella. Se quedó a una distancia prudencial de él, con las manos refugiadas del frío en los bolsillos de la cazadora.

—¿Cómo se te ocurre salir así a la calle? —fue lo primero que dijo, a caballo entre la perplejidad y la indignación. Ella fingió no comprenderlo.

—¿A qué te refieres?

—A que todo el mundo te mira.

—¿Y qué? La ley está hecha para que no toquen si les llegara a gustar lo que ven.

—¿Y tú te fías de la ley? —gruñó con el ceño fruncido—. Se van a llevar la idea equivocada de ti.

—Si te refieres a que pensarán que soy una buscona, no creo que estuvieran equivocados. Yo siempre ando en busca de algo. Problemas, por ejemplo; solo hay que verte a ti. —Le guiñó un ojo con socarronería—. ¿Vamos a entrar, o me has citado para reprenderme, papi?

—Claro que vamos a entrar. Debes estar muerta de frío —farfulló por lo bajini.

En un gesto involuntario que sin embargo Ruth interpretó como tímido y vacilante, la condujo al interior posando la mano en su baja espalda. Habría jurado que sus dedos se crisparon al rozarla y que los presionó contra su piel, como si estuviera desesperado por el contacto

y cualquier excusa que se le presentara para mantenerlo le ayudara a respirar mejor.

Ruth lo miró con el rabillo del ojo y se fijó en que apretaba la mandíbula. También en que se había afeitado y llevaba una americana.

—Parece que quieras impresionarme —comentó, divertida—. ¡Mírate! Podría hacerme las cejas admirándome en el reflejo de tus zapatos nuevos.

Abraxas la miró sin entender el cumplido mientras el acomodador les acompañaba a una mesa retirada. Se acababa de ruborizar, y de manera furiosa.

—¿Qué les pasa a tus cejas? —preguntó en voz baja.

—Era una forma de hablar. No les pasa nada más allá de que sean estupendas.

Habría seguido torturándolo ahora que sabía que una parte de él era susceptible a los cumplidos si no hubiera reconocido la cara de uno de los comensales.

Ruth tuvo que hacer un esfuerzo para no exteriorizar lo que sintió: que el corazón se le salía del pecho. Había escogido un restaurante mexicano en aquella zona de la ciudad porque sabía que los esbirros de su padre no frecuentaban esos espacios. Preferían los sitios retirados donde se sirviera comida europea a un precio desorbitado. Que estuviera allí solo podía significar dos cosas: o había sido una desafortunada casualidad, o había ido a su zona favorita para encontrarse con ella.

Como estaba acompañado de una señorita, pudo aferrarse a la primera opción.

—¿Quién es? —inquirió Abraxas una vez estuvieron sentados.

Ruth tuvo la precaución de tomar asiento de manera que le diera la espalda a su conocido. Así podría concentrarse en Abraxas sin sucumbir a la necesidad de echarle una ojeada a cada rato, aunque fuera para confirmar que no se estaba acercando.

—Un cliente habitual del club. El Ruby Bloom —especificó Ruth. Se quitó la chaqueta sin mirar a nada en particular, procurando proyectar su voz con la dosis justa de seguridad e indiferencia—. No es de los más pesados, pero cuando me ven fuera del bar no saben comportarse como personas normales. Ni que fuera yo una celebridad.

Ruth se olvidó un instante de la presencia del mafioso. Abraxas acababa de reparar en lo descarado de su atuendo. La turbación tuvo que superar los límites de su autocontrol, porque no aprovechó para reprocharle su descaro, sino que retiró la mirada enseguida, tragando saliva, y solo la enfrentó cuando pudo engañar a los cinco sentidos para que se fijaran en el menú que el camarero les proporcionó.

—No eres virgen, ¿no? —preguntó Ruth por curiosidad. Abraxas la

miró de aquel modo que la desconcertaba, como si quisiera decirle que ella ya debería saber la respuesta—. No puedes ser virgen si estuviste casado. Incluso los más creyentes sucumben a la carne cuando el vínculo sagrado lo permite.

—¿Por qué lo preguntas?

—Para justificar tu puritanismo —contestó, repantigándose en el asiento—. Solo son tetas, Terminator.

Abraxas soltó la carta del menú para frotarse los muslos.

Probablemente le sudaran las manos.

—Nunca he hecho esto, y sé con toda certeza que no se me va a dar bien.

—¿A qué te refieres?

—A quedar con una desconocida con el objetivo de impresionarla, o de que quiera volver a verme. Es... muy violento.

—¿Más violento que un secuestro?

—Sí.

La velocidad de su respuesta la hizo reír, divertida de veras. El sonido provocó que Abraxas alzara la barbilla para mirarla perplejo.

—¿Qué he dicho que sea tan gracioso? —inquirió con verdadera curiosidad.

—No es objetivamente gracioso —reconoció a su pesar—, pero yo me río con las cosas más insospechadas. Tengo un sentido del humor bastante particular.

Abraxas pareció respirar hondo al ver en su respuesta un hilo de donde tirar. Colocó los cubiertos alineados con el plato, una vajilla colorida y de porcelana gruesa, y hasta cambió de postura en la silla, como si fuera a hacer la pregunta del millón de dólares.

—¿Y qué más?

—¿Qué más qué?

—No sé. Dime algo sobre ti.

—Eres tú quien me tiene que impresionar. Dime tú algo sobre ti. —Ruth afianzó en él una mirada determinada—. En qué trabajas, por ejemplo.

—No puedo contestar a eso ahora. Es demasiado pronto.

—¿Por qué? ¿Es que tu trabajo me espantaría?

—Es posible, aunque espero que no. Tengo que pedir permiso al cabecilla de la organización para revelar ciertos datos.

—¿Y a qué esperas?

—A estar seguro de que eres la persona indicada.

Ruth ladeó la cabeza.

—¿No lo estás ya? ¿Qué me convertiría en la persona indicada?

—Que supiera con certeza que puedo confiar en ti.

—Voy a dar por hecho que trabajas en el crimen organizado, y tranquilo, que eso no me preocupa especialmente. —Dio un sorbo al

margarita en cuanto se lo sirvieron. La sal se le pegó a los labios y se relamió mirándolo a la cara. Él no apartó los ojos de los suyos en ningún momento—. Mi padre era un mafioso, ¿sabes?

Esa era la regla número uno para conseguir que un hombre confiara en ella: contarle algo sobre sí misma, a ser posible un dato que sonara lo bastante íntimo y doloroso para despertar en él una mínima empatía, y esperar a que sintiera el deseo de agradecérselo compartiendo información de la misma importancia.

—¿Por eso no tienes miedo?

Le gustó que lo preguntara en general, esta vez sin la coletilla «de mí».

Había captado muy rápido que estaba curada de espanto.

—Por eso no tengo miedo.

—Ni vergüenza.

—Ni vergüenza —confirmó sonriendo de lado—. Ya está muerto, lo que teóricamente podría darme carta blanca para rehacer mi vida, pero creo que siento debilidad por los hombres malos. Solo hay que ver dónde estoy. —Y entrecerró los ojos con aire juguetón.

—Yo no soy de los malos.

Ruth le sostuvo la mirada con curiosidad.

No parecía estar mintiendo. Quizás fuera un espía doble o un agente encubierto que trabajaba para la policía nacional, o tal vez se tratara del importante activo de un servicio de inteligencia extranjero.

—¿Y por qué me arrastraste contigo? Dime la verdadera razón. No me creo que te enamoraras de mí nada más verme. ¿Eres el captador de una red de trata? ¿Estabas drogado y no lo parecía? ¿Sabes quién es mi padre y pretendías pedir una recompensa?

Ruth se calló al darse cuenta de que le estaba ofreciendo salidas. No le sorprendió que Abraxas cogiera el guante que tan amablemente ella le había atendido y contestara con naturalidad:

—Estaba borracho, sí. El luto ha sido muy duro y el alcohol me ha ofrecido consuelo. Esa noche abusé más de la cuenta, y te pareces tanto a ella que... No pensé.

«Pero si me dijiste que no tenía nada que ver con tu mujer», estuvo a punto de replicar. Avergonzándolo estaría perdiendo el terreno que ya le había ganado durante la conversación, así que optó por un inocente:

—¿Tienes una foto suya?

—Las borré. De lo contrario, me habría pasado la vida entera mirándolas.

Ruth observó que se quitaba la chaqueta para ponerla en el respaldo. Más allá de que su elección de vestuario favoreciera las formas de su cuerpo y ella apreciara la belleza masculina, aplaudió

para sus adentros que no hubiera tomado la precaución de poner sobre la mesa las llaves y el móvil. Eso habría significado que no confiaba en ella. Uno solo dejaba sus efectos personales a la vista para vigilar que su compañía no se los llevaba y además medir sus movimientos.

Uno de los objetivos de Ruth era husmear en su teléfono. Dudaba que fuera tan estúpido como para guardar ahí información delicada, pero debía empezar por algún sitio. Lamentó que tuviera los hombros tan anchos como para tapar la totalidad del respaldo, o si no habría sabido en cuál de los dos bolsillos estaba el teléfono sin necesidad de fijarse en las mangas caídas de la chaqueta. La hombrera del bolsillo ocupado tendía a escurrirse ligeramente hacia el borde del respaldo debido al peso del dispositivo si este no era contrarrestado, y en ese caso, no lo era.

Como era diestro, asumió que lo había guardado en el derecho y se puso en pie.

Abraxas reaccionó como si Ruth acabara de decirle que se largaba porque no lo soportaba.

—¿A dónde vas? —Se le escapó una nota de pavor.

—Tranquilo, Terminator, que solo voy al baño. —Rodeó la mesa, contoneándose para despistarlo, y se posicionó a su derecha para inclinarse sobre el menú. Utilizó la mano izquierda para palpar en busca del bolsillo sin apartar la vista de la carta plastificada; con el dedo índice de la otra, lo hipnotizó deslizando el dedo por las letras del plato de su preferencia con una caricia sugerente—. Si el camarero viene en mi ausencia, pídeme las enchiladas verdes, y si estás indeciso... —Se inclinó sobre su oído—. Los tacos al pastor son un clásico. Están de muerte.

Sonrió al dar con el teléfono y lo sacó de la chaqueta a la vez que le palmeaba el hombro contrario. Se dio media vuelta y lo metió en el escote para caminar con naturalidad y los dos brazos laxos hacia el servicio.

Una vez encerrada en el de señoritas, se sentó sobre la taza del inodoro y procedió a desmantelar el teléfono para extraer la tarjeta SIM.

—Bendito seas por no tener un iPhone —musitó mientras encendía el teléfono—. Esperemos que hayas almacenado la información en la memoria del dispositivo.

No tuvo que perder el tiempo averiguando la contraseña. Conectó el móvil de Abraxas a los datos de su propio teléfono para poder navegar en la web si lo necesitara, pero en principio solo quería leer algunos de sus mensajes y pasar los números de teléfono al suyo.

Tal vez pudiera rastrear la dirección de algunos contactos.

Tenía un mensaje de un tal Valthessar.

¿Dónde coño estás? Hoy te toca guardia.
No puedes seguir escaqueándote sin excusa. Me tienes al límite de mi paciencia.

También le habían escrito Dagon y Mara.

¿Me has cogido unos zapatos? Tío, eso se avisa. Encima son los de tango. ¿Vas a bailar tango?

¿Cómo va la cita? ¡Quiero que me lo cuentes todo! Si acabas pronto, podemos vernos en la ubicación que te he mandado sobre las diez y media. Es cuando acabo mi clase de escritura creativa. Por cierto, te mando un vídeo recitando el relato que escribí sobre vampiros para que veas que ha nacido una estrella.

Ruth enarcó una ceja. Abraxas no parecía la clase de hombre que tenía amigas que asistían a clases de escritura creativa, pero tampoco lo habría imaginado robándole los zapatos de tango a su colega. Decidió ignorar el hecho de que había puesto al corriente de su citación a alguien cercano —no era de las que se sentían culpables, y si se sentían así, posponían la vergüenza para cuando pudieran hacerse cargo de ella— y rebuscó en mensajes antiguos tan rápido como se lo permitieron los ojos, que buscaban con avidez.

—Cabrón precavido —murmuró, crispando la mano en torno al dispositivo—. ¿Ni siquiera tienes Twitter?

Buscó entre las imágenes. Lo único llamativo era la repetición de un rostro femenino. Dedujo en el acto que Abraxas no le había mentido sobre su esposa, aunque sí sobre su aspecto. Solo tenían en común una cosa: ambas eran pelirrojas. Ella por naturaleza, como dedujo en base al color de las cejas y las pecas; Ruth porque era adicta a los tintes baratos del supermercado.

—Ya me gustaría parecerme —musitó, escrutando los alegres ojos claros de la difunta. Solo había fotos de ella. Abraxas prefería no aparecer a su lado, señal de que más que quererla, la adoraba.

La veneraba.

Se quedó más rato del debido curioseando entre las imágenes. Aparecía con un delantal en una amplia cocina americana, emperifollada para asistir a alguna clase de evento, durmiendo en una cama de matrimonio, abrazándose el vientre...

Ruth tragó saliva.

¿Se habría quedado embarazada?

Sacudió la cabeza y se convenció de alejar esa imagen y olvidarse de indagar en asuntos privados que no le concernían. Era obvio que a través de su mujer no encontraría respuestas. Parecía una persona normal, un ama de casa como otra cualquiera; una que disfrutaba de su rutina.

Quizá por eso fantaseó con parecerse a ella. A aquella mujer le

había costado poco contentarse con lo que tenía, que no era poco. Dudaba que hubiera sido infeliz con un hombre dominante a su lado.

Pasó rápido una de las fotografías, dispuesta a dirigirse a otra aplicación, cuando su ojo captó con retardo un detalle interesante. Retrocedió para confirmar que al fondo de la imagen de Astaroth se apreciaba... ¿un expositor de armas?

Ruth amplió la foto y confirmó que el hacha y las lanzas habían sido forjadas en un material antiguo y resistente, y que no podía sino tratarse de piezas históricas.

¿Qué demonios tenía eso que ver con Abraxas, o con las «guardias» que mencionaban?

Ruth volvió al mensaje de Valthessar. Un teléfono móvil con la aplicación de mensajería instalada, un número asociado y conexión a Internet bastaban para seguir chateando.

Pinchó en la conversación y escribió, pensando en que Abraxas era parco en palabras:

Mándame ubicación y hora y allí estaré.

Valthessar contestó enseguida.

Estate a primera hora de la madrugada, como siempre.
¿Qué te pasa últimamente, que no te acuerdas ni de dónde toca los viernes?

Aunque sonaba furioso, le facilitó la dirección. Ruth la anotó junto con una hora: 23:30. Llegaría con antelación por si acaso.

Borró los mensajes para no dejar rastro, volvió a insertar la tarjeta SIM en el dispositivo y salió del baño con una sonrisa triunfal.

Capítulo XIII

Abraxas agradeció que Ruth se retirara al servicio por varias razones. Una de ellas era que sentía que estaba perdiendo el control de la situación. La maldita mujer tenía una facilidad inaudita para llevarlo a su terreno, y estaba tan desacostumbrado a no coger al toro por los cuernos a la primera que sentía que se estaba ridiculizando.

Otra razón considerablemente importante era que se sentía débil, expuesto y confundido. Hacía meses que no se acostaba con nadie, y eso ni siquiera era lo importante, sino que se había jurado que no volvería a rozar a una fémina hasta que Astaroth regresara en cuerpo y alma. Comprobar que había vuelto con un aspecto muy diferente provocaba un choque frontal con sus principios, pues una voz molesta no cesaba de repetirle que aquella no era su esposa y que la estaba engañando al desearla, porque por Dios que la deseaba, y por Dios que la estaba engañando. No recordaba haberse sentido tan atraído por una criatura jamás en su vida, lo que suponía una traición imperdonable hacia Astaroth.

El motivo principal por el que celebró que desapareciera, sin embargo, poco tenía que ver con sus emociones revueltas.

Abraxas se había percatado de que el tipo sentado un par de mesas más adelante no dejaba de lanzar miraditas significativas al asiento de Ruth, y la intuición le decía que debía hacerse cargo del problema.

Porque era un problema. Eso seguro. Como soldado habituado a tomar la decisión de matar o perdonar la vida, Abraxas sabía diferenciar a un baboso inofensivo de un acosador a tener en cuenta, y el capullo trajeado con el cabello engominado formaba parte del segundo grupo.

Ruth regresó al cabo de veinte, quizá veinticinco minutos: una cantidad de tiempo excesiva si solo se asomaba al servicio para «empolvarse la nariz», lo que quiera que significara aquella frase ridícula que a Astaroth le gustaba repetir.

Abraxas no se lo tuvo en cuenta. Como Ruth no dejaba de repetir —y con un sorprendente buen humor—, su situación con ella pendía de un hilo, y no estaba como para enfurecerse porque se escabullera a la mínima de cambio.

La había secuestrado, al fin y al cabo. Podía vengarse de él como y cuanto quisiera.

—¿Me has echado de menos? —preguntó apenas se dejó caer sobre el asiento.

Solo existía una respuesta posible.

—Muchísimo.

Mientras desplegaba la servilleta de tela y se la colocaba en el regazo, Ruth sonrió de aquella manera que avivaba su curiosidad. No ya acusándolo de adulador, sino burlándose abiertamente de todo: de él, de sí misma, de la expresión que había utilizado, de la cita, del romanticismo, de la suma de un hombre y una mujer... Desprendía un cinismo abrumador hacia toda coyuntura social o gesto sentimental que él intentara propiciar.

Parecía que nada pudiera impresionarla, que el mundo se le quedara pequeño.

—Pues me temo que esta noche vas a tener que añorarme, porque a las once tengo que estar saliendo de aquí —comentó con naturalidad, alisando las arrugas de la servilleta—. Una amiga ha roto con su novio y tengo que ir a consolarla a su casa. Vive al otro lado de la ciudad.

—No me digas. —Entornó los ojos—. Ni a primera ni a segunda vista pareces la clase de mujer que cree en la amistad.

—En algo hay que creer si no quieres morir sola —contestó sin desmentir su afirmación—, y entre el amor y la amistad, escogí lo segundo.

—Me sorprende que haya mujeres dispuestas a pasar el tiempo contigo —reconoció. No había rechazo en su tono, ni tampoco pretendía ofenderla—. Tengo entendido que la mayoría de las relaciones entre jóvenes se basan en los celos, las envidias, la competitividad... Sobre todo cuando una de las amigas es bastante más atractiva o exitosa.

—Yo no me consideraría una persona exitosa, y, la verdad, no me cabe la menor duda de que eso es justo lo que os han enseñado en la escuela a los hombres como tú. ¿Cuándo fuiste al colegio, Abraxas? —suspiró con hastío—. ¿En la Edad Media?

—No he asistido a la escuela —admitió con tiento, preguntándose si le restaría puntos—, pero con el tiempo he aprendido a leer y a escribir por mi cuenta. También sé matemáticas básicas: sumar, restar, multiplicar, dividir..., y se podría decir que tengo cultura general, porque conozco al dedillo la historia social y tecnológica del mundo.

—Así que no te graduaste —resumió ella, pensativa—. Más razones para pensar que trabajas para el crimen organizado, porque con ese currículum no te aceptarían en ninguna empresa legal, y te lo digo por experiencia propia. Yo apenas estoy alfabetizada. Dejé la escuela con trece años por orden de mi padre.

El camarero apareció con los platos que Ruth le había encargado pedir.

Abraxas sentía que el agujero en su estómago no hacía sino abrirse si pensaba en comer, así que había decidido declinar la sugerencia de los tacos —¿dijo «tacos»? Le había aturdido con su cercanía al inclinarse sobre él— y limitarse a beber agua con la esperanza de que el líquido ahogara sus estúpidos nervios.

Ella, en cambio, estaba en su elemento y empezó a comer con bastante apetito. Le sorprendió ver a una mujer devorar su ración con ansias, sin la menor preocupación por lo que un hombre pudiera pensar sobre sus modales.

Astaroth apenas mordisqueaba unos panecillos delante de él, obsesionada como estaba con la figura.

«No pienses en ella como dos personas diferentes», se regañó. «Son la misma».

—¿Y tu madre? —inquirió Abraxas, alternando su atención entre Ruth y el mirón del fondo.

¿Se habría dado cuenta ella de que no dejaba de hostigarla?

¿Qué opinaría si Abraxas decidía encargarse del asunto?

¿Y si se encargaba empleando la violencia?

—Nunca supe quién era y no se me ocurrió buscarla. —Se encogió de hombros e hizo una pausa para dar un mordisco. Siguió hablando cubriéndose la boca con la mano, y por asombroso que pareciera, se hizo entender—. Tanto si la palmó como si huyó, estaba en un lugar mejor. Sobre todo teniendo en cuenta que la alternativa era languidecer al lado de mi padre.

—¿A qué se dedicaba él?

—A pasar droga. O, mejor dicho, a decidir quién podía pasar droga y quién no.

—¿Era el capo?

—Ajá. Romántico, ¿eh?

Una vez empezó a indagar en su pasado y su presente, Abraxas descubrió que no era tan difícil mantener una conversación coherente e incluso interesante con una desconocida. Él, que no estaba habituado a las palabras y ni siquiera se limitaba a las cortesías mínimas, más bien a dar órdenes o asentir con la cabeza, se sorprendió intercambiando opiniones con Ruth. Y no era la primera vez que lo hacía; solo la primera que se preocupaba de cómo sonaba, pues no le había gustado su comentario al comienzo de la noche, como tampoco que le hablara de qué significaba ella para él cuando la secuestró.

Quizá por eso mismo, porque estaba secuestrada y le importaba un carajo lo que tuviera que contarle.

Siendo sincero, Abraxas no estuvo del todo metido en la conversación. El supuesto admirador era una mosca detrás de la oreja de la que no se podía librar por más que quisiera dedicarle su plena

atención. Pero no necesitaba esforzarse para que los movimientos de Ruth se le grabaran en las retinas, para tener que respirar hondo con cuidado de que no se diera cuenta cada vez que se inclinaba sobre la mesa o se pasaba la lengua por los dientes al sonreír.

No era ajena a su atractivo. De hecho, era bastante obvio que sabía usarlo para hipnotizar a los hombres, pero ni siquiera ella misma era consciente de hasta qué punto resultaba irresistible. Podía saber que tenía un arma; lo que desconocía era que no necesitaba utilizarla para que él se sintiera amenazado, para convertirlo en poco más que un esclavo a sus pies.

Cuando Ruth terminó de rebañar su pastel de tres leches, Abraxas pensó que podía darse por satisfecho. Había sido una noche lo bastante agradable para que se planteara volver a verlo, y lo más sorpresivo era que a él también le gustaría citarse con ella, porque si bien le incomodaba su propia desesperación por besarla y no se le daba bien socializar, sí que le encantaba su naturalidad al expresarse, y lo que era más: estaba maravillado por cómo las piezas iban encajando.

Era cínica, no le tenía miedo y se comportaba como si el mundo estuviera a sus pies. Al principio no había entendido por qué, pero ahora lo tenía claro: había pasado la vida entera rodeada de criminales. No había especificado qué papel desempeñaba ella en el mundillo, pero apostaba por que estuvo embarrada hasta las cejas. Seguramente sabía huir de la policía, estafar a los incautos y apretar un gatillo, y si bien Abraxas había preferido siempre a las mujeres que no se apropiaban de las tareas de los hombres, debía reconocer que le resultaba muy atractivo que aquella pudiera hablar con él sobre los mejores modelos de Glock.

No quería pensar en ello, pero tener aficiones en común era... reconfortante.

Abraxas casi se había olvidado del molesto sujeto cuando se dirigían a la salida del restaurante. Entonces se fijó en que el tipo salía en pos de Ruth cuando esta anunció que estaría en la calle fumando un cigarrillo.

En lugar de utilizar la tarjeta de Ruth para pagar, Abraxas sacó dinero en efectivo del bolsillo y lo dejó sobre el mostrador sin mirar cuánto era. Como no le persiguieron hasta la salida, supuso que era más de la cuenta. Poco le importó. Tenía la sensación de que debía intervenir, y lo confirmó cuando observó que el tipo sujetaba a Ruth por el codo y ella lo fulminaba con la mirada.

—¿Por qué no me dejas en paz? —le espetó con voz firme, pero Abraxas reconoció en el ligero temblor de su cuerpo que estaba asustada—. Tu jefe está muerto y yo no soy la heredera de sus negocios de mierda.

—Sí que lo está —la cortó con sequedad—. ¿Y quién tiene la culpa? No creas que porque eres su hija vas a salirte con la tuya. Si la pasma no te ha puesto en tu lugar, tendremos que ser nosotros quienes...

Abraxas se materializó justo al lado del sujeto y lo agarró por el brazo que estaba rozando a Ruth.

Objetivamente, el tipejo no era una amenaza en plena calle: solo un incauto como el propio Abraxas, que sabía con certeza que tenía todas las de ganar, se atrevería a montar una escena en público.

Pero el demonio le poseyó. Ese que le habría poseído si hubiera estado presente en el bosque donde Astaroth solía ir a hacer *footing*; ese de donde se la llevaron.

El tipo alzó la mirada en su dirección, al principio con la intención de espetarle qué diablos estaba haciendo. Luego, cuando Abraxas ejerció la suficiente presión para romperle el brazo, cambió el gesto. La cara se le desfiguró por el dolor cuando hizo crujir el cúbito o el radio —¿o eran los dos?— y lo empujó por el pecho para que corriera el aire entre los dos.

El sujeto lanzó un aullido que fue el primer paso de un ataque súbito de rabia. Pretendió cernirse sobre Abraxas, pero él lo derribó de un puñetazo que lo lanzó directo al suelo.

—¡¿Qué haces?! —jadeó Ruth, perpleja. Miró a un lado y a otro, confirmando que un par de transeúntes y varios camareros del restaurante se asomaban para ver qué estaba pasando. Ella misma estiró el cuello para confirmar que el tipo había perdido el conocimiento, y sin pensarlo dos veces, agarró a Abraxas del antebrazo y tiró de él para llevárselo de allí.

La siguió en silencio en su camino hacia el este. No se detuvo ni siquiera cuando las parejas que paseaban y los deportistas de última hora dejaron de mirarlos como si tuvieran dos cabezas. Frenó en una calle menos concurrida, de escaso interés turístico, y empujó a Abraxas tanto como se lo permitieron las fuerzas al interior de un callejón paralelo parcialmente iluminado por las luces de un par de bares.

—¿Qué coño haces? —le espetó con los ojos echando chispas—. ¿Es que quieres ganarte el odio de todos los barrios de Praga montando números violentos en cada calle? Y eso ni siquiera es lo que me molesta, porque puedes hacer lo que te salga de los cojones en tu tiempo libre. ¿Tienes idea de quién era ese tío?

—No me puede importar menos —contestó sin moverse un ápice.

Ella jadeó, indignada, ante su desinterés.

—Pues debería hacerlo. ¿Y si hubiera sido mi amigo?

—No era tu amigo.

—Es cierto. Era algo peor: era mi enemigo. Si esta noche viene a buscarme para vengarse por la humillación que le has hecho pasar,

recaerá sobre tu puta conciencia.

—Dudo que vaya a buscarte. No estará en condiciones de moverse en un par de días.

—¿Y después qué? —gritó, extendiendo los brazos. Lo apuntó con un dedo—. No vuelvas a inmiscuirte en mis asuntos. No conoces a la gente de la que me rodeo. No sabes lo que son capaces de hacer. ¡Ni siquiera sabes lo que *yo* soy capaz de hacer! Podría habérmelo quitado de encima de un modo menos violento e igual de contundente.

Abraxas se cruzó de brazos y estiró el cuello.

—Permíteme dudarlo.

Ella jadeó, mirándolo con incredulidad.

—Puto arrogante de mierda... —Meneó la cabeza—. Te recuerdo que te di una paliza y te robé tu puñal de juguete, y todo eso teniendo un traumatismo craneoencefálico bastante reciente.

—Porque me besaste para distraerme, una técnica de manipulación que nunca habían usado conmigo. Si no, te habría reducido en un segundo —le aseguró. No pretendía ponerse por encima, como sí era el objetivo de Ruth; tan solo establecer una verdad universal.

—Ahora muestras tu verdadera cara, ¿eh? —Dio un paso hacia él y alzó la barbilla para mirarlo con desdén—. ¿Qué pasa? ¿Te has puesto celoso de ese capullo? ¿Tú eres el único que puede hacerme sentir amenazada?

—No pretendía asustarte, solo quitarte a ese tipo de encima —resolvió con extrañeza. ¿Cómo habría llegado a esa retorcida conclusión? «¡Mujeres...!»—. Era obvio que no te gustaba un pelo tenerlo cerca. Has pasado toda la cena intentando no mirar hacia atrás para no demostrarle tu debilidad.

—Pues para tu información, puedo defenderme solita.

—Pues muy bien. —Encogió un hombro.

—¿No me crees? —Enarcó una ceja.

Abraxas abrió la boca para responder, pero no le dio tiempo. Ruth lo cazó con la guardia baja y le giró la cara de un bofetón que resonó entre las húmedas paredes del callejón.

Asombrado porque lo hubiera pillado desprevenido y furioso por su atrevimiento, le lanzó una mirada hostil.

Ella sonreía venenosa.

—Y da gracias que he usado la palma y no el canto, Termin... —Terminó la palabra con un grito de sorpresa. Abraxas acababa de sorprenderla cogiéndola por la garganta y tirando de ella para pegarla a su pecho.

Ruth llevó las manos a la muñeca de él aun sin ser necesario.

No estaba ejerciendo presión.

—Ni se te ocurra faltarme el respeto —le advirtió él, hablando a un palmo de su cara—. Si sabes defenderte sola, te felicito, pero no

desprecies mi protección, porque no solo podría quitarte a ese bastardo de encima; podría quemar una ciudad entera por ti.

Sus ojos grisáceos emitieron un destello que no supo cómo interpretar.

—¿Esta es tu idea de cita perfecta? —le espetó ella, todavía aferrada a su ancha muñeca—. ¿El colofón de la noche incluía estrangularme?

—No en medio de la calle, pero quizá sí en otro contexto... —Se inclinó más sobre ella—. No me toques las narices, Ruth.

Pero se las tocó a base de bien. Utilizó el dorso del puño cerrado para golpearle la articulación del codo por la cara interna. Logró que Abraxas la soltara, y en lugar de aprovechar para escabullirse o proponerle un acuerdo de paz, agarró el cuello de su chaqueta y tiró de él hacia abajo para que la cara de Abraxas quedara a su altura.

—No me jodas tú a mí —le gruñó entre dientes. Levantó la rodilla y, con la mano libre, extrajo una pequeña navaja del interior de la bota motera. En un abrir y cerrar de ojos, estaba rozando la mejilla de Abraxas con la afilada hoja.

Él sonrió al darse cuenta de que Ruth lo estaba disfrutando. Disfrutaba demostrando que tenía poder, incluso si no era cierto; incluso si le había permitido sacar su bonita navaja por curiosidad hacia su siguiente movimiento, no porque no lo hubiera previsto.

Dejó que ella siguiera teniendo la sartén por el mango y se limitó a alzar las dos manos en señal de rendición. Intentó rodearla, pero Ruth giró con él en el sentido contrario.

—No quieres depender de nadie. Lo capto —dijo Abraxas en voz baja. No necesitaba alzar el tono. La soledad del callejón facilitaba la propagación del sonido—. Supongo que está de más pretender que me necesites para librarte de tus enemigos..., pero ¿qué tiene de malo querer protegerte, incluso si no te hago falta?

Observó que Ruth apretaba la mandíbula y un destello misterioso iluminaba su mirada. Ahora que la veía de cerca, bajo ninguna otra luz que la titilante de algunos negocios cercanos —y gracias a sus ojos adaptados a la oscuridad—, debía reconocer que no solo era atractiva de un modo feroz, de esa manera que hacía tartamudear a los hombres. También tenía rasgos que llamaban a la ternura, como la nariz respingona, la forma puntiaguda de la barbilla, la luz de la juventud en los ojos.

Vio en su expresión que había sufrido, y que no quería protección porque ya no le servía.

Ya había conocido el miedo. Era demasiado tarde.

Abraxas tragó saliva, abrumado por los sentimientos que ella le inspiraba. Incluso por la manera en que lo estaba mirando, como si solo mediante los sentidos pudiera saber si mentía o era sincero.

—Maté a mi propio padre —le anunció en tono desapasionado—, y era la persona que más terror me daba en este mundo. Después de eso, te aseguro que puedo acabar con cualquiera. Da igual si lo odio o si lo amo. No me tiembla el pulso, y desde luego no necesito que nadie apriete el gatillo por mí.

A Abraxas no le sorprendió su confesión, y ni mucho menos la juzgó. Si ella supiera que sus manos estaban manchadas de sangre inocente, probablemente se escandalizaría.

—Seguro que se lo merecía.

Ruth abrió los ojos, extrañada por su reacción, pero durante un momento no dijo nada. Intentó reprimir un estremecimiento, quizá un acto reflejo del cuerpo ante el desafortunado recuerdo de su padre, pero no lo consiguió. Abraxas la rodeó por la cintura con una de las manos libres y la acercó a su pecho con la mente en blanco, porque sabía que, si lo pensaba, si enjuiciaba sus actos, acabaría maldiciéndose en nombre de Astaroth... y no quería centrarse en nada que no fuera su olor y su cercanía.

—¿Cómo lo sabes? —musitó ella en tono distante—. ¿Cómo estás tan seguro de que no lo maté a sangre fría?

Abraxas sonrió para su coleto.

—Créeme, reconozco a un asesino cuando lo veo.

—¿Y qué es lo que ves cuando me miras a mí, que tan distinto te parece?

Abraxas se tuvo que imaginar el tono de sus ojos, porque en la oscuridad le fue imposible discernirlo tal y como era. Le gustó, aun así, que la noche los arropara, que las sombras del callejón los ocultaran. Cometer un delito en la nocturnidad parecía perdonable en comparación con su perpetración bajo luz diurna, y aquello en lo que Abraxas estaba pensado era, sin duda, un crimen.

—Veo... —musitó sin apenas voz. Presionó su espalda con los dedos, y entonces se percató de que estaba fría—. Veo algo que no quiero dejar de mirar.

Aturullada por su respuesta, ella retiró la hoja de la navaja de su mejilla y se reclinó hacia atrás, como si quisiera admirarlo en su conjunto. Abraxas interpretó como una señal que no se riera con su cinismo habitual. Le gustó el desconcierto que reinó en su expresión, y que por un instante se olvidara de su pose guerrera y lo enfrentara tal y como era al desnudo: una muchacha perdida a la que nadie había comprendido nunca.

Abraxas se inclinó sobre ella y le rozó los labios.

Dagon daba su visto bueno al robo de un beso dulce durante la primera cita. Luego había puntualizado que era mejor evitarlo cuando a la homenajeada se la había conocido durante un secuestro, pero qué importaba eso entonces. Necesitaba respirar su aliento, regresar a casa

con su olor pegado a la ropa, a la piel y hasta en los huesos. Lo había necesitado desde que la vio por primera vez, en contra de sus sólidos principios. Anhelaba desesperadamente a una mujer que no mucho tiempo atrás no habría podido respetar.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Ruth se alejó de pronto. Retrocedió varios pasos, aún con la navaja en la mano. La guardó donde la tenía escondida y lo miró de soslayo con una advertencia.

—Ni se te ocurra intentar besarme cuando estoy vulnerable.

Ruth salió del callejón sin despedirse, y aunque Abraxas quiso salir en pos de ella para saber si podría volver a verla, para asegurarse de que llegaba a casa sana y salva, no lo hizo.

No era lo que Ruth habría querido, y él tampoco habría podido ponerse en movimiento. Sus pies parecían enterrados en una base de cemento, y estaba tan desconcertado que se habría perdido por el camino.

Capítulo XIV

—Señorita, esto es lo máximo que me puedo acercar con el coche hasta la dirección que me ha proporcionado. No hay carretera. Podría bordearlo —sugirió el chófer, dubitativo—, pero nos tomaría tiempo y creo entender que tiene usted prisa.

—Puede dejarme aquí, gracias.

Ruth saltó fuera del Uber y echó una ojeada a Google Maps. Durante la larga travesía había activado la ruta que memorizó en el móvil de Abraxas para cerciorarse de que el conductor la seguía estrictamente.

Era la una menos veinticinco de la madrugada. Llegaba tarde a la citación con Valthessar, o, mejor dicho, a la citación de Abraxas con Valthessar. Y más que tardaría en adentrarse por la zona que ni siquiera el mapa virtual reconocía.

En cuanto dio varios pasos hacia el bosque, el punto azul que indicaba su localización se volvió loco y empezó a moverse de un lado para otro.

—Jodida mierda —masculló, cerrando la aplicación y prendiendo la linterna del móvil para ver por dónde pisaba.

Ponerse unas botas había sido una idea fantástica.

Se preguntó si se tropezaría con Abraxas. A lo mejor él tenía pensado acudir a dicha reunión y simple y llanamente no se había tomado la molestia de avisar, como a todo miembro de una organización le correspondía hacer en deferencia a su jefe. «Me ausentaré mientras dure mi cita, y luego atenderé mis responsabilidades», podría haber advertido. Pero juzgando por el tono en que Valthessar le había hablado, notablemente irritado incluso por mensaje, a Ruth no le cabía la menor duda de que Abraxas hacía lo que se le cantaba.

«No es el momento de pensar en él. O no de esa manera, como si te maravillara su carácter», se reprochó. Fue retirando las ramas que se interpusieron en su camino, siguiendo una corazonada que bien podía no llevarla a ningún sitio. O peor: a un sitio que no fuera el que esperaba encontrar.

Ruth se jactaba de conocer Praga de punta a punta. Su padre la había utilizado como camello desde la tierna edad de nueve años y había viajado hasta zonas inexploradas para proveer a *hippies* de

acampada, a los chicos y chicas scout que se iban de campamento a los parques naturales, y sobre todo al polígono, donde montaban sus *raves* los verdaderos adictos.

No reconoció el lugar al que llegó, sin embargo, pero se parecía bastante a las fábricas del extrarradio donde le constaba que solían amontonarse los *okupas*. A Ruth le sorprendió que hubiera gente pululando a esas horas de la noche, razón por la que no reveló su posición y permaneció escondida entre las sombras de los arbustos.

Ruth entornó los ojos y reconoció a dos de los compañeros de Abraxas. La habían visitado, por decirlo de alguna manera, en el hospital: Valthessar y Dagon, si no recordaba mal. Hablaban entre ellos en voz baja, y respiraban con dificultad, como si hubieran llevado a cabo un ejercicio extremo. A pesar de la baja temperatura, característica de un invierno checo, sudaban a raudales. Eran los únicos que no ayudaban a trasladar enormes sacos atados con cuerdas; sacos que Ruth asumió que eran cadáveres.

Un escalofrío la sacudió mientras buscaba el móvil. No quiso pararse a pensar en qué tenía que ver aquello con Abraxas, pero sospechaba que estaba metido de lleno. No se había inmutado al conocer de sus labios el que fue su delito, y eso solo podía significar que él había cometido crímenes peores. A la vista quedó instantes después: Abraxas era uno de los que ayudaban a acercar los pesados difuntos a la enorme fogata que uno de ellos se preocupaba de avivar. De ello se encargaba un rubio atractivo y con aspecto de vikingo que no cesaba de hacerle gestos para que se apresurara.

Ruth sujetó el móvil con fuerza para evitar que las fotografías salieran borrosas. Enfocó la hoguera, los rostros de los implicados, y sobre todo los sacos. También fotografió el suelo, donde podían verse rastros de sangre, aunque no la suficiente para alertar a la policía. Conociendo al cuerpo como lo conocía, desestimarían la investigación aduciendo que provendría de algún animal con muy mala suerte.

Necesitaba acercarse más para captar las conversaciones, pero sospechaba que, si se arriesgaba a poner un pie fuera de su escondrijo, la oirían y tendría que dar una explicación. Quizá incluso pagar con su propia sangre.

Permaneció donde estaba, muerta de frío y sin saber qué pensar.

¿Cómo era posible que nadie supiera que aquello tenía lugar con frecuencia? Valthessar había mencionado «las guardias» como una obligación que debía atenderse habitualmente, y Ruth sospechaba que el trabajo de sus secuaces era el mismo todas y cada una de las veces.

Un grito de alarma hizo que respingara. Captó a la perfección los aullidos de Valthessar:

—¡¿Por qué demonios hay más?!

Ruth supo a qué se refería cuando un puñado de sombras se

materializaron sobre el destartalado tejado de la fábrica abandonada. Primero de uno en uno, y luego sin orden ni concierto, criaturas que Ruth no habría sabido clasificar —pero que de ningún modo eran humanas— fueron descendiendo hasta triplicar el número de los que sí parecían relativamente mortales. Tuvo que morderse la lengua para no gritar por la impresión cuando vio que uno de ellos se abalanzaba sobre el rubio, clavándole unas garras negruzcas en el cuello, y estaba a punto de arrojarlo a las llamas.

Se puso en pie sin pensarlo, pero recordó que no podía dar a conocer su presencia. Quedó disuadida de participar al confirmar que las criaturas no eran humanas.

Eran una aberración genética.

Más asombrada que asustada, Ruth buscó el móvil con manos trémulas y se preocupó de grabarlo. Hizo unas cuantas fotos hasta que el temblor de los dedos no pudo soportar el peso del dispositivo, ni mucho menos el de los acontecimientos, y cayó a sus pies. Sin la linterna activa, tuvo que agacharse y palpar el suelo embarrado y húmedo hasta dar con él.

Pero en cuanto reconoció su forma y tamaño y pudo aferrarlo con fuerza, alguien la reconoció a ella y puso el pie sobre su mano. Ruth se mordió la lengua para no gritar, pero gimió de dolor; un dolor que se transformó en pavor al toparse de frente con los ojos acuosos y la boca viscosa de una de las desagradables criaturas. Esbozó algo parecido a una sonrisa, pero no tenía dientes o lengua, ni tampoco se atisbaba la forma del paladar.

Ruth intentó retirar la mano, pero la criatura la tenía apresada y no la dejó ir por más que lo pateó en el tobillo y la rodilla. Parecía inmune a sus golpes.

El monstruo solo retiró el pie cuando pudo agarrarla del pelo y sacudirla, como si la estuviera castigando por andar curioseando. El cuero cabelludo empezó a quemarle, y pensó que se quedaría calva si la levantaba por encima del suelo, pero por suerte logró sacar la navaja de la bota antes de que empeorase el daño y le rajó la muñeca.

Creyó que ya era libre, pero al agacharse para recuperar el móvil, la que era su única prueba, perdió un tiempo muy valioso. El monstruo la golpeó en la base de la espalda con la rodilla y la empujó. Ruth cayó sobre las manos y el teléfono, pero también aterrizó sobre la barbilla, que le dolió un instante y luego dejó de sentir, insensibilizada gracias al frío y a la impresión.

Aferró el móvil con la esperanza de que no se hubiera roto e intentó correr, pero el golpe en la espalda le dificultó el movimiento y acabó tropezando con una de las raíces salientes de los árboles que la habían estado protegiendo. El monstruo le dio la vuelta y se abalanzó sobre ella, pero Ruth lo detuvo a tiempo por los hombros.

Tuvo que reprimir una arcada al comprobar que su cuerpo se reblandecía cuando lo tocaba, como un feto gelatinoso a medio formar. Dobló las rodillas y las utilizó para mantenerlo distanciado de ella, situando las plantas de los pies contra su pecho, y le golpeó la cara con el codo.

Aquella era una postura que odiaba. Hacía que se sintiera especialmente indefensa, incluso cuando un subidón de adrenalina multiplicaba sus fuerzas. Odiaba recordar cuántas veces la habían apaleado así, inmovilizándola contra el suelo; cuántas veces se había quedado ahí, en esa misma posición, sangrando, temblando y llorando de impotencia hasta que los miembros volvieron a responderle. Lo odiaba y había hecho todo lo posible para que no volviera a suceder. Había llevado su defensa hasta el final; por eso pensó que no volvería a verse en esa tesitura.

La incredulidad y la rabia, lejos de paralizarla, le dieron la energía que necesitaba para detener a la bestia. Agradecía la oscuridad del bosque, que le permitía forcejear con su agresor sin tener que ser del todo consciente de que era un monstruo, un ser claramente inhumano. Los golpes no le afectaban del todo, y Ruth empezó a cansarse; palpó a su alrededor en busca de una piedra. Recurriría a cuanto fuera necesario con tal de no desvelar su posición, pues sospechaba que su destino podría ser peor si Valthessar y los demás se enteraban de que había estado husmeando.

Excepto por Abraxas. Abraxas no solo admiraba que supiera protegerse, sino que estaría dispuesto a salvarla de cualquiera.

O eso le había asegurado.

Tanto si era cierto como si no, no tenía tiempo para averiguarlo. Encontró la piedra que estaba buscando y le golpeó una sien con toda la fuerza que fue capaz de reunir. La criatura cayó de costado, emitiendo un sonido desagradable que jamás habría asociado a un ser humano, un chirrido que le puso el vello de punta, y entonces se dijo que tenía que huir.

Ruth se puso en pie tan rápido como se lo permitió el intenso dolor de espalda, que empezaba a expandirse por las piernas, y echó a correr por donde había venido, con la esperanza de que la oscuridad no la confundiera. Aferraba el móvil con fuerza, sabiendo que ahí se encontraba su única prueba, la que podría liberarla del acuerdo con el BIS o, al menos, acercarla a la línea de meta.

Sentía incluso ganas de sonreír de pura alegría, pero el dolor de la barbilla no la dejó, como tampoco el instinto de supervivencia, que le decía que hasta llegar a casa la esperaba un largo camino y le convendría no confiarse.

Mientras corría, se preguntó qué estaría haciendo Abraxas a tan solo unos metros de distancia, y si necesitaría ayuda. A lo mejor lo

habían herido, y Ruth debía reconocer que esa posibilidad no le hacía ninguna gracia.

Pero podría salvarse sin ayuda. No la necesitaba.

Ella, en cambio, solo se tenía a sí misma.

Ruth respiró aliviada cuando el bosque se acabó y estuvo de nuevo en la acera donde el Uber la había dejado. A lo lejos reconoció las luces de la ciudad, oyó los motores de los coches.

¿Cómo demonios era posible que nadie se hubiera enterado de lo que ocurría al otro lado de aquella franja de naturaleza?

Miró el móvil, que no había dejado de sostener en ningún momento, y jadeó al ver que la pantalla estaba rajada.

—¡Mierda!

Echó una ojeada a su alrededor, como si allí hubiera alguien que pudiese ayudarla. No importaba que la pantalla estuviese rota y que el móvil no se encendiera. La información estaba en el interior, ¿verdad? Podría recuperarla. Pavlik conseguiría recuperarla.

Y si no...

El crujido de una rama a su espalda la sobrecogió. Se giró despacio, temiendo toparse con uno de esos engendros despreciables, y su sorpresa no pudo ser mayor al toparse con una mirada violeta. Incluso a pesar de las luces lejanas, estaba lo suficientemente oscuro para que su rostro estuviera sumido en la penumbra, pero por obra de algún milagro, sus ojos brillaban como los de un gato. Pertenecían a un hombre elegante aun estando despeinado y manchado de sangre y tierra.

El desconocido aprovechó que Ruth se había quedado paralizada, tratando de asimilar su mera cercanía, para quitarle el móvil sin necesidad de ejercer presión y arrojarlo al suelo. Lo pisó con el grueso tacón bajo de su bota de caña alta hasta que el cristal de la pantalla y el contenido del dispositivo dejaron de crujir, señal de que era insalvable.

Ruth se estremeció creyendo que era la siguiente y que no tendría tiempo para escapar, pero él se limitó a ponerse el dedo índice en los labios antes de desaparecer.

Capítulo XV

Abraxas terminó de limpiarse la brecha abierta del antebrazo y arrojó el algodón sucio a la papelera. Se asomó por mera curiosidad y confirmó que estaba a rebosar de apósitos y vendajes.

Solía pensar que una de las señales de que estaban en apuros se encontraba en el contenido de aquel cubo de basura, que llegaba hasta los topes o el contenido se derramaba por los bordes cuando el equipo estaba en serios problemas.

Esa noche no había sido particularmente dura. Desde que se hicieron cargo de Leviathan, uno de los dirigentes de los engendros, no habían vuelto a temer que se les abalanzara una criatura inmune al último recurso de los penitentes: la puñalada en el corazón. Por desgracia, seguían superándoles en número, y ya habían aprendido a organizarse de manera eficaz para cazarlos con la guardia baja.

Pero a pesar de esta última dificultad, que en cualquier caso Abraxas consideraba abordable, se encontraban en un paréntesis de relativa tranquilidad. Desde el asesinato de Astaroth, que dio comienzo a una serie de problemas a cada cual más determinante para las razas, por fin podían respirar hondo.

Y, sin embargo, Valthessar estaba más inquieto que nunca.

Abraxas lo observó caminar de un lado para otro con una herida abierta en el cuello. Parecía ajeno al dolor lacerante que provocaba el roce de una hoja de acero azul en el lateral de la garganta, un padecimiento físico con el que Abraxas estaba familiarizado. Los seráficos se habían encargado de arrebatarles las dagas milenarias a los ladrones durante sus guardias matutinas, pero, por supuesto, aún les quedaban unas cuantas por requisar.

Desafortunadamente, ni los seráficos ni los penitentes eran infalibles.

—Tenemos que hacer algo.

—Desde luego —confirmó Samael por lo bajini, presionando un paño frío contra una de las contusiones de la cara—. Como no le pongamos solución a tu soltería, nos iremos al carajo, porque no hay manera de que te concentres.

Dagon se mordió el labio para no soltar una inoportuna risotada. Los demás lanzaron una mirada de soslayo a Valthessar, esperando con el aliento contenido a que desatara la ira. Abraxas conocía aquel

estado de absoluta desorientación, de arder de rabia y no saber contra quién diablos dirigirla. Pensaba, y no sin rencor, que si Valthessar se tratara a sí mismo como lo trató a él en su momento, se encadenaría al sótano hasta que se le pasara el instinto asesino y pudiera luchar con la frialdad que mantenía la mente despejada durante las guardias.

—¿Respecto a qué? —inquirió Luvart con su tiento habitual—. No nos va del todo mal. Desde que sacrificamos a Leviathan, nos hemos mantenido en el número de bajas.

—Ese es el problema. Que nos mantenemos, y no podemos resignarnos. El Enclave ha cobrado fuerza desde el asesinato de Astaroth, eso es innegable; las guardias no son el paseo que solían ser, ni siquiera ahora que no hay un hijo de puta bendiciéndolos con un toque de varita. —Valthessar se detuvo en medio del salón y se pellizcó el puente de la nariz. Tenía los ojos inyectados en sangre—. Además... Por experiencia sé que cuando El Enclave está calladito, es porque anda tramando algo.

—¿El qué? —inquirió Dagon.

—Nada bueno, eso seguro.

—¿Crees que Xaphan puede saber algo?

—No contéis con él. Xaphan está ocupado en el Autem. —Valthessar sacudió la mano con desdén, aun cuando era evidente que todos le necesitaban; él, en concreto, el que más, pues fue quien empezó a valorar su consejo y sus actuaciones por encima de sus propias decisiones como *rex*—. Le queda un buen rato limpiando la Orden.

—Muy bien... ¿Y qué hacemos? —inquirió Dagon, recogiéndose la melena rizada en un moño alto—. ¿Doblamos las guardias? ¿Le pedimos refuerzos a La Magna? Ya sabes lo tiquismiquis que es cuando se trata de donarnos a algún empíreo. Tenemos que pasarlas canutas para que se digne a prestarnos ayuda. Cualquiera diría que es que tiene una liga de fútbol once allí arriba y como prescinda de uno solo se le van a tomar por culo las pachangas.

Luvart sacudió la cabeza con una media sonrisa en los labios.

—A La Magna le va más el patinaje artístico —dijo con seguridad —. Y la lucha libre.

—No me digas que eso es lo que te hacía ver en el canal Deportes después de los polvos —se mofó Samael—. Me daría una depresión si después tuviera que ver a una parejita dando vueltas sobre hielo...

—¡Dejaros de idioteces! —bramó Valthessar.

Todo el mundo guardó silencio a su orden. Abraxas se había dado cuenta de que se tomaban mucho más en serio al *rex* desde que Mara se había marchado, y no porque saltara a la vista que tenía menos paciencia de lo habitual, sino porque daba miedo. Verlo luchar aquella noche había sido todo un espectáculo. A Abraxas le recordó al

Valthessar que aún no había encontrado a Mara y que todavía no se había cansado de luchar por La Magna; que aún creía en la bondad genuina de sus decisiones y confiaba en los poderes del Azar.

Abraxas no estaba de acuerdo con Samael. A Valthessar le había venido de maravilla que Mara lo dejara. Estaba bastante más concentrado en su trabajo.

—Lo que deberíamos hacer es andarnos con cuidado... O elegir mejor nuestras compañías mortales —intervino Luvart pasado un rato, dejando a un lado la toalla con la que se estaba secando la cara y reclinándose hacia atrás en el sillón. Posó una mirada enigmática en Abraxas, y luego se dirigió a Valthessar—. Esta noche hemos tenido público.

El *rex* dejó de frotarse las sienes y enfrentó a Luvart con el gesto tenso.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ni yo mismo me lo explico, la verdad —admitió el príncipe de los ángeles con franqueza—. He visto que uno de los engendros se desviaba hacia el bosque, y en cuanto he podido, me he escabullido para asegurarme de que no cruzaba la calle. Estaba persiguiendo a una humana que tiene toda la pinta de que estuvo observándonos... con un móvil en la mano.

—¿Y qué has hecho? Te la habrás cargado, ¿no? —inquirió Samael con el cuello rígido.

Dagon le dirigió una mirada perpleja.

—Eres consciente de que estamos aquí para proteger a los seres humanos, ¿verdad?

Samael ignoró su réplica y esperó con el aliento contenido a que Luvart contestara. Este aspiró entre dientes y cabeceó dando a entender que no.

—No me pareció lo más indicado. Es... amiga de Abraxas.

El aludido alzó la barbilla.

No le cupo la menor duda de a quién podría referirse. No tenía amigas más allá de Mara, y sus amistades masculinas eran bastante reducidas. Y aun así, le resultó tan extraño que no pudo sino sacudir la cabeza.

—Lo dudo bastante. Te habrás confundido.

Luvart enarcó una ceja, dando a entender lo ridículo que era dudar de lo que su mirada adaptada a la oscuridad podía apreciar.

—La chica es inconfundible, Abraxas. Tiene hasta tatuajes únicos que la identifican con facilidad. Era la mujer del... secuestro, *rex* —concluyó, mirando a Valthessar.

Abraxas imaginaba que la información no le haría ninguna gracia, pero supo que no se limitaría a reprenderlo con la exasperada resignación a la que los tenía acostumbrados, que era la misma actitud

con la que se dirigía a Mara.

Ese Valthessar ya no se encontraba entre ellos.

En un primer momento, el *rex* permaneció en el sitio con la vista clavada en él. Su gesto sombrío no auguraba nada bueno.

—¿Cómo diablos se te ocurre darle información privilegiada a una mortal? —inquirió con voz hueca. Sin necesidad de alzar el tono, consiguió que todos los presentes se pusieran firmes.

—No lo he hecho —repuso Abraxas sin inmutarse—. Por eso es imposible que fuera ella.

—¿Me estás diciendo que no has vuelto a verla?

Su tono burlón daba a entender que no se creería nada distinto a una afirmativa.

Abraxas apretó los puños para resistir el impulso de escupirle. No le gustaba un pelo su expresión de suficiencia.

—Sí, he vuelto a verla. En dos ocasiones —reconoció sin más—. Pero no he mencionado ni he insinuado nada relacionado con El Séptimo Círculo, tal y como establecen las normas.

—¿Y cómo es posible que llegara a nuestra localización exacta? —Valthessar se cruzó de brazos—. ¿Fue por arte de magia?

Abraxas permaneció en pie con las manos entrelazadas a la espalda.

—Lo desconozco.

—Pues va siendo hora de que lo descubras, porque si para colmo se nos echa la policía encima o por fin los mortales se enteran de lo que se cuece en las inmediaciones, vamos a tener un maldito problema. Y tú vas a ser quien pague los platos rotos, porque yo no te voy a cubrir. Creo que bastante he respondido por ti estos últimos tiempos.

—No me digas. —Abraxas no cambió de expresión—. ¿Cuándo ha sido eso?

Ni se le ocurrió que estaría pulsando el botón destructivo al replicarle con desdén.

—¿Que cuándo ha sido eso? —Puso los ojos como platos—. No lo sé, Abraxas. Quizá cuando me metí en una puta guerra con La Sociedad porque te apeteció masacrar a unos cuantos de los suyos. O cuando posteriormente justifiqué ante La Magna tu exabrupto, por emplear un eufemismo.

—La Magna no me perdonó porque tú intercedieras por mí —acotó con el mismo gesto indolente—. Lo único que hiciste (y de lo que te sientes bastante orgulloso, por cierto), fue encerrarme en un sótano los primeros días que Astaroth desapareció, impidiéndome seguir su rastro y localizarla antes de que fuera demasiado tarde. Otra cosa que también hiciste bien, aunque esto lo achaco a la pura chiripa, fue ser encomendado a Mara, porque de no haber sido por ella, jamás habría conocido el destino de mi mujer. Ahora bien... Lo que Mara hiciera se le agradece a Mara, no a ti, porque no es como si tú pusieras a todos

tus hombres a buscar a Astaroth durante día y noche, ¿verdad? No destinaste un solo recurso a su causa, ¿y te las das de mi salvador? —Se le escapó una risita condescendiente—. Hay que joderse.

Samael hizo una mueca y apartó la vista, como si estuviera seguro de que iba a ver correr la sangre. Luvart cerró los ojos un instante, pidiendo para sus adentros que la diosa les devolviera el sentido común. Dagon se fue sentando muy despacio en el sofá, sin atreverse a pestañear.

El *rex* no contestó enseguida.

—Parece que como procuro no infundir miedo ni imponerme para que mis hombres me perciban como un líder comprensivo, no es necesario obedecerme. Actualmente esto es así, ¿verdad? A todos os resulta inconcebible entender que tomo las decisiones que han de tomarse para preservar el orden, y que hay que respetar la jerarquía. —Entrelazó los dedos en el regazo, pero las manos le temblaban, como si reprimir la rabia le supusiera un esfuerzo sobrehumano. Se dirigió a pie hacia Abraxas—. Si el *rex* te dice que dejes en paz a la muchacha, dejas en paz a la muchacha. Si te dice que salir a buscar a Astaroth no te va a llevar a ninguna parte, no la buscas. Si te dice que te quedes en el puto refugio y no salgas de caza por tu cuenta, te quedas. Y da igual si aporto razones de peso o indiscutibles como lo son que es imposible que esa Ruth sea tu *anandha*, porque el espíritu de la diosa demora un tiempo en encontrar el recipiente perfecto y tu mujer tendría que nacer, crecer y convertirse en un ser humano funcional desde la muerte de Astaroth hasta que pudieras abrazarla. Da igual si soy lógico o si soy irracional cuando te digo que matar a siete seráficos inocentes no nos va a beneficiar en nada. Da igual si tiene sentido lo que digo o no. Tú... —Frenó delante de él y lo atravesó con una mirada letal— obedeces. ¿Lo has entendido?

Abraxas se mantuvo en el sitio, imperturbable.

—¿Y si no?

—Pues pide que te transfieran a otra unidad, lárgate y forma tu propio clan protector, o vete al jodido infierno, pero deja de tocarme las narices, porque lo único que has hecho en los últimos tiempos ha sido molestar.

Abraxas no pudo contenerse. El rencor acumulado y la rabia que había avivado con su prepotencia tomaron el mando y dirigió un derechazo al centro de su rostro.

Valthessar demostró merecer el cargo de *rex* deteniéndolo con una sola mano, cuando apenas quedaban un par de centímetros para romperle la nariz. Abraxas no bajó el brazo, sino que siguió empujando, apretando la mandíbula. Valthessar le sostenía la mirada con frialdad cuando usó la mano libre para agarrarlo por el cuello.

—Tengo un límite, Abraxas —le advirtió con voz gutural—. Te

aseguro que no quieres cruzarlo.

Pero sí quería cruzarlo. Llevaba deseando cruzarlo desde que se vio despojado de voluntad en un sótano durante los días más duros que podía recordar, pensando en que Astaroth estaría sufriendo torturas inimaginables en un lugar al que él podría haber llegado si hubiera estado libre.

No estaría siendo justo con la verdad si dijera que no pensó en las consecuencias que traería ser desleal a Valthessar, porque las tenía muy presentes, pero estas no significaban nada para Abraxas en comparación con la satisfacción que obtendría rompiéndole una costilla. Eso hizo dirigiéndole un rodillazo al vientre que le quebró uno de los huesos.

Valthessar retrocedió, aturdido. Se dobló sobre sí mismo y le lanzó una mirada con los ojos inyectados en sangre.

—Yo también tengo un límite —le dijo Abraxas, avanzando hacia él —, y lo cruzaste hace mucho tiempo. No te hiciste responsable de tu gran error, y ahora incluso te atreves a tratarme como a un perro desobediente. Soy tu bestia en el campo de batalla, no lo voy a negar, pero bajo este techo soy un ser humano, y el ser humano no solo no te respeta, sino que te desprecia.

Parecía que hubiera tocado un punto débil, porque el *rex* se recompuso como si no tuviera un hueso roto y se arrojó sobre él con los puños por delante.

Abraxas no pudo protegerse del primer golpe, que entró de lleno en la base de su mandíbula, pero cuando impactó de espaldas al suelo alzó las dos piernas para evitar que Valthessar se abalanzara sobre él y le asestó una patada con la planta en el mismo punto donde le habría provocado una hemorragia interna. Esto no hizo sino avivar su rabia: el *rex* lo agarró de un tobillo, y de un tirón violento hacia un lado, puso su cuerpo de costado. Antes de averiguar por qué lo quería en esa posición, Abraxas sintió que le pateaba en el centro de la columna para tenderlo boca abajo, y a continuación notó la fría suela de su zapato sobre la cabeza.

—No estás en este mundo para disfrutar de una historia romántica. Estás en este mundo para protegerlo —oyó que le decía. Su voz le llegó distorsionada porque la suela de la bota le cubría el oído—. Incluso cuando te arrebatan a tu mujer, tienes que seguir priorizando el futuro de la humanidad. Estás aquí para garantizar que ellos conservan intacto su derecho a estar vivos, pero tú no formas parte del grupo. Tú no eres una criatura autónoma. Eres un siervo.

Aquello lo escuchó más cerca, como si se hubiera inclinado sobre él. La presión sobre el lateral de su cráneo lo confirmaba. Estaba echando más peso sobre la pierna.

—Déjalo, Valthe —oyó que decía Dagon con voz trémula—. Creo

que ya has demostrado tu argumento.

—Es mejor que se desahoguen —lo interrumpió Luvart, solemne—. Esto iba a acabar estallando por algún lado. Mejor que lo haga ahora.

—Tú puedes seguir adelante porque es ella la que te ha dejado y no te queda otro remedio que aceptarlo —logró articular Abraxas con un rugido, pese a la postura y el dolor—. A la mía la mataron. ¿Qué harías tú en mi lugar? Quizá y después de todo no seas tan empático como te jactas. Si no puedes tratar a tus hombres como a seres sintientes, tal vez tampoco merezcas el título de *rex*.

—¿Y quién lo merece? ¿Tú? —se burló, agachándose para hablarle tan cerca como se lo permitía la postura. Abraxas apostaba por que sonreía con condescendencia—. A los dos días estaríamos jodidos, nosotros y los mortales. Eres un cabrón impetuoso, egocéntrico y que priorizará lo personal sobre el bien general. Además, crees que la fuerza vale más que el ingenio. No podrías defender mi cargo ni habiendo nacido tres mil años antes que yo. Pero si alguien más capaz quiere tomarme el relevo —continuó, alzando la voz y dirigiéndose a los demás con los brazos extendidos—, que, por favor, dé un paso adelante. Nunca he querido estar aquí ni tener estas responsabilidades de mierda.

Abraxas aprovechó que estaba hablando para agarrarlo entre el gemelo y la pantorrilla y tiró con fuerza hacia un extremo para hacerlo resbalar. Cuando supo que había tocado el suelo, se arrastró tan rápido como pudo y se posicionó encima de él para dejarlo inconsciente de un solo derechazo. Pero Valthessar era más resistente que los engendros con los que Abraxas solía batirse. Podría aguantar el dolor de un pómulo marcado y un ojo sanguinolento, como demostró en cuanto comenzó la guerra de golpes.

Abraxas estaba desahogándose por fin, consumando la cruenta venganza que trazó en pleno delirio, cuando creyó que perdería la cabeza en aquel pútrido sótano de tanto escuchar la caída del agua de las goteras del techo, el eco de las voces que llegaban desde el piso superior y el frío que se metía bajo la piel. No estuvo ni siquiera setenta y dos horas encerrado, pero esas setenta y dos horas eran cruciales en cualquier tipo de investigación por secuestro para marcar una diferencia, para hallar una pista...

Y le prohibieron salir en su busca.

—¡Basta!

Abraxas no supo si fue una voz masculina o femenina. Lo que quedó claro fue que la proyectó con la contundencia necesaria. La escuchó como si estuviera bajo el agua, porque tenía los sentidos embotados y le temblaba todo el cuerpo por la adrenalina.

Supo quién era, no obstante, en cuanto se quedó paralizado y cayó a un lado de Valthessar como si fuera una escultura de mármol. Solo

podía mover los ojos, que primero se fijaron en sus dedos detenidos en el tiempo en la pose de un boxeador y en las rodillas dobladas, y luego reconocieron la figura de Reyyan.

Se estaba acercando a los dos con una bata de andar por casa ceñida a la cintura.

—¿A nadie se le ha ocurrido detenerlos? —espetó ella, paseando una mirada furiosa por la concurrencia.

Abraxas no atinó a ver la reacción del resto, pero se imaginó a Samael encogiéndose de hombros, a Dagon agachando la cabeza, avergonzado, y a Luvart sin inmutarse.

—Tenían problemas que solucionar —se justificó este último.

—Anda que íbamos a estar donde estamos si solucionáramos nuestros problemas a puñetazo limpio —bufó Reyyan, sacudiendo la cabeza. No necesitaba que le explicaran qué había ocurrido: su intuición se lo hizo saber, y quizá también los gritos y reproches que habrían llegado a la planta superior. Caminó hasta llegar a la altura de los dos combatientes, víctimas del hechizo de parálisis. Reyyan los miró desde su reducida altura con la solemnidad que solo podía pertenecer a una hechicera histórica—. Que sepáis que voy a informar a La Magna de lo ocurrido, y no os quepa la menor duda de que tomará medidas drásticas.

Capítulo XVI

Ruth le asestó una patada a la torre del ordenador.

—¡Inútil! ¡No sirves para nada!

Ni siquiera para apagarlo y que dejara de funcionar, de hecho. El armatoste sobrevivió a su ataque colérico con dignidad, pero no para hacerle el apaño. El ordenador seguía sin registrar el contenido de la tarjeta SIM, que había logrado rescatar de los añicos de su pobre *smartphone*. Por lo visto, la perversa bota del desconocido la había rajado a base de bien. No era legible en ningún dispositivo, lo que significaba que las pruebas irrefutables que justificaban la existencia de una especie sobrehumana habían desaparecido como si nunca hubieran existido.

Bufando de impotencia y sin dejar de pasarse las manos por el pelo, Ruth puso un poco de música en Spotify —«para eso sigues marchando en condiciones, al menos»—, y se levantó para estirar las piernas. Se detuvo junto a la estufa que irradiaba calor. Tenía los miembros entumecidos por culpa de la pose en la que había pasado las últimas tres horas, y todo para que se le escurriera entre los dedos el secreto del siglo.

Se tiró hacia abajo de la camiseta de los Celtics, que le cubría hasta medio muslo, y cerró los ojos hasta que una buena idea la iluminara.

Ni siquiera había tenido tiempo para pensar en lo que opinaba sobre lo que había visto. En parte quería revisar las fotografías de nuevo para confirmar que no lo había soñado, que no estaba loca. No le cabía la menor duda de que estuvo en el bosque que rodeaba el extrarradio de la ciudad: su piel presentaba los pequeños rasguños infectados de haberse rozado con las ramas de los árboles, tenía un grueso moretón en la baja espalda y por suerte no había necesitado puntos en la barbilla, pero lucía una herida bastante aparatosa.

No estaba en condiciones de irse de cita con Abraxas, eso seguro.

—Ni que esa fuera tu prioridad ahora mismo —pensó en voz alta, bizqueando.

Y no lo era. Tenía que informar al BIS acerca de lo equivocado que estuvo al fijar su búsqueda en un supuesto grupo criminal. Si los enemigos eran las bestias deformes, los demás, el denominado Séptimo Círculo, tenían que ser los salvadores. ¿No eran acaso quienes combatían contra los monstruos para que no llegaran a la ciudad?

Anonadada por la locura en la que estaba pensando, Ruth soltó una carcajada en voz alta y se cubrió la boca. Bajó las escaleritas que llevaban a la amplia cocina, confirmando que la música inundaba toda la casa, y decidió prepararse un té para recuperar cierta sensación de normalidad.

Entre el secuestro a manos de Abraxas y las terroríficas visiones sobrenaturales, no daba abasto.

A fin de empaparse de noticias de actualidad, sintonizó la radio mientras buscaba algún tentempié que acompañara al English Breakfast.

Ruth nunca había creído en fantasmas, vampiros y otros seres de mitología, pero tampoco daba un duro por el amor, la amistad o la fraternidad y había visto que en algunos casos funcionaba. Quizá no fuera del todo surrealista que a algún laboratorio se le hubiera escapado un experimento pseudohumano. Siempre había pensado que era asombroso que, a esas alturas de siglo, la inteligencia artificial no hubiera creado aún una especie de Frankestein que utilizara sus funciones para obrar el mal.

—¡La hostia puta! —gritó al girarse y chocar con un amplio pecho masculino. Ruth se llevó la mano al corazón y miró a Abraxas con pasmo—. No me jodas, tío. ¿Volvemos a las andadas? ¿Te concedo una cita, ves que sale medio bien y ya te tomas la libertad de allanar mi casa?

—La ventana estaba abierta, cosa que no entiendo porque hace un frío descomunal y estás prácticamente desnuda... para variar.

—¡Una ventana abierta no es una invitación formal!

—Si tengo que esperar a que me invites formalmente, me puedo morir de aburrimiento. ¿Qué hacías anoche en el polígono? —preguntó sin rodeos, cercándola por la única salida posible.

Colocó una mano en la isla y la otra contra la nevera. Solo podría escapar bailando el limbo bajo su antebrazo, y Ruth sentía que no podía permitirse el menor signo de inmadurez delante de Abraxas. Y menos aún cuando estaba mosqueado.

—¿De qué hablas?

—No te hagas la tonta, o lo que es peor: no me tomes a mí por uno. ¿Por qué fuiste hasta allí después de la cita? ¿Qué es lo que viste? ¿Quién te vio? Y lo que es más importante... —Abraxas fijó la mirada en su barbilla, que elevó posando los dedos con cuidado justo debajo —. ¿Te hicieron daño?

Ruth se odió porque su enfado mermara al conocer las prioridades de Abraxas. ¿Y qué si le preocupaba su integridad? Eso le hacía una persona decente, no un enamorado.

Y si estaba enamorado, a ella le importaba un comino.

Peor para él, que las pasaría canutas.

—Me caí. Estaba muy oscuro —resumió con un encogimiento de hombros. Viendo que no podría escapar por allí, dio media vuelta y retiró la cafetera del fuego. Lo miró de reojo—. ¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

Abraxas se cruzó de brazos.

—Podría hacerte la misma pregunta.

—Pero yo te la he hecho primero, y hasta donde sé, por más que te siguiera, yo no invadí una propiedad privada. ¿Y bien?

—No me cuesta hackear el sistema estatal de identificaciones. Estás registrada como Ruth Havel, y según la ficha, vives en esta dirección.

«Nota mental: también tiene conocimientos informáticos. No suena para nada a la habilidad que tendría un tipo que solo sabe sumar y restar», pensó.

¿Le habría mentido al hablarle de su formación?

—Supongo que ahora debería estar asustada.

—Sí —reconoció él con rotundidad.

—Pues estoy furiosa —dijo en tono neutro. Se puso una mano en la cintura—. ¿Quieres un té?

—Vale. —Abraxas no tomó asiento. Se quedó de pie con los brazos todavía cruzados—. ¿Qué hacías allí, Ruth? ¿Qué tramas?

Ella suspiró.

—Si tanto te molesta que te sigan, ¿por qué no te molestas en hacer gala de una conducta ejemplar? No hagas lo que no te gustaría que te hicieran —lo reprendió con el dedo en alto. Estuvo a punto de reírse por el tono bíblico de su réplica, tan impropio de ella.

—Créeme, me sentiría muy halagado si me acosaras, pero en este caso no me queda otro remedio que ponerte en tu lugar. Es peligroso para ti —la advirtió con severidad para después escrutar su expresión en busca de un indicio de miedo—. Estoy seguro de que lo comprobaste de primera mano.

Ruth no dijo nada, tan solo le aguantó la mirada. Lo más probable era que el rubio de los ojos violetas le hubiera puesto al corriente de su sesión de espionaje, pero no sabía hasta qué punto estaba informado de lo que había sucedido.

Se negó a dejarse al descubierto proporcionando detalles.

—Te seguí porque me secuestraste, no quisiste decirme en qué trabajabas, ni siquiera pestañeaste cuando sugerí que pudieras estar involucrado en el crimen organizado y para colmo sabes luchar como un exmilitar israelí. Mi padre era el rey del hampa, por si lo has olvidado, y si voy a estar involucrada otra vez con un tío que tiene problemas con bandas callejeras o anda inmerso en la red subterránea de narcotráfico praguense, quiero saberlo.

Abraxas se cruzó de brazos, gesto que realzó sus músculos tensos.

—Pensaba que te enorgullecías de ser autodestructiva.

—Te dije que lo soy, pero no dije que me enorgulleciera de ello. De hecho, es un defecto que pretendo cambiar, así que dime aquí y ahora qué es lo que haces, cómo te ganas la vida, o llamo a la policía y les cuento que el tío que me secuestró ha venido por más.

—La policía vendría, pero a buscarte a ti. Tienes ficha criminal en el departamento de defensa. Por el delito que me confesaste, supongo —meditó sin inmutarse—. El asesinato que se te atribuye es el de un tal Novak Havel.

«Sí, tengo ficha criminal, pero el BIS me perdonó la pena a cambio de ayudarles», le habría contestado si hubiera podido.

—Conque esas tenemos... Pues entonces seré yo quien se largue y huya de ti cada vez que te acerques —sentenció—, lo que apuesto que no te tomarás muy bien dado que estás desesperado por follarme.

Abraxas tomó asiento junto a la isla de la cocina. El taburete giratorio parecía sufrir aguantando su peso, por no mencionar que él mismo tenía un aspecto ridículo encaramado en un asiento tan pequeño.

Sus ojos escarlata la estudiaron un instante en silencio.

—Ese es un análisis bastante simple de lo que me desespera sobre ti —acotó con llaneza.

—Estoy segura de que para ti es de lo más contradictorio sentir el deseo de acostarte conmigo cuando al mismo tiempo desprecias que me conduzca por la vida como una buscona, y que por eso piensas que tus sentimientos son increíblemente complejos. —Ruth bizqueó y se dio la vuelta para retirar el agua del fuego y servirla en dos tazas diferentes. Colocó una bolsita en cada una y buscó el azucarero—. No eres el primero que odia a las mujeres que no cumplen el estereotipo de virgen santa, pero que aun así quiere correrse en un cuerpo caliente. Hazte un favor y no lo disfraces de amor, que lo que a ti te pasa tiene un nombre y se llama misoginia.

—Y lo que a ti te pasa es que te gusta cambiar de tema de forma que parezca natural, pero se nota bastante que deseas evitar ciertas conversaciones a toda costa. No me creo tus excusas sobre lo que pasó anoche —zanjó él—, pero tienes suerte de que me dé igual que me mientas, porque de todos modos voy a ser sincero contigo.

—En ese caso, te has ganado el té. —Le extendió la taza, que él dejó reposar sobre la barra antes de hablar. Acto seguido, y viendo que su expresión adquiría un aire solemne, Ruth apagó la radio y se concentró en él. Fue entonces cuando se acordó de que había dejado la música puesta arriba, y una canción de 50 Cent llegó a sus oídos con nitidez.

—Las criaturas que viste anoche no tienen nombre —empezó él. Ruth escuchaba con atención y al mismo tiempo movía las caderas de forma distraída al ritmo de uno de sus temas favoritos—. Nosotros los

llamamos «engendros». Son experimentos científicos creados a partir de la genética humana y destinados a sembrar el terror en el mundo. Yo formo parte de la organización que los combate.

«Pues no estaba tan alejada de mis sospechas», pensó con ironía.

Una parte de ella, la que había crecido riéndose de los argumentos distópicos que eran un éxito en taquilla, de los libros sobre criaturas nocturnas y de los programas sobre apariciones espirituales, se negaba a aceptar aquella respuesta como válida. Sin embargo, los recuerdos de la noche anterior la instaban a creérselo a pies juntillas.

¿Cómo no hacerlo, si lo vio con sus propios ojos?

—Eres de los buenos —resumió ella, aún bailoteando.

Abraxas la miró de arriba abajo, como si acabara de darse cuenta de que solo llevaba una camiseta de baloncesto. Ruth ocultó una sonrisa perversa detrás de la taza de té, de la que aprovechó para sorber con gesto inocente.

—No soy el más bueno entre los buenos —admitió con voz ronca—, pero no estoy mal.

—Nada mal —reconoció ella, mirándolo de soslayo. Aunque estaba favorecido se pusiera lo que se pusiese, le gustaba más cuando no se vestía a conciencia para la ocasión. Llevaba un pantalón de chándal negro y una sudadera de cremallera con cuello de tortuga. Sin pensarlo, canturreó parte de la canción—. *Look, mami, I got the X, if you into takin' drugs...*[5]

—*I'm into havin' sex, I ain't into makin' love*[6] —continuó él con voz gutural, manteniendo la vista fija en sus labios.

Ella rompió a reír.

—*So come give me a hug, if you into getting rubbed.*[7] —Levantó las cejas, invitándolo a acercarse, y eso hizo: Abraxas se puso de pie y la rodeó por la cintura, recitando la estrofa de *In Da Club*. Ruth no había esperado que se atreviera cuando se comportaba de forma tan extraña (casi virginal) a su alrededor, pero no le disgustó. Olía de maravilla y tenía la piel caliente—. La verdad es que no me extraña nada que escuches a 50 Cent.

Estaba tan cerca que, cuando oyó su respuesta, la sintió como si hubiera hablado dentro de ella.

—A mí me extraña absolutamente todo lo que haces.

—Porque por lo visto no sales mucho de tu casa ni tienes pinta de llevar una cuenta de Twitter. Venga, no me digas que te molesta que a las mujeres les entusiasme el rap y el *hip-hop*. O peor, me vas a juzgar porque es música de negros y las blanquitas no tenemos derecho a disfrutarlo.

—No lo escucho porque sea «música de negros». Lo escucho porque me gusta, sin más.

Ruth echó la cabeza hacia atrás para mirarlo. Tenía las manos

apoyadas sobre su pecho.

—¿Estás desairando tu propia cultura? —Enarcó una ceja.

—No la entiendo como mi cultura. No me he relacionado con negros en ningún punto de mi vida, ni he sido discriminado por mi tono de piel.

—Por un lado no me extraña, porque cualquiera que te mirara diría que no le conviene meterse contigo... pero ¿es que has vivido en una cueva todos estos años? El único negro que trabajaba para mi padre sufría constantemente toda clase de vejaciones. Era muy desagradable —recordó con cierta aprensión.

Él se percató de que no le hacía gracia y le acarició la sien con los nudillos, entre complacido e hipnotizado.

—No he vivido en una cueva, pero sí en una realidad alternativa que me ha privado de participar en la sociedad humana tal y como se conoce y, por tanto, de padecer sus más y sus menos; el racismo incluido. No soy una criatura autónoma, sino un siervo —dijo en voz alta con el gesto torcido.

A juzgar por el retintín con el que habló, Ruth dedujo que era algo que había oído en otra parte; quizá una verdad que le obligaron a adoptar como propia. No le gustó que de pronto su rostro se ensombreciera y aprovechó que estaba distraído para hacerle girar sobre sí mismo. A él le sorprendió el movimiento, pero entendió que Ruth quería bailar y casi sonrió.

Ella empezó a moverse al ritmo de la canción, que volvió a sonar desde el principio como si el ordenador supiera que habían conectado gracias a esta. No esperaba que Abraxas la siguiera, pero para su inmensa sorpresa empezó a menearse con un sentido del ritmo que la dejó anonadada.

—¡No me lo puedo creer! ¡Sabe bailar! —se rio a carcajadas, señalándolo acusadora—. ¡Pero si lo haces mejor que yo! ¡Eres el puto Michael Jackson!

Abraxas estuvo a punto de reírse también, y Ruth se preguntó, sin querer admitir su frustración, por qué no se atrevía a hacerlo, si es que la pena le pesaba tanto que le había averiado las comisuras de los labios, o si su férrea y anticuada visión del luto le imposibilitaba tener una mínima muestra de entusiasmo en público. Ruth no perdía de vista que había estado casado con una mujer de la que estaba enamorado, y aquella clase de dolor le era tan ajeno, le parecía tan difícil empatizar con él, que no podía sino sentir una mezcla de curiosidad innata e impotencia. Pero se dejó rodear por sus brazos y bailó sin parar de reír, esperando contagiarlo en algún momento, librarlo de la sombra que tanto le amargaba.

—Parece que a ti también te hicieron daño anoche —comentó entre jadeos, rodeándole la cara con las manos. Abraxas compuso una

mueca de extrañeza al sentir su contacto, pero no la apartó. Ruth no había querido hacer mención a su lamentable estado, pero la venció la humanidad que creía saber cómo mantener a buen recaudo—. ¿Fueron esos bichos?

—No. Fue solo un bicho, y el peor de todos.

No pudo entrar en detalles, porque Abraxas la hizo dar una vueltecita sobre sí misma aun cuando la canción no se prestaba a esa clase de movimientos de baile.

Cuando la música acabó, Ruth había entrado en calor y Abraxas tuvo que ahuecarse el cuello de la sudadera para airearse un poco. Los dos alargaron la mano a sus respectivos tés con cierta extrañeza, sin mirarse a la cara, como un par de buenos amigos que acabaran de besarse y tuvieran miedo de afrontar las consecuencias.

Ruth estaba avergonzada y furiosa consigo misma porque aquel tipo no podía ser ni su confidente ni su colega, pero no sabía qué podría haberle hecho retroceder a él, que tan desesperado parecía por propiciar un acercamiento.

Pasaron unos minutos en silencio sorbiendo de sus respectivos tés, como si se hubieran citado para desayunar y tuvieran la suficiente confianza para permanecer en silencio mientras pensaban en los quehaceres que les tocaría afrontar durante el día. Él tenía el asiento girado hacia ella, y por fin la miraba. Ruth permanecía de pie acodada en la isla, con la vista clavada al frente.

Abrazaba su tazón con los dedos.

—¿El Séptimo Círculo se dedica a proteger el mundo? —retomó tras un rato de meditación, deseando alejar el momento de intimidad compartido.

—Solo Praga —contestó, de nuevo armado con su gesto inexpresivo —. ¿Cómo sabes nuestro nombre?

—Lo oí cuando estuve en el hospital. También escuché el de alguno de tus amigos —reconoció—. Valthessar, por ejemplo.

—Ese no es mi amigo —replicó con desdén. Ruth se giró para mirarlo con curiosidad—. Es mi jefe, por ponerlo de alguna manera.

»Tienes que saber que si no le despreciara, no se me habría ocurrido contarte lo que te he contado —agregó, observándola con fijeza—. Incluso si a ti te parece información escasa, apenas la punta del iceberg, puede poner en peligro a la gente que vive en esta ciudad. Por eso tienes que prometerme que vas a ser cuidadosa. No puedes contárselo a nadie. Podrás imaginarte la manera en que cundiría el pánico, ¿verdad?

Ruth asintió mecánicamente. Por supuesto que se lo imaginaba, y por supuesto que no pretendía contárselo a nadie. Incluso dudaba sobre si poner al corriente a los agentes del BIS. Eso no era lo que estaban buscando, no era la historia que querían, y tampoco podrían

hacer nada al respecto si no les parecía bien la labor de El Séptimo Círculo. Abraxas y sus amigos los aplastarían con un solo dedo.

—¿Y tú qué eres? —preguntó ella de pronto, como si hubiera sufrido una revelación—. ¿Por qué te eligieron para tal propósito?

—Porque soy muy bueno en el cuerpo a cuerpo.

—No lo diría quien te viera de esta guisa. —Señaló las marcas de violencia con un gesto de barbilla.

«Ahora dirá que eso lo digo porque no he visto al otro».

—Pues deberías ver cómo se quedó el otro.

Ruth lo dejó desconcertado con su risotada, pero se olvidó de preguntarle qué la divertía tanto cuando ella volvió a recorrer su rostro amoratado con las yemas de los dedos, apenas rozando la carne inflamada.

Abraxas se dejó hacer con la respiración suspendida.

—Tengo la sensación de que debería saber más —murmuró ella, pensativa.

—Es una sensación errónea, porque deber, lo que es deber, no deberías —contestó él en el mismo tono—, pero sí es verdad que hay más.

—Cuéntamelo.

Abraxas negó con la cabeza.

—No te lo voy a explicar por despecho. Por eso te pido que me des tiempo.

Ruth puso una mano en la cadera mientras con la otra alcanzaba el té.

Dio un sorbo impaciente.

—¿Cuánto?

—No lo sé. Depende del que me vayas a dar... Espera... —Alzó la cabeza de repente, como si acabara de caer en la cuenta de algo importante—. ¿Medio bien?

Ruth retiró la taza de sus labios y enarcó una ceja.

—¿Perdón?

—Antes has dicho «medio bien». Que nuestra cita fue medio bien. ¿Por qué solo «medio»?, ¿o era una forma de hablar?

—¿Cuándo he dicho...? Por Dios, Abraxas, he hecho ese comentario hace horas. ¿Ahora lo has procesado? —Meneó la cabeza, entre irritada y divertida.

—Responde. ¿En qué fallé?

Ruth le dirigió una mirada cargada de sorna, creyendo que se lo preguntaba con sarcasmo. Había olvidado que aquel hombre no tenía una sola fibra irónica o cínica en el cuerpo, que era pura solemnidad, y que seguía deseándola tanto como el primer día.

Se estremeció de placer, pero por suerte pudo disimularlo con la excusa de que hacía frío.

—No me besaste —improvisó con desenfado.

—No me dejaste —se quejó él.

—Porque elegiste el momento menos oportuno.

—¿Y cuál era el oportuno?

—Cualquiera en el que no hubiera sacado la navaja del zapato.

—Pues lo siento. He pasado los últimos veinte s... años besando a la misma mujer. He olvidado cuándo debo dar el siguiente paso.

—Cuando sientas que tu cita está dispuesta. —Encogió un hombro —. No tiene tanta ciencia.

—No puedo sentir nada que no sean mis nervios.

Ruth sonrió de lado y se apoyó en sus hombros con actitud juguetona.

—Pues podrías haberme besado hace unos segundos, por ejemplo —le confesó en voz baja, y odió estar diciéndole la verdad. No le habría importado que se hubiera arrimado más—. Sé que puedo intimidar al género masculino, pero por favor, Terminator, no seas ridículo. Tú no me tienes miedo.

—No te tengo miedo a ti, pero sí a lo que puedes hacer conmigo — contestó con una franqueza que la desarmó—. No sé qué va a ser de mí si me rechazas.

—Bueno... —Meneó un hombro, coqueta—, aprovecha que aún no lo he hecho.

—De acuerdo. —Inspiró hondo—. Esta noche iremos al cine. Es un plan de salida... normal, ¿no te parece? ¿Querrías...? ¿Querrías venir?

Ruth pestañeó una vez. Acababa de darle carta blanca para que la besara y no lo había entendido... ¿o no había querido entenderlo?

Estuvo a punto de suspirar con resignación.

No tenía por qué ir al cine, no si no era por gusto. Ya había descubierto qué se traía entre manos uno de los personajes con nombres bíblicos o de mitología que el BIS tenía fichados. No obstante, al mirarlo a los ojos, se dio cuenta de que una parte de ella sentía que aún no había terminado con él. No solo en un sentido sexual, pues había decidido que quería pasar una noche en su cama para satisfacer la morbosa curiosidad, sino en todos los demás. Abraxas conocía historias que podrían hacer las delicias de su carácter indiscreto, de su interés por lo macabro, por las aventuras, por los secretos de un hombre que encontraba, si no fascinante, al menos digno de una segunda cita.

Además, Abraxas tenía sentimientos que nadie le había dado la oportunidad de expresar, o esa impresión le había dado. No era su obligación hacerse cargo de ellos, ni de dichos sentimientos ni de las taras que pudiera traer de fábrica, pero sentía ternura hacia él. Lo suficiente para sentarse a escucharlo con gusto.

Y sobre todo valoraba un detalle: Abraxas era un hombre diferente

a simple vista, extraordinario de tan poderoso, y aunque ni su vida ni la de Ruth tenían nada que ver con la del mortal promedio, se estaba esforzando por transmitirle una sensación de normalidad; por tratarla como una mujer querida se merecía. Era algo que Ruth no había experimentado jamás, y que a la par que inspirarle curiosidad, la emocionaba.

Quizá tuviera corazón, después de todo.

—Iré al cine contigo.

No se arrepintió de darle otra oportunidad. Su afirmativa le hizo sonreír casi por primera vez desde que lo conocía, y era un gesto que no le ayudaba a pasar desapercibido, todo lo contrario: un par de hoyuelos dotaban su rostro generalmente serio de un aire juvenil irresistible. Ruth sintió una extraña presión en el pecho y se llevó la mano allí con desorientación, pero no apartó la mirada de su rostro iluminado en ningún momento. No hasta que desapareció tal y como había llegado, sin que ella pudiera preverlo.

Justo cuando estaba preguntándose a qué hora y en qué cine, recibió un mensaje de texto con las indicaciones y con una frase que la desarmó.

Gracias por darme una oportunidad.

Capítulo XVII

Ruth estuvo a punto de faltar a la segunda cita. No solo porque ya tenía gran parte de la información que necesitaba, sino porque en el transcurso del día, y tras darle un par de vueltas a lo acontecido la noche anterior, decidió que, en primer lugar, había perdido la cabeza: ¡el hombre la había secuestrado, por Dios! Y en segundo lugar, no quería conocer más detalles sobre sus labores sobrehumanas.

«Ojos que no ven, corazón que no sienten», se repetía, convencida de que no le fallaría a los mortales si optaba por hacer oídos sordos ante lo que parecía un problema monumental. A fin de cuentas, había vivido veinticinco años sin tener ni la más remota idea de lo que se cocía en las entrañas de la ciudad. ¿Qué importaba si dedicaba el resto de su existencia a ignorarlo? No era como si ella tuviera madera de salvadora. No podría rescatar a nadie de ninguna amenaza global cuando a duras penas había conseguido sobrevivir ella sola por su cuenta.

El hecho de apartarse a un lado la obligaba a dejar de verse con Abraxas, que era el vivo recordatorio de que el mundo estaba formado por algo más que corteza terrestre, infraestructuras y seres humanos.

Sin embargo, conforme se acercaba la hora, empezó a lanzar miradas furtivas al reloj.

No le haría eso, ¿verdad? No le daría plantón. Y no porque le importaran un carajo sus sentimientos o pensara en la sonrisa que le dirigió al conocer su afirmativa o en el bailecito a ritmo de 50 Cent, sino porque era un tipo que no aceptaba un «no» por respuesta.

Probablemente se presentaría en su casa si se le ocurría faltar.

Ruth acabó preparándose para la noche de cine, convenciéndose de que lo hacía porque no le quedaba otro remedio y no porque quisiera verlo de nuevo. Pero no engañaba a nadie. Era consciente de sus propias debilidades; ¿cómo no serlo, si vivía consigo misma? Sabía que uno de sus puntos flacos era la soledad, a la que en teoría debería estar acostumbrada, pero ya fuera porque era testaruda hasta el extremo o más orgullosa de la cuenta, nunca terminó de hacerse a la idea de que nadie la querría jamás. Luchaba contra el que parecía su sino para demostrarse que merecía ser amada.

Dudaba que Abraxas fuera la persona que rompería su maldición,

porque apenas lo conocía y no se presentó ante ella en la mejor de las circunstancias, pero era evidente que apreciaba su compañía. Ruth estaba dispuesta a aferrarse a eso para no sentir que su vida era una lista de obligaciones para con el BIS, un padecimiento continuo de pesadillas en la madrugada, un par de *striptease* en un bar de mala muerte y un pasado follando por dinero.

Ruth llegó hasta el palacio Lucerna a pie. Se había puesto unas botas cómodas, unas medias rotas adrede con un pantalón corto de cuero y un corsé de aspecto gótico con una camiseta de manga larga debajo. Localizó a Abraxas en la puerta, esperando con su incomodidad habitual entre un grupo de personas que parecían haberlo acompañado. Le hizo gracia que los dos vistieran de riguroso negro.

Alzó una mano y carraspeó para captar su atención. En cuanto sus miradas se cruzaron, Ruth enarcó una ceja inquisitiva. Colocó los dedos en las trabillas del pantalón y esperó, con las caderas hacia delante, a que hiciera su apreciación; una apreciación que se reservó, pero que quedó clara en el modo en que la miró de arriba abajo.

—¿Te estás debatiendo entre el «vas muy fresca» y el «vas hecha una fresca»? —inquirió ella, aguantando una sonrisa burlona—. Te estoy ayudando a encontrar la frase perfecta, porque parece que vayas a explotar callándote lo que piensas y no me gustaría presenciar algo tan violento.

—He decidido no hacer más comentarios sobre tu apariencia. —Miró de reojo a uno de sus acompañantes, entretenido en ese momento hablando con grandes aspavientos con una preciosa joven de ascendencia... ¿india? ¿Árabe?—. Me lo han recomendado mis...

—¿Abogados? ¿Asesores?

—Amigos —completó una voz femenina. Pertenecía a una veinteañera enérgica con los ojos azules. Se separó del grupo sin perder la sonrisa, empujando su propia silla de ruedas, y se acercó a Ruth, haciéndole en el proceso un escáner descarado, para darle los dos besos de rigor—. No sabes cuánto me alegro de conocerte. Esta iba a ser una cita a dos, pero me temo que estaba tan desesperada por averiguar quién y cómo eras que me he autoinvitado. Tampoco es tan mala idea. Las citas triples están a la orden del día, ¿no?

—A Ruth no le gusta demasiado el contacto físico —intervino Abraxas, observándolas de hito en hito—, y ni mucho menos aquel impuesto por las normas de educación.

Ruth abrió la boca para preguntarle en qué momento había averiguado ese detalle. No recordaba habérselo dicho.

Había subestimado su capacidad de observación.

—No importa, ya lo sabes para la próxima —desestimó, sonriéndole de lado a la chica. Llevaba el pelo rubio recogido en una

coleta tirante. Ruth dedicó especial atención a la silla de ruedas—. Parece que nada puede pararte, ¿eh?

—Muchas cosas pueden pararme: una maratón, los edificios sin rampa y la matrícula del gimnasio, pero una noche de cine es mucho más que asequible para mi pobre patita... Y para mi clavícula rota. Y para mi cuello. —Se dio una palmadita en el collarín. Aquellas no eran lesiones menores, y Ruth se estaba preguntando si de veras era tan importante conocer a la chica de su amigo Abraxas o estaba drogada. Ella resolvió la duda agregando en voz baja—: Estoy hasta el culo de analgésicos.

Ruth se carcajeó.

—Lo tendré en cuenta. Así, si dices alguna irreverencia, podré disculparte.

—Mucho me temo que la irreverencia venía de fábrica, no tiene nada que ver con las pastillas para el dolor —intervino un hombre—. Por suerte, sospecho que aquí todos somos unos desvergonzados. Soy Dagon, por cierto. Seguro que te acuerdas de mí.

Por supuesto que se acordaba. ¿Cómo no hacerlo? No era habitual toparse con un tipo con los ojos de un tono ámbar intenso, una cabellera de rizos caoba larga hasta media espalda y el cuerpo plagado de tatuajes coloridos. Tenía sujeta por la cintura a la exótica beldad de piel morena, que vestía un precioso vestido de lana naranja que contrastaba favorablemente con su melena negra y sus botas de caña alta.

Se presentó como Qadira con una dulzura que la dejó descolocada.

—¡Creo que no te he dicho mi nombre! —exclamó la rubia—. Estoy tan emocionada con esto que ya hasta pierdo la cabeza. Me llamo Mara, y el chico que está fumando en la esquina es mi cita de hoy. Lo he sacado de una clase de escritura creativa, que es una de las pocas actividades a las que me puedo dedicar ahora mismo. Se llama Janik y es un descojone de tío, ya verás.

El «ya verás» provocó que Ruth y Abraxas intercambiaran una mirada rápida. Los dos se estaban preguntando cómo de triple sería aquella cita, si tendrían que relacionarse con las otras dos parejas de forma obligatoria. A Ruth le hizo gracia que él pusiera cara de cordero degollado, como si no se le ocurriera un castigo peor.

—¿Entramos? —propuso él con impaciencia. No la esperó para emprender la marcha.

Ruth logró desembarazarse de los cuatro extras y alcanzar a Abraxas, a pesar de que se había adentrado en el mítico cine checo como si lo estuvieran persiguiendo.

—Cualquiera diría que eres tan tímido que necesitabas que un par de parejas te salvaran de mantener el contacto conmigo —se burló amistosamente. Vaciló antes de hacerlo, pero acabó poniéndole una

mano amable en el hombro—. ¿Qué pasa, Terminator? ¿Te ha entrado el canguelo?

Abraxas la miró de reojo con desafío.

—De eso nada. Son ellos los que han insistido en venir, y Dagon me ha convencido con el pretexto de que la gente normal hace este tipo de planes con mucha frecuencia. A lo mejor, ahora que tenemos compañía, evitamos acabar peleándonos en un callejón oscuro.

Ruth cabeceó a punto de echarse a reír.

—Eso es verdad.

—Por curiosidad... ¿Dónde llevas la navaja hoy?

—Entre las tetas. —Se regocijó al ver su reacción—. Es broma. La tengo donde podría sacarla a la velocidad de la luz si volvieras a hacer alguna canallada.

—Es bueno saberlo. Lo que me recuerda... —Abraxas frenó en la barra donde se servían los aperitivos. Se veía que el par de chicos que atendían con el uniforme del cine no daban abasto—. Tienes que devolverme mi daga. No es cualquier baratija, sino una pieza histórica con valor sentimental.

—¿Qué es lo que te ha recordado a la daga? ¿Mi navaja, o nuestra pelea en el callejón? Porque anoche te desenvolviste bastante bien sin ella.

—No vamos a hablar de eso —se quejó en voz baja, buscando la cartera en los bolsillos del pantalón vaquero y la chaqueta. Parecía agobiado al repetir—: Deberíamos mantener una conversación normal.

Ruth puso los brazos en jarras.

—¿Qué es una conversación normal para ti?

—Y yo qué sé —farfulló por lo bajo. Lejos de irritarla, a Ruth la enterneció que estuviera nervioso—. ¿Qué quieres de comer?

—Con una cerveza de botellín voy que chuto. —Viendo que Abraxas le daba la espalda para esperar acodado en la barra, Ruth se puso de puntillas y le pasó un brazo por la espalda para hablarle en tono persuasivo—. Algo «normal» entre dos personas que se van de cita es hacerse cumplidos. Por ejemplo, cuando la chica aparece en el punto de encuentro, el chico dice algo como «estás muy guapa».

—Estás muy guapa —dijo sin mirarla. De perfil, sus rasgos parecían más afilados y letales; los pómulos altos, la mandíbula marcada, el mentón prominente. Se le antojaba incluso más letal ahora que presentaba marcas de violencia. A ella y al resto de la cola para comprar palomitas, porque cazó a un par de adolescentes mirándolo con pavor.

—Oh, vamos... —insistió Ruth, dando un saltito—. Dame algo más personal.

—Dame algo tú. No me has dicho que esté muy guapo —le reprochó con rencor.

Ruth se rio.

—No necesitas que te lo diga para saberlo.

—¿Quién ha dicho eso? —inquirió en voz alta, mirando alrededor —. No es como si me pasara el día delante del espejo.

—Pues deberías.

Observó que Abraxas se humedecía los labios y se giraba hacia ella, cansado de tanta provocación.

—¿Quieres que te diga algo personal? Ahí va: no presiones ciertos botones, porque ya me cuesta contenerme para no ir a por ti como un animal cuando me llamas «puto cabrón» o alguna de esas lindezas tuyas, así que imagina el ejercicio de autocontrol que tengo que hacer para no abalanzarme sobre ti cuando te acercas de forma provocativa.

—Solo te estoy tocando el hombro —repuso con inocencia.

—Ni siquiera necesitas tocarme para ponerme enfermo —refunfuñó, mirándola de soslayo.

Ruth estaba al borde del ataque de risa. Su agobio le parecía entrañable.

—Eso no ha sonado muy romántico, Terminator.

—Me alegro, porque no lo es. Ni tampoco placentero —gruñó, devolviendo la vista al encargado.

Ruth pensó en presionarlo un poco más con algún comentario juguetón, como «tú también me gustas», pero se fijó en que tenía los músculos de la espalda duros como la piedra por culpa de la tensión acumulada y decidió que seguir angustiándolo acabaría causando una hecatombe. Agarraba con tanta fuerza las entradas de papel que temió que sus acompañantes se quedaran sin noche de cine.

No entendía su actitud. Sabía que, a algunos hombres, el celibato les afectaba física y psicológicamente, pero no era posible que él se viera en tan terrible tesitura, ¿verdad? Conocía a unas cuantas mujeres que estarían más que dispuestas a hacerle un hueco en su cama, y por el módico precio de cero coronas checas.

¿Tanto la deseaba?, se preguntó con ingenuidad, como si no lo hubiera demostrado en mil ocasiones. Permaneció a su lado cuando se dirigieron a la sala de proyección, cada pareja charlando por su cuenta e interviniendo a cada rato en una conversación común.

Ruth vigiló sus propias reacciones sin ocultar su fascinación.

Por supuesto que había demostrado que ella le gustaba, aun en contra de sus principios y opiniones personales, pero a cualquier mujer le costaría creer que la mera atracción física pudiera causar la violenta incomodidad que cabría esperar en alguien con los calcetines mojados.

Supo de qué iba la película cuando por fin se dignó a leer la entrada.

—¿Me has traído a ver una peli de miedo? —preguntó en voz baja,

divertida—. Una elección arriesgada, teniendo en cuenta que ya sabes que no me asusto con nada. Pero ha sido un buen intento.

—¿Un buen intento?

—Tú me entiendes. —Pero no la entendía. Se lo dejó claro con su expresión perdida—. Los hombres llevan a sus chicas a ver películas de miedo con la intención de que se abracen a ellos. Es una tradición. Una un poco ridícula, si se me permite opinar...

—Yo no he elegido la película —gruñó—. Ha sido Mara. Dice que prefería esto a una de esas comedias románticas con final feliz.

—En ese caso, no tengo más que decir. Solo una cosa: ¿qué te pasa hoy, que estás tan enfadado? No me digas que te has levantado con el pie izquierdo, porque esta mañana has sido muy simpático conmigo.

—No sé si te has dado cuenta, pero llevas un jodido corsé.

—¿Y? No creo que te hayas enfadado porque no me favorezca. Me queda de puta madre.

Abraxas se pellizcó el puente de la nariz. Ella no esperó que contestara. Se encogió de hombros y se concentró en la pantalla, donde se mostraron los tráileres de las películas pendientes de estreno. Sentía la mirada curiosa de Mara sobre ella, pero no le dio el gusto de saber que la estaba observando, en parte porque no pretendía mantener una conversación con sus amistades. Aún tenía que decidir si quería estar en la vida de Abraxas, fuera para sonsacarle más información delicada o para acostarse con él con frecuencia.

Fingió que no se daba cuenta de su escrutinio observando alrededor.

El cine Lucerna era uno de los más populares de la ciudad. Para llegar, Ruth había tenido que cruzar el puente de Carlos y seguir todo recto, pasando por delante del café Louvre y por la puerta de la iglesia de Nuestra Señora de las Nieves. No había necesitado recurrir al mapa digital de su nuevo móvil de pura chiripa, porque recordaba haber pasado mercancía en aquella misma puerta al grupo de adolescentes al que gustaba de ver comedias hasta el culo de marihuana. Pero ella nunca había ido al cine, y menos en una cita triple. Era una experiencia curiosa y que agradecía de corazón, pero seguía siendo insuficiente para convertirla en alguien que no era: una chica corriente.

Miró de reojo a Abraxas y se fijó en que él hacía lo mismo con Dagon, que tenía sentado al lado. El tipo formaba parte de El Séptimo Círculo, no le cabía la menor duda, pero si no lo hubiera visto en el hospital y arrastrando cadáveres la noche anterior, no se lo habría creído. En aquella sala de cine se sentía como en su casa, se notaba que se había arreglado a conciencia, con el fin de impresionar a su cita, y comía palomitas a dos manos sin dejar de inclinarse hacia Qadira para contarle anécdotas de los actores. A ella se la veía algo

menos acostumbrada, pero no por ello falta de entusiasmo.

En el momento en que Dagon cogió de la mano a Qadira, Abraxas se tensó y se giró hacia Ruth con la mirada llena de dudas. Ella arqueó una ceja, esperando su siguiente movimiento, y se quedó de una pieza al ver que hacía lo mismo: entrelazó los dedos con los de Ruth, que hasta el momento habían descansado en el reposabrazos de la butaca.

Se quedó mirando sus manos unidas sin apenas pestañear. Estuvo a punto de romper a reír de pura incredulidad. Apostaba por que los niños daban sus primeros pasos en el amor cogiendo de la mano en el autobús escolar a su compañero de pupitre; ella no. Ella conocía los miles de tipos de besos franceses, estaba familiarizada con el lenguaje del Kamasutra, había llevado a cabo un sinfín de prácticas sexuales que estarían prohibidas en los países más conservadores, pero nadie la había cogido de la mano viendo una película de miedo, y fue una sensación muy agradable.

Abraxas tenía la palma ligeramente húmeda, pero saber que estaba nervioso la enterneció e hizo del contacto una experiencia aún más encantadora. Era fácil sentirse protegida cuando una zarpa que doblaba su tamaño la rodeaba y apretaba, recordándole que estaba allí, pero también era un gesto demasiado íntimo, y sabía que la incomodidad no tardaría en imponerse al agradecimiento.

Se revolvió en el asiento, cuidando de que su mano no se moviese un ápice, y se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

«Qué ridiculez», quiso bufar. Miró a Abraxas con el rabillo del ojo y descubrió que él estaba haciendo lo mismo. Al saberse cazado con las manos en la masa, apartó la mirada y se concentró en la película, que Ruth había renunciado a ver en beneficio de averiguar qué se cocía en la mente de su acompañante.

Se pudo imaginar lo que había empezado a pensar cuando vio que Dagon se inclinaba hacia Qadira para robarle un beso. El pulso de Ruth se agitó creyendo que Abraxas, en su afán por replicar el comportamiento de su amigo, daría el siguiente paso.

Pero él se quedó inmóvil en su butaca.

—¿No me quieres dar un beso? —preguntó ella cerca de su oído.

Él ni siquiera lo negó.

—Hay demasiada gente alrededor.

—Estamos a oscuras.

—Ya, pero no me gusta tener público.

—Me imagino por qué. Eres un bestia, ¿verdad? —inquirió sin ocultar su morbosidad.

Abraxas se giró hacia ella. En sus ojos reconoció una extraña mezcla de anhelo y desorientación. Ruth encogió un hombro para sus adentros —quizá también lo hizo físicamente— y se acercó a él para darle un beso en la comisura de los labios, siempre dura e inflexible,

como si le faltaran los músculos que facilitaban la expresión.

Ruth debería haber sabido que estaban siendo sometidos a un intenso escrutinio, pero no se le ocurrió pensarlo hasta que oyó la risita de Mara. Confirmó que la muchacha se echaba hacia atrás en su asiento —su acompañante la había acomodado a su lado cogiéndola en brazos y doblando la silla a sus pies—, tan satisfecha como si hubiera sido ella misma quien hubiera propiciado el casto beso. A Abraxas no le hizo gracia, sin embargo, y no solo retiró la mano, sino que se levantó y, sin ofrecer excusas ni pedir disculpas, cruzó el patio de butacas y desapareció por la única puerta habilitada.

Ella se quedó un buen rato mirando el punto de acceso, esperando por si regresaba.

—Es complicado para él... No se lo tengas en cuenta —le explicó Dagon, que se había dado cuenta de la incomprensión de Ruth. La miraba con una media sonrisa simpática—. Es que no hace esto a menudo.

Capítulo XVIII

Abraxas terminó de echarse agua en la cara y se miró en el espejo. Apoyaba el canto de las manos, ambas convertidas en puños apretados, en los bordes del lavabo. No se molestó en secar las gotas que corrieron libremente por su rostro. Necesitaba esa sensación de frescor para no ahogarse.

No podía soportarlo. La combinación de deseo y culpabilidad era intolerable. Estaba allí de cuerpo presente, agarrando la mano de Ruth como era lógico hacer según los pasos del cortejo contemporáneo —o eso decía Dagon—, pero su cabeza trabajaba más rápido que la luz o el sonido y no cesaba en su empeño de recordarle que era un perro traicionero.

Astaroth no llevaba ni dos meses muerta. Ni siquiera había podido enterrarla. Y por más que Ruth fuera su reencarnación, por más que lo hubiera sentido así en un principio, ahora que la conocía podía destacar tantas diferencias entre las dos que no podía percibirla como tal.

Pero ese no era el gran problema. El problema era que, a pesar de no reconocerla, la deseaba. La deseaba incluso más que si se hubiera parecido a Astaroth, y todo porque le gustaba. Le gustaba su descaro, que le hiciera bailar, que le sirviera un té con naturalidad aun cuando había allanado su casa y que no lo mandara al carajo a pesar de todos sus defectos.

¿Y en qué lugar le dejaba eso?

Volvió a abrir el grifo, esta vez para mojarse la nuca y los laterales del cuello.

Estaba cometiendo un error. Un grave error. Su cabeza lo tenía claro, pero su cuerpo no opinaba lo mismo. Su cuerpo, de hecho, había desconectado hacía tiempo de las órdenes mentales y se limitaba a reaccionar a los movimientos de Ruth, a sus maquillajes excéntricos, a sus prendas provocativas, como si ese estilo le hubiera atraído alguna vez.

Se estaba volviendo loco y solo la había visto... ¿qué? ¿Cinco veces? Sabía que el anhelo iría *in crescendo* conforme pasaran los días, pero no que escalaría hasta alcanzar semejante magnitud.

El deseo era más grande y poderoso que él.

—¿Te has asustado? —preguntó la reina de Roma, recostada bajo el umbral. Con una mano sujetaba la puerta, y con el hombro contrario se apoyaba en el marco. Todas sus poses parecían diseñadas para ponerle el vello de punta. Era la provocación personalizada—. ¿Por eso has salido corriendo?

—No. Solo me he... —Para colmo, no le salían las palabras. No hablaba a menudo porque no quería, no porque le costara. Con ella, la situación era radicalmente distinta—. Estoy agobiado.

Ruth se impulsó desde su apoyo y se dirigió a él con una expresión solemne que pretendía camuflar la preocupación que sentía, y que por supuesto no deseaba exteriorizar.

Entendía que intentara disimular sus sentimientos. Él tampoco quería hacerle saber hasta qué punto era débil.

—¿Qué te pasa? Dagon dice que «esto» —hizo un gesto ambiguo— no se te da bien.

—Y es verdad. No se me da bien. Siempre que he querido a una mujer, la he tenido en el mismo momento, y ya después... —Cerró los ojos—. Después he hecho lo que tuviera que hacer: o decirle que lo nuestro era un simple escarceo o pedirle que me hiciera su hombre.

Ruth se apoyó esta vez en la pared de azulejos y cruzó los brazos. Ladeó la cabeza con una media sonrisa hechizada, como si le encontrara terriblemente encantador... muy a su pesar.

—¿Todo lo que dices suena tan solemne? «Hacerme su hombre» —repitió con voz de ultratumba—. Ya te lo he dicho en alguna ocasión, pero pareces sacado de una novela romántica de *highlanders*.

—Estoy chapado a la antigua —reconoció él. Se giró hacia ella con un puño cerrado sobre el borde del lavabo—, lo sé, y no creo que vaya a cambiarlo. No de forma radical, porque no me disgusta del todo quién soy, y no de la noche a la mañana. He pasado tantos años anticuado que no puedo simplemente... ir al cine y tomarte de la mano, pensar en que nos esperan veinte o cuarenta tardes como esta hasta que...

—¿Hasta que follemos? —completó ella, en lo absoluto escandalizada.

—No —bramó él, molesto con su superficialidad—. Hasta que pueda decirse que tengo lo que tuve.

Ruth enarcó las cejas y se echó hacia atrás.

—Voy a obviar el hecho de que acabas de insinuar que pretendes casarte conmigo, porque eso sí que acojona que te cagas y creo que debo priorizar tu incomodidad al mal rollo que me acabas de dar. Así de buena persona soy —advirtió con el dedo en alto. Lo dejó caer acto seguido, suspirando—. Abraxas, puede que nunca tengas lo que tuviste. Lo bueno e incluso mágico de cada persona con la que nos cruzamos es que es única e irrepetible. Si estás buscando a tu esposa

en mí, no la vas a encontrar.

Quería decirle un millón de cosas, pero se decantó por la duda más acuciante.

—¿No te enfada siquiera pensarlo? Que pretenda que seas su reemplazo.

Ruth apartó la mirada para reírse sin energía, con la vista clavada en un punto del suelo.

—¿Conoces el dicho «en un mundo de ciegos, el tuerto es el rey»? —Se rascó el cuello, distraída. Siguió sin mirarlo con una desinflada sonrisa desdeñosa—. Pues digamos que cuando creces en un ambiente en el que la mayoría de la gente te quiere para que le apañes un encargo de narcóticos, para que seas su saco de boxeo o para tener un coño caliente en el que correrse, que venga un tío y te diga que espera que seas su venerada esposa es... es bastante halagador, la verdad.

Abraxas apretó la mandíbula para no decir algo de lo que pudiera arrepentirse.

En teoría debería celebrar que a Ruth no le importara conocer sus verdaderas intenciones, pero le repugnó que no sacara el carácter que tenía para defender, orgullosa, su valor individual; uno que él sabía que tenía y que ya estaba apreciando, incluso si era demasiado testarudo para anteponerla a ella, ella y su vitalidad, a una vida anterior que ya no volvería.

—¿Por qué tienes que hablar así de ti? —gruñó, furioso.

—Porque eso es lo que he sido, y ya veremos si lo sigo siendo o me convierto en algo distinto. Lo que quiero decir es que me la suda ser tu mujer si ese papel viene con lujos como el cariño, el respeto y la consideración. Y, la verdad, es de agradecer que te tomes la molestia de reprimir tus instintos primarios para ganarte mi confianza, que me lleves de cita incluso si no estás acostumbrado, y que evites hacer comentarios desagradables que sabes que no me gustan. Creo que, hasta que llegaste, lo más bonito que habían hecho por mí era dejarme vivir después de una paliza.

Le horrorizó que fuera capaz de decir semejantes barbaridades mientras se encogía de hombros, como si tuviera tan interiorizada la violencia que ya no pudiera sorprenderla. Era obvio que Ruth miraba hacia atrás con gesto inexpresivo, que le pondrían una película con las peores vivencias de los últimos veinte, veinticinco años, y ella no retiraría la vista ni para tomar aliento, pero eso no consolaba a Abraxas. Eso lo enfurecía más de lo humanamente soportable.

—Esto de salir e ir despacio no es tuyo, está claro —continuó—, así que voy a preguntarte por curiosidad, no porque esté dispuesta a adaptarme: ¿qué es «lo tuyo», Abraxas?

Él tragó saliva. Tenía delante a una mujer que anhelaba y admiraba a partes iguales, mirándolo con los ojos más tristes y a la vez

desafiantes del mundo, y esperaba una respuesta.

No pudo resistirse y ahuecó su rostro entre las manos.

—Esto —musitó.

Y la besó como si le fuera la vida en ello.

Abraxas había dado por hecho que era un animal, una bestia, un hombre incapaz de tener un pensamiento racional, pero habría jurado que Ruth se estremecía porque la estaba tratando con el tiento que merecía. No siguió preguntándose cómo le gustaba que la tocaran en cuanto comprobó que no se retiraba y que, de hecho, le devolvía el beso con las mismas ansias.

Abraxas se sumergió en una suerte de ensoñación, temblando por lo que estaba teniendo lugar. Deslizó una de las manos por la nuca, que descubrió que tenía rapada, y descendió por la curvatura de la espalda hasta que pudo rodearla por la cintura y estrecharla contra su pecho. Ella no hacía nada con las manos. Al haberlas dejado laxas por la sorpresa, quedaron atrapadas entre sus cuerpos. Así, en esa postura y sin el tonillo soberbio que le gustaba emplear para ponerlo en su lugar, Ruth no parecía ni guerrera ni poderosa; de hecho, vibrando como un diapasón entre sus brazos y totalmente cercada por el inmenso cuerpo masculino, se le antojaba más bien un pajarillo asustadizo y delicado. Pero no pudo asociarle aquella imagen cuando el beso se tornó más violento, fruto de las urgentes necesidades de Abraxas, porque ella liberó los brazos del encierro y se los echó al cuello para besarlo con una sensualidad que no hizo sino avivar el fuego que ya le estaba arrasando.

—¿Qué querías decir con «esto»? —articuló Ruth entre besos, jadeante—. ¿Que pretendes conquistarme a... a base de polvos? Te... Tendrías que ser muy bueno en la cama para conseguirlo, porque no soy una virgen que se enamora de su primer novio adolescente.

Y ahí estaba el desafío, una vez más.

Nadie se había atrevido a hablarle en ese tono, a mirarlo con burla amistosa, a cuestionar sus habilidades, y quien se había tomado esa libertad solo la mitad de veces que ella, no había vivido para contarlo. Abraxas siempre había odiado que le llevaran la contraria o jugaran con su vena impulsiva para hacerlo saltar, pero empezaba a acostumbrarse al reto que personificaba Ruth en sí misma.

No se molestó en contestar verbalmente. Se agachó lo suficiente para agarrarla por la parte trasera de los muslos y levantarla en vilo. La sentó sobre el lavabo húmedo, y como ella no solo no se quejó por la temperatura, sino que le sonrió como si estuviera ansiosa por conocer su siguiente paso, Abraxas no retrocedió.

La tomó de la barbilla para acercarla a sus labios y besarla de nuevo, esta vez más despacio pero con la misma y desesperante urgencia. Con la otra mano acarició el cuerpo que le tenía

obsesionado: primero su cuello delicado, y seguidamente deslizó la palma abierta entre los pechos, ensalzados gracias al corsé, y el vientre.

Al llegar a la cremallera del vaquero negro e introducir la mano sin ninguna dificultad, Ruth rompió el beso un instante para jadear y mirar hacia abajo.

—Esto no es un pantalón ni es nada —gruñó él—. ¿Sabes que se te ve el culo por detrás?

Ella lo miró con el maquillaje de los ojos algo corrido. Del pintalabios oscuro no quedaba ni siquiera el rastro. Abraxas no pensó que aquel sencillo detalle provocaría que le quemase la ingle. Se imaginó el aspecto que presentaría después de hacer el amor, aún más desmejorado, con grumos de rímel en el cerco de los ojos y el negro de las sombras que le alargaban el párpado convertido, por culpa del sudor, en un tono verdoso o azul marino.

—Me alegra que lo hayas mirado. ¿Qué te ha parecido?

Abraxas no le dio el gusto de hacerle saber lo que pensaba.

—No necesitas que responda a eso para saber que eres una bomba.

—¿Una bomba de relojería, o una bomba sexual, como la canción de Tom Jones?

—Eso todavía no lo sé. A lo mejor en ese aspecto me decepcionas.

—Y una mierda.

Ruth le rodeó la espalda con los brazos para acercarlo a su cuerpo y entrelazar las piernas detrás de su cintura. Le dirigió una sonrisa maligna antes de volver a besarlo como si quisiera darle a conocer la extensa sabiduría que había adquirido con el tiempo, y sin duda lo consiguió: Abraxas se sintió tan abrumado con la lluvia de besos que pensó que la acumulación de calor le haría derretirse. No supo de dónde sacó la fuerza o la idea de seguir buscando la ropa interior bajo el pantalón para llegar a...

—No llevas bragas —descubrió él, anonadado.

—Rara vez. Odio la sensación.

Abraxas gruñó como si fuera a transformarse en un animal, y en cierto modo, así fue. Perdió del todo los papeles e introdujo enteramente la mano en el pantalón, cubriendo así el pubis con la palma. Ella se revolvió, incitándolo a ser más descarado, y él no dudó en utilizar el nudillo del pulgar para presionar el punto de placer que toda mujer tenía en la cúspide del sexo.

Ruth gimoteó contra sus labios, y como agradecimiento o con el fin de volverlo loco, plantó su mano en la bragueta de su vaquero, donde ya se podía apreciar el bulto incipiente.

No dejó de besarla en ningún momento. Sabía tan dulce y deliciosa que se convirtió en una adicción a la que no estaba dispuesto a renunciar, y entre las piernas no se le antojó menos tentadora. Era

suave al tacto, y le enloquecía tener una prueba de que lo estaba disfrutando: sus dedos empapados así lo confirmaban, dedos que introdujo en su interior cuando empezó a sacudir las caderas a punto de alcanzar el orgasmo.

Pensó que él mismo podría llegar al clímax simplemente observándola entregada al placer, pues no intentaba esconderlo, no lo reprimía, no le avergonzaba que la viera morderse el labio o jadear en voz tan alta que tal vez los escucharan en la sala de proyección. Pero ella iba a hacer que se corriera a la vieja usanza, masturbándolo por encima de la ropa con una pericia que debería estar prohibida.

—Dime si vamos a follar —dijo Ruth, temblando al borde del orgasmo—. Si vamos a follar... dejo... dejo de tocarte ahora mismo.

Abraxas le limpió con el pulgar uno de los grumos de rímel y con esa misma mano le sostuvo la cabeza por el lateral del cuello. Ella se ladeó en esa dirección, como una gata mimosa, y cerró los ojos para romperse en mil pedazos: separó los labios y gimoteó con una voz grave y sensual que a Abraxas le erizó el vello. Su mera contemplación le puso el pelo de punta, sus movimientos, su agresividad a la hora de besar, de tocar y ser tocada.

No se le ocurría nada en el mundo que quisiera más que hundirse en su cuerpo, salvo, quizá...

El rostro de Astaroth irrumpió en su pensamiento, arruinando el encuentro y acabando con cualquiera que hubiesen sido sus intenciones. Dio un paso atrás, retirando la mano de la zona más ardiente de su cuerpo, y se la miró como si la hubiera usado para matar a un inocente.

La visión borrosa le impidió localizar lo que tenía delante, y un pitido desagradable evitó que oyera lo que quiera que hubiese dicho Ruth. Se quedó allí de pie, sin saber qué hacer o si estaba haciendo algo siquiera, como si su cuerpo no le perteneciera, hasta que oyó con claridad que Ruth le hablaba.

Sintió que posaba una mano sobre su antebrazo, devolviéndolo así al mundo real.

—Oye... —Abraxas la miró sin reconocerla, aun cuando su corazón se agitó al verse reflejado en sus pupilas dilatadas—. ¿Estás bien?

—Sí, yo solo... —Se calló antes de decir algo que lo dejara en mal lugar. Debería haber previsto que Ruth era bastante más intuitiva que él o ningún hombre, y que sabría por qué se había detenido.

—No estás preparado, ¿no?

—Claro que lo estoy —bramó él—. Estoy perfectamente.

—Ya, claro. Entonces solo te has mareado, ¿no? Te ha dado un pequeño sofoco —se mofó. Acabó chasqueando la lengua—. No tienes que hacerte el macho las veinticuatro horas, ¿sabes? Puedes tener un momento de debilidad. Fíjate lo que te voy a decir: incluso se te

permite sufrir una crisis nerviosa o un gatillazo porque casi te follas a una tía que no es tu mujer. Fuerte, ¿verdad? —Se cubrió la boca con aire teatral.

Abraxas encontró consuelo en sus palabras, unas que Astaroth no le había dirigido en siglos de relación. A ella no solía gustarle que se mostrara débil, que admitiera tener reparos; lo quería tal y como era ante la galería, una bestia despiadada. Que Ruth lo comprendiera más allá de su fachada y lo respetara le puso de peor humor.

—¿Tienes que ser siempre tan soez? —la acusó con desdén.

—¿Y tú tienes que ser siempre tan rígido y paternalista? —Se cruzó de brazos—. Vete al carajo, joder. No tengo por qué perder mi tiempo consolándote, ni tampoco mostrarme comprensiva.

Temiendo que se fuera, Abraxas la tomó de la muñeca y le lanzó una mirada que no habría sabido cómo clasificar. ¿Suplicante? ¿Al borde de la desesperación? Fuera como fuese, Ruth se apiadó de él después de hacerle sufrir unos segundos con su silencio.

—Tienes razón —accedió Abraxas de mala gana—. Supongo que... En el sitio de donde vengo, las debilidades no están muy bien vistas, y el hombre siempre ha de mostrarse poderoso y dominante, y... La verdad es que hace algún tiempo que ni siquiera siento que me tenga a mí mismo bajo control. Mis... —La palabra se le atragantó y le sonó extraña, desacostumbrado como estaba a decirla— emociones, quiero decir.

—Tranquilo. Sé lo que es enrollarse con alguien por despecho, porque estás triste y necesitas subirte el ánimo o porque...

—No, no, no, no. —Sacudió la cabeza enseguida. Abarcó su rostro con las manos para que lo mirara—. Tú no... Ruth, no se me da bien expresarme, pero... Estoy... Mira, si algo sé reconocer, es lo que mi cuerpo me exige, y tú... Lo que siento es... Joder —masculló con impaciencia. La soltó, sospechando que su mirada fija era el motivo principal de que no lograra articular una frase con sentido, y se dio una vuelta por el amplio pasillo del servicio de caballeros hasta recuperar la calma.

Fue ella quien acudió a su encuentro, le obligó a enfrentarla, aunque fuera a regañadientes, y se puso de puntillas para besarlo con ternura. Parecía que hubiera sabido que necesitaba algo de inspiración para encontrar las palabras exactas, porque en cuanto separaron los labios, Abraxas estaba ardiendo de nuevo.

—Maldita sea, mujer —rechinó entre dientes. La mantuvo sujeta por los hombros, a donde se había aferrado para recorrer los lugares más recónditos de su boca, y tuvo que resistir el deseo de sacudirla—. Tu cuerpo me tiene enfermo, y tu... tu lengua, tu forma de hablar y de dirigirte a mí, es... Es desconcertantemente fascinante. Dudo que exista un solo hombre sobre la faz de la tierra capaz de acercarse a ti

por un motivo distinto a la atracción más ancestral. Pero... —Tragó saliva.

—No hace falta que digas nada. Sé lo que te pasa.

Abraxas respiró aliviado. Le embargó tal agradecimiento al sentirse comprendido por primera vez desde que la tragedia tuvo lugar que no supo cómo actuar. ¿La abrazaba para hacerle saber que apreciaba su empatía? ¿La besaba otra vez, a riesgo de llegar hasta el final? ¿Se esforzaba por ponerle las palabras adecuadas a lo confuso pero también feliz que se sentía de haberla encontrado?

Ruth le cubrió la mejilla con la mano y la deslizó en una especie de caricia resignada que los dejó hipnotizados a los dos.

—Oye... —dijo ella en voz baja, de pronto inquieta. Cambió el peso de pierna y se rascó la nuca—, no soy pedigüeña, ni tampoco me gusta humillarme, pero... Por más que lo entienda, no me hagas quererte si voy a permanecer eternamente a la sombra de otra mujer, ¿de acuerdo? Hay cosas por las que no estoy dispuesta a pasar, y acabo de decidir que esa es una de ellas.

Capítulo XIX

Las escaleras para acceder al palacio de La Magna eran una ilusión óptica adaptada a la visión de quien tuviera que sortearlas. Se decía que cada uno de los peldaños representaba un pecado cometido en la vida del penitente, razón por la que los miembros de El Séptimo Círculo preferían evitar que la diosa los convocara en sus dominios, ya fuera para ser reprendidos o con motivo de una condecoración. Su trayecto hasta el destino final era arduo y desesperante.

Como Abraxas y Valthessar no se podían considerar penitentes ya, puesto que habían alcanzado el perdón divino gracias a la aceptación de su *anandha* —con independencia de lo que hubiera ocurrido a posteriori—, no tuvieron que sufrir una subida interminable.

Abraxas se alegró de que así fuera. Seguía perjudicado por la paliza del *rex*.

No habían vuelto a dirigirse la palabra desde el encontronazo, en parte porque Abraxas era un fantasma en el refugio de la organización —no se dejaba ver en las salas comunes a no ser que hubiera sido convocado; prefería disfrutar de su intimidad en el dormitorio—, y también porque la noche siguiente a la pelea había aprovechado para escabullirse al cine.

Por desgracia, coincidieron en la cocina durante el desayuno, pero la presencia del resto de la tropa evitó que volviera a correr la sangre. Se limitaron a ignorarse mutuamente.

—Por Dios, parecéis dos caballeros victorianos —había comentado Luvart, poniendo los ojos en blanco—. Si tenéis que retaros a duelo para saldar la deuda de honor, adelante, pero resolved esto cuanto antes. A Reyyan no le gustan los ambientes tensos.

—Me pregunto si algún día aprenderás a hablar por ti —había ladrado Valthessar acto seguido—. ¿O acaso vuestros espíritus se han fundido en uno solo y ya no diferencias lo que quieres tú de lo que quiere Reyyan?

Luvart desplegó la novela que estaba leyendo y se cubrió el rostro.

—Vas a ofender a quien puedas, *rex*, no a quien quieras.

Y así zanjó la discusión. Apenas unas horas después, La Magna les hizo saber a través de Valthessar que los esperaba en el salón principal de palacio para charlar sobre algunas contrariedades.

Fiel a su promesa, Reyyan los había delatado.

Si de algo estaba seguro Abraxas, era de que Valthessar compartía su opinión: estaba harto de rodearse de chivatos, y apostaba por que el *rex* también se sentía avergonzado porque la diosa magnánima se hubiera visto en la obligación de citarlos debido a un par de puñetazos.

Abraxas recordaba con melancolía los tiempos en los que los problemas se resolvían así. Los golpes servían como desahogo, y luego las heridas cicatrizaban. Una conversación, como proponía la correcta Reyyan, no serviría sino para estirar el chicle, y Abraxas no solo no habría estado dispuesto a sentarse frente a Valthessar para intercambiar opiniones porque fuese orgulloso, sino porque no podía. La rabia le bloqueaba, impidiéndole desahogarse verbalmente.

La Magna no estaba en el lugar donde los había citado. Abraxas pensó que lo habría olvidado, o que habría recuperado el juicio y habría decidido no darle más importancia de la que tenía. No obstante, uno de los empíreos que custodiaban la puerta principal les informó de que los esperaba a orillas del lago.

Valthessar bufó en voz alta.

—Me parece a mí que nos manda a hacer el camino hasta el dichoso lago para que mantengamos una conversación adulta durante el trayecto.

—La Magna tiene en alta consideración nuestras habilidades comunicativas.

—Demasiado alta, diría yo.

Pasaron el resto del recorrido en completo silencio, manteniendo una distancia de metro y medio entre los dos.

Hasta llegar al lago en cuestión, había que rodear el perímetro del palacio, que no era precisamente modesto, pasar por el lateral de los jardines y el invernadero, un punto que indicaba que el visitante estaba abandonando el territorio de La Magna, y cruzar la amplia llanura que conducía a Coriander. Ya de lejos se iba intuyendo la forma de la torre donde según la *Sagrada Crónica* había vivido la hechicera Sehara. Envuelta en la bruma de un día que no terminaba de decidir si sacar al sol a pasear o descargar una tormenta de verano, ofrecía un aspecto mágico.

Hacía un bochorno insoportable, tanto así que Abraxas empezó a sudar a medio camino y ambos tuvieron que hacer pausas para apoyarse sobre las rodillas. Evidentemente, La Magna no los había citado tan lejos porque quisiera que charlaran durante el paseo. Quería castigarlos con la subida, con los efectos de las elevadas presiones de aquella zona del Autem, y lo estaba consiguiendo: Abraxas se notaba mareado. Le dolían las lesiones de la paliza, se le bloqueaban las articulaciones y sentía que iba a desfallecer.

Estaba a punto de echarse a llorar —esto para su inmenso asombro

— cuando sus pies tocaron la fina arena que bordeaba el lago. En la orilla, sujetándose los bordes de la túnica grisácea para no empaparla, La Magna ponía en remojo sus pies. Su cabello destellaba a lo lejos como una hoguera sobre la superficie del agua, un milagro que si alguien podía obrar, sería Ella.

A unos pasos de distancia se encontraba Xaphan con los brazos cruzados a la espalda. Él fue el primero en darse cuenta de que se acercaban. Les dirigió una mirada decepcionada que les dio a entender que estaba al corriente de lo ocurrido, pero como dictaba el protocolo, no habló. Nadie tenía permitido iniciar una conversación en presencia de La Magna: ella las empezaba y las daba por zanjadas.

La diosa los localizó antes de que se detuvieran a la distancia que ordenaban las normas. Los miraba con la barbilla alta, sin disimular cuánto se regocijaba en su sufrimiento. No los libró de la reverencia de rigor, una indulgencia que no estaba dispuesta a concederles. De hecho, esperó con gesto severo a que lograran poner en funcionamiento sus pobres y temblorosos miembros.

Abraxas estuvo a punto de caer sobre la arena, pero hizo un esfuerzo sobrehumano por incorporarse, sabiendo que, si tocaba la tierra, no volvería a levantarse.

No podía ni quería imaginarse cómo demonios habría logrado provocar ese nivel de cansancio en dos de los penitentes más habituados al sufrimiento.

«¿No hace un día maravilloso?», fue el primer pensamiento que dio a conocer.

Abraxas nunca terminaría de acostumbrarse a no poder asociarle una voz a la diosa. Se comunicaba con el rumor del viento, con las vibraciones de la superficie del agua o el quejido de las hojas secas al caminar sobre un manto de árboles caducos, nunca con los labios, y solo los seres nacidos a partir de su energía podían descifrar sus deseos.

Tenía sentido, eso sí estaba dispuesto a admitirlo. La Magna era la creadora de todo lo que se conocía: el viento, el agua, las estaciones... Claro que podía poner lo intangible a su servicio para transmitir una orden.

—Sin duda, Su Santidad —contestó Abraxas con voz hueca.

«Acercaos».

Ambos obedecieron sin necesidad de poner su cuerpo en funcionamiento. Había algo en la figura de la diosa, en su forma de penetrar en sus mentes para trasladar el mensaje, en sus movimientos, que incitaba a sus súbditos a hincar la rodilla sin pensarlo.

Abraxas siempre la había admirado.

Se detuvieron a su altura, justo donde Ella les indicó, y les señaló su reflejo en las aguas mansas.

«Según me informan, estas últimas semanas hemos podido disfrutar de una relativa calma en el mundo mortal. Confirmadme que no me equivoco».

—No os equivocáis —acotó Valthessar.

«Comprenderéis entonces mi extrañeza al veros llegar con un par de costillas rotas y los rostros amoratados. ¿Será posible que mis queridos y obedientes penitentes, hastiados del escaso movimiento durante sus guardias, la hayan emprendido a golpes los unos contra los otros para entretenerse por las noches?».

—No fue así con exactitud, Santidad —repuso Abraxas en tono respetuoso—. El *rex* y yo tenemos nuestras discrepancias acerca de ciertos acontecimientos pasados.

—Sí que las tenemos, pero no veo cómo eso puede alterar la majestuosa tranquilidad de Su Santidad —interrumpió Valthessar sin ocultar su desdén—. Parece que nosotros no somos los únicos que disfrutamos de cierta calma. La diosa Magna también debe andar ociosa, o de lo contrario no me explico que se haya tomado la molestia de citarnos para una buena reprimenda. Recuerdo tan bien sus últimas palabras dirigidas hacia mí que, de hecho, estoy anonadado porque nos haya propuesto prestarle una visita: «Arriesgáis vuestras vidas para que yo pueda contemplar mis flores».

Abraxas podía imaginarse a Xaphan, aún de pie a espaldas de los tres, meneando la cabeza como si el *rex* no tuviera remedio.

La Magna le sostuvo la mirada con frialdad.

«Ya ni siquiera finges una mínima cortesía hasta que puedes justificar tus estallidos coléricos. No esperas a obtener la excusa de que “la diosa cruel te ha herido en el orgullo”; llegas preparado para el ataque. Curiosa actitud blande el hombre que exige respeto a sus compañeros, como si el respeto pudiera demandarse».

—No es mi culpa que Su Santidad interprete como una descortesía las palabras que salieron de sus labios, palabras que me he limitado a parafrasear —repuso con fingida inocencia.

«Ya que lo mencionas, me produciría un inmenso júbilo dedicarme al cuidado y crecimiento de mis flores, pero ha quedado demostrado en múltiples ocasiones que aún no he terminado de educar al reino animal que mandé a La Tierra. He decidido vigilaros de cerca para evitar otra catástrofe, y veo que no erré al inmiscuirme en vuestros asuntos; es evidente que no sabéis solucionarlos sin intervención divina, lo que ya es decir».

—Si tuvierais que intervenir cada vez que dos penitentes se comportan como hombres, no daríais abasto, Santidad —dijo Abraxas, agachando la cabeza en señal de respeto—. Me disculpo si mi forma de abordar el problema no fue la mejor, pero me temo que en ese momento no estaba pensando.

La Magna lo miró con incredulidad.

«No te he hecho venir para castigarte por atacar a tu *rex*, guerrero. Os he hecho venir a ambos por distintos motivos, pero ambos igual de apremiantes. Me es indiferente que os sacudáis de vez en cuando para liberar testosterona. Fuisteis creados a imagen y semejanza de las mejores criaturas que pueblan el mundo. Por supuesto que comprendo un comportamiento animal. Lo que no voy a tolerar es que el *rex* se muestre agresivo e intolerante, o, dicho de otro modo, muy por debajo de lo que se espera de su puesto».

Valthessar se envaró con la boca torcida en una mueca desdeñosa.

—Si no estáis satisfecha con el modo que desempeño mis labores de *rex*, siempre podéis nombrar a quien consideréis más adecuado.

La diosa dejó de mirarlo de soslayo y concentró la vista en la visión evocadora del lago.

«Recuerda que no solo te veo, Valthessar, hijo de Shamshiel; también te siento. Aficionarte a un comportamiento errático y temperamental no te garantizará que te libere de tu cargo, y aunque cediera a tu torpe intento de manipulación, Mara no regresaría a tu lado simplemente porque tus responsabilidades para con El Séptimo Círculo se vieran mermadas. Que lo pienses solo reafirma lo que te reprochó: no te molestas en comprenderla».

A Abraxas le sorprendió la acusación de La Magna. ¿Por eso se estaba comportando de aquella manera? ¿Para que la diosa le revocara el título de *rex* y así él pudiera suplicarle otra oportunidad a Mara, esta vez con la promesa de compartir otra clase de vida?

Confirmó con una mirada de reojo que Valthessar apretaba los puños.

—Pero mis responsabilidades sí se verían mermadas —se empecinó —. No es como si necesitara el visto bueno de nadie, de todos modos. Fui perdonado y aceptado por vos, solo que en mala hora decidí permanecer en mi puesto por amor a El Séptimo Círculo y en deferencia a los horrores que sabía que tendrían lugar. Ahora bien... Si quisiera desmarcarme del clan, nadie podría impedirlo.

La Magna soltó una carcajada que hizo vibrar la superficie de las aguas.

«Yo podría impedirlo». Se giró hacia él, y aunque Abraxas no pudo ver la clase de mirada que le dirigía, supo que hablaba desde la solemnidad. «Fuiste elegido como *rex* porque eres el único miembro de El Séptimo Círculo que puede seguir adelante sin otra compañía que su propia razón; porque ni las dudas hacia mi buen hacer, ni un corazón roto, ni con la esperanza maltrecha o el espíritu enfermo has abandonado tu puesto o cuestionado la importancia de tu labor. Nadie podría ocupar tu lugar».

Valthessar le sostuvo la mirada tal y como estaba prohibido hacer.

La Magna exigía que no se la mirara a la cara salvo en ocasiones en las que fuera inevitable, pero que los ojos se mantuvieran fuera del rango de visión en todo momento.

No pareció que le molestara que el *rex* se saltara esta orden a la torera.

—Pero ¿y si quisiera dejarlo?

«¿Por la pataleta de una niñata que ni siquiera era la que se te destinó en primer lugar? No te atrevas a esbozar esa mueca de incomprensión; si me miras a los ojos, que sea con toda la seguridad de tus certezas», bramó, ofendida. «¿Acaso has olvidado que Rebecca era el portal, la ocultista? Era la hermana mayor quien poseía el don, pero murió y buena parte de su espíritu vinculado a la Suprarrealidad escogió a Mara como recipiente. No solo ocupó su lugar como elegida de la diosa, sino como tu pareja. ¿Vas a renunciar a tu nombre, a tus hazañas y a tu lugar en la historia por una mujer que se convirtió en tu *anandha* de pura chiripa?».

—¿Y por qué no? —contraatacó sin vacilar.

«Porque tu vida no tiene sentido sin estar al servicio de los demás. Posees tu individualidad; nadie puede arrebatártela, Valthessar, y puedes hacer con esa libertad propia cuanto desees. A la vista está que fuiste feliz mientras tuviste el amor y satisficiste tu ambición. Pero solo el amor no te basta, y sabes que no me equivoco. No puedo equivocarme cuando estoy en tu corazón, en tu mente y en tu espíritu».

—Solo la ambición tampoco me satisface.

La Magna le retiró la mirada con una mueca despectiva. Era obvio que se estaba reservando una opinión personal, pero aún no había dado por concluida la charla.

Debía conocer mejor que nadie los límites a los que la testarudez de Valthessar podría llegar, porque cuando volvió a dirigirse hacia él, no fue con un argumento innegable. Extendió la palma de la mano con los dedos levemente doblados, apuntando al cielo. De sus puntas emergieron chispas doradas, y a continuación, como si de una proyección se tratase, apareció sobre la mano un nítido holograma que Abraxas también pudo observar desde el otro lado.

Reconoció enseguida el escenario: el cine al que había asistido la noche anterior, solo que no era él quien aparecía, ni Dagon o Ruth. Mara utilizaba una de las muletas que cargaba debajo de la silla de ruedas para jugar al béisbol en el recibidor del edificio. Un muchacho rubio y sonriente le arrojaba las pelotas que había fabricado manualmente con el débil cartón de los vasos de refresco. La magia de la diosa mostró otra imagen posterior en la que Mara se dejaba cargar en brazos por el mismo chico. Este zigzagueaba al trote por las calles que llevaban a la plaza de la Ciudad Vieja; de la silla de ruedas no

había ni rastro. En la última escena, Mara se colgaba del cuello del chico y lo besaba en los labios bajo el reloj astronómico, parcialmente cubierto por una redecilla que indicaba su futura restauración.

Abraxas se sorprendió saliendo en su defensa con un argumento con el que él no habría empatizado jamás.

—Está soltera. Puede hacer lo que quiera.

Pero sabía que Valthessar no lo vería de la misma manera, y sintió una punzada de culpabilidad por haber estado presente aquella noche, por no habérselo informado incluso si no era su deber. Así era el dolor que reflejó su expresión, el estado catatónico en el que se sumió aun después de que La Magna dejara caer el brazo. Era tan absorbente que Abraxas podría haber olvidado sus diferencias.

«Sacrificar el talento, el deseo de pertenecer a una misión que cambiará el mundo y que te otorga una razón de ser por los caprichos de una mujer que no te quiere...». La Magna sacudió la cabeza. «No me parece la decisión más inteligente, *rex* Valthessar, y nunca te he tenido por nada parecido a un estúpido».

El cuerpo de Valthessar se movía ligeramente, como si lo meciera la brisa, pero lo más probable era que estuviera temblando. Había palidecido hasta perder el tono aceitunado que sus antepasados asirios le habían dejado en herencia. La Magna le puso una mano en el hombro, poniendo fin al inquietante tambaleo.

Quizá fuera así como se quedaban los hombres cuando el alma les abandonaba el cuerpo, tan vacíos que una ráfaga de aire podría llevárselos.

«Puedes marcharte. Si no cambias tu parecer en los próximos días, en contra de mis principios y deseos permitiré que abandones El Séptimo Círculo. Pero hasta entonces... continúa ejerciendo tu rol».

Valthessar asintió de forma apenas perceptible y se desmaterializó en el aire. La agradable brisa que se levantó después fue lo único que delató que el *rex* había estado allí. Aún pasaron unos instantes hasta que La Magna retiró los pies de la orilla, soltó la túnica salpicada de agua y miró a Abraxas con fijeza.

Como no llegó a manifestarse, fue él quien inquirió, preso de la confusión:

—¿Por qué habéis hecho eso?

Capítulo XX

«Espero que no estés cuestionando las decisiones de tu diosa», acotó con frialdad, aún observándolo con el rabillo del ojo; esos ojos hipnotizadores y sin pupila que podían sembrar el terror en un guerrero experimentado.

A Abraxas le parecía que, en presencia de Su Santidad, sus compañeros pecaban a menudo de soberbios, quizá porque todos ellos venían de épocas históricas en las que las mujeres, como sujetos pasivos con una vida al servicio del hombre al que las prometieran, debían obedecer. No creía que pudiera existir otro motivo para que insistieran en desdeñar o intentar engañar al ser más poderoso del universo, y esto simplemente porque había adoptado la apariencia de una mujer.

Aun así, a él, que pese a todo se consideraba un hombre anticuado, jamás se le había ocurrido desafiarla o nombrarla en vano.

—Nunca las cuestionaría, Su Santidad, pero me gustaría comprender el sentido de vuestras acciones.

«Tienes el corazón podrido de rencor hacia tu *rex*, y a pesar de esto y de que te arrebataron lo más querido, aún te queda empatía para compadecerle. A mí también me gustaría comprender el sentido de tus acciones, Abraxas, hijo de Abracax».

Él permaneció donde estaba, con la vista clavada en el borde de su barbilla.

—Puedo imaginarme lo doloroso que resulta ver a tu mujer en brazos de otro, y hay sufrimientos que no le desearía ni a mi peor enemigo.

«Ese es un principio humano bastante extendido y que yo jamás he compartido. A mi peor enemigo le desearía cualquier clase de sufrimiento», aclaró con una frialdad que tensó a Abraxas. «Pero tu pureza de espíritu es encomiable».

Se lo quedó mirando en silencio.

Abraxas no estaba acostumbrado a tener la atención de La Magna. Siempre había sido obediente y respetuoso a excepción de la única ocasión en la que pagó con sangre una deuda propia y, como consecuencia, fue condenado a la penitencia. Nunca tuvo que soportar un castigo a manos suyas, en definitiva. No sabía cómo comportarse ahora que lo había citado con un objetivo desconocido.

«Te responderé porque confío en que comprenderás mi proceder», retomó al fin. «Me jacto de hacer cuanto está en mi mano para evitar que el sistema se desmorone, y si eso implica procurar que el *rex* sea conocedor de las actividades libertinas de su mujer, pues no podemos prescindir de él, así se hará. Tarde o temprano lo habría descubierto, y considero menester que vea la situación desde cada una de sus perspectivas para tomar la decisión más cabal».

—Entiendo, aunque a mi parecer vuestra respuesta tiene truco. Hacéis cuanto está en vuestra mano, pero es que en vuestra mano reside todo el poder del universo.

«No todo». Se dio media vuelta y se agachó para hundir las manos en el agua. Formó un cuenco con ellas y se las acercó a los labios para dar un sorbo. «Solo la inmensa mayoría».

—Con el debido respeto, ¿no debería ser vuestro objetivo unir de nuevo a Valthessar y a Mara?

Ella ladeó la cabeza hacia él sin mirarlo, con la vista prendida en la arena.

«No pienso negar ante ti ni ante nadie que lo sucedido con Qadira ha cambiado mi percepción acerca de la figura de la *anandha*. Fue un grave error por mi parte asumir que con mis manos podría crear el amor más puro imaginable y esperar que ni la ambición propia ni el poder pudieran corromperlo...». La Magna miró a las causantes de la creación como un amante decepcionado a quien fue su más querido aliado. Incluso le temblaron los dedos antes de convertirlas en un puño crispado. «Al fin y al cabo, ni siquiera el amor que yo misma sentí, el que sentó el precedente, pudo limpiar el alma de la criatura que fue beneficiaria..., ni mucho menos salvarla».

Abraxas, sobrecogido por la confesión que La Magna acababa de hacer en voz alta, complació su deseo de permanecer en silencio hasta que se hubiera recuperado de sus propios recuerdos. Él sabía muy bien lo que era verse sacudido de pronto por un capricho de la memoria.

Se atrevió a lanzar una rápida mirada al silencioso Xaphan, que parecía un centinela guardando la calma de su diosa. Aún con las manos entrelazadas a la espalda, la observaba con solemnidad.

«Creé a la *anandha* porque siempre pensé que a mis guerreros les resultaría más sencillo y satisfactorio estar a mi servicio si la persona a la que amaban representaba mi poder. También porque así evitaría que, si os enamorabais de alguna humana, de un ser alejado de nuestra realidad, decidierais abandonar vuestro puesto. También pensé que el sentido de pertenencia y la conexión que se creaba no podría ser en modo alguno dañina, pero ahora comprendo que debisteis ser fieles solo a mí desde el comienzo».

Abraxas se sintió impelido a tranquilizarla.

—La historia de Qadira no es significativa. A lo largo de los siglos,

muchos penitentes han sido felices con su *anandha*. Miles, Santidad.

Ella le lanzó una mirada perdonavidas.

«No seas condescendiente conmigo. Qadira y Leviathan representan el caso más terrible, pero no estoy ciega ante las desgracias del resto de mis penitentes. El general principal de La Criatura, Metraton, fue un penitente que perdió a su mujer y no pudo soportarlo: se entregó a él bajo quién sabe qué condiciones. Valthessar no comprende la finalidad de sus valiosas intervenciones sin Mara, aun cuando son dos personas que no encajan, que no pueden ser felices juntas. Me equivoqué», zanjó con el pecho encogido. «Por eso he tomado la decisión de intervenir en el libre albedrío de mis criaturas, tal y como me prohibí al principio. Para evitar catástrofes como la tuya, Abraxas».

Sintió que echaba raíces sobre la arena cuando Ella le cubrió la mejilla con la mano.

—¿Qué queréis decir? —musitó él, sobrecogido. Estuvo a punto de echarse a temblar.

Era lo más cerca que había estado de Astaroth desde que la perdió, pues el espíritu de su mujer y el de la diosa poseían la misma esencia.

«Ya no puedo confiar en que mantendréis los ojos abiertos para ver la verdad. Por eso estás aquí. Para que pueda decirte que esa mujer de la que te has encaprichado no es quien tú crees. No es Astaroth».

Abraxas retrocedió un paso sin saber muy bien por qué. No se dio cuenta de lo significativo de la reacción; ningún penitente en su sano juicio se habría negado a recibir la caricia de su diosa.

—¿Cómo? —articuló con dificultad.

«Deberías haber escuchado a tu *rex* y no cuestionar la sabiduría por la que es respetado. De llegar a reencarnarse, Astaroth tardaría al menos dos décadas en desarrollarse, y tú aún tendrías que esperar hasta que la divina providencia decidiera haceros coincidir. No es ella». Sacudió la cabeza. «No podría ser ella».

—Sí lo es —se sorprendió diciendo, anonadado—. La reconocí nada más verla. Su... su olor... Lo sentí en mi sangre. Fue la misma sensación que cuando la encontré por primera vez.

«No es posible. Probablemente solo sea una joven fascinante, con suficientes virtudes para encandilar a un guerrero con el corazón en conflicto. Es absurdo pensar que un penitente solo puede amar a su *anandha*; las mujeres humanas también albergan en su alma la magia de la creación, aunque en menor medida, y vosotros seguís siendo hombres. Los mismos que pisaron esta tierra antes de ser reclutados. Respondéis a los mismos impulsos, no habéis perdido el instinto, y el apetito sexual os domina».

—No soy el imbécil que os empecináis en convertirme —bramó Abraxas con el pulso disparado—. Sé lo que veo y lo que siento,

reconozco las sensaciones que experimento y que tan familiares me son.

«No voy a cuestionar que la ames, Abraxas. Solo te pido que no te engañes colgándole una etiqueta que no le corresponde. Ella no es tu *anandha*, pero puede que sí sea tu...»

—¡Cállate! —gruñó—. Yo solo puedo querer a Astaroth. Estoy destinado a ella.

Hubiera preferido que La Magna lo castigara por su impertinencia cerrándole la garganta, paralizándolo o hundiéndole la cabeza en el lago, como había visto hacer con los descarados que le alzaban la voz. Sin embargo, hizo algo aún peor: ladeó la cabeza y lo miró como se miraba a los condenados a muerte, a los animales heridos, a todas esas criaturas que suscitaban tanta lástima que incluso quienes eran ajenos a la empatía se detenían a compadecerse.

«Es cuestión de tiempo que el vínculo entre Astaroth y tú se desvanezca. La muerte quiebra incluso lo que parece irrompible, y yo he dejado de dedicar mis fuerzas y mi magia a mantener vivos los lazos entre penitentes y *anandhas*. De este modo conseguiré que el nexo prevalezca únicamente si llegó a forjarse una verdadera relación con amor».

Abraxas siguió retrocediendo, tan aterrorizado por lo que La Magna estaba sugiriendo que incluso las simples palabras le parecían peligrosas. Y eran palabras dirigidas a su corazón, a la raíz de su mente; no podrían perderse en el aire si Abraxas se cubría los oídos. Estaban en la naturaleza y no podría olvidarlas con facilidad, porque lo que La Magna sentenciaba permanecía para siempre dentro de él, como creación suya que era.

Estuvo a punto de arrodillarse para pedirle que no lo hiciera, que no se alejara de las *anandhas*, que le permitiera aferrarse a Astaroth para siempre, pero la odiaba tanto en ese momento que no se habría humillado con súplicas. Él estaba convencido de que su amor no desaparecería ni siquiera si La Magna le daba la espalda a sus criaturas, igual que no cesaba de repetirse que Ruth era la reencarnación de Astaroth. Incluso si nadie lo creía, él confiaba en sus sensaciones, que bien podían ser traicioneras para penitentes mucho más débiles, pero no en su caso.

«No obstante, si el duelo es cada vez más duro para ti, puedo ponerle fin aquí y ahora como acabé con el amor enfermizo de Qadira...».

La petición le sobresaltó de tal manera que la miró a los ojos sin pararse a pensar antes en las consecuencias. A Qadira le habían arrancado sus recuerdos, su historia; incluso a su hijo, su carne y su sangre. Abraxas no podía imaginar un destino más cruel que verse de la noche a la mañana sin un sentido al que aferrarse para seguir

viviendo, sin la belleza de los recuerdos. Si no era él quien mantenía viva a Astaroth gracias a las vivencias que compartieron, manteniendo presentes sus preferencias, sus expresiones viciadas, incluso su olor, ¿quién lo haría?

Nadie la había querido tanto.

—Jamás —balbuceó con la voz entrecortada.

Sacudía la cabeza una y otra vez, más horrorizado conforme pensaba en las consecuencias.

¿También arrancaría a Ruth de su vida? ¿Significaría eso que no podría volver a verla? De alguna manera, esa posibilidad le resultó incluso más dolorosa que desterrar a Astaroth de su memoria. A fin de cuentas, había aprendido a vivir sin su mujer, pero estaba empezando a necesitar a su reencarnación.

Porque lo era. Sabía que lo era.

Nadie podría arrebatarle a Astaroth otra vez, ni siquiera la mismísima diosa con sus argumentos.

Capítulo XXI

A esas alturas, Ruth y Abraxas habían intercambiado los teléfonos. Lo hicieron justo antes de abandonar el servicio de caballeros y volver a la sala de proyección.

Desde entonces, Ruth había estado vigilando en todo momento su *smartphone*.

Si lo dejaba en la mesilla de noche, ya tendida en la cama lo observaba con fijeza hasta que se quedaba dormida, y esto si no acababa en brazos de Morfeo con el móvil en la mano; si la acompañaba mientras preparaba el desayuno, le lanzaba miraditas de reojo para confirmar que no tenía notificaciones nuevas.

Obviaba sin miramientos las de Pavlik, quien estaba empezando a colmar su paciencia. No dejaba de insistir en que le pusiera al corriente sobre sus avances, como si una mujer que ni siquiera había sido entrenada para el trabajo de agente pudiera desmantelar una red de trata o lo que quisieran que desmantelase en apenas unos días. Lo que sí podía hacer una mujer en el transcurso de una semana, hubiera sido entrenada o no, era obsesionarse con un hombre. O quizá no obsesionarse, porque era una palabra que le venía grande a una persona que no se tomaba nada en serio, pero más desagradable le parecía el término «enamorarse», que había rechazado tajantemente cuando su mente se lo insinuó.

Ruth había oído por ahí que el enamoramiento ocurría de forma instantánea durante las primeras citas con el hombre indicado; que era el fenómeno del querer lo que se desarrollaba con el paso del tiempo, cuando la pareja empezaba a convivir y se familiarizaba con los entresijos del alma del otro. Ruth no sabía si eso era cierto, pero a poder ser, prefería no estar ni enamorada ni tampoco quererlo; ni siquiera que le gustara un pelo. Por desgracia, esto último no estaba sujeto a debate. Abraxas le gustaba, y delató ella misma sus sentimientos cuando la tarde siguiente le llegó un mensaje y se abalanzó sobre el teléfono de forma humillante.

Le hacía una interesante propuesta.

¿Te apetece dar un paseo? Es otra de esas cosas que hace la gente normal.

Solo si me compras un trdelnik.

¿Qué es un trdelnik?

Un dulce muy típico de Praga. ¿No los has visto? Tienen forma fálica.

¿Por qué tienes que ser tan soez siempre?

Porque puedo. De todas maneras, podría haber dicho «forma de polla» y he optado por la elegancia. Manda narices que encima tengas el descaro de reprocharme.
El caso es que cada cien metros te topas con un local que los vende, y no sé cómo lo hacen, pero siempre hay una cantidad ingente de turistas haciendo cola.
A mí no me gustan, la verdad.

Ruth torció el gesto en cuanto mandó el mensaje. Tendría que ser muy estúpida para no darse cuenta de que le daba la respuesta larga tratando de retenerlo en la conversación, de permanecer en contacto con él durante el mayor tiempo posible.

«¿Cuál es tu problema?», se regañaba, pero no ponía medidas para cambiar su actitud.

¿Y por qué quieres que te compre uno si no te hacen ninguna gracia?

Porque eso es lo que hace la gente normal.

¿Pagar por tonterías que ni les interesan?

Efectivamente.

No obtuvo una respuesta instantánea, y cuando la recibió, Abraxas le había dejado el punto de encuentro y la hora de la cita.

Ruth saltó del sofá y se dirigió con decisión al armario, de donde se dijo que sacaría el modelito más provocativo que pudiera concebir la mente humana. No tardó en ser consciente de sus propios pensamientos y dar un paso atrás, molesta con su propio entusiasmo. Volvió a cerrar las puertas del armario, conteniéndose para no darle una patada, y se miró en el espejo.

—Eres ridícula —se espetó rabiosa, moviendo la cabeza con desaprobación—. Ese hombre todavía está enamorado de su mujer. ¡Una mujer con la que vivió veinte años! ¿Dónde estabas tú hace veinte años? En aquel entonces ni siquiera eras útil para tu padre. Estás loca si crees que lo vas a conquistar con una falda corta o unos tacones de vértigo. Por más tierno que parezca, lo más probable es que solo te quiera follar.

Pensó que se quedaría satisfecha al reprenderse en voz alta, pero acabó desinflándose como un globo. Con el ánimo alicaído, intentó convencerse de que no tenía sentido volver a verlo. No tenía la paciencia que requería tratar a un hombre con su pasado, y

probablemente tampoco las agallas.

Como optimista que era —si no lo hubiera sido, no habría salido adelante—, Ruth dejaba que la ilusión de una aventura, de un parche a su soledad, la volviera ciega al lado oscuro de la historia, a las criaturas que vio y a la historia de guerreros protectores que Abraxas le relató con brevedad. Pero estaría mintiendo si dijera que no se acostaba pensando en lo que presenció aquella noche. A las pesadillas habituales se había sumado el rostro desconcertante de esos seres infrahumanos.

Había algo que no cuadraba del todo en la historia, tal vez porque faltaban detalles, y en su afán por transmitir la imagen de que las mujeres como ella no necesitaban explicaciones porque iban por libre, porque no se ataban a nada ni a nadie, había dado la impresión de que podía seguir paseando con él sin saber quién era en realidad... o de dónde había salido. Porque si algo tenía claro, era que Abraxas no podía ser un hombre como cualquier otro. Y si iba a tomarse la molestia de dedicarle su tiempo —o peor aún: sus esperanzas—, tendría que saber de qué pie cojeaba.

Se puso un vestido de lana de cuello vuelto muy parecido al que le había visto a Qadira la noche del cine. Le había recordado que ella también tenía prendas aptas para todos los públicos, que incluso podían calificarse de elegantes. Se pintó los labios del mismo tono del vestido, un borgoña muy favorecedor, y se plantó unas botas de caña alta con tacón de vértigo. Se echó por los hombros una gabardina beis y se miró en el espejo antes de salir, sin querer ser consciente de que tenía un nudo en el estómago y empezaba a ponerse nerviosa.

¡Ella, nerviosa! Era descabellado.

Abraxas estaba decidido a comportarse como un tipo normal. Solo eso podía explicar que decidiera citarse con ella bajo el reloj astronómico de Praga, al que Ruth solía referirse como «el monumento eternamente inacabado». Por supuesto que lo acabaron, porque era una pieza de valor histórico que se remontaba a unos cuantos siglos atrás y un reclamo turístico, pero el proceso de restauración se estaba demorando más de la cuenta.

Resultaba cuanto menos irónico que se tomaran todo el tiempo del mundo para reparar un reloj.

Como en cada una de las ocasiones previas, Ruth se detuvo a un metro de distancia de Abraxas y lo saludó de lejos. No creía en los dos besos europeos, y tampoco creía en aproximarse más de la cuenta a un hombre cuya cercanía deseaba más que ninguna otra cosa.

Esta vez, él no respetó sus preferencias. En cuanto la localizó, frunció el ceño con extrañeza, como si no comprendiera el hecho de no haberla ubicado allí antes de que ella se manifestara. Luego se acercó, sobrecogido como siempre después de mirarla de arriba abajo,

y la tomó por las mejillas para alzarle el rostro hacia él.

Ruth esperaba que dijera algo, pero Abraxas se limitó a escrutar su rostro, como si quisiera averiguar sus puntos flacos. Intercambiar miradas en silencio era demasiado íntimo, y como todo aquello que llevaba la etiqueta de intimidad, le repelía. Incluso la aterraba.

—¿Qué pasa? ¿Estás comprobando que me han quedado iguales los dos ojos? —se mofó—. Soy la primera que sabe cuánto le ha salido un *eyeliner* más largo que el otro, y por eso no me gusta que me lo digan.

—No, es solo... No tiene importancia. —Abraxas sonrió de lado con algo de la familia de la socarronería, y Ruth entendió por qué en cuanto dijo—: Estás muy guapa.

Ella sonrió de oreja a oreja.

—Veo que vas aprendiendo el bello arte del flirteo. Así me gusta.

Abraxas le agradeció que le reconociera el detalle con un cabeceo deferente. Acto seguido, la tomó de la mano y echó a andar en dirección al puente de Carlos. Por lo visto, callejearían por la zona más concurrida al oeste del río Moldava. Aunque los dos llevaban guantes porque se había levantado un frío insoportable, Ruth habría jurado que podía sentir la calidez de su palma.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella.

—No lo sé. Me estoy dejando llevar. ¿Te interesa algún sitio en especial?

Sin ser consciente de que alzaba la barbilla hacia él como una niña entusiasta, Ruth se fijó en que se había preparado para un invierno siberiano. Llevaba un gorro de lana oscuro calado en la cabeza, del mismo y socorrido negro que el resto de la vestimenta: los chinos, el jersey de cuello redondo, la gabardina y las botas altas. El único toque de color era la bufanda, de un tono escarlata muy favorecedor.

—No conoces muy bien la ciudad, ¿verdad?

—Nunca he venido por aquí —reconoció.

—¿Dónde vives?

—En las afueras, ya lo sabes.

—Sí que lo sé —puntualizó con una sonrisa a caballo entre la retorcida diversión y la nostalgia, recordando en qué condiciones cruzó el umbral de su casa—. Pues deja que te enseñe algunos de los sitios más bonitos de Praga. Nadie se toma la ciudad muy en serio, ¿sabes? Es una de esas preciosas capitales europeas que uno visita de paso cuando viaja a Berlín o a Viena, pero rara vez es el primer y único destino... salvo por los estudiantes que buscan vuelos más o menos económicos, claro.

»La ciudad está dividida en dos partes: la Ciudad Vieja y la Ciudad Nueva. Las divide el puente de Carlos, que se alza sobre el río. De pequeña vivía en la parte antigua, por detrás del castillo. Como mi padre era un cerdo, solía repetirme a mí misma que en este lado del

puente vivían los malos, y que si algún día conseguía escapar, me mudaría a donde residían los buenos.

Ruth se quedó horrorizada al escuchar las estupideces que acababa de confesarle. Agachó la cabeza, emitiendo un sonido entre el bufido y la carcajada. Estaba a punto de decirle que no le hiciera ni caso cuando él le apretó la mano.

—Te recuerdo que estás con uno de los buenos —le dijo en voz baja.

—Dime cómo de bueno —le pidió ella, mirándolo a la cara—. Dime qué haces por las noches.

—Repasar todo lo que te dije la última vez que te vi y preguntarme cómo puedo hacerlo mejor —contestó con naturalidad. A Ruth le gustó la respuesta, pero no se dejó embaucar.

—Sabes que no es eso lo que te estaba preguntando. —Esta vez fue ella quien le apretó la mano—. Quiero saber quién eres, Terminator. Me dijiste que esperara para conocer la verdad, pero no puedo. Hay demasiadas preguntas en el aire, demasiados huecos en blanco, y necesito rellenarlos para confiar en ti.

Él le sostuvo la mirada con intensidad.

—¿Lo harías?

—¿El qué?

—Confiar en mí. Incluso si fuera brutalmente sincero. ¿Puedes prometerme que no te espantarías?, ¿que no me acusarías de mentiroso?, ¿que no pensarías que estoy loco?, ¿que me creerías sin necesidad de una demostración de fuerza?

—Eh, eh, eh, eh... —Alzó la mano libre—. Para el carro, vaquero. Esas son muchas preguntas. Vas a tener que repetírmelas despacito si esperas una respuesta con sentido. Lo que sí puedo adelantarte es algo que ya sabes, que es que estoy hecha a prueba de balas. Quizá me sorprenda lo que me digas, pero desde luego no me va a espantar.

Abraxas le apretó la mano de nuevo, pero no fue un simple apretón para transmitirle fuerza; fue un apretón continuo, como si quisiera evitar que se alejara.

—¿Y si te dijera que...?

Ruth pensó que se había quedado en silencio porque necesitaba organizar sus ideas, pero nada más lejos de la realidad. Abraxas había perdido el habla al toparse con una escena que parecía superior a sus fuerzas.

Siguió la trayectoria de su mirada fija y supuso que su inquietud se debía a la escena familiar de unos padres latinoamericanos con su niño pequeño, al que acababan de entregarle su trdelnik envuelto en una servilleta. Le estaban dando indicaciones sobre cómo agarrarlo para no mancharse. Hablaban en castellano, con ese acento repleto de encantadoras cadencias que Ruth reconocería en cualquier parte

gracias a dos de sus excompañeras del Ruby Bloom.

—¿Y si te dijera que a mi mujer la mataron estando embarazada? —fue lo respondió con voz queda.

Ruth dejó de mirar con una media sonrisa a la familia y se giró hacia él con el estómago revuelto.

Quizá durante el secuestro hubiera mencionado el detalle del embarazo, y ahora recordaba que había visto en la memoria de su móvil fotos de Astaroth abrazándose el vientre, pero no lo recordaba con claridad. Lo cierto era que no le prestó demasiada atención mientras estuvo maniatada a una silla o buscando posibles vías de escape en la habitación del hospital.

—Lo siento —musitó ella. En vista de que Abraxas no podía reanudar el paso, paralizado ante sus propios recuerdos, Ruth sintió que se estaba quedando corta al transmitirle sus condolencias. Decidió inspirar hondo y agregar—: Me puedo imaginar cómo es preguntarte cada día de tu vida cuán distinta sería si el crío hubiera nacido, pero supongo que tú ni siquiera tienes el consuelo de decir que fuiste quien tomó la decisión.

Abraxas le devolvió la mirada por fin. Tenía los ojos enrojecidos, no sabía si por el frío o porque el dolor había reactivado sus glándulas lagrimales, que en principio le habían parecido tan ajenas a la emoción como las comisuras de sus labios.

—¿Qué quieres decir? —inquirió con una nota de inquietud.

—Nada —se apresuró a aclarar—. No pretendo comparar historias ni nada parecido.

—Me lo imagino —contestó con sequedad. Rompió el contacto para girarse hacia ella con la cara y el rostro tensos por la sospecha—, pero quiero saber de tus labios qué acabas de insinuar.

Un cosquilleo en la nuca advirtió a Ruth de que le convendría no seguir por ese camino. Para ganar tiempo, miró a su alrededor humedeciéndose los labios. Ni los turistas, ni las familias que habían salido de paseo, ni los grupos de adolescentes de viaje de estudios, ni los deportistas de última hora parecían darse cuenta de lo que ella presentía: que aquel era un momento decisivo, y que lo que dijera marcaría para siempre su relación.

—No creo que sea necesario decirlo en voz alta —acotó con tiento —. Tú me has entendido.

—Sí —repuso bruscamente—, pero me niego a aceptar como cierto lo que creo haber entendido.

Su respuesta la dejó perpleja.

—¿Por qué? ¿No puedes imaginarte en qué circunstancias se dio en mi caso? —Viendo que él no contestaba y seguía mirándola de hito en hito, como si hubiera descubierto de pronto que podía ser su enemiga, Ruth se lanzó al vacío—. Me quedé embarazada de uno de mis clientes

siendo muy joven y tuve que abortar.

Se arrepintió en el acto de haberle confesado aquel episodio de su vida, sobre todo porque se había arriesgado a decírselo con la esperanza de que la entendiera y dejara de mirarla de aquella manera, no por gusto ni porque confiara en él.

El rostro de Abraxas se ensombreció. Su expresión era la de un hombre al que le hubieran admitido el peor de los crímenes después de haberle negado una y mil veces su implicación.

—¿«Tuviste que abortar»? —repitió con una mezcla de incredulidad y repugnancia—. Lo haces sonar como si fuera una obligación, como si no te hubiera quedado otro remedio.

Al haberse quedado parados en medio de la calle, los visitantes y lugareños tenían que sortearlos, y no muchos lo conseguían a tiempo: un par de desconocidos se chocaron con Ruth y se deshicieron en disculpas, impidiéndole defenderse enseguida.

—Por supuesto que tenía otro remedio, eso queda fuera de todo cuestionamiento. —Tuvo que hacer una pausa para apartarse antes de que una bicicleta la atropellara—. Pero me dedicaba a la prostitución para no verme implicada en los negocios de mi padre, quien aun así me utilizaba como camello. ¿Qué clase de vida podría haberle dado a ese niño? Ya te lo digo yo: una corta, miserable e infeliz.

—No tenías por qué ser su madre —repuso con rencor, como si hubiera sido su hijo al que hubiera privado de la dudosa suerte de vivir—. Existía la posibilidad de darlo en adopción a una familia que lo quisiera.

—Claro que sí, porque la inmensa mayoría de los niños que se las ven en el sistema de adopción tienen una infancia de ensueño —bufó con una sonrisa torcida. Se metió las manos en los bolsillos de la gabardina y echó una ojeada alrededor para huir de la mirada censuradora de Abraxas—. De acuerdo, puede que algunas parejas se rifen a los recién nacidos, sobre todo si son caucásicos; me sé la teoría porque me informé antes de tomar la decisión, pero había miles de razones por las que tener a ese niño me iba a suponer un...

—¿Un problema? —completó con el gesto torcido. Ella no lo vio, pero su tono adusto se le metió bajo la piel y le tocó una fibra sensible —. Hay gente en el mundo perdiendo a sus bebés por razones que escapan a su control, Ruth.

—¿Y por eso tengo yo que alumbrar al mío? —jadeó. No daba crédito a lo que estaba escuchando, y al mismo tiempo sentía que debía darle la razón. Su tono y su férrea postura le recordaron lo culpable que se sintió en aquel entonces—. ¿No es más importante el bienestar de la persona que ya está viva? ¿Por qué tenía que priorizar un... organismo que en ese momento ni siquiera sentía?

—¿Cómo sabes tú que no sentía? —contraatacó con los puños

crispados—. ¿Porque no se comunicaba?

—Mira... —Alzó la mano para cortarlo ahí—. Será mejor que dejemos la conversación, porque no vas a conseguir que me arrepienta. Y ni se te ocurra intentar proyectar una tragedia propia sobre mí para tener con quien desahogarte, porque no lo voy a tolerar. No soy tu cabeza de turco.

—No, no lo eres —musitó más para sí mismo, apartando la mirada —. Que mi tragedia no sea la tuya es un hecho bastante esclarecedor.

—¿Esclarecedor? ¿Se puede saber qué es lo que esclarece? —Vio que Abraxas se daba la vuelta sin molestarse en responderle. Ruth le puso una mano en el hombro sin saber muy bien por qué—. ¡Eh! ¿Qué haces? ¿A dónde vas?

Abraxas se zafó de su mano con un movimiento agresivo que hizo que se le cayera el alma a los pies.

—Fuiste capaz de matar a tu propio hijo —murmuró, mirándola con desdén. Su elección de palabras hizo que Ruth se quedara helada —. Ella tenía razón. No eres la mujer a la que quiero.

Ruth recibió aquella sentencia como una puñalada en el pecho. Debería haber previsto que un hombre que se definía a sí mismo como «dominante» y «chapado a la antigua» no se molestaría en comprender sus razones y la juzgaría a la mínima de cambio, pero la forma en que la desestimó, como si nada de lo que hubieran hablado o hecho antes hubiera tenido ningún sentido, como si su obsesión con ella hasta ese instante no hubiera existido, la dejó sin argumentos.

Un cambio de opinión tan brusco no era posible. Tenía que haber acudido a la cita con la idea de dejarla en mente, decidido a tomar la decisión de cortar lo que quiera que hubieran empezado o con dudas sobre la extraña relación, o de lo contrario no habría sonado tan convencido.

En cualquier caso, y como siempre le pasaba cuando la embargaba la clase de tristeza a la que no podía hacer frente sola, se refugió en la rabia y le espetó:

—¡Pues me alegro! ¡No es como si tú fueras el hombre perfecto! ¡Que te jodan! —Con el dedo corazón en alto y sin importarle que los transeúntes la miraran como si hubiera perdido el juicio, siguió gritándole a pesar de que él ya había echado a andar, rehaciendo los pasos que antes habían dado cogidos de la mano—. ¡Que te jodan mil veces, cabrón!

Capítulo XXII

Ruth llegó a casa haciendo de tripas corazón para no romper a llorar, pero fue en vano. Mientras se quitaba los zapatos a patadas y se deshacía del vestido de lana, que se había puesto para complacerlo a él y no porque fuera su estilo, no pudo contenerse ni un segundo más y acabó gritando de impotencia.

Se lo había advertido. Se había mirado en el espejo y se había dicho que era una ridiculez confiar en que un hombre la salvaría de su propia amargura, como si fuera posible borrar años y años de violencia con un par de salidas románticas. Como si mereciera ser querida cuando nadie la había respetado jamás. Había desoído sus propias advertencias, había pecado de imprudente, y ahora la vida se lo hacía pagar con creces rompiéndole el corazón. Solo eso podría explicar la desazón que se había apoderado de ella de pronto.

Arrojó las llaves sobre la mesilla de cristal del salón y se pasó las manos por el pelo, respirando hondo y soltando el aire por la boca para tranquilizarse.

—Cabrón de mierda... ¿Cómo te atreves a juzgarme? ¿Quién eres tú para decir lo que puedo o no puedo hacer? —gruñía en voz alta. Se dirigió al fregadero, que le quedaba más cerca que el baño del dormitorio, y se lavó la cara como si así fuera a detener las lágrimas, como si pudiera decidir cuándo se acababan. Observó su reflejo distorsionado en los azulejos cristalinos de la pared de la cocina, y a punto estuvo de romperlos de un puñetazo—. Capullo... Vas de romántico y no eres más que cerdo. Te las das de hombre dolido, pero no has aprendido lo suficiente sobre el sufrimiento para desarrollar la mínima empatía que le evitaría ese mismo daño a los demás. Puto miserable...

Aunque pensaba lo que decía, acabó rompiendo a llorar de nuevo y buscando con desesperación la cajetilla de tabaco. Se encendió un cigarro con los dedos temblorosos y se apoyó en la encimera con los ojos cerrados, en ropa interior y medias y con las mejillas salpicadas de maquillaje.

Había sido una ridiculez creer, aunque fuera por un efímero y vulnerable instante, que un hombre cualquiera podría salvarla de su soledad. ¿Acaso la vida no le había demostrado mil y una veces que

ella no era merecedora de salvación alguna? Desde luego que sí, pero ella se había aferrado a la luz esperanzada que veía en sus ojos escarlata y se había tragado su cuento romántico, soñando con que de su mano descubriría todas las cosas bellas que la vida podía depararle a una chica joven. A una chica cansada de sufrir.

La congestión nasal le impidió saborear el tabaco, que le sabía a lágrimas, pero siguió fumando de manera compulsiva hasta que el quejido de la tarima flotante del salón hizo que se atragantara con el humo. Muy a pesar de las decisiones que estaba tomando para no volver a verlo, y lo que era más importante, caer en sus redes, el corazón le dio un vuelco.

¿Y si era él? Tenía experiencia presentándose donde nadie lo había invitado, y en los momentos más imprevisibles.

Pero no era Abraxas, y Ruth volvió a sentirse miserable porque una parte de ella lo hubiera esperado. Después de todo, tenía un lado romántico. La vida no le había propinado suficientes golpes para matar a esa lamentable parte optimista de su carácter.

—¿Qué haces tú aquí ahora? —gruñó al reconocer a Pavlik. Parecía muy interesado en las réplicas de Monet que Ruth gustosamente habría destrozado a golpes en pleno arrebato—. ¿Es que nadie sabe llamar a la puta puerta?

—Menudos humos, Havel —repuso el susodicho después de mirarla de arriba abajo. Pasó el dedo índice por el marco de la lámina y chasqueó la lengua al comprobar que los restos de polvo se pegaban a su huella dactilar—. Tienes que limpiar los cuadros de vez en cuando, ¿sabes? Acumulan suciedad que da gusto, y un día te sientas en el salón, tienes un ataque de alergia o empiezan a picarte la nariz y los ojos, y no sabes el motivo. Ya te lo digo yo, que me ha pasado... En fin. La decoración de tu casa tiene mierda para parar un tren.

—Gracias por el consejo y por la apreciación —dijo con desdén—. ¿Qué coño quieres?

Pavlik retiró la vista a desgana y se giró hacia ella frotándose las yemas del índice y del pulgar. Iba vestido como la última vez. De hecho, y ahora que lo pensaba, no recordaba haber visto a Pavlik con una combinación distinta a los vaqueros oscuros y el jersey de cuello a la francesa color caqui.

—¿No te lo puedes imaginar? No has contestado a mis mensajes estos días.

Ruth expulsó el aire, simulando una risita que expresaba su incredulidad, y se dirigió a la licorera de la esquina del salón. Sacó una botella de su whisky preferido, que por supuesto no le incluyeron con el piso —lo compró ella como regalo de bienvenida— y se sirvió un par de dedos en un *old-fashioned* con el fin de alargar el momento de la respuesta.

Cuando hubo dado un sorbo y el valor que necesitaba entró en su sistema, lo encaró con desdén.

—Un agente del BIS tan experimentado como tú debería saber que los problemas gubernamentales no se solucionan en cuatro, cinco o los días que hayan transcurrido desde tu visita. Si quieres que desmantele a una organización criminal como El Séptimo Círculo, tendrás que darme seis meses como mínimo.

—Por supuesto... —Pavlik se fue acercando a ella, mirándola con una mezcla de curiosidad y... ¿regocijo? Ruth ya sabía que el agente era un canalla con todas las de la ley. Lo demostraba con sus comentarios y su extraña actitud, y ella misma lo presentía gracias a ese sexto sentido que solo tenían las mujeres, pero que se regodeara en su evidente tristeza iba un paso más allá—. Por eso te preguntaba exclusivamente por tus avances con el tal Abraxas. ¿Has averiguado algo sobre sus actividades? ¿Confía en ti ya?

—La confianza también es algo que requiere cierto tiempo para desarrollarse.

—Cualquiera lo diría cuando hace un rato llorabas a lágrima viva porque te ha mandado a tomar viento fresco. Reconozco a una mujer despechada cuando la veo, créeme... —Pavlik chasqueó la lengua y la tomó de la barbilla—. Pobre Ruth... No ganas para disgustos, ¿eh? La vida no te da una tregua.

Ella apartó la cara y dio otro sorbo al whisky, este con torpe avidez.

—Si quieres un avance —retomó con la voz ronca—, tengo su número. He confirmado que el modelo de su dispositivo móvil cuenta con seguimiento geográfico. Basta con rastrearlo para saber dónde está y qué es lo que anda haciendo. Ese habría sido mi siguiente paso: averiguar dónde vive e ir por allí a investigar, aunque durante los minutos que estuve retenida por él, me llevé la impresión de que nunca dejan sola la casa, la guarida o lo que quiera que fuera eso. No parecía un sótano, desde luego.

Ruth sintió una punzada de culpabilidad después de transmitirle los detalles.

Se había prometido que no avanzaría en la investigación hasta que Abraxas no le diera motivos para sospechar, y que si seguía indagando en el asunto, sería para conocerlo mejor e intentar comprender sus visiones de aquella noche.

«¿Qué importa ahora?», se dijo. Al final del día, era su vida lo que debía anteponer a lo demás, y si no colaboraba activamente con el BIS, acabaría en la cárcel en un abrir y cerrar de ojos, como la sucia criminal que era.

Nunca había sido otra cosa. Fue absurdo pensar que podría convertirse en una mujer digna y amada cuando cargaba con ese peso.

—Si te sirve de algo —prosiguió, viendo que Pavlik no solo no se daba por satisfecho, sino que la miraba como si le molestaran sus escasas averiguaciones—, no creo que Abraxas tenga nada que ver con los delitos que le achacaste en un principio, o que por lo menos me contaste por encima. Se gana la vida siendo violento, de eso no me cabe la menor duda, pero estoy casi segura de que no utiliza su poder contra los inocentes.

«De hecho, a los inocentes los defiende más que a nadie», estuvo a punto de agregar, recordando despechada su última conversación.

Si tanto le hubieran preocupado los inocentes, podría haberse echado las manos a la cabeza cuando le mencionó que con seis años ya era el camello de su padre, que ya se montaba en coches con los criminales que tenía en plantilla para hacer viajes relámpago a los barrios más peligrosos de la ciudad y así entregar la mercancía, que se había tragado bolas de coca para pasar por aduanas y que la familiaridad con aquel mundo de depravación la había empujado a prostituirse, una opción que le pareció bastante más respetable que ser la mano derecha de su padre. Pero eso no le había hecho llevarse las manos a la cabeza tanto como el aborto que tuvo que practicarse en la clandestinidad a los diecinueve años, porque Abraxas protegía la infancia antes de que el embarazo llegara a término. Después, «si te he visto, no me acuerdo». Quizá a los tipos duros no les conmoviera que una adolescente fuera conocida en ciertos barrios como la mula internacional del narcotráfico checo y que hubiera cagado casi cincuenta cápsulas con menos dolor que miedo a que su padre la matara si una sola se quedaba dentro.

—¿Por qué suenas como si fueras a desmarcarte de la operación? —La voz de Pavlik la devolvió a la realidad—. ¿Algún superior ha venido a darte directrices diferentes a las que yo te expliqué la última vez?

—No.

—¿Entonces? —Enarcó una ceja.

—Está claro que yo ya no tengo nada que hacer, Pavlik. Abraxas no confía en mí. De hecho, tu instinto ha dado en el clavo: me ha mandado al carajo, así que es improbable que vuelva a relacionarme con él. Tendría que arrastrarse como un jodido gusano para que le dirigiese la palabra, y entre tú y yo, Abraxas no es esa clase de hombre. Está acostumbrado a poner su vida al servicio de su orgullo, no al revés.

—La misión no depende de si a ti te apetece acercarte o no, cariño —repuso él con una media sonrisa venenosa—. Depende de si él lo quiere, y si no lo quiere por el motivo que sea, es tu trabajo hacer que lo quiera. ¿Lo has entendido?

Ruth no contestó enseguida, de pronto inquieta por la tensión que

se apoderó del semblante de Pavlik. Era un tipo que nunca le había dado buena espina, ni siquiera al principio, cuando se mostraba especialmente solícito y comprensivo con ella. Ruth desestimó entonces cualquier tipo de sospecha, dando por hecho que desconfiaba de él porque era lo que tenía por costumbre, y porque hasta ese momento había estado huyendo de los cuerpos. Ahora empezaba a pensar que aquella había sido la manera en la que su instinto la había advertido de una presencia poco grata e incluso peligrosa.

—Ya no te sirvo —se atrevió a insistir, deletreando cada palabra.

Pavlik se acercó a ella.

—Ahí te equivocas. Si no sirves tú, nadie lo hará. Así que llámalo, acuéstate con él o haz lo que tengas que hacer para ganarte su confianza de una vez por todas.

Ruth sabía que le convendría obedecer y cerrar el pico, pero el alcohol y la impotencia le dieron el valor necesario para seguir replicando.

—¿Por qué es tan importante que confíe en mí? ¿De verdad crees que si es un criminal consumado, va a sentir la menor tentación de ponerme al día con lo que eso podría suponerle? No se arriesgaría tanto.

—Créeme —la cortó con una mirada significativa—, lo haría.

—¿Y cómo es que estás tan seguro? ¿Acaso lo conoces más allá de su ficha criminal? No es que yo lo conozca mejor, porque apenas cuento unos días de...

—Lo conozco lo suficiente para saber que es sobreprotector y vengativo —interrumpió de nuevo, cada vez más impaciencia—. Por eso, Ruth, si te sigues negando a traerlo a tu terreno por las buenas, tendré que tomar medidas. Y el plan secundario que he pensado para ti no te va a resultar tan placentero.

No supo si fue el whisky lo que le dio el coraje para inflar el pecho y confrontarlo después de la advertencia o si simplemente estaba cansada de estar al servicio de unos y otros. Fuera como fuere, dejó a un lado el vaso vacío y dijo:

—No voy a participar en esta misión. Y si queréis devolverme a la trena por desobediente, adelante, pero antes me tendréis que cazar.

Pavlik chasqueó la lengua como si le entristeciera su decisión. Alargó la mano hacia el mechón rojo que le enmarcaba la cara y lo acarició de una manera turbadora.

—Es una pena que hayas elegido la violencia, Ruth —lamentó con calidez.

Ella arrugó el ceño, sintiendo que se había perdido en la conversación.

Pavlik se ocupó de explicar sin palabras en qué consistía el plan secundario. Aprovechando que estaba con la guardia baja, le propinó

un derechazo que le hizo perder el equilibrio. Ruth se resbaló e intentó agarrarse a lo primero que encontró, que fue la mesilla con la licorera. Su muñeca impactó con el borde de la mesa, desequilibrándola y arrojándola al suelo con la botella y el vaso de whisky encima. El cristal roto de los alcoholes más delicados se le clavó en las espinillas, haciéndola gimotear más por la impresión que por el dolor, que enseguida la insensibilizaría.

Alzó la mirada, entre confundida y asustada, y viendo que Pavlik se aproximaba con la intención de continuar, Ruth utilizó las manos y los pies para gatear hacia atrás. Estaba tan aturdida por el golpe que ni siquiera notó que se clavaba algunos cristales también en las palmas de las manos.

—¡¿Qué coño haces?! —le gritó ella, utilizando los escalones que subían al dormitorio para incorporarse con dificultad—. ¡¿Qué es lo que te pasa?!

Pavlik no respondió y la siguió hasta la habitación, hacia la que Ruth se precipitó tan rápido como se lo permitieron las piernas heridas. Creyó que cerrando la puerta con pestillo pondría fin a la persecución, pero a él le tomó un simple puñetazo romper el material blindado y abrirla desde dentro.

Ruth lanzó una mirada aterrorizada hacia la ventana, preguntándose qué sería lo peor que podría pasar si se arrojaba por allí. No era un segundo piso muy elevado, pero estaba oscuro y no sabía qué podría encontrar en el aterrizaje.

Rodeó la cama y agarró el primer utensilio que pensó que podría servir para ahuyentarlo. Sin embargo, en ese momento interiorizó lo que acababa de suceder y la perplejidad la paralizó con la lámpara en la mano.

Había roto la puerta blindada de un puñetazo.

Eso era físicamente imposible.

—¿Quién...? ¿Quién eres tú? —preguntó con voz trémula en cuanto lo tuvo delante.

Él se encogió de hombros con aparente humildad.

—Tu amiguito Pavlik.

—Y una mierda... —Blandió la lámpara con las dos manos—. Aléjate, cabrón, o te haré muchísimo daño.

Pavlik chasqueó la lengua y bizqueó, como si encontrara demasiado forzada su puesta en escena.

—Eres muy obtusa, Ruth, pero no tanto como para no haber entendido ya que no vas a conseguir hacerme un solo rasguño.

Llena de impotencia porque la situación no hacía sino empeorar, Ruth le arrojó la lámpara con un grito rabioso. A él no le costó retirarse. Demostró una agilidad sobrehumana para evitar que le rozara siquiera y suspiró con la mirada perdida en el techo, como si

estuviera empezando a aburrirse.

—Esperaba algo mejor de ti, querida.

Ruth empezó a notar la pesadez de los miembros por los que sangraba. Quería confirmar que tenía algunos cristales clavados e intentar retirárselos, pero sabía que necesitaría unas pinzas para que los residuos no se le incrustaran bajo la piel y Pavlik comenzó a acercarse, rodeando la cama doble. No tenía tiempo que perder.

A Ruth solo se le ocurrió intentar huir saltando por encima del colchón. Había subestimado la velocidad de Pavlik, que la agarró por la cintura y la placó contra la colcha. Ruth se revolvió entre sus brazos, lanzando patadas y manotazos a diestro y siniestro, hasta que él la inmovilizó de un certero golpe en el centro del vientre.

El dolor la silenció en el acto.

Al verse débil, con el aliento suspendido y sin posibilidades de escapar con un hombre diestro en el combate a horcajadas sobre ella, supo que había llegado su fin. Aún sin haber recuperado la respiración que le había arrebatado con el golpe, balbuceó:

—L-lo haré. Hablaré c-con... con él. Volveré... volveré a ser su confidente, su amiga... Haré lo que sea, p-pero no me mates.

—¿Matarte? —Pavlik alzó las cejas, asombrado—. Todavía no he confirmado que seas tan inútil como para acabar contigo. Ahora bien... Si a Abraxas le importa un carajo saberte herida y en peligro, no dudes que pondré fin a tu agonía, y tú serás la primera en agradecerlo. Me sorprende que quieras seguir viviendo después de la mala suerte que has tenido —reconoció con gesto compasivo. Le acarició el borde de la cara con una ternura que se le antojó repugnante—. ¿Acaso crees que esto mejorará, Ruth?

Una sola lágrima corrió por su sien hasta desaparecer entre los mechones húmedos por el sudor. Aquella era una buena pregunta, y llegaba en el peor momento. ¿Por qué pensaba que su vida mejoraría, si Dios nunca le había dado una sola señal que le prometiera que manteniendo la esperanza obtendría su compensación? ¿Por orgullo? Lo tenía, sin duda, pero no era el timón que manejaba su barco. ¿Por testarudez? Eso cuadraba algo más con su carácter, pero ahora acariciaba la idea de rendirse y dejar de sufrir.

Dejar de sufrir para siempre.

No obstante, en ese momento cayó en la cuenta de lo que Pavlik acababa de decir y supo que, tanto si la mataba como si no, ella no podía desperdiciar esos valiosos segundos sin averiguar qué estaba pasando. Además, debía entretenerlo mientras confirmaba que aún podía defenderse con el arma que llevaba días guardando cuidadosamente bajo la almohada.

—¿Por qué es tan importante que yo esté con Abraxas? Claro que le dolerá saberme herida, él... él... Aunque yo le sea indiferente, no es

ajeno al dolor de los seres humanos. Es... es una buena persona.

—Que creas que es buena persona es un gran indicador, Ruth —Pavlik le acarició el borde de la cara con el pulgar—, porque solo una mujer que ha recibido su favor y su cariño lo describiría de esa manera.

—¿Eso era lo que querías? ¿Que recibiera su... su favor? ¿Por qué?

—Ya lo averiguarás tú solita. No eres ninguna idiota. Por eso fuiste elegida para la misión. —Pavlik se inclinó sobre ella para hablarle al oído. El pulso de Ruth se disparó: de esa manera, su cuerpo le advertía que aquel era el momento para alargar la mano y defenderse—. Pero si algo aprecias tu vida, procurarás guardar silencio sobre la charla que hemos tenido y no se te ocurrirá hablarle de esto a tu adorado Abraxas. Le dirás, cuando te pregunte, que los que casi te dejaron en silla de ruedas fueron esos engendros malignos contra los que viste luchar a El Séptimo Círculo, y que te buscaban porque te habías metido donde no...

Un aullido de dolor interrumpió su amenaza. Ruth había conseguido deslizar el brazo con sigilo, a pesar de que le temblaba, y rescatar la daga que tan valiosa era para Abraxas. Había dormido con el arma bajo la almohada porque consideraba que aquel era el lugar más seguro, y porque se sentía más protegida teniéndola cerca. Había demostrado ser eficaz, y bastante más largo de lo que le pareció a primera vista. Si lo hubiera apuñalado con la fuerza suficiente, lo habría atravesado de parte a parte, pero como estaba débil, al hundirle la hoja en la espalda solo llegó a rajarle el músculo.

El hecho de que no cayera fulminado al instante, aunque fuera para retorcerse de dolor, le hizo saber que Pavlik no era humano, y que una vez más había sido engañada. Pero no dedicaría los valiosos segundos de huida a lamentarse. Tiró con todas sus fuerzas para extraer el puñal de su cuerpo, gritando por el esfuerzo en el proceso, y lo empujó por el pecho para quitárselo de encima.

Echó a correr fuera de la habitación. Tenía las piernas tan dañadas por los cristales hundidos que no pudo soportar ni su propio peso y acabó tropezando y cayendo escaleras abajo. Su oído creyó captar los bramidos de Pavlik, que siguió amenazándola mientras ella se aferraba al barandal de las escaleras para incorporarse a toda prisa. Se dio cuenta de que no llegaría muy lejos, y por eso apreció que alguien llamara al timbre. Estaba convencida de que se trataba de los vecinos, que habían oído el escándalo y se asomaban para ayudar.

Renqueó hasta la puerta, consciente de que ofrecía un aspecto lo bastante lamentable para que la llevaran al hospital. Su horror no pudo ser mayor cuando se topó con el repugnante y ya familiar rostro de uno de los engendros nocturnos.

Capítulo XXIII

Abraxas no fue enseguida al encuentro de El Séptimo Círculo. Sentía que después de la discusión necesitaba despejarse, y como cada noche que tenía libre, optó por seguir paseando por la ciudad.

Generalmente prefería perderse en el bosque, en la dificultosa subida que comenzaba en el barrio de Malá Strana y terminaba junto al conocido castillo de Praga. Le gustaban los espacios naturales; cuanto menos hubieran sido contaminados por el ser humano, mejor. Le recordaban más a su tierra natal, a sus viejas costumbres de antiguo guerrero sabino. Ese día, no obstante, prefirió perderse entre la gente como un hombre más de tantos que residían en la ciudad.

Era una forma distinta de sentirse libre, ajeno a las obligaciones que constituían su rutina.

Si Astaroth hubiera sido enterrada con honor y gloria, como él siempre había deseado, Abraxas se habría dirigido hacia su tumba en busca de consejo. Ruth le hizo abrir los ojos sobre los problemas de su relación con Astaroth, pero no llegó a conocer el lado hermoso de la historia, lo mucho que Astaroth le aportaba por el simple hecho de ser quien era: una mujer cabal y comprensiva que siempre calmaba sus nervios. La única persona sobre la faz de La Tierra con la habilidad de consolarlo.

¿Qué pensaría ella sobre Ruth?, se preguntaba mientras esquivaba las oleadas de turistas que caminaban a paso lento en la dirección contraria. ¿Qué pensaría sobre la decisión que tomó sobre su hijo no nato? Abraxas debería saberlo. Debería poder responder con la verdad de su esposa. ¿O acaso no la conoció tan bien como para leerle el pensamiento, como para saber cuáles eran sus opiniones sobre cada una de las preocupaciones humanas?

Mara le habría respondido que ya no importaba lo que Astaroth hubiera pensado; que, a raíz de su muerte, tendría que haber aprendido a vivir como una sola alma en un solo cuerpo. Lo cierto era que Mara, a pesar de tomar decisiones precipitadas y no razonar cuando no le salía a cuenta, había sido su mejor apoyo. No le extrañó que sus pasos le llevaran hasta donde sabía que se había mudado para llevar una vida humana y feliz, alejada de los acuciantes y casi inabordables problemas que la habían estado abrumando a ella y al

resto de El Séptimo Círculo.

Encontró el portal abierto y se dirigió al segundo piso. Mara había encontrado un apartamento de un dormitorio relativamente asequible en el número siete de la calle Viničná. Ella estaba muy satisfecha con su contrato de alquiler, ya se había amistado con los vecinos y poco le había importado ir en silla de ruedas y llevar un collarín: no le había impedido organizar una fiesta de bienvenida al barrio.

Abraxas esperaba encontrársela con compañía. Mara era una persona que no soportaba la soledad. Desde que se había mudado, la había visitado en un par de ocasiones para encontrársela en plena reunión informal con quienquiera que fuese su visita ese día. Variaba dependiendo de su humor. A veces quería a un pretendiente que la agasaraja, y a veces prefería chismorrear con universitarias de su edad.

Sorprendentemente, le abrió la puerta sin una gota de maquillaje y con una bolsa de palomitas dulces en el regazo. Tenía la nariz congestionada y los ojos enrojecidos.

—No me mires así. He cogido un resfriado —se quejó. Ni siquiera le preguntó qué hacía allí. Se retiró de la puerta, renqueando de forma lastimera sobre una sola muleta, y le hizo un gesto—. Ponte cómodo.

Su salón se había convertido en una leonera. La mesa de cristal estaba sembrada de pañuelos usados, había cinco mantas enrolladas y cojines sobre el sofá, calcetines gruesos tirados por el suelo y varios envases de fideos instantáneos a duras penas hallaban el equilibrio sobre el reposabrazos del sillón. La estufita y las imágenes del televisor antiguo iluminaban la estancia, por lo demás sumida en la oscuridad hasta que Mara prendió la luz de la lámpara de pie.

—¿Por qué no me has dicho que estabas enferma? —le reprochó Abraxas.

—Ha sido prácticamente de un día para otro. Cogí frío la otra noche con Marek.

—¿Marek? ¿No se llamaba Janik?

—Son dos tipos distintos.

Abraxas se acordó de Valthessar y de cómo reaccionó a la noticia de que ahora se veía con otro. Se preguntó si sería buena idea mencionarlo.

—Espero que se haya tomado la molestia de venir a ver cómo te encuentras... cualquiera de los dos, me refiero. Te habrá acercado alguna sopa caliente, ¿no? —quiso saber mientras rescataba los envases vacíos y los arrojaba a la papelera de la cocina antigua. Seguidamente cogió una de las mantas y la dobló con paciencia.

—¿Para qué? —repuso con desdén—. Ni que fuera mi novio.

—¿Ah, no?

—Ya sé que para ti es difícil de encajar esto de los ligoteos

modernos, pero que me vea con un tío no significa ni que lo quiera ni que pretenda que me lleve al altar.

—Pero sales con él, ¿no? —inquirió, dudoso.

Mara estaba en lo cierto. Le costaba verle el atractivo a ir de cama en cama.

No sería él quien la juzgara, de todos modos.

—De vez en cuando. También salgo con Darina, y con Dusan, y con Juliet, una preciosa estudiante de diseño, y con mi vecino, un boxeador que se preocupa mucho por mí. Con cualquiera que sepa divertirme y se le dé bien besar, en definitiva. No estoy buscando nada serio. Si quisiera casarme, me habría quedado con... —Un estornudo la interrumpió. Se hizo un ovillo en el sofá con cuidado de no molestar al pie vendado y se arrebujó en la manta—. Dios, qué asco me doy ahora mismo.

—Valthessar te echa de menos —anunció Abraxas. Dejó la manta ya doblada sobre el respaldo del sillón y procedió a encargarse la siguiente, en todo momento pendiente de la reacción de Mara.

Esta torció el gesto.

—¿Has venido a verme para eso? ¿Cuántas veces te tengo que decir que no quiero...?

—Lo sé, pero La Magna nos citó el otro día y Valthessar estuvo a punto de renunciar a su puesto de *rex*.

—¿Por mí? Lo dudo mucho —desestimó con un aspaviento, en lo absoluto conmovida—. Y si lo quisiera hacer por mí, sería un rematado estúpido. ¿Es que no ha entendido nada? Quiero una vida normal. Y él, incluso si deja de ser el *rex*, seguirá siendo un penitente...

—La Magna le mostró imágenes tuyas con Marek, o con Janik, o con quienquiera que fuese el tipo que trajiste al cine.

Mara dejó de refunfuñar por lo bajo. Habría jurado que incluso palideció, una reacción difícil de observar en una persona a la que se le daba de maravilla fingir que nada le importaba.

Abraxas la vio tragar saliva y reacomodarse entre los cojines mullidos antes de preguntar con cautela:

—¿Y qué dijo él?

—Nada. Se quedó hecho polvo. Se dice así en el lenguaje coloquial, ¿no?

—Bueno, ¿qué esperaba? —se quejó ella enseguida, ignorando a Abraxas—. Soy una mujer soltera. Él también puede salir con quien quiera.

—¿Te gustaría verle en brazos de otra?

Mara se estremeció.

—Desde luego que no. Tendrían que vacunarme contra la rabia para que no echara espuma por la boca, pero no creo que La Magna

sea tan hija de puta como para venir a enseñarme imágenes, como si esto fuera el jodido Gran Hermano. —Sacudió la cabeza, indignada—. Y si tuviera la mala suerte de verlo por casualidad, tampoco haría nada al respecto. Es su vida. Que salga con quien le plazca. Por mí como si le pide matrimonio.

—No suenas muy convencida. Ni muy feliz —apostilló él, terminando de doblar la última manta y tomando asiento en el sillón libre.

—Porque ahora mismo no estoy contenta, Abraxas. Apenas han pasado unos días desde que me fui. Tengo dudas sobre si hice lo correcto, y tengo miedo de que venga alguien a obligarme a que vuelva... ¡y tengo un puto virus! —exclamó, señalando con la mano el montón de pañuelos usados. Eso le recordó a Abraxas que el salón seguía necesitando limpieza y se levantó para arrojar los residuos a la papelera—. Y yo sigo... Bueno, sigo... Tú me entiendes. No te deja de importar la persona con la que convivías de la noche a la mañana. Le qui... le aprecio muchísimo —balbuceó con la voz temblorosa, en busca del paquete de clínex. Abraxas se lo acercó—, pero no puedo hacer para siempre lo que pretende que haga. A lo mejor tendría que haberme quedado comiendo mierda y siendo víctima de miles de ataques contra mi integridad hasta que ese amor se convirtiera en rabia o en despecho; entonces podría haberme largado sintiéndome incluso más aliviada de lo que me siento ahora. Pero no, decidí irme cuando decidí irme, y... y ya está. Ya está hecho. El amor por sí solo no basta y de este carro no me baja ni Dios.

Abraxas volvió a dejarse caer sobre el sillón y terminó de asimilar sus palabras.

—¿Y crees que la complicidad sí basta por sí sola? —meditó en voz alta.

Mara se retiró el clínex de la nariz y lo miró.

Tenía el pelo revuelto y sucio. Nunca la había visto tan desmejorada.

—¿A qué te refieres con «complicidad»?

—A que estás con alguien y... y parece que todo cuadra. Que todo está bien. Se te olvida aquello por lo que estabas sufriendo e incluso te diviertes. No como yo me divierto contigo, porque contigo estoy tranquilo. Con ella me siento al borde, nervioso perdido, asustado por si decide irse y, al mismo tiempo, tan... satisfecho y orgulloso de que me deje estar a su lado que acepto los nervios por más loco que me vuelvan.

—Por Dios, Abraxas —bizqueó—, eso es amor. Y la complicidad es un síntoma del amor cuando dicho amor es bueno; cuando tiene futuro. ¿No deberías saberlo ya? Tenías todo eso con Astaroth antes de que se reencarnara en Ruth.

—No era lo mismo —respondió antes de poder controlarse.

—¿Qué quieres decir?

—Que con Astaroth era... era diferente. No me hacía sentir así. Y Ruth... —Entrelazó los dedos de las manos y se las miró—. Ruth no es la reencarnación de Astaroth, Mara. La misma diosa me lo advirtió para que no fuera víctima de un engaño como lo fuimos todos con Qadira.

En lugar de fruncir el ceño, sacudida por la revelación, Mara se incorporó con una ceja enarcada.

—¿Y qué? ¿Es que Astaroth es la única mujer en este mundo que se merece tu amor?

—Habría jurado que sí.

—Porque eres tozudo de cojones, Abraxas —se rio Mara, pero era una risa amistosa—. No me extraña que te presentes en mi casa en plena crisis existencial porque ha aparecido una mujer que te gusta y que tiene potencial para convertirse en la niña de tus ojos. Apuesto a que estabas dispuesto a sacrificar tu vida persiguiendo a un fantasma. Qué lástima que haya llegado Ruth, ¿eh? —ironizó sacudiendo la mano—. Una tía que, por cierto, tiene pinta de ser la leche.

Abraxas se humedeció los labios.

—Pensaba que la deseaba porque era la reencarnación de Astaroth, pero hoy la he visto sospechando que no lo era, y ni aun habiéndolo confirmado he conseguido arrancarme esta... —Dobló los dedos en una garra crispada que apuntaba a su corazón. Acabó dejándola caer, exhausto—. No puedo traicionar a Astaroth de esa manera. Tú sabes lo que te dijo, Mara. Te dijo que volvería. Lo prometió. ¿Y si vuelve y yo estoy con otra mujer?

—Ruth parece la clase de tía a la que las relaciones abiertas le parecen bien.

Abraxas entornó los párpados.

—Sé seria, por favor. Aunque solo sea por un día.

—Vale, vale. —Apaciguó su irritación con un aspaviento—. Dijo que volvería, sí, con otro cuerpo y otro nombre, y que cuando esa mujer apareciera, habrías de quererla tanto o más. ¿Qué te hace pensar que esa mujer no es Ruth?

—Que no es...

—Sí, sí, puede que Astaroth no se haya reencarnado literalmente en esa criatura que te tiene en un sinvivir, que no sean la misma esencia, pero no tienes por qué tomarte sus palabras al pie de la letra. Astaroth me pareció una mujer coherente y generosa, y no dudo que quería lo mejor para ti. Lo más probable es que solo viniera a decirte que el amor volvería a tu vida, que tendrías otra oportunidad con alguien diferente.

—No creo que quisiera decir eso.

—¿Y qué daño te va a hacer adoptar la interpretación que más te convenga? Joder, ¿es que no quieres ser feliz?

Abraxas apartó la mirada. Le avergonzaría admitir en voz alta que se había privado de experimentar emociones positivas en señal de respeto a Astaroth, y no porque se arrepintiera de haber tomado esa decisión, sino porque estaba sentado ante una mujer que había sacrificado el amor a cambio de su propia felicidad, para buscar su identidad y abrazar su independencia.

—De todos modos, La Magna me dijo que no volvería a haber más *anandhas*. Que quien quedara por encontrarla, la encontraría, pero podría decidir si la quería en su vida o no. He de suponer que Astaroth no volverá jamás —confesó al fin, y no pudo evitar que la voz se le quebrara.

Mara hizo lo que pudo por acercarse a Abraxas. Tuvo que mover la pierna por un lado y arrastrarse por el sofá de falso terciopelo esmeralda, pero consiguió alargar el brazo, haciendo un quiebro imposible, para posarlo en el muslo de Abraxas.

—Escúchame —se lo palmeó con insistencia hasta que la miró a los ojos—, el amor sí volverá. La ilusión de estar con alguien volverá.

—No me entiendes, Mara. Para ti no es tan importante traicionar a Valthessar porque lo dejaste por decisión propia. Yo no la dejé. Yo jamás la habría abandonado. Tengo que vengarla, respetarla y...

—Vengarás su muerte cuando acabes con sus enemigos, la que es tu obligación como guerrero; obligación que estás cumpliendo con religiosidad y dedicación cada día sin faltar uno en la medida de tus posibilidades —interrumpió, mirándolo a los ojos—, así que por eso no te tortures. Lo que quiero que entiendas es que no le harás daño a nadie excepto a ti mismo preservando su memoria como un tesoro intocable y blindando su corazón, sobre todo porque no necesitas guardar luto para siempre ni ser célibe para recordarla. Astaroth no se va a borrar de tu memoria, Abraxas. No la vas a olvidar nunca. Ni siquiera cuando deje de dolerte lo que ocurrió.

—No creo que nunca deje de dolerme.

—Tienes miedo, ¿no? —preguntó de pronto, retirando el brazo—. Es eso. Tienes miedo de lo que sientes por Ruth porque la herida de Astaroth es demasiado reciente y no quieres volver a sufrir una pérdida como esa. En el fondo no es porque debas respetar a Astaroth, o esperar a Astaroth, o porque Ruth te parezca una fresca y tenga cualidades que tu religión te impide adorar: es porque estás cagado de miedo.

A Abraxas no se le habría ocurrido verlo así. Partía de la base de que los penitentes no tenían miedo, o, si lo sentían, sabían reprimirlo o utilizarlo como impulso para seguir luchando. Sin embargo, tenía que admitir que era la explicación más plausible; que había sido el

miedo lo que le había empujado a acusar a Ruth de no ser digna de él y a dedicarle palabras tan crudas cuando en el fondo no se creía en condiciones ni en el derecho de juzgarla. Solo esa alternativa era realista, porque Ruth no le parecía una fresca, ni su religión era lo bastante importante para cegarle ante las virtudes que tanto admiraba. Tal vez sí pensara que debía esperar a Astaroth, pero no haberlo hecho hablaba por sí solo. No la había esperado porque Ruth se había proclamado protagonista de cada uno de sus pensamientos. Le había convertido en su esclavo a pesar de todo.

—Le he dicho algo... muy desagradable —admitió, avergonzado.

—¿Cómo no ibas a decirle algo desagradable, si es prácticamente el rito de iniciación en el romance de los penitentes de El Séptimo Círculo? —se mofó Mara. Pronto entendió que aquello no era un asunto menor para Abraxas y suspiró—. A ver, dime. ¿Qué has hecho?

Él se lo resumió por encima, más que azorado porque sabía que Mara lo reprendería.

Más que enfurecerse porque en el pasado hubiera tomado una decisión que se le antojaba moralmente cuestionable cuanto menos, le impactó tanto confirmar que ni siquiera poseía la esencia de Astaroth —a su esposa jamás se le habría pasado por la cabeza renunciar al niño— que pagó con ella su frustración.

Ahora bien... Él se reafirmaba en su opinión. No le gustaría un pelo que en un posible futuro juntos Ruth optara por abortar a un hijo en común, y saber que había tenido esa sangre fría en su juventud le echó para atrás. No obstante, al verlo con perspectiva, tuvo que aceptar a regañadientes que su vida era un completo desastre, y por más que tuviera la visión romántica de que un bebé solo traía alegría al hogar, debía reconocer que, en su caso, no podría haberla salvado. De hecho, habría puesto a otro inocente en peligro, porque Abraxas conocía las penalidades por las que Ruth había pasado al dedillo y no quería ni imaginarse lo que por extensión habría padecido un menor de edad.

No solo le asombró pasar por alto aquel hecho cuando Abraxas sabía lo que dolía perder a un no nato, sino caer en la cuenta de los numerosos aspectos de sus carácter que en principio había despreciado y ahora no solo aceptaba, sino que entendía y encontraba fascinantes. Por fin había comprendido que Ruth no era la clase de mujer que le repelía, sino la mujer que jamás se había atrevido a desear pero que desde el principio había estado hecha para él.

—Mira que eres gilipollas, macho —concluyó Mara tras escuchar el relato, sacudiendo la cabeza.

—Ruth no deja de llamarme así. «Macho» —confesó con la vista clavada en los dedos entrelazados—. En el fondo, yo tampoco soy su tipo.

—Como si el amor entendiera de tipos. —Mara puso los ojos en

blanco—. Eres un tipo muy antiguo. Literalmente. Naciste antes que la ciudad de Roma, y eso ya tiene que contar para algo. Sabiendo esto es comprensible que demuestres algunas costumbres retrógradas, pero yo, en lo personal, no te tengo por un machista —reconoció con la mano en el pecho—. A mi parecer, respetas a las mujeres, y prueba de ello es que te diriges a mí cuando necesitas consejo. Significa que valoras mi opinión, y por encima de la tuya, porque luego me haces caso. También lo demuestra que te sientas culpable cuando te gana la vena de sabino y le sueltas una fresca.

»Puedes mejorar, Abraxas, que es lo que te dije el otro día. Puedes y debes hacerlo mejor con Ruth, porque esta podría ser la definitiva. Y si no lo fuera, también merece llevarse lo mejor de ti.

«Esta podría ser la definitiva».

No sería justo con la verdad si dijera que aquella idea no había rondado su pensamiento desde que la localizó sobre la barra de *pole dance*, pero era un ruido de fondo en su cabeza al que no había prestado atención. Ahora se alzaba como una posibilidad muy realista que, a la vez que le producía un vértigo abrumador y una vergüenza casi insoportable por el lugar en el que dejaba a Astaroth, también le llenaba de esperanza.

Esperanza...

Nunca pensó que volvería a experimentar algo parecido.

—Me gustaría abrazarte ahora mismo —admitió Mara, mirándolo con una sonrisa afectuosa—, pero tengo un pie jodido y una clavícula rota que me lo impiden.

—No pasa nada —la aplacó él, devolviéndole el gesto—. Me doy por abrazado.

Ella suspiró con una mezcla de alivio y resignación.

—Abraxas, si no confías en tus sentimientos, confía en lo que yo te digo, que te conocí destrozado y ahora pareces un hombre diferente. Me da igual lo que diga La Magna, lo que diga El Séptimo Círculo o lo que digas tú mismo, porque nadie sabe más de amor o de pérdida que yo. Créeme... —Lo tomó de la mano y se lo apretó—. Ruth es el amor que te sería devuelto.

Capítulo XXIV

Abraxas llegó a casa sintiéndose más ligero, aunque también con la mosca detrás de la oreja. Había decidido escribirle un mensaje a Ruth para valorar hasta qué punto estaba furiosa y no solo no le había contestado, sino que aún no lo había recibido.

Reacio a temerse lo peor, pensó que a lo mejor no tenía cobertura o se había quedado sin batería. Pero tampoco era idiota, y dio por hecho que acababa de bloquearlo y que tendría que ir a su apartamento para disculparse.

Disculparse. Él. No recordaba haberle pedido perdón a Astaroth en veinte siglos juntos.

En cuanto pasó al amplio salón donde los penitentes se preparaban para atender la guardia, se le olvidó la pregunta que iba a hacer: cómo saber si alguien le había bloqueado en la *app* de mensajería, que aún no se había acostumbrado a utilizar. Y se le olvidó porque Valthessar alzó la mirada en el acto con las fosas nasales y las pupilas dilatadas. Reconocer el olor de su expareja en la ropa de Abraxas hizo que se olvidara de lo que estaba haciendo y dejara los cordones de sus botas a medio atar.

Retiró el pie de la mesa donde lo tenía apoyado y se dirigió a él con el rostro tenso.

—¿Qué estabas haciendo con Mara?

—Le he hecho una visita.

—¿Con qué fin? ¿Hay que recordarte periódicamente que no te puedes codear sin más con mortales? Disponemos de información muy delicada de la que no se les puede hacer partícipes.

—Mara no es mortal. Es una ocultista con un don.

—Mara es una desertora —gruñó Valthessar—, y, por tanto, está prohibido informarla de lo que El Séptimo Círculo hace o deshace.

—No hemos hablado sobre eso. A Mara no le puede importar menos el futuro de la humanidad.

Y lo dijo con orgullo, feliz de que la joven no pusiera sobre sus hombros la responsabilidad de salvar a los inocentes. Bastaba con mirar a Valthessar para darse cuenta de que la preocupación excesiva sobre una cuestión de vida o muerte como aquella acababa causando estragos. ¿O era el desamor lo que había convertido su rostro, por lo general atractivo, en la dura piedra de una escultura sin expresión?

—Dice mucho de ti que dediques tu ocio a relacionarte con una mortal que luego, por casualidad, acaba interesándose en nuestros asuntos, y después con un antiguo miembro que decidió darnos la espalda en el peor momento posible.

—¿Me vas a delatar ante La Magna para que me dé un sermón como el que te echó a ti? —Abraxas enarcó una ceja—. Tuvo que servir lo que te comentó, porque no tienes pinta de estar a punto de abandonar el clan.

—Porque a diferencia de vosotros, yo sé lo que es importante.

Valthessar dio por zanjada la conversación y terminó de atarse los cordones. Acto seguido, se dirigió al pie de la escalera y dio dos golpes a la baranda para anunciar que era la hora de salir.

Abraxas no se movió de donde estaba. Observó con fijeza a Valthessar, y no con la inquina de antaño que seguiría viviendo dentro de él, pues no lograría deshacerse de ella con facilidad, sino con curiosidad.

—¿Cómo has sabido que venía de estar con Mara?

Valthessar lo miró de soslayo.

—Apestas a ella.

Se entretuvo arreglándose las esclavas que le cubrían los brazos mientras los penitentes se dignaban a atender sus obligaciones. Abraxas se negó a cortar la conversación. No había terminado con él.

—Creo que deberías ser más agradable con Mara. No sé si te has dado cuenta, pero lleva un collarín y tiene una clavícula rota, entre otras tantas lesiones físicas. Y eso por no mencionar las que no son visibles. No entiendo cómo es posible que te enfade más que te haya dejado que el hecho de que se haya ido a vivir sola después de una agresión, lejos de donde podrías protegerla.

Valthessar lo encaró en cuanto hubo terminado de ajustarse los guantes. Tenía una expresión sombría.

—¿Quién dice que no la esté protegiendo? Que no monte guardia junto a su puerta no quiere decir que no me haya preocupado de su seguridad.

A Abraxas no le dio tiempo a preguntar a qué se refería. Los penitentes bajaron en tropel, interrumpiendo el momento de una confesión.

Esa noche, Abraxas se quedaría solo. Desde que El Séptimo Círculo necesitaba refuerzos, ya no eran dos de los miembros quienes se quedaban protegiendo el fuerte. Ahora todos marchaban a la guardia a excepción del necesario centinela.

A raíz de la aparición de Leviathan, que complicó la situación de forma considerable, estaban condenados a dedicarse en exclusiva a su trabajo. Abraxas lo había agradecido en un principio. Centrarse en

barrer del mapa a los engendros del Enclave le ayudó a dejar de pensar en su desgracia. Ahora ya no lo celebraba tanto. Pensaba en todas las noches que podría disfrutar con Ruth si no tuviera responsabilidades y se sentía como si le hubieran robado un tesoro.

—Oye —le llamó Valthessar de pronto. Abraxas se concentró en su expresión a fin de adivinar con qué saldría esta vez. Nada negativo, por lo que pudo apreciar en su gesto solemne—. No voy a abandonar El Séptimo Círculo en ninguna fecha cercana, así que no nos quedará otro remedio que lidiar el uno con el otro durante un tiempo. Creo necesario hacerte saber que no se me ocurrió que pudieras interpretar mis decisiones como un ataque personal. Cuando tiene lugar un... contratiempo que ya ha sucedido en el pasado y que consta en la *Sagrada Crónica* o algún otro libro de referencia, es mi deber replicar las directrices que se dieron entonces. Es bien sabido que un penitente sin su *anandha* es peligroso y debe ser custodiado por su clan mientras estos se encargan de encontrar la solución. Y no dudes que nos encargamos —agregó, sosteniéndole la mirada—. Todos nosotros seguimos sus huellas y alternamos guardias, Abraxas. Así fue como encontramos la pista de la daga azul. No fue casualidad, sino fruto de un chequeo exhaustivo de los alrededores.

Para su inmensa sorpresa, Abraxas logró organizar sus ideas y verbalizar sus sentimientos.

—Cuando fuiste a La Sociedad a exigir una compensación por la sangre derramada de Astaroth, te echaste atrás —le recordó con inquina—. Viste a Mara y priorizaste su bienestar al mío o al de mi mujer, que éramos de los tuyos.

—Vi a Mara y lo que me pasó con ella, para mí queda —gruñó Valthessar, envainando su *khopesh* en la vaina con altivez—, pero no le hice ningún daño porque así lo estableció el pacto con el regente, y porque mi deber es ser objetivo ante la justicia sin favorecer a los míos... por más que deseara hacerlo tanto por motivos personales como por lo que acababa de ocurrir con Astaroth.

»Eres el que más perjudicado salió con su pérdida, Abraxas, pero olvidas que todos aquí queríamos y respetábamos a tu mujer —apostilló con una ceja arqueada—. Yo pasé los mismos años que tú a su lado. Recuérdalo.

Abraxas apretó los labios, no tan molesto como asombrado porque tuviera razón. Valthessar y Astaroth siempre habían mantenido una amistad cordial. Cuando corría el vino y ella se achispaba más de la cuenta —es decir: cuando el *rex* se soltaba algo más y ella perdía la timidez—, se profesaban un afecto propio de los mejores amigos. Astaroth siempre se había llevado mejor con Valthessar que el propio Abraxas, y eso ya era decir, porque él respetó e incluso quiso al *rex* desde el primer día.

—Es una lástima que ni siquiera tu respeto por ella te ayudara a tomar la mejor decisión —dijo con voz queda, sin embargo.

Valthessar dejó escapar una carcajada cansada.

—¿Cuál habría sido la mejor decisión? —Puso una mano en la cintura y con la otra hizo un aspaviento—. ¿Apalear a Mara? Casi lo hice. De hecho, *lo hice*. Pero sabes que a tu verdadera *anandha* no le puedes hacer daño, y cuando supe que lo era, sí que la prioricé. Y no puedes odiarme por eso. A la *anandha* se le rinde el mismo culto que a la diosa, y la diosa está por encima de todos vosotros.

Abraxas ni se inmutó.

—No está siendo tu mejor disculpa.

—¡Porque no me estoy disculpando! —bramó él, al límite de su paciencia—. Si no puedes entender los sacrificios que conlleva ser el *rex*, adelante. Déjate cegar por el rencor y échame la culpa por una tragedia de la que nadie salvo el Enclave debe responsabilizarse. Pero no me sigas buscando las cosquillas.

Abraxas abrió la boca para replicarle, enfurecido. Más adelante se alegraría de no haber tenido la oportunidad de espetarle algo de lo que se habría arrepentido a posteriori, pues para su inmensa desgracia, Valthessar tenía razón. No se alegraría, no obstante, de la razón por la que fueron interrumpidos: Luvart y Dagon aparecieron por la puerta principal, el primero detrás del segundo, que cargaba en brazos y con el gesto demudado a una mujer semiinconsciente.

Una mujer que él reconoció en el acto.

—La hemos encontrado tirada en el bosque, muy cerca de donde Valthessar halló la daga azul con la sangre de Astaroth. Casi en el mismo punto, de hecho —explicó Dagon, agitado, antes de que Abraxas encontrara la voz—. La he examinado antes de traerla y no presenta lesiones muy graves, apenas un golpe en el vientre y otro en el rostro, aunque necesita que la atiendan con urgencia porque tiene cristales rotos incrustados en la carne. Ha perdido mucha sangre, eso sí... Creo que por eso no responde.

Abraxas alcanzó al penitente con un par de zancadas y le arrebató a Ruth de los brazos. La depositó con cuidado sobre el sofá, que de tantas otras víctimas había sido testigo, y le retiró el pelo sucio de la cara para confirmar que se trataba de ella. Ruth balbuceaba palabras ininteligibles en sueños y movía la cabeza como si estuviera teniendo una pesadilla. Lo más probable era que el dolor la estuviese haciendo alucinar.

La rabia que le embargó al reconocer en su piel amoratada cada una de las lesiones no tuvo precedente. Tanto si había sido un accidente como si alguien la había buscado para hacerle daño, tanto si era culpa de él como si se trataba de un enemigo particular de Ruth, de esos que ella insinuaba que tenía a lo largo y ancho de Praga,

decidió que lo encontraría y lo mataría con sus propias manos. Estaba tan harto de presenciar el resultado de arrebatos violentos como ese que estuvo a punto de perder los papeles y emprenderla a golpes, incluso de echarse a llorar de impotencia.

Se pasó una mano por la cabeza rapada, preguntándose cuántas veces tendría que revivir la misma pesadilla. Y esta, para colmo, con Ruth como protagonista.

No supo cuánto rato estuvo allí arrodillado, velándola como si ya estuviera muerta. Fue Luvart quien se acuclilló a su lado con una bandeja de plata en la mano, donde descansaban unas tijeras de costura, pinzas grandes, desinfectante, apósitos y algodones y toda suerte de pastillas para mermar el dolor.

Abraxas tomó las pinzas y le pidió a Luvart que se retirara para ser él mismo quien, con lágrimas en los ojos que no se atrevían a correr por sus mejillas, extrajera los cristales incrustados. Estaban tan hundidos en la carne que no le extrañó que Ruth despertara e intentase incorporarse de golpe.

No lo consiguió. Se llevó la mano al vientre amoratado y gimoteó de dolor antes de volver a dejarse caer.

—¿Qué mierda...? —masculló con rabia.

—Tranquila —articuló Abraxas con la voz débil. No soportaba la visión de las piernas ensangrentadas, de la fina tela de las medias adherida a las costras que empezaban a formarse. Ni siquiera se atrevió a preguntarse por qué estaba semidesnuda, apenas con la ropa interior. Utilizó las tijeras para rajar el tejido sintético y mejorar la visibilidad de los cortes—. Vamos a curarte las heridas.

Ruth levantó la cabeza con la mirada nublada. Tenía el pómulo amoratado.

—¿Qué...? ¿Qué coño haces tú aquí? No quiero... no quiero verte ni en pintura.

—Seguro que sí, pero no es el momento de ponerse tiquismiquis con la persona que te cura.

—¡Puedo curarme yo sola!

Intentó mover las piernas para alejarlas de Abraxas, pero este la inmovilizó por los tobillos. Ruth no se tomó bien que le impidiera salir de allí y liberó uno de los pies para darle un golpe en la sien con el empeine. Abraxas se giró hacia ella con la intención de gritarle, al borde del ataque de nervios, pero se le pasó al ver que estaba aterrada.

¿La habría inmovilizado el agresor? ¿Por eso lo miraba como si fuera su enemigo?

—Ruth, solo voy a quitarte los cristales. Luego puedes largarte, si tantas ganas tienes.

«Por supuesto que no se largará», se quejó su voz interior.

—¡Claro que tengo ganas! ¡Estoy así por tu jodida culpa!

Abraxas encajó el reproche con el corazón en un puño, sabiendo que tenía toda la razón. Los problemas siempre ocurrían cuando él cometía el error de alejarse de su mujer. Si hubiera acompañado a Astaroth en su salida por el bosque, no la habrían atrapado; si no le hubiera afectado tanto la revelación de que Ruth no era su reencarnación en pleno paseo, no la habría dejado sola, susceptible a una emboscada.

—Por eso tengo que ser yo quien lo repare —murmuró, concentrado en sacar los cristales.

Ruth se mordió el propio antebrazo para no chillar.

—¿Qué quieres decir con que estás así por su culpa? —quiso saber Valthessar, que se acercó por detrás con los guantes de cuero ya puestos—. ¿Quién te ha hecho esto, Ruth?

—¿Y a ti qué cojones te importa? ¿Cómo he llegado hasta aquí, para empezar...? —Palideció al mirar alrededor y no solo no reconocer el salón en un principio, sino tampoco las caras de sus acompañantes. No tardó mucho en asociarlas con su visita al hospital—. ¿Dónde estoy? ¿Qué queréis?

—Estás en un lugar seguro, y no pretendemos otra cosa que ayudarte. Te hemos encontrado tirada en el bosque —explicó Luvart. Supo emplear la clase de tono tranquilo que amansaba a las fieras. Posó la mano en su frente para hacerle saber que estaba entre amigos —. ¿Quién te ha atacado, Ruth? ¿Lo ha hecho en nombre de El Séptimo Círculo?

—Lo han hecho para... —Ruth miró a un lado y a otro. Empezó a temblar de pánico, un estado en el que Abraxas nunca la había visto. Deseó no haber sido testigo de su dolor. El corazón se le partía al verla con los ojos vidriosos, sacudiéndose como una culebra en llamas—. Lo han hecho para llamar vuestra atención. La... la atención de Abraxas. Me dijeron que mintiera, que os contara una trola... que os dijera que los engendros que vi esa noche me habían hecho esto por meterme donde no me llamaban, pero ellos no... Los he visto, han venido a mi casa, pero no recuerdo nada más. No recuerdo nada desde... desde que abrí la puerta. Todo está negro. Todo está oscuro.

Hizo una pausa para coger aire. La adrenalina debía estar dándole el impulso que necesitaba para expresarse, pero lo hacía tan rápido y sin apenas vocalizar que incluso a Abraxas, que tenía el oído hiperdesarrollado, le costó entenderla. Hablaba a trompicones, confundiendo las palabras, y los temblores la interrumpían constantemente.

—Pero a él... a él... Yo creo que... que lo he matado. Se infiltró en mi casa y de pronto me golpeó, y yo lo ataqué, y juraría que lo he dejado allí, retorciéndose como el hijo de puta que es.

Aquella expresión hizo que Luvart y Dagon intercambiaran una pequeña sonrisa cargada de simpatía. Fue el primero el que se dirigió a Abraxas y le dio un codazo amistoso.

—Si tenías alguna duda, ya te confirmo yo que esta chica es la tuya. Vaya dos cojones...

—¿Le disparaste? —repitió Dagon—. Con un disparo no acabas con un engendro.

—No era un bicho de esos, no era... Era otra cosa. Tenía que ser otra cosa. Y le clavé... Le clavé la daga que le robé a Abraxas.

—¿Te robó la daga? —Valthessar pestañeó, perplejo.

—El *gladius* —corrigió Abraxas.

—No veas con la pelirroja —silbó Dagon.

—Se la clavé aquí. —Utilizó a Luvart para ejemplificar el movimiento y colocó un dedo entre los omoplatos—. Pero no se lo clavé recto. Se torció y creo que... Yo creo que tuvo que rozarle el corazón, porque... ¡Joder, deja de hacerme daño! —le gritó a Abraxas, que se había quedado con un cristal más grueso entre las pinzas.

—Ya quedan menos —la alentó—. Si es insoportable, podrías tomarte algo para quedarte dormida mientras yo sigo...

—Y una mierda —le espetó con los ojos inyectados en sangre—. No me fío de ti. No me fío de nadie. Como intentéis dormirme, despedíos de la vida tal y como la conocéis en cuanto me despierte, porque...

Luvart sonrió con ternura.

—Cariño, ¿es que todavía no sabes quiénes somos nosotros? Por suerte o por desgracia, y esto depende de a quién le preguntes, no nos vamos a despedir de la vida jamás.

Dagon apareció por detrás del sofá con una jeringuilla que supuraba un líquido transparente. Esperó a que Abraxas lo mirara para hacerle una pregunta silenciosa: le pedía permiso para ayudarla a descansar, pues en estado de shock no les diría nada que tuviera sentido.

Abraxas aceptó a regañadientes con un asentimiento de cabeza.

—Aquí estás segura, Ruth —le prometió, posando la palma de la mano sobre su muslo desnudo—. Yo cuidaré de ti.

—¿Aquí? Espero que no pretendas que me quede en este sitio mientras... Yo... —Debió ver en los ojos de Abraxas que pretendía hacer exactamente eso, porque se incorporó, nerviosa, e intentó apartar a Luvart con débiles empujones—. No, no, no, yo... Yo me voy a mi casa. Me largo ahora mismo.

Pero Dagon escogió ese justo momento para sujetarle la cabeza por un lado, y cuando Ruth se giró para averiguar quién la estaba tocando, tensando el músculo del cuello en el que debía inyectarse el calmante, atravesó su carne con la aguja.

Ella, en lugar de buscar al que consideraba su agresor, acusó a

Abraxas con una mirada que nunca olvidaría.

—Ca... brón... —balbuceó con los ojos cuajados—. Eres... eres como todos los demás. Eres incluso peor, y no... no te lo voy a perdonar en la vida.

Capítulo XXV

Ruth despertó en una cama que no era la suya, pero eso no era ni novedoso ni extraño. Ni siquiera le sorprendía notar el cuerpo pesado, con señales claras de violencia. Cuando antes de ser supuestamente reclutada por agentes del BIS se dedicaba a acompañar a una selección de clientes del Ruby Bloom a la parte trasera del local, donde llevaba a cabo sus masajes con final feliz, había amanecido de esa guisa en más de una ocasión.

Estaba tan familiarizada con el dolor que no lo sentía ni cuando se lo estaban causando ni mientras duraba el proceso de sanación. Fue el hecho de haberse inmunizado al padecimiento físico lo que le permitió incorporarse, desoyendo las quejas de las lesiones y los miembros anquilosados, y ponerse a pensar a toda velocidad.

Lo que le irritó fue entender por qué tenía la cabeza embotada y le costaba mandar órdenes a su cerebro. Le habían inyectado alguna sustancia que la había hecho rendirse a un sueño tan profundo que por primera vez desde que tenía uso de razón, las pesadillas no la habían visitado. Sabía que ese era el agradable efecto de las drogas, motivo por el que empezó a consumirlas aprovechando que disponía de fácil acceso gracias a su padre, y también causa de que las dejara justo después.

Convertirse en una adicta habría sido su ruina.

Ruth se deslizó con sigilo por el borde de la cama. Había localizado con el rabillo del ojo a Abraxas, que velaba su sueño —o más bien vigilaba que no se escapaba— sentado en un butacón en la esquina del dormitorio.

Debería asegurarse de que no se percataba de que salía, pero no quería ni mirarlo. Le costaba cuando pensaba en lo ocurrido en las últimas veinticuatro horas.

O él estaba muy cansado, o los años que Ruth había dedicado a escabullirse de lugares en los que no quería estar habían dado su fruto, porque ni su respiración se vio alterada conforme ella se iba desplazando por la habitación.

No perdió tiempo cogiendo sus zapatos o una chaqueta. En un incendio, lo responsable era dejar atrás toda pertenencia.

Se topó con un pasillo tan amplio que estuvo segura al noventa por ciento de que se perdería, pero el instinto la guio por la derecha,

donde comenzaban las escaleras que recordaba haber visto no ya en las fotografías que Abraxas conservaba de su esposa, sino en sus primeros recuerdos de la mansión.

Porque estaba en la mansión a la que Abraxas la arrastró durante el secuestro, de eso estaba segura.

Bajó los escalones de puntillas. No tenía las piernas en su momento más óptimo. Estaba segura de que algunos cristales se le habían incrustado más allá de la carne, porque las notaba temblorosas y además de la piel tirante, notaba los músculos resentidos cada vez que llevaba a cabo un movimiento.

Eso no le impediría desaparecer de allí y poner en marcha su huida de Praga. No pensaba quedarse en aquel agujero de mierda ni un segundo más, y si tanto los unos como los otros pensaban que Ruth les pondría fácil la tarea de atraparla, era porque no la conocían.

Una vez se vio en el salón, supo que estaba sola. Abraxas era el único que se había quedado en la casa. Los demás tenían que haberse marchado al polígono a desempeñar la que fuera su tarea de salvación, una que a ella había empezado a importarle un comino.

Ya no sentía la necesidad de conocer la verdad. Más bien tenía la urgencia de olvidar.

Se detuvo abruptamente en cuanto localizó la puerta de entrada y se obligó a hacer memoria, asaltada de pronto por un recuerdo. En una de las imágenes que Abraxas conservaba de su esposa, Ruth había visto de fondo un salón donde El Séptimo Círculo tenía expuestas una serie de armas milenarias. Pensó que lo óptimo sería hacerse con una lo bastante ligera y práctica para defenderse si intentaban atacarla de nuevo, y decidió que bien merecía la pena posponer su marcha con tal de localizar una de ellas.

Deambuló por el pasillo, abriendo con gentileza las puertas, hasta que pudo cantar bingo. Se le escapó una trémula sonrisa de emoción al toparse con que el salón de armas estaba mejor abastecido de lo que en un comienzo había imaginado. No solo había hachas, lanzas, espadas de todos los tamaños, dagas y armas a las que no habría sabido dar nombre: también pistolas, con las que resultaba que Ruth sabía manejarse de maravilla.

Estaba temblando de frío. No hacía una temperatura recomendable para andar con las medias rotas, las bragas y el sostén, pero ya estaba perdiendo valioso tiempo guardándose dos pistolas cargadas hasta los topes en la cinturilla de la ropa interior como para volver a subir en busca de algo que la tapara.

Una gripe sería el menor de sus problemas.

Localizó unas llaves que pertenecían a un Porsche junto a la vitrina de la entrada y salió de la casa de puntillas. Nada más detenerse en la entrada, inspiró hondo y sintió que el aire frío de la noche la

espabilaba. Olía a húmedo, señal de que se encontraba cerca del bosque. No le costó adivinar dónde estaba: Abraxas vivía a las afueras y ella conocía casi todo el mapa, pero por si acaso encendería el GPS del coche que vio aparcado en la puerta para conocer con seguridad su localización.

Era una lástima que fuera a conducir un modelo tan exquisito para escabullirse. En otras circunstancias, lo habría disfrutado e incluso se habría echado una foto para el recuerdo.

Abrió la puerta de su apartamento con la llave de repuesto que escondía bajo el felpudo de uno de sus vecinos más encantadores y se asomó con el lateral de la Glock casi pegado a la mejilla.

Aunque le costaba tenerse en pie —tenía las piernas entumecidas, y cuando no le dolían por haberse convertido en columnas de hielo, le escocían las heridas abiertas—, barrió el perímetro de la casa para cerciorarse de que nadie la estaba esperando.

Solo encontró un charco de sangre donde había atacado a Pavlik, si es que así se llamaba en realidad, y la daga de Abraxas en el suelo del recibidor.

Le extrañó que no se la hubiera llevado consigo.

Una vez tuvo la absoluta certeza de que estaba sola, Ruth bajó el arma y rompió a llorar. Se entregó a las lágrimas durante un tiempo prudencial, quizá cinco minutos, y luego se obligó a ponerse en marcha aunque no pudiera dejar de sollozar. Puso a correr el agua de la ducha para limpiar las heridas —aunque Abraxas las había dejado en el mejor estado posible— y lavarse el pelo a fin de no llamar la atención en el aeropuerto.

Compró por internet el único billete que salía a esas horas, con margen suficiente para preparar sus bártulos y pedir un Uber, y se arrastró hasta el dormitorio para rellenar un bolso con lo necesario: una identificación falsa que el BIS —si es que en realidad era el BIS— le había facilitado, dinero en efectivo, un par de pantalones, una gorra y unas gafas de sol.

Si le preguntaban a qué se debían sus moratones, el de la cara y el de la barbilla —los únicos visibles—, les diría que huía de un exnovio violento.

Ruth iba y venía poniendo a prueba su resistencia, hipando y sorbiendo por la nariz, maldiciendo entre dientes al mundo entero y callándose de pronto, asustada por si el menor ruido captaba la atención de sus agresores, a los que aún sentía presentes en la casa, acechando por las esquinas. El apartamento que tanto había llegado a

apreciar en cuestión de semanas se había convertido en su cárcel, en el escenario de sus peores pesadillas.

Estaba a punto de meterse en la bañera cuando oyó unos pasos acercándose hacia el baño. Sin pensarlo dos veces, sacó las dos pistolas y fue al encuentro del entrometido con la mandíbula apretada y los brazos en alto. Se detuvo en el centro del amplio salón y apuntó a la cara al malhechor.

Abraxas ni se inmutó. Agarró el cañón del arma y la apartó de su campo de visión.

—¿Cómo se te ocurre volver a la casa que han allanado y en la que han estado a punto de matarte? —bramó él, haciendo gala del enfado que solo ella tenía derecho a exhibir—. Me puedo hacer una idea de que no soy la compañía más encantadora, ni ahora, ni nunca, pero estas decisiones tan estúpidas que tomas pueden costarte la vida.

—¡No es tu puto problema! —le chilló, volviendo a apuntarle con la Glock—. ¡Lárgate o te vuelo la cara!

Abraxas dio un paso hacia ella, todavía sin cambiar de expresión. Parecía que estuviera haciendo un esfuerzo inhumano para contener la ira.

—No serías capaz de hacer eso.

—Oh, créeme... —Deslizó la corredera hacia atrás para cargar el arma. Esbozó una sonrisa macabra—. En este estado sería capaz de cometer cualquier delito.

—Ruth...

—No voy a decirle a nadie lo que eres —le interrumpió—, entre otras cosas porque nunca he llegado a saberlo con detalle y ya no me interesa. Lo único que quiero es marcharme de aquí. Déjame en paz y aquí no ha pasado nada.

—Pero sí ha pasado.

—Sí, es verdad, han pasado unas cuantas desgracias, pero de mí depende que no ocurran más.

Él relajó los hombros y la miró con tristeza.

—No estaba hablando de las desgracias, Ruth.

—¡¿Y de qué estabas hablando, si no?! —gritó ella, perdiendo los papeles. Le plantó el cañón de la pistola en la nuez de Adán, y descendió hasta que pudo clavársela en el esternón—. ¡¿Qué es lo que no has entendido de lo que te he dicho?! ¡Quiero que te largues! ¡Que te largues, joder! ¡Esta es mi casa! ¡No podéis entrar cuando os dé la gana! ¡Y este... este es mi cuerpo! ¡No podéis maltratarlo cuando se os cante, y con fines perversos, porque yo no formo parte de ese juego! ¡Aléjate de mí! ¡Alejaos todos de mí! —siguió chillando. Pestañeó deprisa para derramar las últimas lágrimas—. Vete... vete... o te juro que... que... que te voy a matar.

Abraxas le quitó la pistola de la mano sin hacer ningún esfuerzo,

retiró el brazo lánguido que mantenía la distancia entre los dos y, sin decir nada, la cobijó entre sus brazos.

Ruth no se movió, y no porque el miedo la paralizara o lo viera capaz de hacerle daño aprovechando su vulnerabilidad. No se movió porque estaba buscando un refugio y lo acababa de encontrar. Dejó que él la estrechara contra su pecho y que la meciera como una niña llorosa, como una niña que le temía a sus pesadillas; justo lo que era en el fondo. Ruth apoyó la mano sobre su corazón, que latía a una velocidad vertiginosa, y rozó su pecho con la mejilla, que imaginaba empapada y sucia por culpa de su maquillaje corrido.

Esa tarde se había levantado del sofá con ilusión y se había esmerado pintándose los labios porque iba a disfrutar de una cita con él. No quería ni pararse a pensar en cuánto se había torcido todo.

Fue Ruth quien lo alejó sin emplear la fuerza y se dio media vuelta para regresar al baño.

—Un abrazo no va a hacerme cambiar de opinión —sentenció sin mirarlo.

—Ruth, no voy a dejar que te pase nada —le juró con severidad, siguiéndola a distancia prudencial—. Jamás. Y si alguna vez ocurre porque me he permitido ser negligente o descuidado, entonces con gusto dejaré que me mates, porque me lo mereceré.

Ruth lo encaró con los brazos extendidos.

—Eso llevas diciendo desde que me conociste, pero a la mínima de cambio decides que no valgo una mierda y me dejas tirada en mitad de la calle, como si fuera un perro muerto. No. Me. Fío. De. Ti —deletreó—, y es en parte porque aún no sé qué quieres.

—No lo sabes porque yo tampoco lo había averiguado hasta hace muy poco. —Dio un paso adelante, tan seguro de sí mismo que la parte aún ilusionada de Ruth pensó que bien valía la pena escucharlo —. Supongo que pedirte disculpas por lo que te he dicho durante la cita está fuera de lugar. Desde entonces han tenido lugar situaciones bastante más desagradables. Pero quiero que sepas que me arrepiento, porque hice lo que tú misma señalaste: te culpé de mi desgracia.

Ruth sacudió la cabeza, dándole a entender que aquello no era suficiente, e intentó volver a internarse en el baño. Él la sostuvo por los hombros justo antes de que cruzara el umbral, desde donde ambos podían escuchar el sonido del agua llenando lenta pero pacientemente la bañera.

—Por favor, dame una tregua —le rogó en voz baja, deshecho de emoción. Ruth alzó la barbilla hacia él y se topó con mirada escarlata sumida en la amargura—. Nunca pensé que me encontraría con alguien como tú, y todavía estoy intentando entender por qué me fascinas de esta manera. Sé que no es el momento indicado, pero no se me ocurre otra manera de evitar que me dejes. Eres... Eres una

descarada sin remedio, no me termina de gustar que todos los hombres puedan deleitarse con tu imagen, eres incapaz de obedecer, incluso si lo que yo propongo es objetivamente la decisión correcta, la que te evitará una muerte segura, y... —Acarició un mechón pelirrojo. Sonrió con incredulidad— y tienes el pelo corto. Pero por sorprendente que parezca, me da igual. Incluso me gusta. Me gusta que conozcas y escuches a 50 Cent, y que sepas luchar, y que me insultes cuando no estás de acuerdo, y que no te dé miedo ni tampoco te infunda respeto, y me gusta que digas palabrotas, porque te sale tan natural... Y me gusta cómo te vistes. Pareces Xena la guerrera. Me gusta incluso tu nombre, tus cejas arqueadas de villana, esa raya tan larga y afilada que te haces en el ojo y con la que pareces una geisha, y me gusta poder compartir contigo lo sádico que soy sin que te espantes.

Ruth le sostuvo la mirada con la plena certeza de que no estaba mintiendo. Señal de ello era que se había tomado la molestia de pensar antes de hablar, dando lugar a un discurso coherente y apenas interrumpido por esos arranques de timidez que le acostumbraban a bloquearle en pleno monólogo.

No supo cómo reaccionar a sus palabras, sin embargo. Se estaba viendo en una situación que no había conocido antes, que tan solo le sonaba familiar por las películas románticas de las que solía burlarse por mera envidia, y le dio tanto miedo lo que sintió que solo atinó a contestar:

—Pero si me conoces desde hace dos días.

Su respuesta no le espantó, y tuvo que admitir que lo agradeció.

Agradecía que no se achantara ante nada, ni siquiera cuando le apuntaba con una pistola.

—¿Y qué? ¿Me vas a decir que yo a ti no te gusto ni un poco? ¿Lo suficiente para replantearte eso de marcharte?

Ruth tragó saliva y apartó la mirada.

—No quiero seguir sufriendo —reconoció en voz baja—. Un poquito de sufrimiento te da personalidad, y un poco más que eso te hace resistente y valeroso, pero creo que estoy a una sola experiencia más de perder la cabeza.

Abraxas volvió a estrecharla entre sus brazos.

—A mi lado no te va a pasar nada, Ruth. Si estás preparada para conocer la verdad, entenderás por qué lo digo con tanta seguridad.

—No me digas —se atrevió a ironizar ella, tranquila ahora que tenía la cabeza apoyada sobre su corazón—. Ahora es cuando me dices que eres un ser inmortal todopoderoso al que ni siquiera un disparo en el pecho podría mandar al otro barrio.

—Es más o menos eso. Puedes dispararme para comprobarlo, si quieres. Así te desahogas y me haces pagar por grosero.

—No me tientes... —Dejó de reírse en cuanto asimiló su respuesta. Se separó lo suficiente para mirarlo a los ojos con incredulidad—. Espera, ¿has dicho que sí? ¿Eres un ser inmortal todopoderoso?

—No soy todopoderoso. Solo muy poderoso —especificó con modestia.

—¿En qué sentido? —Entrecerró los párpados—. A ver... ¿A qué personaje de los Cuatro Fantásticos te pareces más?

—Sería La Cosa —contestó sin pensarlo. Ella se mordió la lengua para no reírse, sorprendida porque hubiera visto las películas o hubiese leído los cómics—, pero una descripción más ajustada a la verdad sería... Bueno, diría que soy una mezcla de Superman y un vampiro.

Ruth dio un paso atrás sin separar la mano de su pectoral.

—Anda ya —dijo tras un rato, anonadada—. Me estás vacilando porque sabes que cuando lloro solo me consuela que me digan gilipolleces, ¿verdad?

—Bueno es saberlo. —Los hoyuelos afloraron en sus mejillas cuando sonrió, dándole ese aire entrañable que la obligaba a bajar la guardia—. Y no, no me quedo contigo. Tengo en torno a dos mil ochocientos años.

—Eso te hace viejo de cojones y explica que estés tan anticuado, pero no te convierte en un superhéroe.

—Me hace inmortal, que es el primer adjetivo que has acertado —repuso él—. Por eso no miento cuando te digo que protegeré toda la vida y que soy especialmente letal. He tenido esos dos mil ochocientos años para entrenar, primero como guerrero sabino contra los romanos, luego como soldado romano, después como empíreo y posteriormente como penitente.

—¿Y ahora qué eres?

Abraxas esbozó una sonrisa humilde.

—¿Tu novio?

Ruth le aguantó la mirada sin dar crédito a lo que acababa de oír, pero le pareció tan adorable que se echó a reír y volvió a abrazarse a él.

—Eso ya lo veremos, Terminator.

Capítulo XXVI

Comenzaron la negociación esa misma noche. Abraxas la tomó en brazos, la desnudó despacio y la sumergió en la bañera, de la que se acordaron cuando el agua empezó a desbordarse y encharcó el suelo.

Le supuso una fuerte conmoción verla tal y como había llegado al mundo, pero no porque llevara desde que la conoció ansiando ese momento, sino debido a las marcas de violencia que su poca ropa había cubierto. Estaba verdaderamente afectada por el asalto. Un cardenal cerúleo ocupaba gran parte de su vientre, como una perversa mancha de nacimiento, tenía el rostro tan amoratado que casi se perdía su belleza agresiva y sus piernas quedarían marcadas de por vida por pequeñas cicatrices blanquecinas.

Abraxas entendía de heridas y sabía que ni siquiera el mejor médico del mundo obraría un milagro, pero no hizo ningún comentario al respecto. Era obvio que ella seguía asustada por el desarrollo de los acontecimientos y no estaba en condiciones de asumir otra mala noticia. La conversación solo había servido para que renunciara a la idea de huir, pero seguía incómoda en su propia piel y no terminaba de confiar en él.

—Me alegra que no te hayas escapado —reconoció Abraxas, arrodillado sobre la alfombrilla empapada. Le alegraba aún más que, para variar, Ruth se dejara cuidar. Permitió que se untara las manos de jabón y le masajeara los hombros despacio.

Para empezar, ella había optado por darle la espalda y abrazarse las rodillas. Abraxas sabía que era porque quería llorar en silencio sin tener que avergonzarse de que la estuviera viendo.

—He tenido un momento de debilidad —reconoció, mirándolo por encima del hombro. El perfil de su nariz respingona le inspiró una ternura insoportable—. No soy la clase de chica que huye. Me puede la venganza, y todavía no he acabado con el hijo de puta que me ha hecho esto. Esté donde esté ahora mismo, estará retorciéndose de dolor... Y yo me aprovecharé su debilidad para matarlo con mis propias manos, de eso puedes estar seguro.

Un ramalazo de orgullo lo estremeció al oírla hablar de esa manera de sus enemigos. Era una ingenuidad pensar que podría derrotar a un hombre entrenado como parecía que lo era su agresor; ella era buena y rápida, y, lo que era más importante, no le temblaba el pulso cuando

llegaba la hora de asestar la puñalada definitiva, pero no era infalible.

Ningún mortal lo era.

—Estás muy sexy cuando prometes matar a tus adversarios.

Ruth se rio sin energía.

—Por supuesto que voy a matarlos. Y lo disfrutaré de lo lindo. Hace mucho tiempo me juré a mí misma que nadie volvería a ponerme la mano encima, o por lo menos no viviría para contarlo, incluso si eso me mandaba a la cárcel. Y bueno... Más allá de que ahora esté lo bastante estable para querer vengarme, no habría podido salir del país —admitió con humildad—. En el momento en que rompa mi contrato con el BIS, tendré a la policía persiguiéndome... O eso creo. El caso es que si se me hubiera parado a pensar, ni se me habría ocurrido gastarme esa pasta en un vuelo de última hora.

—Un momento —la cortó él, deteniendo un instante el masaje sobre los hombros—. ¿Tu contrato con el BIS?

—Sí. ¿No te lo conté anoche mientras me torturabas? —ironizó.

—Te estaba sacando los cristales de la carne. Si querías dejártelos como elemento decorativo, podrías habérmelo dicho. Está claro que te gusta decorarte la piel —musitó. Al principio habló con retintín, pero pronto se perdió deslizando las manos por sus brazos entintados. Por primera vez se fijó en ellos con un objetivo distinto a horrorizarse, y tuvo que admitir que más allá de que resultaran estéticamente atractivos, la representaban—. ¿Esto es un dragón? Es un dragón... Y tienes unas alas en la espalda.

—¿Ah, sí? Como no me veo la espalda, se me olvidó que tenía ese tatuaje.

Él arrugó el ceño, extrañado.

—Te la ocupa entera.

—Me lo puedo imaginar. Hice yo el diseño. Se me da bastante bien dibujar, ¿sabes?

—¿Sí?

—Podría haberme dedicado a ello, pero ya sabes... Tenía que hacer que papá estuviera orgulloso, y eso solo podía conseguirlo siguiendo sus pasos.

Cada vez que hacía referencia activa o pasiva a su pasado en el mundo de la delincuencia, Abraxas tenía que hacer un soberano esfuerzo para no ir a buscar a los responsables y someterlos a una tortura inimaginable. Aunque Ruth se hubiera enorgullecido de su trabajo de prostituta para sacarle de quicio, era más que obvio que nunca fue su vocación y que de hecho repudiaba todo lo relacionado con su vida anterior. Él lo repudiaba incluso más porque la hubieran obligado, ya fuera a punta de pistola o con presión indirecta.

Se preguntaba cómo se sentiría ella cuando la tocara por primera vez de una forma verdaderamente íntima, más allá de darle un

puñado de besos y rozarla de manera superficial; si le gustaría el sexo o habría desarrollado el mismo desprecio hacia el contacto físico que una víctima de abuso.

—¿Por qué unas alas y un dragón? —inquirió antes de que sus pensamientos se fueran por tan inquietantes derroteros.

—Es un ave fénix. El dragón es el del otro brazo. Me gustan los animales relacionados con el fuego —le explicó con voz trémula—. Me hace feliz saber que hay un elemento que lo vence casi todo, que puede consumir al ser humano, la ciudad; que puede convertir todos los terrores que conozco en poco menos que cenizas. Ya ves que los animales que escupen fuego o están vinculados a él son los más letales, aunque sea en mitología.

»Pero no hace falta que me preguntes por mis tatuajes... Ya sé que no te gustan.

—No me los haría yo —admitió—, aunque hasta hace poco tenía perforaciones en algunas zonas faciales.

—¡No me digas! —Ruth escrutó su rostro con interés visible—. ¿Y qué pasó con ellas?

—Me las quité. Son muy poco prácticas para pelear. Un puñetazo me puede enquistar el metal o infectar la herida.

—Tan sobrenatural para algunas cosas y tan mundano para otras, como lo es la adicción a unos chutes de Cristalmina en agujeros recientes —se mofó.

—El caso es que yo no me haría tatuajes, pero eso no significa que no me gusten —se apresuró a aclarar antes de que cambiara de tema. Ella bizqueó, en su línea de no tomarse demasiado en serio lo que dijera. En cierto modo era un alivio para él, que estaba harto de la solemnidad de su círculo habitual.

—No me hagas la pelota. Ya has dicho que hay cosas de mí que no te satisfacen, no pasa nada si añades una más.

—Seguro que yo también tengo actitudes que te desagradan.

—Eso es verdad —cabeceó.

—Estoy dispuesto a cambiarlas si te hace feliz.

Ruth cambió de postura dentro de la bañera. Se giró despacio y colocó el talón en el borde para ofrecerle su pierna. La otra permanecía flexionada. Por suerte, el agua seguía cubriéndola entera.

Le dirigió una sonrisa resignada.

—Oye... Eres consciente de que no me he tragado una mierda de lo que has dicho, ¿no? No me creo que vayas a quedarte siempre a mi lado, ni que me quieras, si es que eso es lo que insinuabas con la puesta en escena digna de Richard Gere que te has marcado... Distinto es que haya decidido actuar como que sí porque no me va a matar tener un poco de esperanza en la humanidad en estos momentos. El caso es que no hace falta que hagamos una lista de los vicios que

tenemos que quitarnos para hacer funcionar la relación. No hay relación.

Abraxas inspiró hondo y se dijo que no era el momento de replicarle. En su lugar, pensó en qué tipo de respuesta le daría si supiera hablar su idioma de informalidades, y preguntó:

—Bueno, pero si la hubiera... ¿qué crees que tendría que cambiar?

Ruth se quedó pensativa mientras él manipulaba su brazo para embadurnarlo de jabón.

—Deberías actualizarte un poco —decidió con seguridad—. Ya sabes, dejar de meterte con mi ropa o mirarme como si hubiera salido en pelotas a la calle. También tendrías que parar de decirme lo que tengo que hacer, como si fuera una pobre niña que no sabe lo que hace. Deberías confiar en mí, en definitiva.

—De acuerdo. Yo trabajaré en eso si tú dejas de fumar, paras de llamarme Terminator en tono de mofa y, aunque no vayas a hacerme caso, empiezas a escuchar las recomendaciones que te haga con el fin de protegerte. No dudes que tomo decisiones por ti porque me preocupo y sé de lo que hablo.

Ruth se estaba acariciando la rodilla con el dedo índice mientras lo escuchaba. Cuando acabó, seguía sonriendo de lado, pensativa. Le hizo una caída de ojos que le aceleró el pulso.

—Hecho. Total; llevo toda la vida queriendo dejar de fumar. Lo que me sorprende es que no me hayas pedido que me tape. Y si no puedo llamarte Terminator, ¿qué te parece Vulturi? Porque parece que, al igual que la franquicia de *Crepúsculo*, te has gastado todo tu presupuesto anual en lentillas rojas.

—Mis ojos son así —se quejó—. Puedes pellizcármelos si no me crees.

—«Puedes pellizcarme los ojos», «puedes dispararme en el pecho»... ¿Qué pasa, que te va el sadomasoquismo al extremo? —Sacudió la cabeza con esa expresión de incrédula fascinación que le hacía saber a Abraxas que él no le era indiferente, y que podía aspirar a obtener su cariño sin pecar de ingenuo—. Supongo que eso de los ojos rojos tendrá mucho que ver con lo de que seas La Cosa-Superman-Van-Helsing.

—Exacto.

—¿Y por qué tus compañeros no tienen los ojos rojos?

—Porque no es indicativo de lo que somos, sino de lo que hemos hecho. Mis ojos son rojos porque mi pecado fue derramar sangre inocente. De alguna manera, nuestro nuevo aspecto, que se forja después de la traición a la diosa, está relacionado con lo que hicimos cuando caímos. El tatuaje, los ojos...

Ruth retiró la pierna cuando Abraxas terminó de enjabonarla y se situó en posición de loto para quedar más cerca de él.

—¿Cuando caísteis, dices?

Abraxas empezó a relatarle todo lo que necesitaba saber acerca del clan de El Séptimo Círculo, sin olvidarse de mencionar la creación, el Primer y el Segundo final, la figura de La Magna, lo que podía encontrarse en el Autem y algunas de sus leyendas preferidas. Ruth escuchaba con los ojos muy abiertos, y no interrumpía salvo para hacer entre risas alguna de sus desubicadas apreciaciones. A Abraxas no le importaba, porque al mostrarse atenta y dispuesta a tomárselo con humor le hacía saber que estaba preparada para la verdad, y que a diferencia de la mayoría de los seres humanos, no echaría a correr en la dirección contraria.

No existía una señal más evidente de que Ruth había sido creada para él.

—¿Por qué no me lo voy a creer? —inquirió ella cuando él le hizo saber su grata sorpresa. Estaba terminando de frotarle las pantorrillas —. La otra noche estuvo a punto de matarme un engendro de esos (buen nombre, por cierto; yo lo habría llamado igual), y esta tarde casi me asesina un tío que claramente tenía superfuerza... además de ser supercabrón. Se suponía que era un agente del BIS, así que es evidente que los bichos sobrenaturales vivís entre nosotros, los pobres mortales.

Abraxas le hizo un gesto para que se pusiera en pie. La envolvió en una toalla más grande que ella sin apartar la vista de su rostro ahora sereno.

—No has terminado de mencionarme qué tiene que ver el BIS en todo esto —comentó mientras le frotaba los hombros para que entrara en calor.

Ella dejó de sonreír y lo miró de hito en hito, como si necesitara averiguar con antelación si estaba en condiciones de escuchar lo que estaba a punto de contarle.

—Ah, eso... —Carraspeó antes de focalizar su atención en él—. Una noche, antes de que la policía me encontrara para llevarme presa, fui a visitar la tumba de mi padre para... despedirme. Es una gilipollez que las nuevas espiritualidades creen necesaria para «cerrar heridas», y pensé... ¿Por qué no? ¿Quién me va a localizar aquí cuando saben que he sido yo? Pues me localizó el BIS, o así se presentaron. Me dieron un buen susto. Me arrastraron a un coche con los cristales tintados y ahí me hablaron de la propuesta que tenían: si les prestaba mi ayuda para según qué misiones, hablarían con la policía para que retirara los cargos o cambiaran mi pena de cárcel por un acuerdo de colaboración.

»No me resultó raro porque yo estaba metida de lleno en el mundo criminal. Supuse que querrían que les dijera los nombres de los socios de mi padre que conocía, de las víctimas que se habían quedado por el

camino, la localización de los narcopisos... Y me lo pidieron, sí, pero luego dejaron de llamarme salvo para comprobar que no me había escabullido.

»Hasta que tú apareciste —apostilló con la boca pequeña.

—¿Qué pasa conmigo? No tengo problemas con el BIS. Ni siquiera figuro en el sistema. Los penitentes nos encargamos de que eso sea así para evitarnos problemas con las autoridades.

—Se suponía que tú eras un criminal muy buscado, o eso me hicieron creer, y admitámoslo: no me ayudaba a pensar lo contrario que me hubieses secuestrado el día anterior. El caso es que una vez supieron de tu... debilidad por mí, me ordenaron que me ganara tu confianza para, en teoría, saber dónde localizarte, averiguar cuáles eran tus actividades, etc. Pero pensándolo bien, y viendo cómo se desarrolló la cosa, parece que solo querían... —Arrugó el ceño, turbada— convertirme en tu punto débil. No tiene mucho sentido.

—Te ordenaron que te ganaras mi confianza —repitió—, y tú obedeciste, ¿no?

Ruth sobreentendió con su tono que pretendía hacerle un reproche y se tensó tan notablemente que Abraxas estuvo a punto de soltarle los hombros, temiendo que le salieran las púas de un erizo.

—Pues sí. Obedecí. ¿Qué iba a hacer? Si me negaba, me metían en la trena, y no me caías muy bien. Eras un jodido secuestrador, y por tu culpa casi me abrí la cabeza. Así que si lo quieres saber, te lo confirmaré: acepté quedar contigo las primeras veces porque pretendía sacarte información. De hecho, te robé el móvil cuando cenamos, lo registré de arriba abajo y de esta manera conseguí la localización de las guardias. Y si te parece imperdonable o inadmisible que haya hecho algo así, ahí tienes la puerta, porque no pienso pedirte perdón.

Le sostuvo la mirada con la barbilla en alto. Un tiempo atrás, habría sido su pose orgullosa lo que habría encontrado imperdonable e inadmisible, pero vio más allá de la soberbia de la que se disfrazaba para no parecer débil y se compadeció de ella.

Abraxas le pasó la toalla pequeña por el pelo y se lo revolvió para secarlo de forma parcial. Cuando la retiró, se fijó en que Ruth tenía cara de no entender nada. Él se agachó lo suficiente para ponerse a su altura y la miró con los párpados entornados.

—Así que para colmo eres una pequeña cleptómana... Ya que me robabas el móvil, podrías haber aprovechado para dejarme tu número. O para averiguar el mío y llamarme al día siguiente.

Ruth fingió que no la había asombrado su respuesta y contestó con aparente naturalidad.

—No se me ocurrió. Ya ves que estaba ocupada conspirando contra ti.

—Ajá... —Sacudió la cabeza, aguantando una risita inoportuna, y le acarició la cara—. ¿Estás muy muy vulnerable, o puedo besarte?

—Estoy muy vulnerable —admitió con un suspiro—, pero quiero que me beses.

Abraxas tiró con suavidad de su barbilla afilada y posó los labios sobre los de ella. A Ruth le costó rodearle los hombros con los brazos; de hecho, emitió un sonido cómico al comprobar que no podía juntar los dedos por culpa de su tamaño. Dio un saltito de queja sin despegar la boca de la de él y la toalla se deslizó por su cuerpo. Abraxas lo supo porque cuando la abrazó, sus dedos entraron en contacto con la piel suave y perfumada del baño, piel que se puso de gallina en cuanto él abrió la mano para abarcar tanta espalda como podía.

—¿Dejaré de gustarte después de follar? —preguntó Ruth en cuanto se separó lo suficiente para respirar—. Porque no puedo hacerme la difícil mucho más. No es mi estilo, ¿sabes?

—Espero que no pretendas dejar de hacértelo ahora —la advirtió con una ceja enarcada—. No estás en condiciones de llevar a cabo ciertas actividades físicas.

—Tienes razón —musitó contra sus labios, acariciándole la nuca de forma persuasiva—. No debería permitir que ningún hombre me toque cuando estoy... triste y aterrada. Ni cuando acabo de enterarme de que un penitente de La Magna quiere ser mi novio.

Él sonrió muy cerca de su boca entreabierta.

—Ni que eso fuera malo. ¿No te alegra tener a un hombre indestructible de tu parte?

—Solo me alegrará cuando esté convencida de que no utilizará su poder contra mí.

—¿Y qué tengo que hacer para convencerte del todo?

Ruth deslizó la mano por su pecho. Abraxas aguantó el aliento hasta conocer su siguiente movimiento, temiendo que se empecinara en acostarse con él y procurara convencerlo tocándolo como solo ella sabía. De ser así, le costaría resistirse.

Por suerte, se detuvo al llegar al ombligo y lo miró con aquellos dos ojos fieros de adolescente macarra que, sin embargo, esa noche eran los de la niña que se escondía bajo la cama para huir de los monstruos.

—Hazme sentir que mi vida importa —le dijo quedamente—. Que por lo menos te importa a ti.

Su respuesta le conmovió. Tuvo que carraspear para deshacer el nudo de la garganta.

—¿Y cómo puedo hacer eso?

—Quédate conmigo esta noche.

—¿Solo esta noche?

—Solo esta noche —confirmó con un hilo de voz—, y las demás...

Ya se decidirá.

Capítulo XXVII

Abraxas no lograba conciliar el sueño. Mientras Ruth estuvo despierta se dedicó por entero a entretenerla, a impedir que pensara en lo sucedido a lo largo del día, pero en cuanto cayó rendida —y no sucedió muy tarde, en parte gracias al analgésico que se tomó—, Abraxas se paró a pensar en la información que le había dado.

Le resultaba cuanto menos sospechoso que el BIS anduviera detrás de él. De hecho, estaba bastante convencido de que fuera quien fuese el tipo que había contactado con Ruth para ofrecerle un pacto de dudosa credibilidad, no era trigo limpio, y tampoco pertenecía a ninguna organización gubernamental. Entre otras cosas porque dudaba que un agente la emprendiera a golpes contra una compañera por negarse a colaborar. En ese aspecto —y en muchos otros—, los empleados del estado eran bastante más precavidos que El Séptimo Círculo. Tenían que evitar a toda costa demandas laborales, sobre todo en los últimos tiempos, en los que las redes sociales se encargaban de condenar al acusado en el remoto caso de que un tribunal especializado no cumpliese con su deber.

Abraxas ladeó la cabeza hacia Ruth para asegurarse de que seguía dormida. Se había empecinado en dormir con una de las pistolas de Dagon en la mano. Dicha mano descansaba debajo de la almohada. Parecía tan inocente como cualquier joven de su edad, porque no podía olvidar que apenas tenía veinticinco años.

Veinticinco años y había sufrido tanto que parecía tan longeva como el propio Abraxas.

Alargó la mano y le retiró un mechón de pelo rojo para observar su perfil.

Dormida parecía libre de problemas, libre de verdad, como quería ser. Seguía pensando en el misterio del supuesto BIS y en el interés que alguien podría tener en que una mujer se convirtiera en su debilidad, pero también se acordaba inevitablemente de Astaroth.

Abraxas había elegido la felicidad, o, en palabras de Mara, la interpretación de las palabras de Astaroth que le permitiría llevar una vida apacible. Había aceptado creer que si bien Ruth no era la reencarnación de Astaroth, sí podía convertirse en su amor. Y lo había aceptado porque sentía de veras que así era. El suyo no era un corazón que se conmoviera con facilidad. Antes y después de Astaroth fue, de

hecho, un guerrero inalterable. Solo la mujer indicada lograba sacar de él un lado tierno y protector, y eso significaba que Ruth era la elegida... lo que no significaba que Astaroth no lo hubiera sido.

Era tan difícil aceptar que su corazón pudiera estar fragmentado...

Abraxas se inclinó para abandonar un beso en su sien. Ella lo sintió aun en sueños, porque se revolvió con el ceño fruncido y balbuceó una serie de palabras inconexas. Se preguntó con qué estaría soñando y fantaseó con que estaba en su cabeza, con que podía hablar con ella mentalmente o incluso beber su sangre, como estaba previsto en las relaciones entre penitente y *anandha*.

Lo más probable era que no. Tener que conformarse con su presencia física y su conversación le desanimaba. Era consciente de que, conforme más la quisiera, más querría de ella. Sus pensamientos, sus secretos, dominar cada rincón de su alma...

—No —jadeó Ruth.

—No ¿qué? —preguntó, creyendo que estaba despierta. Por un momento creyó que había adivinado el carácter posesivo de sus pensamientos y le divirtió que se hubiera rebelado contra él incluso en el quinto sueño.

Se asomó para confirmar que su ceño se había acentuado. Había soltado la pistola y juntado las dos muñecas como si estuviera prisionera, y se revolvía igual que si la estuvieran inmovilizando.

—Déjame —seguía balbuceando, esta vez con una nota de pavor en la voz.

—Ruth —susurró él, posando la mano en su hombro. Fue un craso error, porque el gesto se trasladó a la realidad de sus sueños y ella se sacudió para quitárselo de encima—. Ruth, estás soñando. Despierta.

—No me hagas daño —masculló, y lo repitió tantas veces que Abraxas sintió que le arañaban el corazón—. No me hagas daño, por favor... No me hagas daño... No me hagas daño... Yo no he hecho nada. Solo ser. Yo solo soy. Yo solo soy. Soy solo yo...

Abraxas apretó los puños para desahogar la impotencia. Clavó la mirada en el techo, preguntándose a sí mismo y también a la diosa, si es que estaba observándolos en ese momento, qué podría hacer para ayudarla a olvidar, o al menos a superarlo. Era obvio que Ruth tenía heridas muy profundas, heridas que aún no sanaban si es que su sanación era posible, cosa que dudaba.

Tenía miedo de que Ruth viviera siempre asustada. El suyo era un miedo que no le impedía ser ella misma, eso ya lo había demostrado, pero no quería decir que no fuera importante o que no estuviera ahí, distanciándola de la felicidad que merecía.

Volvió a mirarla y tuvo que tragar saliva al ver que estaba llorando en silencio.

Las pesadillas debían ser frecuentes.

No necesitaba saber con qué soñaba. Se lo podía figurar. Acumulaba unas cuantas historias de terror para revisitar.

Abraxas pretendía tenderse a su lado y abrazarla, pero entonces oyó un chirrido proveniente de la cocina y se incorporó de inmediato. Lanzó una mirada cautelosa a la puerta cerrada y entornó los párpados.

No pensaba moverse. Había aprendido la lección por las malas: prohibido dejar solo al sujeto más débil, y ella era débil en ese momento.

Alargó la mano hacia la mesa y agarró la Glock de repuesto que también le había birlado a Dagon. Suerte que no se había llevado las pistolas que siempre cargaba consigo, o tendría que aguantar las quejas del penitente hasta el día del juicio final. Se deslizó por el borde de la cama en silencio, comprobando que la pistola estaba cargada, y se apoyó en la puerta. Esperó con la vista clavada en la pared del lateral por si captaba otro sonido sospechoso. Y lo captó, pero no provenía del otro lado, sino del ventanal del dormitorio.

Abraxas se giró en la dirección del ruido. Las dos hojas de la ventana que daba al balcón acababan de abrirse. Una ráfaga de aire frío entró en el dormitorio emitiendo un silbido agudo. Las cortinas se agitaron como en una película de terror. No supo si fue el frescor repentino o el aullido del viento lo que despertó a Ruth, pero de pronto se estremeció y se incorporó como si hubiera salido de la pesadilla arrojándose por un acantilado.

—¿Qué pasa? —musitó con la voz amodorrada, mirando a un lado y a otro.

—Nada. Todo está bien.

Abraxas cruzó el dormitorio sin dejar de apuntar a la puerta con el cañón de la pistola. Se asomó para comprobar que no había nadie en el balcón.

Ruth se abrazó a los hombros y se los frotó.

—¿Hay alguien en la casa? —preguntó con voz neutra, procurando controlar el pánico—. Y no me trates con condescendencia, ¿eh? Si lo hay, quiero saberlo.

—Aún no lo sé —susurró él—. Por si acaso, coge tu pistola.

—Eso no va a ser necesario —anunció una voz con una cadencia hipnotizadora.

Abraxas alzó la barbilla como si hubiera escuchado el detonador de una bomba: dentro de él, de su cuerpo, el eco de la extraña voz seguía propagándose, como si hubiera hablado desde las profundidades de sus entrañas.

Localizó al intruso levitando a unos centímetros del barandal del balcón. No parecía que estuviese flotando, porque no se movía, sino que esperaba de pie en un escalón invisible. De hecho, descendió el

peldaño para apoyar sus dos amenazadoras botas gruesas en el borde de la barandilla.

Algo dentro de él le dijo que no podía hacer movimientos bruscos, que ni siquiera podría desplazar la mirada con total naturalidad. El oxígeno se tornó irrespirable, como si la nueva presencia lo acaparase, y Abraxas sintió que tenía que retirar la masa ahora densa, como si de niebla se tratase, para aproximarse a la criatura.

Porque eso era, una criatura y no un mortal; una criatura a la que Abraxas no había visto antes, pero que había sido creada para ser reconocida al primer vistazo.

El Gran Grimorio descendió la escalinata invisible desde la baranda hasta plantar los pies en las baldosas del balcón. Vestía como si quisiera pasar desapercibido entre transeúntes, pero en torno a él se percibía la violenta vibración del aire, señal de que su cuerpo no había sido creado para ese mundo; no pertenecía a él y trataba de expulsarlo en vano. En su rostro destacaban dos ojos de una tonalidad indefinible a la que ningún color de la gama cromática conocida podía acercarse.

Esbozó algo parecido a una sonrisa. La mueca estremeció a Abraxas hasta los huesos.

—Estaba esperando a que llegaras tú solo a la conclusión de que la historia no cuadraba. Me complace saber que no estaba equivocado. Eres tan espabilado como necesito que seas.

Abraxas no se movió un ápice. No podía apartar la vista del Gran Grimorio, igual que era imposible dejar de mirar un accidente nuclear. Sospechaba que su fuerza caería sobre él y tenía que estar preparado, pero con el rabillo del ojo, tanto como se lo permitía su voluntad sometida al intruso, confirmó que Ruth estaba muy quieta, observando con más curiosidad y fascinación que puro miedo.

—¿Qué quieres? —inquirió Abraxas.

El Gran Grimorio esbozó una sonrisa que rayaba en la ternura y ladeó la cabeza como si hubiera pronunciado la gran pregunta en un idioma desconocido.

—A ti.

—¿A mí?

Asintió con la cabeza de manera que los dos mechones más cortos que enmarcaban su rostro, de un negro que parecía no tener fondo y ni siquiera forma, le acariciaron los pómulos afilados.

—Quizá desees saber por qué.

—No sé si quiero saberlo —habló con tiento—, pero parece que no tengo elección.

—Conmigo siempre hay elección —le aseguró con aquella voz abisal—. Yo no voy a hacerte daño.

El Gran Grimorio extendió la mano hacia él, y aunque unos cuantos metros los separaban, Abraxas se vio reduciendo la distancia, atraído

por su escalofriante fuerza gravitatoria.

No la tomó, aun así.

—Tienes preguntas —dedujo, ladeando la cabeza de aquella manera tan inexplicablemente inquietante—. Yo ofrezco respuestas.

—No, no tengo preguntas.

—¿No? ¿Ya no quieres saber dónde se encuentra el cuerpo de Astaroth? —Su voz entonó el nombre de la difunta de un modo que le puso el vello de punta. Abraxas palideció—. ¿Ya no harás cualquier cosa para recuperarla?

—No... no sé qué está pasando —balbuceó Ruth, incorporándose de la cama encogida de frío—, pero no lo escuches, Abraxas.

El Gran Grimorio no apartó la mirada de su objetivo, que no era otro que él.

—¿Por qué os mostráis ante mí? —Le sorprendió seguir hablándole con reverencia. Era su enemigo y lo sabía, pero no era uno de esos adversarios a los que se pudiera subestimar, a los que Abraxas arrebataba la vida porque no la defendían con dignidad. Sentía en lo más profundo de su corazón que estaba ante una eminencia—. Nunca os mostráis ante nadie.

—Porque yo soy la mano que custodia las llaves del mundo. Nadie más que yo sabría usarte para abrir ciertas puertas. —Agachó la barbilla para mirarlo con ambición—. Tú mereces que me tome la molestia.

Abraxas aguantó la respiración.

En otros labios habría sonado como un cumplido vacío, empleado con la finalidad de dar su brazo a torcer o convencerlo de hacer algo que no quería. Pero el Gran Grimorio se expresaba con la seguridad de que poseía algo que él deseaba más que ninguna otra cosa, y tenía la certeza de que el Gran Grimorio no mentía.

No lo necesitaba. No escondía su maldad.

Y había mencionado a Astaroth como a una vieja amiga a la que hubiera visitado apenas unos días atrás. Quizá fuera un truco o quizá fuese cierto, pero fuera cual fuese el caso, se dejó persuadir.

Abraxas posó la mirada en su mano extendida.

—¿Qué haces? —gritó Ruth—. No pretenderás largarte con él, ¿no? ¿Quién es? ¿Es tu jefe? ¿Por qué... se siente...? —Apretó la mandíbula —. Abraxas, ignóralo. No es de fiar, ¡no me fío de él...!

—Volverás a casa si no logro convencerte —le aseguró La Criatura.

—¿Y alguna vez habéis fallado convenciendo a alguien?

El Gran Grimorio le dio el perfil con los párpados entornados, aguantando una sonrisa que podía tildarse de maliciosa pero que a él solo se le antojó traviesa.

—Podrías ser mi primera vez.

—¿Cómo sé que no es una trampa y que no le harás daño en mi

ausencia?

No necesitó especificar a quién se refería.

El Gran Grimorio miró a Ruth sin verla.

—Nunca he entendido la fascinación por los seres inferiores —reconoció, pestañeando como si estuviera al borde del sueño—, pero puedes traerla contigo, si lo deseas.

Abraxas se armó de valor con una inspiración y protegió sus pensamientos del alcance del Gran Grimorio. Estaba convencido de que podría averiguar sus intenciones incluso si no las exteriorizaba, tan solo fijándose en un leve temblor o vacilación, así que se aferró a lo tentador de la propuesta.

Aceptó su mano tendida, y entonces la oscuridad lo envolvió.

Capítulo XXVIII

Abraxas se materializó en una antesala sumida en la penumbra. Sabía que estaba acompañado por la sólida presencia del Gran Grimorio. Se limitó a inspirar hondo y mirar alrededor, a fin de adivinar dónde podría encontrarse.

La humedad, el olor a cerrado y la sensación de familiaridad que evocaban esos dos aromas juntos le indicaron que se hallaba en unas catacumbas. Si aguzaba el oído, podía incluso escuchar la persistente caída del agua de las goteras, el correteo nervioso de los roedores cuyos ojos amarillentos les observaban desde las sombras.

No pudo evitar estremecerse, recordando la última vez que había estado en un lugar tan inhóspito como aquel.

—Enseguida nos adentraremos en los laboratorios, que con suerte encontrarás más confortables —le refirió el Gran Grimorio con sorprendente empatía—. Entenderás que no puedo permitir que accedas al complejo por la puerta que utilizan mis criaturas. Debo proteger el anonimato de mi organización.

—Lo entiendo —repuso con voz hueca—. Lo que me cuesta comprender es por qué os esforzáis por complacerme.

—Te cuesta comprenderlo porque se han vertido espantosos rumores sobre mi proceder y mi carácter. Quiero pensar que, una vez se me conoce, resulto considerablemente más agradable al trato que como se asume fuera de estas cuatro paredes.

Abraxas no siguió la conversación. Fue al grano para resolver la cuestión que le inquietaba.

—¿Dónde está Ruth?

—A salvo en una de las habitaciones del complejo —cabeceó, mirándolo de reojo como si le resultara divertida, cuando no interesante desde una perspectiva científica, su preocupación por la mortal—. Por su propia seguridad, no podía acompañarnos durante el trayecto. Pretendo trasladarte información que podría comprometer su integridad. Pero tú mismo podrás percibir gracias a tus encomiables cinco sentidos que se encuentra en el mismo edificio, y en perfectas condiciones.

Abraxas la sentía cerca de él. Por eso no hizo más preguntas.

Estaba concentrado en el fondo del pasillo hacia el que se fueron adentrando. La oscuridad era tal que ni siquiera la visión desarrollada

de Abraxas ayudaba a aclarar el ambiente. El Gran Grimorio era el único elemento que lograba destacar entre las sombras, y era cuanto menos paradójico que el creador de la maldad y los temibles secretos pudiera ser la antorcha de luz en un paraje tan desolador.

Estaba de acuerdo con él. Se habían vertido rumores que no correspondían ni con su comportamiento ni con su manera de habitar el espacio. Abraxas creyó que, de llegar a encontrárselo frente a frente, el miedo le impediría actuar; que sembraba el caos con su mera presencia. No obstante, caminar a su lado con la tranquilidad de un paseo tardío por la ciudad solo evocó sensaciones placenteras.

A cada rato, Abraxas tenía que lanzarle una mirada de soslayo para confirmar que no lo había soñado y que el Gran Grimorio lo estaba conduciendo al corazón de sus dominios. Y que, curiosamente, no tenía miedo ni tampoco le preocupaba llegar a su destino. Irradiaba una seguridad en sí mismo en la que era difícil no apoyarse, en parte porque pronto confirmó que podía fiarse de su palabra. El pasillo se convirtió en una cuesta, y cuando el grado de inclinación comenzaba a resultar aparatoso, una puerta de doble hoja apareció ante ellos.

El Gran Grimorio lo invitó a pasar primero, cosa que Abraxas hizo con precaución para toparse con otro corredor moderno, iluminado por pequeños focos situados en el techo. Voces humanas se entremezclaban al fondo o en las habitaciones cerradas a cal y canto que se distribuían a los lados del pasillo. Reconoció el confundible aroma de los mortales.

Aquel parecía más un asentamiento humano que la guarida de La Criatura.

—¿A dónde me lleváis?

El Gran Grimorio extendió los brazos. El cuero de su chaqueta emitió un tímido crujido cuando por fin estiró las arrugas que se le formaban en el codo.

—A conocer la verdad —acotó con simpleza—. Eres un penitente desconfiado. Y es sabio desconfiar, por supuesto, pero para que te fíes de las promesas que te hago, he visto conveniente ceder en un par de aspectos. Estás en lo que yo considero mi casa, Abraxas. Me muestro vulnerable ante ti para que comprendas hasta qué punto deseo que te unas a mí.

Después de caminar durante un rato, el Gran Grimorio cruzó el umbral de una de las salas e invitó a Abraxas a acompañarlo. Cerró la puerta y le hizo un gesto de invitación para que se diera un paseo entre las hileras de nichos numerados en la pared. No podían abrirse sino con una llave, pero aquello no sería un impedimento para él, que podría romper los candados con sus propias manos.

Prefirió no hacerlo a pesar de sentir curiosidad por lo que allí se guardara. Nada más que las etiquetas que colgaban de las asas de los

nichos destacaba en la estancia, a excepción de una amplia mesa de latón en el centro y una estantería colgante salpicada de frascos también etiquetados.

Abraxas no reconoció ni una sola de las palabras. Dedujo que era lenguaje científico.

Una vez se cansó de husmear, plantó los pies en el centro de la sala, en medio del desagüe donde desembocaban las finas hendiduras que segmentaban las baldosas.

—Unirme al Gran Grimorio —dijo Abraxas sin entonación, mirándolo con fijeza—. ¿Por qué yo?

—Esa es una de las preguntas que esperaba que me hicieras, pero no la primera. Esperaba, por ejemplo, que en primer lugar quisieras averiguar qué se hace aquí. —Abarcó la sala con un elegante aspaviento—. Apuesto a que esa es la preocupación número uno de El Séptimo Círculo a día de hoy: descubrir a qué se debe el silencio del Enclave, qué se trae entre manos. Ahora bien... —Le hizo una caída de ojos. Una sonrisa ladina se dibujó en sus labios—, tú nunca has compartido el orden de prioridades de tus... hermanos. ¿Es así como os hacéis llamar los unos a los otros? ¿Hermanos?

—Casi nunca.

—Por supuesto. —Pareció que estuviera conteniendo una carcajada sarcástica. Agachó la barbilla para mirar el suelo con los dedos entrelazados a la espalda, una pose en apariencia inocente—. Tú menos que nadie te dirigirías así a ellos.

—Entonces esa es la respuesta a mi pregunta. Me habéis elegido a mí para cualquiera que sea el fin porque sabéis, como seguramente conocéis aspectos del mundo que incluso a mí, un protector suyo, se me escapa, que no siento afecto alguno hacia los penitentes de mi clan.

—En absoluto. —Los ojos del Gran Grimorio emitieron un destello hipnotizador. Se mantenía a distancia prudencial. Debía saber que su cercanía avivaba en el sujeto una sensación tan intensa que quedaban abrumados, incapaces de pensar con claridad, y lo quería despierto y receptivo—. Te he buscado a ti porque es tu habilidad la que necesito a mi servicio.

»Como ya sabrás, hace unos días El Séptimo Círculo se hizo cargo de Leviathan.

—Esa debió de ser una pérdida dolorosa para el Enclave —respondió con cautela, sin moverse un ápice—. Estaréis de luto.

—Era una criatura poderosa, pero yo personalmente no predicaba con sus métodos. Si lo conservaba era porque en esta gran organización todos los sujetos disponen de cierta libertad para tomar decisiones en su campo. Decidí concederles esta relativa autonomía porque me fío de ellos; no en vano los acogí o los busqué con el

propósito de que se unieran a mí. En definitiva, Leviathan era libre de amaestrar y educar al ejército como más le placiera. Solo tenía una obligación: que su entrenamiento funcionara, y desde luego que funcionó.

»No me gusta cuestionar a mis criaturas, Abraxas —prosiguió, lanzándole una mirada franca—, y por eso ellas permanecen aquí, conmigo. Les doy algo que la diosa no ha podido proveer: la libertad que necesitan para sentirse aliados y no esclavos de mis caprichos.

—¿Debo asumir que me queréis aquí para ocupar el lugar de Leviathan?

El Gran Grimorio dejó de pasearse con aire pensativo y lo encaró con las manos aún a la espalda. No perdía ese rastro de sonrisa ante el que Abraxas no sabía cómo reaccionar.

—¿Quién, si no? El *rex* está muy comprometido con la causa de La Magna, y no es tan belicoso ni le puede la ambición como a menudo se le achaca. En mi opinión, es simple y llanamente un buen hombre con ciertas habilidades, pero un buen hombre, al fin y al cabo, y los hombres buenos rara vez consiguen grandes cosas en este campo. Ni Xaphan ni Renyi ni Dagon conocen la complejidad del combate cuerpo a cuerpo como podrías descubrirlo tú para mis hombres; Samael es, admitámoslo, un fanfarrón sin técnica, y Luvart... —El Gran Grimorio hizo una pausa para inspirar hondo. Sus ojos se oscureciendo ante su mera mención—. En el empeño de atraer a Luvart desperdiciaría más recursos de los que poseo, y todo para acabar sumido en la frustración.

—Veo que os parezco lo bastante perverso para unirme a vos. Supongo que, viniendo de quien viene, esto no es más que un halago.

El Gran Grimorio ladeó la cabeza como si hubiera expresado algo incomprensible.

—Asumir que a mis costas solo llegan los piratas más codiciosos es una soberana ingenuidad. También los náufragos tienen cabida en mi casa, y son recibidos con los brazos abiertos. Tú no eres un hombre que quiere poder —sentenció con una media sonrisa sabedora—; eres un hombre que ha perdido algo y al que podría prestarle un favor... siempre a cambio de su lealtad, y solo la suficiente. Nunca exigiría sacrificios inasumibles.

Abraxas le sostuvo la mirada con la mente en blanco.

Tenía la certeza de que el Gran Grimorio era bastante más letal de lo que sugería al observarlo como un niño curioso. Le estaba sugiriendo un plan de dominación igual que si de una banalidad se tratara, y lograba que Abraxas no se lo tomara con la solemnidad que requería.

Temía que se inmiscuyera en sus pensamientos más recientes e íntimos, así que los acalló.

—¿Qué os hace pensar que abandonaría el puesto que con orgullo he defendido durante siglos para unirme al enemigo? ¿Qué es eso que tan desesperadamente podría querer que me fuera devuelto?

Tan despacio que Abraxas tuvo que contener el aliento, Gran Grimorio esbozó una sonrisa deslumbrante.

—Piensa en lo imposible.

El corazón de Abraxas se detuvo.

—Lo imposible no tiene cabida en esta negociación —zanjó con severidad.

—El mundo entero tiene cabida en esta negociación. —Se inclinó sobre él con los ojos chispeantes, extendiendo los brazos para abarcar sus numerosas posibilidades—. Si pude hacerte pensar que Ruth Havel era la reencarnación de tu *anandha*, ¿qué es lo que no podría lograr? ¿Qué poder escaparía a mi alcance?

Abraxas se aferró a sus propios puños y a la tensión de su mandíbula para no descargar el ramalazo de frustración de la manera equivocada. No le cabía la menor duda de que Él podría reducirlo en un abrir y cerrar de ojos.

—Fuisteis vos —dijo con voz queda—. Vos y no un esbirro cualquiera.

—Yo no toco a las mujeres de los demás a no ser que pretendan poner en jaque mis propósitos, Abraxas... y bien sabrás que Ruth Havel, una simple humana, no tiene el poder de frustrar uno solo de mis planes. Tuvo que ser Metraton quien se hizo cargo de acercarte poco a poco a mí a través de ella. Nos hemos tomado molestias inimaginables para tenerte aquí y ahora. Hubimos de realizar un estudio exhaustivo de la clase de mujer que podría fascinarte y rociarla con el distintivo perfume de tu *anandha*. Tal y como nos figuramos, tu propia desesperación por reencontrarte con ella hizo el resto del trabajo, ¿verdad? No hay nada más ciego ni más torpe que un penitente que acaba de perder a su mujer. Se aferrará a lo primero que se le parezca en esencia o en forma.

Abraxas se sintió tan vulnerable que ni siquiera le quedaron fuerzas para contraatacar. Tampoco intentó defenderse o negar que hubiera sido víctima de la manipulación: la cruda verdad era que hasta la mismísima diosa había intentado abrirle los ojos, y a Ella tampoco quiso escucharla.

—Como sabrás gracias a la leyenda, Metraton también llegó a mí después de la pérdida de su mujer. El desinterés que La Magna mostró cuando le suplicó su ayuda fue determinante a la hora de cambiar el bando. Ahora es mi mano derecha, igual que Leviathan se convirtió en la izquierda.

»No creas que el hecho de haber sacrificado a mi general es un indicador de que me quedo detrás en esta guerra. Incluso con cinco

dedos podría apagar la luz del mundo —le aseguró, alzando la palma —. Pero te quiero a ti.

Abraxas lo escuchaba como una voz en el fondo de su cabeza. En primer plano empezaban a encajar todas las piezas que habían estado trastocándolo desde que Ruth dio a conocer su inexplicable contacto con el BIS.

Ella también había sido engañada.

—¿Cómo? —fue lo único que logró articular—. ¿Cómo lo hicisteis para que las confundiera? No pudo ser solo mi desesperación.

El Gran Grimorio entrelazó los dedos en el regazo y lo miró como si lo compadeciera.

—Cuando Metraton localizó a Ruth Havel en el cementerio de Vyšehrad, la joven humana estaba en pésimas condiciones. Una vez aceptó el pacto, no hubo que darle explicaciones a la hora de conducirla al hospital, donde algunos de mis aliados la atendieron. Había perdido sangre durante su escapada y estaba al borde de la inanición, así que no se opuso a una transfusión que le diera vitalidad. Aún conservábamos sangre de Astaroth de la última vez que estuvo aquí, donde ya sabes que perdió bastante... Eso debió ser lo que oliste de tu esposa en la mortal —concluyó con indiferencia, como si no hubiera planeado hasta el último detalle.

—¿Y por qué? ¿Por qué hacerlo tan difícil? —Raras veces cedía al impulso de averiguar la verdad. Era un hombre de acción y no de palabra, pero sintió la necesidad de encontrarle una explicación al engaño—. Si queríais convencerme de servir al Enclave, podríais haberme reclutado en el preciso instante en que perdí a Astaroth, y con el sencillo argumento al que vos mismo habéis apelado: La Magna no hizo ni haría nada para ayudarme a sobrellevar el dolor.

Él sacudió la cabeza.

—Esa habría sido una gran equivocación. En el momento en que la perdiste me odiabas más que nunca, como si hubiera sido mi mano la que perpetró semejante aberración. Ahora, en cambio, estás distanciado de tus deberes y de tus compañeros. No posees un sentido de pertenencia hacia el clan al que serviste con fidelidad plena durante siglos. Y en cuanto a Ruth... —Se inclinó algo más para mirarlo a los ojos—. Tenías que llegar aquí con el claro convencimiento de que no existe sortilegio o empeño capaz de escapar a mi habilidad. Puedo hacer que te enamores de una mujer cualquiera sin mostrar mi rostro; sin moverme de las cuatro paredes que me dan refugio. Y puedo lograrlo sin echar mano del *Libro de la Sehara* o del conocimiento mágico de Leviathan. Bastan la sangre Astaroth y haber comprendido los anhelos más reprimidos de tu alma con claridad cristalina. Yo también puedo ponerle un talón de Aquiles a mis hombres, no solo Ella; ya ves que la figura de la *anandha* ha ido

perdiendo tanta fuerza en los tiempos modernos que corren que he podido introducir la mía propia.

»No dudes que el amor que ahora sientes es real y sincero. No es fruto de la ilusión del perdón y la felicidad eterna que crea la figura de la *anandha*.

Abraxas sintió un extraño alivio al escuchar de labios del Gran Grimorio que su amor por Ruth era real, y que a pesar de que lo había manipulado en la distancia, basándose casi en exclusiva en anhelos prohibidos que él había descubierto que poseía gracias a Ruth —en el fondo, siempre quiso a una mujer guerrera con la que pudiera compartir sus pasiones—, lo acontecido los últimos días no había estado basado en una mentira.

Aun así, seguía abrumado por el desarrollo de la conversación.

—Si fuera cierto que ningún poder escapa a vuestro alcance, ya habríais ganado esta guerra —sentenció, aunque vacilante.

El Gran Grimorio volvió a incorporarse cuan alto era, tan alto que Abraxas parecía un muñeco robusto en comparación con Él. La Criatura se erigía como un ser esbelto y desafiante, como una torre vigía en el corazón de la tempestad.

—Ese es el problema con aquellos que no saben hacer las preguntas correctas; que se conforman con las respuestas equivocadas. Hay un grave problema de lógica en tu afirmación. Sí, va a haber una guerra aún peor que esta, y estás aquí porque no eres una criatura a la que desee ver masacrada..., pero tal vez la finalidad no sea ganarla.

Abraxas sintió que se perdía en la conversación.

—¿Y cuál es?

El Gran Grimorio sonrió para su coleto.

—No estamos aquí para debatir mis propósitos, Abraxas, que yo bien los conozco y los persigo con tesón desde el origen de los tiempos..., sino para discernir el que sea tu deseo. Creo saber cuál es, pero tal vez esté equivocado.

Abraxas inspiró hondo y se preparó para pronunciar unas palabras de las que sabía que, por más ciertas que fueran, se acabaría avergonzando.

—Me he reconciliado con la certeza de que Astaroth no volverá.

El Gran Grimorio no contestó. Enarcó las cejas, retándolo a argumentar su afirmación, mientras alzaba la mano con la palma apuntando hacia el techo. Dobló los dedos a excepción del índice, que tardó tres segundos más en, tras acariciar el aire, unirse al puño cerrado; los tres segundos que el candado de uno de los nichos demoró en ceder silenciosamente para a continuación abrir el cajón y mostrar su contenido.

Abraxas no supo si el Gran Grimorio se desmaterializó de la sala para darle intimidad o si estuvo presente en todo momento y él no

tuvo la capacidad de sentirlo, pues la congoja que se instaló en su pecho fue tal que impidió a sus sentidos captar un solo detalle que no fuera el perfil del rostro que tan bien conocía.

Había asumido con todo el dolor de su corazón que el cuerpo de Astaroth había sido tratado con tanta vileza que no la encontraría de una pieza, y que jamás podría recuperarlo para darle la digna sepultura que siempre deseó para ella. Sin embargo, allí estaba, y con un aspecto tan perfecto que parecía que estuviera dormida, tan relajada como él solía verla suspirar en sueños durante las miles de noches que pasaron juntos.

Se aproximó con cautela, temiendo que la desesperación le estuviera jugando una mala pasada. Cuando pudo apoyarse en el borde del nicho y contemplarla, confirmó que era real. Su cuerpo estaba intacto. Lo habían embalsamado como si fueran a pasearlo por toda la ciudad para lucir, orgullosos, la hermosura que la difunta se había llevado a la otra vida.

Abraxas alargó los dedos temblorosos para rozar su mejilla. Estaba tan fría que el corazón se le encogió.

Aquel era el rostro que había mirado durante más de mil años, el primero que buscaba en cuanto despertaba y el último al que acudía, en busca de calma, antes de dejarse vencer por el sueño. Tenía los ojos cerrados y el largo cabello caoba atado en una trenza.

Había perdido la tonalidad viva que él recordaba, pero seguía siendo ella.

Se aferró con tanta fuerza al borde de la caja donde descansaba que sus nudillos palidecieron.

—¿Por qué está aquí? —musitó Abraxas con la voz cascada.

El Gran Grimorio ya no estaba allí de cuerpo presente, pero Abraxas oyó su voz dentro de sí mismo.

«Porque puedo devolverla a la vida».

Capítulo XXIX

Ruth recuperó la consciencia abruptamente, como quien despertaba de una pesadilla en la que se precipitaba por un acantilado. Al incorporarse con brusquedad, se percató de que había sido maniatada al respaldo de una silla, y que la habitación en la que se encontraba estaba sumida en la penumbra.

No había una sola ventana a través de la que pudiera adivinar qué hora era y cuánto tiempo había pasado, como tampoco mobiliario que le indicara dónde se encontraba. Pero tuvo la certeza de que ella no era la única presencia en la salita. Supo que estaba acompañada en cuanto captó el brillo de los zapatos de lo que supuso que era un hombre, y a partir de ahí no le costó dibujar su silueta entre las sombras.

Este se dio cuenta de que Ruth había vuelto en sí misma y reveló su identidad dando dos pasos hacia delante, indicando con una sonrisa de regocijo que no pensaba poner solución al hecho de que estaba inmovilizada.

—Tranquila, Ruth —le dijo Pavlik—. No te voy a hacer daño. Rara vez recibo órdenes de arriba, pero cuando habla mi comandante, es menester mostrarse obediente.

—A mí nadie me ha ordenado que me esté quieta, así que ten claro que en cuanto me libere vas a pagar por lo que me has hecho —rugió ella, fulminándolo con la mirada. Intentó utilizar el peso de su propio cuerpo para echarse hacia delante y así vencer la tensión de las cuerdas, pero demostraron ser más resistentes de lo esperado.

—No seas ridícula. A estas alturas ya debes saber que hay hombres de los que no te puedes librar disparando un gatillo. Incluso tu padre, un pobre mortal con ínfulas de grandeza, forma parte del grupo, porque ya ves que te persigue hasta estando muerto... Deja de revolverte —le ordenó, bizqueando con hastío—. No voy a ponerte un dedo encima, Ruth. Solo estoy aquí para hablar.

—¿Y para hablar necesitas atarme? —gruñó. La sangre le quemaba en las venas.

—Desde luego. Si te has atrevido a amenazarme estando maniatada, no me quiero ni imaginar lo que ocurriría si no estuvieras anclada a la silla. Es una medida de protección muy necesaria. Si te abalanzaras sobre mí, yo tendría que frenarte, y no queremos que esta

historia acabe contigo con el cuello roto.

Ruth apartó la mirada para intentar averiguar dónde estaba, pero llegó a la misma conclusión que tras el primer vistazo. No notaba la cabeza pesada o la boca seca, ni tampoco se sentía especialmente cansada, lo que significaba que no la habían drogado para llevarla hasta allí.

Después de intentar hacer memoria, tuvo que aceptar que no tenía la menor idea de qué había sucedido después de que Abraxas insinuara que había un intruso en la casa. Achacó su falta de recuerdos al estrés de las últimas horas. No era la primera vez que la ansiedad y los ataques de pánico le provocaban amnesia.

—¿Dónde está Abraxas? —exigió saber. Era lo último que su mente había almacenado: la imagen de Abraxas dirigiéndose hacia el intruso con el rostro iluminado—. ¿Qué le habéis hecho?

—Nada, que yo sepa. Ruth, por favor, relájate un poco, ¿quieres? —Puso los ojos en blanco, como si la encontrara tremendamente irritante—. Estás aquí por petición del propio Abraxas mientras pone algunos asuntos en regla con Mi Señor. Hay que ver... —Chasqueó la lengua y se abrazó los codos, adoptando una postura informal—. Te has encaprichado de lo lindo con el tipo, ¿eh? Con los aires de mujer fuerte que te das, ¿quién nos iba a decir que al final resultarías ser tan dependiente del afecto y el cuidado de un hombre? No se puede negar que la intuición de Mi Señor sea infalible.

—¿De qué estás hablando? —jadeó, aún batallando contra las cuerdas—. ¿Cuándo terminarán? ¿Volverá pronto?

Pavlik le dirigió una mirada entristecida.

—Ruth, Ruth... —Suspiró—. Me temo que tu querido Abraxas no va a regresar. Se despedirá de ti, eso seguro, pero olvídate de la boda. Las ofertas de Mi Señor no se pueden rechazar a la ligera, y menos cuando se es tan vulnerable como tu adorado Abraxas.

—¿Qué coño quieres decir? Abraxas no es vulnerable, es... Maldito seas, ¡habla claro y deja de jugar con mi mente!

Pavlik se acercó a ella con los dedos entrelazados a la espalda. Se puso en cuclillas delante de Ruth, aprovechando que su integridad no correría peligro ahora que la presa tenía las rodillas y también los tobillos inmovilizados. Posó las palmas de las manos en los muslos femeninos y se los palmeó como si lo necesitara para pensar.

—Respóndeme una cosa. Entre Astaroth y tú, ¿a quién crees que elegiría Abraxas?

Ruth se olvidó de respirar.

—Astaroth está muerta —balbuceó con inseguridad.

Pero lo cierto era que su mundo había dado un giro de ciento ochenta grados en apenas una semana, y ya no estaba tan convencida de que la muerte fuera la solución definitiva para según qué criaturas.

Solía pensar que los seres sobrenaturales no existían, tan solo en los cuentos y en las noches del treinta y uno de octubre, y, sin embargo, estaba convencida de que el hombre que tenía delante no era humano.

—Teniendo en cuenta que a ti te conoce desde hace una semanita y lo que siente es mera atracción física, ya que debe llevar sin ponerla en caliente un par de meses, un periodo de tiempo durísimo para un hombre con sus apetitos, yo diría que regresaría con su esposa —prosiguió Pavlik sin escucharla. Se daba cómicos golpecitos en la barbilla. Era más que obvio que se divertía con su desesperación—. Ya sabes, esa esposa con la que llegó a celebrar unos mil, mil doscientos aniversarios... como mínimo.

—¡Astaroth está muerta! —gritó, esta vez con la necesidad de que fuera verdad.

Pavlik suspiró de nuevo como si de verdad lamentara su situación.

—¿Lo está? —Dejó al aire la respuesta mientras se incorporaba. Echó una ojeada a la parte trasera de su pantalón por si acaso se hubiera manchado, aun cuando era improbable. Acabó dirigiéndole a Ruth una mirada lastimera—. La verdad es que he venido para disculparme. Mi Señor me ha enseñado que no hay que perder el tiempo hiriendo a quienes no son importantes para el desarrollo de nuestros objetivos, y fue justo eso lo que hice el otro día en tu apartamento. Casi me he sentido culpable al acordarme... ¡Con lo mal que lo has pasado! Has tenido y sigues teniendo una vida francamente penosa, Ruth. No sé cómo es posible que no te la hayas quitado aún. Supongo que esperabas un milagro, ¿no? Y Abraxas era ese milagro. Qué pena que vayan a arrebatártelo.

Ruth apartó la mirada para que no viera que sus ojos se anegaban en lágrimas de impotencia. No se permitía llorar por ningún otro motivo: ni por dolor, ni por lástima hacia sí misma, ni mucho menos por una causa ajena a ella.

Pero en ese momento quería rendirse a la autocompasión. Aquellas palabras se habían enquistado en su corazón: «Sigues teniendo una vida francamente penosa, Ruth. No sé cómo es posible que no te la hayas quitado aún».

—Estuvo mal por mi parte hacerme pasar por un agente del BIS, pero la mano derecha del Gran Grimorio no puede ir por ahí presentándose con su nombre propio, ¿sabes? Y menos ante las mortales... Aunque debo admitir que me has sorprendido gratamente. Te has adaptado bastante rápido a Abraxas y a las... rarezas que vienen con él.

Ruth clavó en Pavlik una mirada furiosa.

—¿Y tú quién coño eres en realidad?

—Supongo que da igual si te lo digo. Total, no vas a durar mucho...

Mi nombre actual es Metraton. Encantado de conocerte. —Le hizo una venia burlona que avivó las ansias de Ruth de arrojarse sobre él.

Lo mataría, se prometió una vez más. Lo mataría con sus propias manos y procuraría que sufriera en el proceso.

La conversación tocó a su fin cuando la puerta se abrió y un hombre corpulento y con gesto severo se abrió paso. El corazón de Ruth brincó con miedo y no con alivio al ver que Abraxas pretendía tomar el lugar de Metraton. Se fijó en que el penitente observaba al traidor con cierta fijación, haciendo cábalas para sus adentros, y luego lo desestimaba sin mayor importancia.

Metraton los dejó a solas. Aunque cerró la puerta con suavidad, el eco de las bisagras permaneció flotando entre los dos como el preludio de una conversación que Ruth sabía que le asestaría el golpe definitivo. Lo sentía en sus entrañas.

Abraxas no puso fin a sus dudas enseguida. Prolongó la hora de la verdad rodeándola para quitarle las cuerdas despacio, procurando que no le rasparan más la piel. Para variar, Ruth había llegado al lugar más inhóspito imaginable con apenas la camiseta ancha de propaganda que se ponía para dormir, y unas mallas cortadas por ella a la altura de la rodilla.

—Siento que te hayan tratado así. Según el Gran Grimorio, era una medida de seguridad.

—El Gran Grimorio —musitó ella, recordando lo que Abraxas le había contado sobre el cabecilla de la organización enemiga; sobre el causante de los males del mundo. Él había contaminado la naturaleza de los hombres. No era descabellado asumir a partir de esa afirmación que asimismo había sido responsable de que su padre le truncara la vida, de que tuviera clientes cuando ejerció de prostituta, de que existieran redes de narcotráfico. Lo odió. Lo odió por eso y porque había convencido a Abraxas de dejarla a un lado para citarse con Él—. Que te haya traído hasta aquí no es una buena noticia, ¿verdad?

—Depende de cómo se mire.

Ruth buscó su mirada, pero Abraxas la evitaba. Ese gesto de cobardía le provocó un estremecimiento.

No era posible que Metraton tuviera razón, ¿verdad?, se preguntaba con desesperación.

Observó que Abraxas arrastraba una silla de solo Dios sabía dónde. La sala era más amplia de lo que Ruth había percibido en un primer momento. La densidad de la penumbra había borrado los metros cuadrados en los que Metraton se había estado refugiando para observarla mientras despertaba.

No pudo soportarlo más, y antes de que Abraxas pudiera tomar asiento, espetó:

—Me abandonas, ¿no? Tal y como me prometiste que no harías

hace solo veinticuatro horas... o ni siquiera. Solo doce. U ocho. O tres.

Él se detuvo en el proceso de sentarse hasta que la inercia de un suspiro le ayudó a recuperar el movimiento. Entrelazó los dedos y apoyó los antebrazos sobre los muslos, una pose que a Ruth se le antojó demasiado diplomática para relación que mantenían. O que habían mantenido. O que habrían mantenido en otras circunstancias, pero que ya jamás sucedería.

—Me quedo aquí, sí —contestó con tiento.

—Te quedas aquí —repitió ella, anonadada—. ¿Y qué es «aquí»? ¿Por qué? ¿No se supone que tienes que defender el mundo con El Séptimo Círculo? ¿Qué está pasando?

Abraxas clavó en ella una mirada hostil que la acalló en el acto y que sirvió para hacerle saber que no bromeaba. Si había albergado la menor duda sobre su decisión o sobre la veracidad de las insinuaciones de Metraton, sus ojos cargados de resentimiento confirmaron sus peores temores.

—Ya sabes que El Séptimo Círculo no significa nada para mí. Y si no lo sabías, alertada quedas —bramó con desdén—. No llegué a contarte esta parte de la historia, pero ni el *rex* ni ninguno de los miembros del clan mostraron el menor reparo en encerrarme y tratarme como a un perro cuando mi mujer fue secuestrada. Jamás, mientras yo viva, perdonaré esa ofensa.

—Pero...

—Y tampoco creas que ellos me echarán de menos o me necesitan para sus estrategias —prosiguió, reclinándose en la silla con la boca torcida—. Siempre me han percibido como un animal sin capacidad para razonar, desprovisto de emociones complejas y sin otra vocación que matar, matar y matar. Y no. Mi vocación era amar a mi mujer —aclaró con una mirada acerada. Ruth no reconocía su expresión desfigurada por la inquina—, y ellos me obligaron a dejarla de lado.

—Pero aunque ellos... —Se interrumpió y tragó saliva, rindiéndose a la evidencia de que no podía decir nada para aplacar su rabia—. No entiendo nada, Abraxas. Los que te tienen aquí son aquellos contra los que luchas, ¿no es así? Son los... malos, ¿verdad?

—No tengo tan claro que sean la fuerza oscura después de lo que he sufrido en el bando correcto... o el que supuestamente es el correcto. Estaba dedicado a mi labor como activo de El Séptimo Círculo, Ruth. Me enorgullecía hacer el bien —le aseguró—, pero ya no es suficiente.

—Claro que lo es. Tiene que serlo —se sorprendió suplicando—. Por Dios, Abraxas, ¿vas a sacrificar tu vida y tu historial por...? ¿Por qué?

Él agachó la mirada a sus dedos todavía entrelazados.

—Por Astaroth.

Ruth dejó de sentir los miembros. Lo único de lo que pudo ser consciente fue del ralentizado latir de su corazón, que comenzó a pender de un hilo a raíz de aquella declaración. Dos palabras; tan solo dos palabras, en apariencia inocentes, bastaban para arrancar de cuajo su última esperanza.

Ocultó que le dolía presionando los párpados.

—Astaroth estaba... está muerta —repitió por tercera vez, ya sin ningún tipo de fe en que fuera cierto.

—Pueden devolvérmela, Ruth. Parece ser que el Gran Grimorio es más poderoso de lo que se le concede; que La Magna se dedica a darle mala publicidad, actuando como si Ella fuera la creadora de vida y la omnipotente, pero si Él lleva toda una vida disputándole el lugar, es porque puede competir al mismo nivel. Y tanto que puede. Estamos en un complejo científico, Ruth, en unos laboratorios avanzados. No puedo adelantarte más información sin que tu integridad se vea comprometida, pero confío en su poder. Y si dicho poder no fuera suficiente, al menos me quedaría el consuelo de que me dio más esperanza que La Magna.

Ruth permaneció con la vista fija en un punto perdido del suelo.

Había escuchado su explicación como un ruido de fondo, pero de alguna manera, la inflexión de su tono y el contenido de su mensaje se le clavaron tan dentro que pensó que pasaría el resto de su vida repitiendo para sí aquella despedida, tratando de comprenderla. Quiso preguntarle a gritos qué iba a ser de ella, si tan poco le importaba, pero era consciente de que estaría pecando de ingenua, además de delatando que lo que sentía era más poderoso e intenso de lo que había querido creer en un principio.

Metraton estaba en lo cierto. ¿Qué era Ruth comparada con una esposa de siglos de antigüedad?

Tragó saliva y se obligó a mirarlo, aunque eso le costara el último resquicio de cordura.

—¿Y qué van a hacer conmigo? —Sonó acusadora, pero lo prefirió a que le temblara la voz en su presencia—. Soy una mortal cualquiera y dispongo de información sobre ti, sobre El Séptimo Círculo... Puedo suponer un problema.

—El Gran Grimorio no te concibe como una amenaza, y parte del trato que he hecho con Él consiste en garantizarme que estarás protegida, que podrás llevar una vida sin sobresaltos. Los únicos obstáculos que habrá en tu camino serán aquellos que tú decidas ponerte.

Ruth asintió con la cabeza. Las lágrimas empezaron a quemarle en las cuencas de los ojos, así que agachó la barbilla para que no viera que era más débil de lo que juraba.

No quería aceptar que tenía el corazón roto porque se había

aferrado a Abraxas como si fuera lo único que tenía. Porque por un momento lo había creído: que él iba a ser su primer amigo, su pareja, su salvación. La cura de todos sus males y miedos.

—Ruth... —Sintió que la tomaba de la barbilla. Soñó con que veía reflejado en su semblante el amor que aún guardaba por ella, cualquier emoción que desmintiera lo dicho y hecho, pero la miró con tanta lástima que no pudo seguir conteniendo el llanto—. Siento muchísimo hacerte esto. No espero que lo comprendas... —Ella se limitó a asentir con agresividad, dándole a entender que no quería seguir escuchando, que le había quedado claro. Pero él continuó—. No puedes olvidar sin más a la mujer con la que has pasado toda la vida y a la que amaste hasta el último día con la intensidad del primer encuentro. Fue ingenuo por mi parte pensar que podría, pero a ti no te culpo de nada.

—Faltaría más —masculló, secándose la cara con las palmas de las manos.

—Encontrarás a alguien que te quiera. Tu vida importa —le aseguró, y ella sintió que no podía contenerse más, recordando que apenas unas horas atrás le había pedido que le demostrara justo eso: que su vida importaba. Le rogó que se lo hiciera saber con actos, no con palabras vacías, pero tendría que conformarse con lo segundo—. No tendrás que temer por ti nunca más. Me he encargado personalmente de que estés bien y de que no volvamos a vernos... a no ser que cometas alguna infracción grave, como buscar a El Séptimo Círculo y ponerlo al corriente. Bajo ningún concepto puedes o debes utilizar tus conocimientos para volverte en contra del Gran Grimorio. De ser así, te verías en un problema de dimensiones inimaginables. ¿Me has comprendido?

Ruth no lo miraba. No lo miró, de hecho, en lo que se prolongó la despedida, como tampoco atendió a lo que tenía que decir. Fue almacenando de la primera hasta la última de sus palabras, en su opinión baldías, insignificantes. No las analizaría en pleno estado de shock, pero las memorizar para tener la oportunidad de asimilarlas más adelante.

No estaba en condiciones de ser. Se limitaba a estar, a habitar un cuerpo roto y vacío por el que dejó de sentir aprecio en ese momento.

Ni siquiera supo cuándo sucedió, porque no lo oyó ni lo vio desaparecer, pero Ruth se quedó sola unos instantes más tarde.

Suponía que irían a buscarla para echarla de allí. Mientras tanto, permaneció encorvada sobre su regazo, con la vista clavada en el suelo.

Lágrimas que no parecían pertenecer a ella le humedecieron la visión.

—No me hagas quererte si voy a permanecer eternamente a la

sombra de otra mujer, ¿de acuerdo? —musitó con un hilo de voz, parafraseándose a sí misma—. Hay cosas por las que no estoy dispuesta a pasar, y acabo de decidir que esa es una de ellas.

Capítulo XXX

Ruth reapareció en la cama de su dormitorio como si nunca hubiera salido de casa. Pensó que pretendían hacerle creer que había soñado la despedida de Abraxas, incluso la intromisión del Gran Grimorio en su apartamento, de la que apenas recordaba una sensación aguda de malestar.

Tendrían que intentarlo con más ahínco, porque Ruth estaba convencida de que todo aquello había sucedido de verdad.

Lo único que la frenó a la hora de tomar medidas fue preguntarse cómo conseguían trasladarla de un lado a otro sin que pudiera recordarlo, un detalle que la inquietaba y que la hacía consciente del inmenso poder que ostentaba el Enclave. Incluso si estaba acostumbrada a que llevaran a cabo ese tipo de violencia contra ella, le preocupaba que se aprovecharan de su inconsciencia para tocarla. Como tantas otras veces antes, y tal y como había estipulado en su método de supervivencia, Ruth eligió creer que no se tomaban la molestia de abusar de su cuerpo. Se incorporó en la cama, y con una rápida mirada al balcón abierto de par en par comprobó que estaba amaneciendo.

A su modo de ver, tenía dos opciones. Permanecer allí asustada, pues no estaba tan segura de que fueran a cumplir la promesa de no hacerle daño, o ponerse en marcha. Abraxas le había dicho con meridiana claridad que no debía acercarse a El Séptimo Círculo, pero eso era justo lo que Ruth pensaba que debía hacer. Si era cierto todo lo que le había contado sobre la guerra contra el Enclave, la diosa magnánima y el peligro que corrían los mortales, tenía la obligación moral de poner al corriente a los penitentes de lo acontecido. Y, por qué no decirlo: Ruth estaba tan despechada que sentía que la única manera de desahogar su frustración era haciendo justo lo contrario a lo que Abraxas le había ordenado.

Que, por otro lado, era lo que llevaba haciendo desde que lo conoció.

No le costó rehacer los pasos que la noche anterior había llevado a cabo para huir de la mansión. El historial del GPS del Porsche le chivó su último recorrido. No le costó cambiar el punto de origen por el destino para reencontrarse con El Séptimo Círculo.

Dedicó el camino a no pensar en nada, ni en que el *rex* y el resto de

sus penitentes podrían querer matarla por saber demasiado, ni en que su vida carecía de sentido alguno, ni en que Abraxas no la quería. Confió su supervivencia al arte de dejar la mente en blanco... y funcionó.

Ruth tardó cuarenta y cinco minutos en aparcar justo donde había encontrado el coche. Quiso la casualidad que, en ese preciso momento, el propietario se hubiera dado cuenta de que le habían robado el vehículo: a los que reconoció como Dagon, Luvart y Valthessar charlaban en la puerta con grandes aspavientos.

En cuanto la reconocieron a través del cristal, pusieron en pausa la discusión. El primero se alegró de verla —quizá porque volvía con su coche intacto, aunque no con sus pistolas, como descubriría más tarde —, el segundo la miraba con cautelosa curiosidad, y el tercero no se molestaba en ocultar su irritación.

Antes de que el *rex* pudiera preguntarle a dónde había ido, Ruth se adelantó rodeando el capó con las piernas más débiles que nunca. Le lanzó las llaves a Dagon, que las captó al vuelo, y dijo:

—Abraxas se ha unido al Gran Grimorio.

—¿Cómo? —Luvart pestañeó una vez—. Eso es imposible.

—Te aseguro que no. Estuve allí mientras pasaba.

—Algo más difícil de creer aún. Los mortales no pueden recordar el rostro, el nombre o la presencia del Gran Grimorio —repuso Valthessar. Él no había terminado de desestimar la mala noticia, porque la miraba a la espera de concreción.

—Y es cierto que no sabría describirlo —lamentó con impotencia —, pero sentí al intruso en mi casa, luego fui trasladada a su sótano, su laboratorio o lo que quiera que fuese aquel sitio, y después el mismo Abraxas apareció para confirmármelo.

Odió estremecerse al recordarlo. Se abrazó los hombros, sobre los que se había puesto un grueso jersey de lana verde botella antes de salir de casa. Probablemente hubiera elegido la única prenda que no podría combinar de ninguna manera con los anchos pantalones de chándal azul marino.

—Abraxas y yo tenemos nuestras diferencias —meditó el *rex* en voz alta—, pero jamás nos traicionaría.

—¿Ni siquiera por Astaroth?

Valthessar selló los labios ante la mención de la esposa arrebatada, lo que solo empeoró los ánimos de Ruth, de por sí pesimistas.

Dagon palideció. Luvart fue el único que se quedó un buen rato mirando a la recién llegada.

—¿Y qué hay de ti? —inquirió con voz queda.

La propia Ruth tuvo que reconocer que aquella era una pregunta ridícula, sobre todo dadas las circunstancias. Ella ni siquiera podía hacerle la competencia a Astaroth, no se dijera ya vencerla en la

batalla por el corazón de Abraxas.

Ruth extendió los brazos con humildad.

—Yo solo vengo a ayudar. Abraxas me puso al corriente de lo que aquí se hace, de la importancia de vuestra labor, y creo que no os viene bien que uno de los vuestros se una al enemigo.

—¿Tan difícil es hacerme caso, aunque sea por una jodida vez? —se desesperó Valthessar, pasándose las manos por la cabellera oscura —. Una sola orden. ¡Una sola! ¡No hablarle a los mortales de lo que aquí se hace, hostia! ¡Y ni esa puede obedecer!

—Bueno, ya, ya —lo calmó Dagon, dándole palmaditas en la espalda—. Míralo por el lado bueno: si Ruth no se hubiera enterado de lo que aquí se hace, no habría venido a comentarnos el problemón en el que... —Se le apagó la voz—. Sí... eh... En fin... El problemón en el que Abraxas nos ha metido —concluyó con un cabeceo resignado.

Valthessar se dio media vuelta, como si no soportara más la contemplación de la portadora de tan pésimas noticias. Se pellizcaba el puente de la nariz y se ahuecaba los mechones más cortos como si lo necesitara para pensar.

—Ha sido culpa mía —murmuró con la mirada perdida en el césped del porche—. Ha sido culpa mía... Ha sido culpa mía... ¡Joder! —Estuvo a punto de patear la cancela, pero se reprimió a tiempo—. ¡Esto es lo que nos faltaba! ¡Para colmo Abraxas, que sabe cómo funciona El Séptimo Círculo casi tan bien como yo mismo! Se conoce las estrategias, la forma de combatir, la... Por la diosa...

—Es una catástrofe —reconoció Dagon, cuya lividez empeoraba por momentos.

Luvart solo tenía ojos para Ruth, quien tenía que admitir que se alegraba de poder compartir su propia desesperación con alguien. En parte le gustaba que su ridícula ruptura sentimental, si es que así podía llamarse, quedara en paños menores al lado de una crisis bélica. Ponía de relieve lo insignificante que ella era, y le daba otras cosas en las que pensar.

—Ven —le dijo Luvart de pronto, haciendo un gesto hacia la entrada—. Quiero que nos cuentes con detalle todo lo que ha pasado desde que anoche te dejamos recuperándote de las lesiones hasta ahora.

Ruth obedeció, agradecida con la gentileza que el penitente demostró. Lo siguió en silencio y se acomodó en el sillón que Luvart le señaló. Allí, en cuanto Dagon, Valthessar y los otros dos penitentes presentes, Samael y Renyi, estuvieron listos para atender, Ruth hizo con exactitud lo que se le pidió: relatar la escasa información de la que disponía por culpa de la amnesia selectiva. Se extendió especialmente en la conversación que mantuvo con Abraxas, haciendo pequeños comentarios al margen sobre lo que ella creía que le habrían

dicho para convencerlo.

—Tampoco es que hubiera necesitado persuasión —apostilló Samael, dejando caer la cabeza entre las manos. Se le veía muy desmejorado. Parecía ser el que peor parado salía de las guardias—. Ese tío oye el nombre «Astaroth» y se le va la olla.

—Eso es lo de menos ahora mismo. Está claro que va a capitanear a las tropas —resumió Valthessar con voz queda—. La estrategia en el combate es su fuerte. La Criatura escogió bien a su nuevo oficial, porque Abraxas es quien nos ha estado organizando desde tiempos inmemoriales.

—Nos ha jodido —bufó Samael.

—Tenemos que informar a Aladiah —intervino Luvart—. Y a La Magna, por supuesto.

—Lo que tenemos que hacer es matarlo —concluyó Renyi.

Ruth aguantó la respiración. No solo por la palabra que había utilizado y las implicaciones que tendría para ella, que no odiaba a Abraxas lo suficiente como para desearle el mal, sino porque provino de un penitente que no había visto antes. Su palidez y la distancia física y emocional que ponía entre los demás y él avivó un mal presentimiento dentro de Ruth.

—Antes de tomar decisiones precipitadas vamos a consultarlo con quienes son nuestros aliados —atajó Valthessar sin considerar su propuesta, que a los demás había dejado visiblemente contrariados. Samael había agachado la cabeza, como si pensara que era la opción más inteligente, pero no quisiera que el *rex* supiera que estaba de acuerdo con Renyi—. Y parece mentira que te atrevas a sugerir algo así de un compañero.

—Es un traidor —repuso Renyi sin pestañear. Estaba apoyado en una de las columnas del salón. Para tratarse de una criatura tan desesperada por mantenerse al margen, a la primera ofrecía la solución más radical—, y uno que sabe demasiado.

—También es letal —apostilló Luvart, frotándose las yemas de los dedos índice y pulgar—. Si crees que hay que matarlo, me gustaría ver cómo lo intentas.

—Cómo fracasas, más bien —corrigió Valthessar. Se había tomado la sugerencia como algo personal—. Por si no ha quedado claro, queda terminantemente prohibido tomar medidas tan drásticas como la sugerida. No solo porque Abraxas no es un rival cualquiera, sino porque antes debemos confirmar que sus objetivos son, en efecto, atentar contra nosotros. Ha sido un soldado fiel durante milenios. Merece el beneficio de la duda.

—El beneficio de la duda podría suponer nuestra ruina —intervino Samael, anonadado con los escrúpulos que mostraba el *rex*—. No digo que no actuemos con cautela, pero dudo que Abraxas vaya a cambiar

de opinión o solo esté jugando con nosotros porque siga mosqueado contigo, Valthe. Todos aquí sabemos cuáles son sus prioridades. Si es Astaroth lo que le han prometido, es nuestro enemigo.

Ruth sabía que tenía razón. Había oído ya de parte de tantas bocas que Astaroth era su razón de ser y de existir le costaba entender por qué no aceptaba aquella verdad. Por qué no interiorizaba de una vez por todas que no podía competir con ella.

Sin embargo, escucharlo de nuevo le sentó igual que en la primera ocasión. Cada recordatorio era una puñalada en el corazón.

—Y no es por ser desagradecido con la información tan... suculenta que nos ha traído Ruth, pero ¿qué vamos a hacer con ella? —preguntó Dagon. El nuevo objeto de discordia atrajo la atención de cada uno de los presentes, incluso del displicente Renyi—. Se supone que los mortales no pueden saber nada de nosotros.

—Se le puede colgar el muerto a Abraxas —propuso Samael—. Ya que pagará por traidor, que pague también por revelar detalles específicos de nuestra organización. De todos modos, a mí la chica me cae bien —reconoció, encogiéndose de hombros—. No me parece mal que la adoptemos. Podemos someterlo a votación.

Luvart exageró una mueca de asombro.

—¿Acabas de decir que te cae bien? ¿Será posible que alguna de las novias de tus compañeros no te merezca un adjetivo reprobable, como que es fea, desobediente o una frígida?

—Ni que fuera la primera —se quejó, irritado—. No tengo nada contra la novia de Dagon.

—Salvo que me eligió a mí y no a ti —apostilló el aludido con regocijo.

—¿Es que Ruth os molesta? —insistió Samael, como si ella no estuviera presente y como si no hubiera oído la réplica de Dagon—. No sé qué pensaréis vosotros, pero de todos los mortales con los que me he topado a lo largo de mi vida como penitente, ella es la única que no se ha echado las manos a la cabeza y se ha ido corriendo a la policía para contar una historieta de seres sobrenaturales. Tiene valor, y eso es encomiable.

Ruth no pudo evitar sonreírle con agradecimiento. Pocos habían roto alguna lanza en su favor, y aquel tipo en concreto no parecía tener un motivo oculto para ponerse de su lado. No recordaba haber intercambiado más que un par de palabras con él, y ninguna de ellas había sido memorable.

—La Magna decidirá qué hacer con Ruth —dictaminó Valthessar, poniéndose en pie—, pero por el momento vamos a llevárnosla con nosotros. Es la que más sabe sobre la situación.

Capítulo XXXI

Ruth confirmó que la segunda parte de la historia que Abraxas le narró también era cierta.

Le habló de un grupo independiente de criaturas protectoras asociado a El Séptimo Círculo. Entre otras responsabilidades, la organización bautizada como La Sociedad cubría las guardias diurnas aprovechando que sus miembros sí podían exponerse al sol durante horas sin miedo a salir perjudicados. En los últimos tiempos, los seráficos habían sufrido una masacre a manos del propio Abraxas, un golpe de estado y una reforma social que, según le había informado, estaba sacando lo mejor de sus activos.

—No tiene sentido —murmuró mientras la conducían por la escalinata que los llevaría al campo de entrenamiento—. Me conozco la ciudad como la palma de mi mano. Me cuesta creer que ni la mansión gótica en la que vivís, que además es una preciosidad y podría considerarse patrimonio de la humanidad, ni este edificio, por más camuflado que esté, figuren en las guías turísticas o los mapas. Al menos yo tendría que conocerlos de oídas.

—Existen hechizos muy discretos que nos ayudan a potenciar la seguridad de nuestros enclaves —le explicó Samael, que caminaba a su lado concentrado en sacarle la mancha a la hebilla de su cinturón —. El complejo de La Sociedad es invisible para el ojo humano, y gracias a Reyyan, nuestra casa está protegida para que quienes pasen por delante y la vean, la perciban como una vivienda unifamiliar cualquiera.

—Yo no la percibo como tal.

—Tú has sido retenida dentro en contra de tu voluntad un par de veces —apostilló Dagon, adelantándose con los brazos cruzados a la espalda—. Me atrevería a decir que el shock nervioso que provoca una experiencia como esa te hace inmune a un hechizo tan inconsistente... ¡Con todos mis respetos! —exclamó, utilizando las dos manos como bocina.

Fue Luvart quien contestó:

—Dice que esta te la guarda.

Dagon se rio por lo bajo.

Ruth fue a preguntar a qué había venido eso, pero se quedó de una pieza al ver que el campo de entrenamiento tenía las mismas

dimensiones que la pista de atletismo de unos Juegos Olímpicos. Cincuenta o tal vez sesenta criaturas en apariencia humanas, todas ellas ataviadas con un cómodo chándal blanco, corrían a una velocidad casi imperceptible para el ojo humano ante la mirada pensativa del único hombre que podía permitirse observar en lugar de poner a prueba sus habilidades. El sujeto había tomado asiento en las modestas gradas. Le acompañaba una joven rubia cuyo rostro se le hizo familiar, y que pudo asociar a la amiga de Abraxas en cuanto estuvieron lo bastante cerca.

«Mara», recordó. «Se llamaba Mara... y estaba muy contenta de haberme conocido».

—Ese es Aladiah —le señaló Samael—, el regente de La Sociedad. Abraxas te lo mencionaría si te habló largo y tendido de lo que hacemos.

—Sí. Y la chica que está a su lado se llama Mara. Salí con ella al cine una tarde.

—No me digas —se sorprendió—. Pues es la exnovia de Valthessar.

Ruth se dio el gusto de dejarse distraer por un suculento cotilleo.

—¿Qué dices? —preguntó en voz baja. Alternó una mirada entre ambos y confirmó lo evidente: Mara se envaraba en el asiento al reconocerlo, dejando de comer pipas en el acto, y a él le delató la tensión de la espalda. Por lo demás supieron disimular su contrariedad —. Qué fuerte. ¿No se supone que no se pueden dejar, o algo así? Abraxas me explicó poco sobre las *anandhas*. Supongo que no quería que me sintiera incómoda con la mención indirecta de su... esposa.

«Esposa», repitió para sí. «Porque era su esposa, Ruth. ¿Qué eres tú? Tú eres una cualquiera, una desconocida, una pobrecita que nunca ha merecido la menor consideración».

Ruth silenció sus desagradables pensamientos y los sustituyó por el lado de la historia más agradable: «Podría haberte amado con el tiempo, seguro que sí. Hoy por hoy no hay nada que hacer, pero te habrías hecho querer, Ruth».

—Para haber salido por piernas a la menor oportunidad, parece que te gusta estar metida en el mundillo sobrenatural —comentó Valthessar en cuanto llegó a los pies de la grada.

Ni Aladiah ni Mara se levantaron, Ruth no supo si porque para ellos no era el rex y por tanto no merecía una solemne bienvenida o si se debía a que La Sociedad había renunciado al decoro.

Al encontrarse sentados al aire libre y en contra del viento, la brisa les agitaba los cabellos, el de ella de un rubio platinado con el flequillo revuelto, y el de él castaño y blanco dependiendo de los mechones.

—No tengo la culpa de que mi única familia viva sea una criatura sobrenatural con el deber de comandar una organización secreta —

repuso Mara, arrojando las cáscaras de las pipas a la bolsa de plástico que había traído consigo. La miró a ella mientras, a desgana, se metía otro puñado en la boca—. Hola, Ruth.

—Hola, Mara. ¿Qué tal?

—Tan bien como cabría estar. —Señaló sus vendajes con un gesto resignado.

—Me alegra ver que a ti no te odia por no haberle contado lo que pasó con Ledah —comentó Valthessar. Tenía las manos metidas en los bolsillos, y aunque le hablaba a Aladiah, tenía el rostro alzado hacia Mara, que lo observaba desde arriba como si tuviera que perdonarle la vida.

«Son exnovios, está claro», decidió Ruth.

—Mara y yo hablamos en su debido momento y mi explicación le pareció comprensible. A mí también me afectó descubrir la verdad y necesité un tiempo para gestionarlo. —Aunque se estaba justificando, su tono no era defensivo ni culpable. Aladiah se expresó como si tuviera la verdad sobre todas las cosas—. Deberías alegrarte de que Mara tenga con quien desahogarse y recordar a su familia.

—Pues claro que me alegro. Me alegro muchísimo —dijo Valthessar, y no sonó irónico o despechado, sino sorprendentemente sincero. Mara se dio cuenta de eso y alargó el cuello, comprimido en el collarín, para estudiar su expresión con cautela—. Lamento tener que anunciar que apenas hemos salido de una y ya estamos en otra. Esta mañana hemos sabido por Ruth que nuestro Abraxas se ha unido al Gran Grimorio.

Mientras Valthessar ponía al corriente al regente y a la perpleja Mara, Ruth decidió dar un paseo por el caminillo de grava entre las pistas curvadas hacia el interior. Algunos de los seráficos seguían corriendo; otros practicaban la defensa cuerpo a cuerpo con los puños cerrados. Había un grupo haciendo estiramientos. La mayoría mantenía conversaciones mientras tanto, estas distendidas a juzgar por sus rostros relajados, si bien congestionados por el esfuerzo y el viento frío que soplaba.

Ruth pensó que La Sociedad parecía un lugar encantador para vivir.

Observó que una de las seráficas se aproximaba al trote. Destacaba con respecto a las demás porque no tenía la piel pálida y el cabello blanco, a excepción de Aladiah. La reconoció también en cuanto esta le sonrió y la blancura de su dentadura contrastó con la melena oscura, que llevaba recogida en una coleta alta.

—Ruth, ¿verdad? —inquirió en cuanto se detuvo. Lanzó una mirada rápida a las gradas, de donde Aladiah estaba bajando con el ceño fruncido. El rostro de la joven se iluminó al reconocer a Dagon, que la saludó con un guiño.

—¿Tú también eres una seráfica?

—No, yo estoy aquí para ayudar. —Puso los brazos en jarras—. ¿Qué ocurre?

Ruth estuvo a punto de privarla de la respuesta para preguntarle, en su lugar, el porqué de su falta de extrañeza. Ni Mara ni Qadira se habían mostrado en lo absoluto sorprendidas porque Ruth hubiera aparecido de la mano de El Séptimo Círculo. ¿Habían dado por hecho que Abraxas la quería y que permanecería con ella? Tal vez no hubiera sido una estúpida, después de todo, y hubiese sido evidente para todo el mundo menos para el propio Abraxas que el penitente le prodigaba un trato especial.

Siguió a Qadira, que enseguida se percató de que algo andaba mal. Llegaron a tiempo para escuchar la conversación entre Aladiah y el *rex*.

—Sé que Abraxas no ha terminado de superar el asesinato de Astaroth... ¿Cómo hacerlo, si fue una verdadera desgracia y ni siquiera pudo poner su cuerpo a descansar? —Sacudió la cabeza, apenado. El viento insistía en mezclar los mechones blancos de su cabello con los más oscuros—. No obstante, me extrañaría viniendo de él. Si algo caracteriza a Abraxas, es que es vengativo. No se olvidaría como si nada de quiénes fueron los que perpetraron el delito, y no se le ocurriría servir al Gran Grimorio.

—Le ha prometido que se la devolverá —le recordó Valthessar.

—Permíteme insistir: Abraxas es, sobre todas las cosas, una criatura que cree con firmeza que los verdugos de sus muertos han de ser represaliados. No me lo imagino perdonando un crimen semejante bajo la excusa de que Astaroth será devuelta a la vida. Juraría que, con tal de cobrarse su venganza, mucho antes rechazaría la posibilidad remota y carente de argumentos como lo es la de revivir a un fallecido.

—Esa es una duda que tiene Reyyan —intervino Luvart—. El único hechizo capaz de darle la vida a un cuerpo ya inerte es el que se utilizó para crear a los súcubos. Suponemos que el Gran Grimorio podría haber perfeccionado las runas durante todo este tiempo, pero si bien es un hechicero memorable, no tiene habilidades de las que la Sehara o La Magna carezcan, y ni esta última puede resucitar a los fallecidos. Es imposible que Astaroth vuelva a la vida, ¿verdad?

—Tendría que consultarlo con los sacerdotes que permanecen con nosotros en La Sociedad... o recurrir a la casta de la Orden una vez se informe a la diosa en busca de una respuesta —contestó Aladiah—. Yo creo que es posible, pero que, como todos los hechizos que requieren una gran energía, conlleva un sacrificio aún mayor...

Aladiah se interrumpió para alzar la mano y saludar a alguien. Su expresión solemne se transformó en una sonrisa afectuosa. Le guiñó un ojo a la joven pelirroja que, con torpeza pero también tesón, se

había empeñado en correr a pesar de que sus piernas huesudas a duras penas pudieran soportar su peso.

—Hay que poner a todo el mundo al corriente, pero ¿qué vamos a hacer ahora? —inquirió Valthessar, rascándose la nuca—. ¿Atender nuestras guardias como si tal cosa, sabiendo que ahora los ejércitos estarán comandados por Abraxas? Nos dirigimos a una muerte segura.

—No creo que Abraxas obre un milagro con los engendros en apenas veinticuatro horas. Es un guerrero como no se ha visto otro, pero tampoco demos por hecho su infalibilidad. Yo digo que esperemos su siguiente movimiento. Eso que le dijo a Ruth parecía un mensaje codificado... —Aladiah posó en ella sus ojos bicolores, una extraña mezcla de azul celeste y ámbar—. Te dijo específicamente que no se te ocurriera volver con El Séptimo Círculo, y eso sabiendo que eres desobediente... O algo así me ha dicho Mara sobre el modo en que te describió.

Ruth arrugó el ceño y buscó una explicación en la concentrada Mara, que lo confirmó con un cabeceo.

—Yo también lo creo. Sospecho que te dijo que no nos alertaras para que precisamente nos alertaras a todos, y estoy segura de que esto es una conspiración suya para hacer solo Dios sabe qué. Ese hombre se ha enamorado de ti como un idiota y ahora mismo Astaroth no es tan importante, hacedme caso —le aseguró, entretenida con las cáscaras de la bolsa.

—Apenas unas semanitas alejada de El Séptimo Círculo y ya te has pasado al «juro por Dios» en vez de «por la diosa», ¿eh? —se burló Samael.

—No es por ser sexista, pero «por Dios» suena bastante mejor —se defendió Mara—, y me pirran las blasfemias clásicas. Ya sabes, las de toda la vida. Me cago en Dios, en la hostia santa...

«Ese hombre se ha enamorado de ti como un idiota», repitió Ruth para sus adentros. Le importó un carajo interrumpir una charla informal sobre las expresiones habituales de Mara.

—¿Por qué lo dices?

La joven tardó en recordar de lo que estaban hablando antes de meterse de lleno en una discusión sobre las injurias a la religión.

—Porque más o menos me lo admitió. En su idioma, ya sabes. Le cuesta declararse. Pero lo hace —apostilló con retintín—. Ya le puede tomar el sacrificio de sus agallas y estudiarse de memoria las palabras románticas de *El diario de Noah*, que por sus santas narices que te hace saber lo que siente.

—Estamos hablando de que van a devolverle a Astaroth... —empezó Valthessar.

—Por favor, ¿queréis dejar de comportaros como puñeteros obtusos? Abraxas no es imbécil —rezongó Mara de pronto, mirando a

los penitentes con el ceño fruncido—. La quería con locura, pero sabe que está muerta, y lo sabe y lo ha aceptado gracias a Ruth. Ya puede venir el Gran Grimorio, La Magna o Cher en persona y decirle que Astaroth está en las Maldivas tomando daiquiris que él no se lo va a creer.

»Si está haciendo esto, es por algo. Apuesto mi vida por ello.

Capítulo XXXII

Cuando la reunión informal tocó a su fin, Dagon se escabulló al pasillo de las habitaciones de La Sociedad. Esperaba tener unas palabras con Qadira, aunque tuviera que limitarse a preguntarle cuál era su opinión sobre el problema que se cernía sobre ellos. Con suerte, podría robarle un par de besos que le dejaran flotando el resto del día, alejado de las dudas que de pronto habían empezado a atormentarlo.

Mientras intentaba recordar cuál era el dormitorio de Qadira, pensaba en Abraxas y se compadecía de Ruth. La conocía poco, pero no hacía falta tratar con ella en profundidad para saber que las decisiones de su interés romántico le habían roto el corazón.

Él había sentido algo parecido apenas un par de semanas atrás.

De no haber sabido con plena certeza que a Ruth no le gustaría que Dagon destapara los sentimientos que tan arduamente trataba de esconder refiriéndose a ellos, incluso si era en términos amistosos, se habría acercado a ella para ofrecerle consuelo y prometerle, aun sin estar seguro, que la situación mejoraría.

La de Dagon lo había hecho...

O eso se había estado diciendo hasta que se presentó el problema de Abraxas.

No dejaba de preguntarse si Qadira habría aprendido a quererlo y a estar con él sin necesidad de renunciar a sus recuerdos con Leviathan. Era una duda que le había reconcomido antes de que ella tomara la decisión —la que él consideró la adecuada en las circunstancias—, pero que ahora se hacía más notable.

Dagon se había enamorado de una mujer destrozada y sin la más remota esperanza de salir adelante, o eso dieron ambos por sentado, pero ¿acaso no había sido Abraxas hasta hacía poco un hombre destrozado y sin la más remota esperanza de salir adelante? ¿No había sido ese mismo Abraxas el que había pedido consejos para ligar, el que había pasado los últimos días cortejando a una mujer que se había dado por conquistada?

Para no volverse loco comparando las situaciones, Dagon se repetía una y otra vez que Qadira no tuvo opción. La Magna situó a Qadira en una compleja encrucijada y ella tuvo que sacrificar sus recuerdos para, al menos, tener una segunda oportunidad para vivir como se merecía. Ninguno de los dos tuvo tiempo para pensarlo con calma, aunque a

decir verdad, Qadira nunca estuvo en condiciones de plantearse una tercera alternativa, como que con el tiempo y la distancia —pero con sus recuerdos intactos— podría haber prosperado tanto su vida en solitario como su relación con él. En ese entonces estaba absolutamente devastada.

Lo peor era que Dagon no podía compartir sus preocupaciones con ella, porque todos habían hecho voto de silencio. Nadie podía hablarle a Qadira de su pasado, de quién fue su hombre, de quién era su hijo.

Como si los hubiera invocado, Qadira y una figura infantil aparecieron en la escalinata que subía al piso superior. No se percataron de su presencia, enfrascados como estaban en una conversación informal. Qadira acababa de pellizcarle las mejillas al pequeño. Ambos se dirigían hacia él, que se había quedado pálido e inmóvil ante la imagen de la madre y el hijo reunidos, relacionándose de forma incluso afectuosa.

Ella no sabía quién era Evra. ¿Cómo saberlo? Y en cuanto a Evra...

Dagon tenía sus serias dudas.

Evra pertenecía a una raza superior, la que habría de inaugurar el nuevo linaje en La Sociedad. Había nacido de la unión entre una *anandha* y un penitente con nociones de nigromancia: era un ser que combinaba la luz, la oscuridad y lo que había en medio, la magia misteriosa que las hacía posibles. Resultaba inconcebible que no hubiera reconocido a Qadira como su madre en cuanto la miró, ya fuera gracias a un sexto sentido o una simple y poderosa corazonada.

Dagon había compartido con Aladiah su sospecha, pero este la había desestimado aduciendo que Evra era un niño transparente respecto a lo que pensaba y opinaba. Si hubiera tenido la menor duda de que Qadira era su madre, la habría comunicado sin tapujos.

Él no estaba tan seguro. Evra no miraba a Qadira como se dirigía al resto de los seráficos. De hecho, trataba a los seráficos como si fueran sus súbditos, o con desdén o con indiferencia, y a ella, en cambio...

Evra se detuvo a la altura del que debía ser su dormitorio y se despidió de Qadira con la primera sonrisa que Dagon había visto florecer en sus labios. Ella le revolvió la cabellera rubia pálida. Gracias al eco del corredor, le llegó su risa fresca; la risa de un niño de su edad y no del ser oscuro por el que todo el mundo le tenía.

A Qadira le sonreía. ¿Había acaso un indicador más obvio que aquel? Aunque ahora que se fijaba en el rostro iluminado de la empírea, que se dirigía a él con ilusión, Dagon se preguntó quién no le sonreiría.

—¿Acechando por las esquinas? —preguntó ella. Le rozó la barbilla con los dedos y abrió la puerta del dormitorio para invitarlo a pasar con una graciosa venia.

—Estoy mendigando amor —reconoció él, poniéndose la mano en

el pecho. Suspiró con dramatismo—, a ver si tengo suerte y me cae algo.

—Pues vaya momentito eliges para mendigar amor, ¿no te parece?

Qadira cerró la puerta tras ella y lo castigó con una mirada que en el fondo era incapaz de albergar rencor o echarle en cara su espontaneidad. Dagon apoyó la espalda en la pared y la observó a sus anchas. Acababa de terminar el entrenamiento matutino, el más exhaustivo de todos.

Ella se sentó en el borde de la cama individual y empezó a desnudarse por las zapatillas.

—Hombre... —Dagon agachó la cabeza, avergonzado. No tanto como para no mirar de reojo los movimientos de Qadira, que se movía por el dormitorio con toda naturalidad, canturreando una canción a la que se había aficionado desde que descubrió los AirPods y podía ponérselos para entrenar. ¿Era un tema viral de TikTok?—. Es verdad que estamos jodidos, pero ¿cuándo no lo estamos? Una parte de mí siempre pensó que Abraxas terminaría de muy mala manera. Es demasiado impulsivo, y lo de Astaroth... Bueno, hay penitentes que ceden a la tentación por mucho menos.

»Por ejemplo, por la tentación que eres tú me pasaría al lado oscuro.

Qadira lo miró por encima del hombro. Ya se había deshecho de la sudadera con cremallera y había liberado la melena de la constricción de la coleta. Su denso y largo cabello negro se derramó sobre su espalda. Dagon tuvo que contenerse para permanecer en el sitio.

—Anda ya... No bromees con eso. Me gustas porque tienes un corazón de oro. Si se te pudriera, no podríamos seguir juntos.

—¿Cómo que no? ¿No podrías quererme solo por mi cuerpo, como la gente normal?

Qadira fingió haberse ofendido y se dio media vuelta con la mano en la cintura. El sujetador deportivo dejaba su vientre torneado a la vista.

—¿Cómo que «como la gente normal»? ¿Es que tú me quieres solo por mi cuerpo?

—Yo no he dicho que sea una persona corriente. Faltaría más, vamos. Pero cuando me lo preguntas en esa pose... —Batió las pestañas con coquetería—. Qué quieres que te diga, sultana, sultanita.

Sus ojos pardos despidieron un brillo curioso.

—¿Cómo me has llamado? —Hizo una mueca cómica—. ¿Lo habías hecho antes?

—Claro. A veces me da por ahí.

Dagon carraspeó para liberar su garganta de los nervios que solían acongojarlo cuando creía haber metido la pata.

En general disfrutaba de la compañía de Qadira, y no la cambiaría

por nada en el mundo, pero a ratos se sentía como si caminara por un campo minado. Temía hacer referencia a algún recuerdo del pasado y que eso interfiriera de algún modo con su memoria.

Dagon tenía que reconocer que a veces su lado egoísta lo deseaba fervientemente. Quería que Qadira se acordase de él antes de que todo fuera un cuento de hadas. En su egoísmo deseaba que ella pudiera quererlo aun habiendo querido antes a Leviathan; que pudiera amarlo incluso más.

—Bueno... —Qadira tomó el cepillo del tocador y empezó a peinarse, pensativa—. Tengo la esperanza de que Mara lleve razón y todo esto sea una conspiración. Abraxas nunca me ha parecido una criatura perversa. Solo estaba dolido.

—El dolor nos lleva a hacer cosas imperdonables —se oyó decir—. A veces, quiero decir.

Qadira dejó caer la mano que sujetaba el cepillo y lo miró con una sonrisa burlona.

—Vaya descaro el tuyo, que te atreves a decir frases dignas de esculpirse en lápidas cuando no apartas la mirada de mi escote.

—Pero ¿qué dices? No te estoy mirando nada. —Apartó la vista de forma dramática.

—¿Y por qué no? —contraatacó, juguetona—. ¿Es que no te gusta lo que podrías ver si mirases?

—Si pudiera mirar a mi antojo, seguro que me encantaría. De hecho, me encanta. Pero como tú misma has insinuado, no es el momento oportuno para fijarse en los pezones de nadie. Estamos en guerra y están sucediendo verdaderas desgracias...

Dagon se sobresaltó cuando vio que ella se llevaba las manos al broche del sujetador. No lo pensó dos veces y se dio media vuelta. A la Qadira del presente no le importaba que la vieran desnuda, pero él no podía quitarse la costumbre de evitar mirarla cuando se cambiaba.

—¿Por qué te das la vuelta? ¿No sabes que es muy maleducado no prestarle atención a tu interlocutor cuando te habla?

—También es maleducado despelotarse delante del interlocutor cuando sabes que dicho interlocutor sufre por ti en silencio —le acusó en cuanto volvió a tenerla en su campo de visión. Se las apañó para sonar como si se estuviera mofando, cuando en realidad llevaba días acostándose con un terrible dolor de ingle.

—Si tan solo sufrieras por mí en silencio, y no haciendo cómplice a todo el mundo de lo mucho que lloras por no poder tenerme... —exageró con una mano en el pecho.

Dagon se habría reído de buena gana. Le gustaba su faceta gamberra, pero se le atragantó la propia risa cuando vio que se deshacía del sujetador.

—La verdad es que si tenemos que esperar a que todo esté en calma

y nadie sufra para compartir cierta intimidad, no vamos a poder estar juntos nunca —dijo ella, encogiéndose de hombros. Arrojó a su espalda el sujetador deportivo y lo miró con una ceja enarcada—. ¿Vienes, o qué? ¿O no estás preparado?

—¿Que no estoy preparado? Estoy más que preparado. Estoy preparadísimo. Jamás he estado más preparado, joder...

Interrumpió la carcajada de Qadira arrojándose sobre sus labios como un animal famélico. No era nada más que eso, una bestia desesperada. La deseaba desde antes de que ella pudiera recordarlo, y había anhelado tanto ese momento que llegó a pensar que nunca se le presentaría la oportunidad y tendría que conformarse con soñar con ello.

Dagon no era la clase de hombre que necesitaba consumar el coito para darse por satisfecho —disfrutaba como el que más de los juegos sexuales conocidos erróneamente como «preliminares»—, pero una parte de él, la que respondía a lo antiguo y lo ancestral, le exigía que la marcara como suya de todas las maneras concebibles.

La mera expectativa de llevarlo a cabo en ese preciso momento le embargó de emoción y arrojó a Qadira sobre la cama para acto seguido tenderse él encima.

—Tampoco hace falta que corras tanto —se reía ella, abrazándolo con ternura—. Esto no es una carrera.

—¿Que no? —Puso los ojos como platos—. Como nos interrumpan, me suicido.

—¡Por favor! —seguía carcajeándose ella.

—Prefiero hacerlo rápido para que nadie me moleste, y luego, si ya veo que me sobra tiempo, repetirlo en condiciones.

—¿Qué tonterías dices? Más te vale hacerlo maravillosamente la primera vez, porque si no me doy por complacida, podría no haber una segunda. No sé si te has dado cuenta de que le gusto a tu amigo Samael. Puede que pruebe con él si tú no me convences... —Y le lanzó una mirada de advertencia.

Dagon se incorporó apoyando las manos sobre el colchón para mirarla con indignación.

—¡Serás bruja! Hay que tener valor para decirle eso a un hombre que tiene la polla más dura que el cemento armado.

Qadira posó la mano en su entrepierna con gesto inocente.

—Ese es un buen símil —concordó, pensativa. Sonrió con malicia —. Quítate la ropa.

—A tus órdenes.

Dagon se deshizo del jersey y de la camisa y arrojó ambas prendas a un lado de la cama. Se inclinó para entretener a Qadira con besos tiernos alrededor de los labios, en el cuello y el escote, que brillaba por el sudor del ejercicio. Mientras, batallaba contra el cinturón, ante

al que tuvo que rendirse finalmente. Estaba tan nervioso que tuvo que ser Qadira quien se lo sacara con paciencia, pero también con los dedos temblorosos.

A fin de restarle hierro a una situación que ambos deseaban que se diera, habían pasado las primeras citas bromeando con todo lo relativo a la sexualidad. Él lo hacía porque ella tenía poca experiencia y quería acabar con el tabú, naturalizarlo para que se sintiera cómoda, y Qadira le seguía el juego porque tenía a Dagon por un conquistador y deseaba estar a la altura.

A la hora de la verdad, los dos estaban histéricos en idéntica medida, y fueron conscientes de ello al intercambiar una mirada en el proceso. Una mirada íntima que el silencio intensificó, pues no había ninguna broma que pudiera disolver la tensión del ambiente.

—¿Estás segura, o me aceptas porque te doy pena? —preguntó Dagon en voz baja, retirándole el pelo de la cara—. Es decir... Sé que estoy bueno y que te pongo muy cachonda, pero... —Esperó a que ella se cubriera la boca para dejar de reírse, y entonces continuó—. Ahora en serio. Yo intento que no se note, pero es verdad que me muero por... En fin.

—No te quedes a medias. Dímelo. Hacerme sentir deseada ayuda, ¿sabes? Hace que se me olvide que me he acostado con un solo hombre en mi vida, y que no fue la gran cosa... posiblemente por mi culpa.

Dagon sacudió la cabeza con dulzura.

—Si no es la gran cosa, es culpa de la parte masculina. Nosotros nos corremos hagan lo que hagan las mujeres, ¿sabes? Da igual si es modelo o si es Betty la Fea... No quiero decir con eso que tú seas fea, evidentemente, solo que, si lo fueras, también podrías complacerme. O sea... No es que todas las feas del mundo puedan complacerme; de hecho, tú eres la que más podría... No quiero que suene como si te estuviera incluyendo en el grupo de «feas», porque no lo eres. Por favor, eres lo más bonito que he visto en mi vida, pero eso no es garantía de nada, porque podrías ser un bombón y más aburrida que... ¡Que no lo eres, claro está! Da igual si no has demostrado lo contrario aún, yo lo sé, yo... Yo lo sé, y eso es lo que importa... —Dagon se dio cuenta de que, o tomaba aliento, o acabaría desmayándose por falta de oxígeno. Abrumado por sus propios nervios, se dejó caer a un lado de Qadira y se puso la mano en la cara—. Qué desastre. Perdón.

Ella no pareció ofendida por la retahíla de idioteces que se le habían ocurrido en un momento, porque se sentó a horcajadas sobre él, sobre ese pantalón a medio desabrochar, y se inclinó para besarlo.

—Gracias por decirme que me querrías aunque fuera fea —le susurró cuando lo hubo apaciguado con una serie de besos dulces—. Significa mucho para mí.

Dagon la rodeó por la cintura y le devolvió la misma sonrisa divertida.

—De nada, mujer. Para eso estamos. Y ahora que ya he usado el inhalador... —Qadira se carcajeó de lo lindo mientras él se las apañaba para darle la vuelta y volver a situarse en la postura dominante—, vamos al lío.

Por desgracia para él, que se había confiado en que no habían sido interrumpidos aún para entusiasmarse, el destino demostró estar en su contra.

La puerta se abrió de sopetón, sorprendiéndolos en una postura comprometida.

—Qadira, te están esperando. Hoy te toca guardia diurna —anunció el seráfico de turno. En lugar de cerrar la puerta y concederle unos instantes para prepararse, permaneció allí de pie, con el pomo en la mano, ejerciendo presión para que se diera prisa.

Qadira retiró a Dagon empujándolo por el hombro y se cubrió el pecho. Un rubor rosado, ese que tanto le gustaba provocar, afloró en sus mejillas. Le habría gustado admirarlo, pero el empujón de Qadira fue tan efectivo que Dagon se resbaló por el borde de la cama y acabó cayendo de bruces al suelo.

Permaneció donde estaba, boca abajo y con los brazos extendidos, como si quisiera dibujar su silueta.

—Lo siento —oyó que le susurraba Qadira.

Él dejó ir un suspiro melodramático.

—A ver si el que se va a unir al Gran Grimorio soy yo, porque vaya mierda de vida.

Capítulo XXXIII

Gracias a su reciente inclusión en el Enclave, Abraxas pudo descubrir que los engendros llegaban hasta el extrarradio a través del alcantarillado antiguo. En esa parte de la ciudad no se habían molestado en renovarlo y fácilmente podía datar de más de un siglo atrás. Debido a la estrechez de las cloacas, Abraxas no podía comandarlos. Tenía que llegar por sus propios medios hasta los puntos rojos del mapa, donde Metraton señalaba la localización de los sujetos que querían reclutar.

Al igual que El Séptimo Círculo, el Enclave tenía su calendario de referencia para saber a qué zonas del polígono dirigirse en según qué casos. Abraxas siempre había pensado que se limitaban a seleccionar a los mortales con talentos ocultos o dones divinos para tentarlos con una vida de aceptación e integración social en su organización. No obstante, o bien sus objetivos habían cambiado o estaban ampliando horizontes, porque la orden general era infiltrarse donde pudieran y llevarse a cuanto adicto a la heroína encontraran. Así podía llamarse a la mayoría de los humanos que se dejaban caer por allí, que allanaban edificios abandonados para montar fiestas que luego el Enclave tenía que interrumpir, o los okupaban para levantar su vivienda.

Abraxas tenía la sensación de que el Gran Grimorio le observaba muy de cerca, de ahí que se limitara a actuar sin permitir que un solo pensamiento cruzara su mente. Uno de los motivos por los que La Criatura era tan temida era porque nadie conocía el alcance de su don de la clarividencia. ¿Capturaba pensamientos aislados, como Xaphan? ¿Podría adivinar su historia pasada y presente con solo tocarlo, como los augures de La Sociedad? ¿Reconocía sus sensaciones y sentimientos, al igual que un lector de auras o la misma hechicera Sehara? ¿O su poder iba más allá de lo que pudiera concebir la mente impotente de las razas? Procuraba preguntárselo con curiosidad y no con afán conspirador, sospechando que lo vigilaba.

Y cómo no estar pendiente de la última inclusión, si no dejaba de ser un miembro de El Séptimo Círculo que acababa de cambiar de bando.

El Gran Grimorio estaba de suerte, porque en la lucha cuerpo a cuerpo, Abraxas no entendía de amigos o de enemigos. Podía arremeter con quienquiera que fuese el fulano al que le habían

ordenado aniquilar. El objetivo del Enclave de esa noche era La Industrial, una discoteca que los mortales improvisaban los viernes a la salida de la autopista. La música *techno* llegaba del exterior, acallando los sonidos de la escasa naturaleza que los rodeaba.

Abraxas avanzaba tranquilamente con la mano sobre el cinto del que colgaba su *gladius,* que se tomó la libertad de recuperar en cuanto lo localizó en casa de Ruth. Miraba alrededor con los oídos aguzados, consciente de que pronto aparecerían tanto penitentes como engendros. Estos últimos surgirían de los lugares más insospechados, y en el momento oportuno.

Como penitente que era, conocía la estrategia de El Séptimo Círculo, pero no era tan estúpido como para dar por hecho que llevarían a cabo su táctica habitual sabiendo que él diseñó la mayoría de las maniobras. Como era imposible que a esas alturas del día no hubieran descubierto aún dónde estaba él y cuáles eran sus propósitos, intentarían sorprenderlo de alguna manera.

Y así fue.

Valthessar fue el primero en aparecer. Lo reconoció ya de lejos, aun siendo una figura borrosa, enmarcada en la oscuridad. Abraxas esperó con la mano en el mango del *gladius*, tamborileando los dedos contra la vaina de cuero.

Era evidente que el *rex* quería tener unas palabras con él, pero Abraxas desenvainó el arma en cuanto estuvieron a la distancia propicia para iniciar un duelo. A su orden, los engendros empezaron a salir de sus escondrijos, obligando al resto de la tropa de penitentes, hasta el momento escondidos, a hacer lo mismo.

Valthessar se armó con su espada egipcia en un movimiento y arremetió contra él al mismo tiempo que Abraxas se abalanzaba con el acero por delante. Las espadas chocaron y ninguno de los dos la retiró: permanecieron ejerciendo la máxima presión hasta que la hoja afilada del contrario estaba a punto de rozarles las mejillas.

—Pensaba que al menos me darías la oportunidad de persuadirte —gruñó el *rex* entre dientes—. Un error lo comete cualquiera. No te habríamos guardado rencor por este pequeño desliz.

—Eso debe ser lo que te dices a diario. Pero solo «un cualquiera» comete errores. El que sabe lo que hace, lo domina todo —replicó Abraxas sin cambiar de expresión.

Dirigió toda su fuerza hacia el lado derecho para separar las espadas y dio un paso atrás. Valthessar se tambaleó antes de recuperar el dominio sobre su arma. Situó la *khopesh* en posición de defensa mientras lo rodeaba con la mirada fija.

—¿Crees que la bestia a la que ahora sirves domina el universo? —inquirió con un amago de sonrisa desdeñosa—. Si yo fuera tú, quizá también me habría sentido inclinado por creerle. A fin de cuentas, ni

se despeinó cuando le tocó sacrificar lo que para ti era más importante.

—En tu lugar, yo no me provocaría —repuso Abraxas con el corazón en un puño. Imitaba los pasos de Valthessar en la dirección contraria, caminando en un círculo alrededor de él—. Los dos sabemos a quién de los dos se le dan mejor las confrontaciones cuerpo a cuerpo.

Aprovechando que el *rex* separaba los labios para hablar, Abraxas se lanzó sobre él con la punta del *gladius* por delante. No tenía el objetivo de apuñalarlo, sino de desarmarlo introduciendo el lateral de la hoja en la curva cóncava de la hoz que trazaba su *khopesh*. Valthessar se agachó a tiempo y se incorporó justo cuando Abraxas iba a tropezar con su cuerpo encogido. Lo bloqueó por el pecho con el hombro y lo rodeó con el brazo armado para que no se le ocurriera moverse. No si no quería cortarse.

—Si todo esto es una estrategia para averiguar información sobre el Enclave y volver como un héroe, dímelo ahora, con palabras o con gestos —masculló cerca de su oído, ejerciendo toda la fuerza de la que era capaz para retenerlo—. Seguiremos peleándonos, te lo aseguro, pero hazme saber cuál es tu posición o tendré que sacrificarte.

Abraxas se liberó propinándole un rodillazo en el estómago. El primer golpe no le hizo retroceder, solo separarse lo suficiente para que sus miradas volvieran a encontrarse. Abraxas enarcó una ceja, como si le sorprendiera su resistencia, y repitió la patada en el mismo punto hasta que Valthessar reaccionó dándole un cabezazo. Abraxas retrocedió, turulato, y cerca estuvo de perder el equilibrio hacia atrás, pero Valthessar lo evitó utilizando la afilada punta de la *khopesh* para sujetarlo por la gruesa tela del jersey, que no tardaría en ceder.

—Mira a tu alrededor y observa lo que está pasando —le ordenó el *rex*—. ¿De verdad quieres que nos maten?

—¿Te cabe la menor duda al respecto? Esta ni siquiera es la primera vez que intento que muerdas el polvo. No fue un juego entonces... —Abraxas retiró la hoja del arma egipcia de su campo de visión golpeándola por el lateral con el antebrazo. Aferró su *gladius* con fuerza y rayó el aire con una violenta estocada que Valthessar esquivó por muy poco doblándose hacia atrás. No logró resistir a la siguiente, que le abrió una brecha desde el centro de la mejilla hasta el puente de la nariz—, no es un juego ahora.

El *rex* emitió un siseo de dolor, pero no bajó el arma para limpiar la sangre que empezaba a brotar de la herida, lo bastante profunda para dejar marca. Comprendió por fin que tenía ante sí a un enemigo, no a un aliado, y entonces empezó el combate de verdad.

Valthessar se arrojó sobre él con tanta energía que Abraxas tuvo que sacar lo mejor de sí mismo para bloquear sus ataques. Una espada

como la del cabecilla podía decapitar a un hombre y también atravesarlo de parte a parte, y casi del mismo movimiento. Reconocía en la violencia del *rex*, en la alternancia de puñetazos, patadas y estocadas, la misma impotencia que había guiado sus propios actos no ya en la batalla, sino en el día a día. Quizá él, al igual que Abraxas, también estuviera cansado de ser quien era, de atender las obligaciones impuestas, y lo expresara con estallidos coléricos.

En un momento dado, Abraxas golpeó con el canto del puño cerrado la muñeca de Valthessar. Este no llegó a soltar la espada, pero aflojó el agarre lo suficiente para que su contrincante lo desarmara chocando la hoja de la *khopesh* con el *gladius*. Cuando Valthessar hizo ademán de agacharse para recogerlo, Abraxas le dio un empujón en el pecho con la suela de la bota y lo precipitó hacia el suelo.

El *rex* cayó de espaldas, y el impacto fue tan seco que le costó recuperar el aliento y el dominio de sí mismo para extraer una de las dagas que colgaban de su cinto.

Abraxas situó un pie a cada lado de su cintura y rozó su nuez de Adán con la punta del *gladius,* instándolo a rendirse.

—Voy a entrenar a estas criaturas como si fueran mis hijos para que se defiendan y luchen igual que yo. Les voy a enseñar mis valores en la batalla y mis ataques sorpresa. Los voy a convertir en mercenarios, y lo conseguiré tan rápido que no te daré pie no ya a planificar una estrategia nueva, sino que ni siquiera podrás esconderte a tiempo. —Abraxas se agachó. Llegó a presionar el filo del arma contra el lateral de su cuello, donde palpitaba el músculo de la impotencia—. Y disfrutaré del proceso, Valthessar. No te quepa la menor duda.

—Pues empieza a desmantelar a El Séptimo Círculo ahora mismo. Si te has unido a Él, mátame. Mátame y llévale mi cabeza como ofrenda. Se sentirá muy orgulloso y confiará en ti.

Abraxas lo miró a los ojos con el convencimiento de que estaba tirando un farol para averiguar si de veras servía al Enclave. No obstante, Valthessar no bromeaba. En el transcurso de la pelea había aceptado su cambio de bando, la decepción en sus ojos se lo hizo saber, y ahora, más que retarlo a demostrar su sangre fría, le rogaba que acabara con él. Abraxas reconocería en cualquier parte el hastío hacia la propia vida; la temeridad de los que no tenían nada que perder.

Había deseado matarlo en infinidad de ocasiones, y habría llevado a cabo el juramento que se hizo de consumar su venganza contra él de no haber sido porque atentando contra el *rex* estaría yendo contra La Magna. Ahora no tenía por qué reprimirse, pues la diosa no significaba nada para él..., pero lo hizo porque incluso las criaturas más sádicas sabían cuándo mostrar piedad.

—No llevo el arma adecuada para matarte. —Retiró el *gladius* y lo guardó en la vaina—. Pero que la diosa te ayude si alguna vez blando un acero azul bajo el mismo cielo que tú.

Capítulo XXXIV

El regreso a los laboratorios del Enclave no fue triunfal, pero Abraxas esperaba que Metraton le reconociera el esfuerzo en el campo de batalla. A fin de cuentas, los penitentes habían quedado considerablemente más afectados de lo que solían cuando él formaba parte del bando contrario.

Mientras esperaba no sabía muy bien el qué —tal vez que le citaran para comunicarle la próxima orden, o que le dieran directrices para comenzar los entrenamientos—, Abraxas paseaba con aparente indiferencia por los pasillos del complejo.

De todos los edificios que habría imaginado como asentamiento del Enclave, aquel era el último que se le hubiera ocurrido. Históricamente, el Enclave había sido una organización nómada. Abraxas recordaba la frustración que sentía cuando, con muchos menos recursos que en la actualidad, renunciaba al descanso y la paz mental con tal de seguir las pistas que dejaban, y todo para llegar demasiado tarde. En cuanto El Séptimo Círculo o cualquier otra de las numerosas organizaciones de las que formó parte descubría dónde soltaban las armas, los comandantes obraban alguna clase de magia oscura y hacían desaparecer hasta la última de sus huellas. Solo dejaban el rastro de su huida, y por el gusto de hacerles saber que habían vuelto a escapárseles.

Le sorprendía que ahora el Enclave hubiese escogido un lugar fijo para desempeñar las que fueran sus actividades, aunque al pasar por delante de la cristalera que daba a las salas de experimentación, tuvo que reconocer que el Gran Grimorio no daba puntada sin hilo: El Séptimo Círculo, en su rol de entidad protectora, jamás se atrevería a atacar un edificio en el que trabajaban mortales.

Exclusivamente mortales, de hecho.

Abraxas se detuvo delante de la puerta de acero inoxidable. Al lado de una de las gruesas hojas se encontraba el interfono con los comandos numéricos de acceso. Había visto que algunos científicos pulsaban el botón negro para comunicarse con los empleados del interior. Además, el discreto aparato disponía de una ranura para la tarjeta de residente y de un sistema de reconocimiento facial que, naturalmente, le negó la entrada a Abraxas.

Tendría que limitarse a observar con las manos entrelazadas a la

espalda lo que sucedía al otro lado, sin poder empezar a imaginarse de qué manera servirían al Gran Grimorio. Él no estaba versado en materia científica, pero dudaba que incluso Xaphan hubiera podido adivinar el nombre de las sustancias que se vertían en distintos matraces y que se observaban, se anotaban en cuadernos y se inyectaban en pequeños roedores.

Abraxas continuó su camino por el pasillo.

El complejo estaba dotado de todo lo necesario para que un científico de renombre quisiera mandar su currículum y estuviera dispuesto a competir con otros tantos expertos por un puesto. Abraxas no recordaba haber visto tantos dispositivos tecnológicos en ninguna parte. Los laboratorios estaban blindados, como pudo comprobar ojeando alrededor sin prestar demasiada atención. No tenían nada que envidiarle al sistema de seguridad del Pentágono. Además de los sistemas de reconocimiento facial, a cada una de las habitaciones se accedía con una clave, había cámaras de seguridad en cada esquina de las salas y en los pasillos.

Si Abraxas daba un solo paso en falso, poco tardarían en descubrirlo y dar la voz de alarma.

Estaba tonteando con la posibilidad de girar el pomo de una puerta al azar cuando el eco de unos pasos le distrajo. Una mujer ataviada con una impoluta bata blanca bajaba por el pasillo empinado sobre sus tacones de vértigo. Llevaba apretados contra el costado una serie de papeles.

Abraxas se la quedó mirando más de la cuenta con una mezcla de incredulidad y curiosidad hasta que ella, que iba concentrada en programar su busca, alzó la barbilla y lo miró.

El hecho de que no se asustara al verlo allí de pie le dio a entender que no estaba avergonzada de lo que se hacía en los laboratorios. Quizá ni siquiera sospechara quién estaba detrás de todo.

—Dichosos los ojos —saludó ella, deteniéndose un instante. Terminó de pulsar los botones del busca y lo introdujo en el bolsillo de la bata, la misma que llevaba en el hospital.

—Doctora Vaccari. Me sorprende verla aquí.

Y no mentía.

—A mí también. —Abrazó el montón de papeles antes de que se le resbalaran—. Jamás habría imaginado que se dedicaría usted al campo de la investigación.

—¿Eso es lo que se hace aquí? ¿Investigar? ¿El qué?

La doctora Vaccari se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz.

—Si no se le ha informado de las particularidades de nuestros estudios, no puedo ser yo quien le ponga al corriente, pero poco queda a la imaginación cuando descubre que estamos en un laboratorio, ¿no le parece? —Entornó los ojos con sospecha—. Si no está aquí para

participar en la investigación, ¿qué es lo que se le ha perdido?

—Me han contratado como guardia de seguridad —improvisó, y pensó que no era una mentira muy alejada de la verdad.

La doctora Vaccari asintió, convencida. Por supuesto que lo se creería: Abraxas no había olvidado el rifirrafe con Valthessar en el que la misma profesional había admitido que se fiaba de las apariencias, y su apariencia era la de un matón irreductible.

—Eso parece ajustarse algo mejor a las que parecen sus habilidades. Me complace saber que nos cruzaremos a menudo —agregó con un cabeceo.

A Abraxas siempre le había resultado curioso cómo se las apañaba para flirtear con él sin resultar coqueta en lo absoluto. Parecía un robot programado para elaborar cumplidos.

—¿Qué es lo que lleva ahí? —Abraxas señaló el taco de folios grapados con un gesto de barbilla.

—Contratos de confidencialidad. Puede sonar propio de una distopía apocalíptica o de una película sobre la CIA, pero es bastante habitual en nuestro gremio —le explicó al ver que torcía el gesto—. Hasta que no se obtengan resultados, está prohibido hablar del desarrollo de la investigación, y hay que procurar que le quede claro a todo el mundo. No es cuestión de entusiasmar a la población con avances en la cura de una enfermedad cuando no se tiene la certeza de que vayamos a llegar a buen puerto.

—¿Os dedicáis a encontrar la cura de enfermedades?

Vaccari lo miró de hito en hito.

—Era un ejemplo. Como ya le he dicho, no puedo desvelar información, pero le adelanto que yo no trabajaría en un laboratorio que no pretenda garantizar el progreso en la medicina y mejorar la calidad de vida.

—Seguro que no... Aunque parecía usted dedicada en cuerpo y alma a su especialidad.

—Tengo la oportunidad de trabajar como neurocirujana en el mejor hospital de Praga, pero por suerte o por desgracia, no se requiere a diario ni mi experto consejo ni mis habilidades en quirófano. El tiempo que no paso operando, que es más del que dedico a extirpar tumores, me gusta dedicarlo a objetivos como este. —Abarcó el laboratorio con un gesto—. Ahora, si me disculpa, tengo que...

Abraxas le cerró el paso antes de que diera el primer paso.

—Espere. No es por ser indiscreto —se disculpó con antelación—, es que me gustaría tener una ligera idea de qué es lo que estoy protegiendo... Aunque, solo por curiosidad, si lleva usted los contratos de confidencialidad debe ser porque dirige el cotarro.

—Soy la persona más cualificada del edificio en según qué ámbitos de la medicina; eso me convierte en una de las especialistas con mayor

responsabilidad en el proceso, pero llevo los contratos simple y llanamente porque la impresora me pillaba de camino al servicio de señoritas. Le he hecho el favor a Pavlik.

—Pavlik —repitió Abraxas, recordando dónde había oído antes el nombre—. ¿Sabe dónde puedo encontrarlo? Es quien me contrató. Estoy empezando a cansarme de deambular por aquí, sobre todo con esa cantidad de cámaras apuntándome.

La doctora Vaccari sonrió de lado.

—Los laboratorios cuentan con un riguroso sistema de seguridad. Es comprensible que se sienta intimidado. Incluso yo tuve mis dudas cuando me informaron de que existe un protocolo de emergencias que destruye todas las pruebas..., pero eso ya se lo habrán comentado. Por eso me sorprende que necesiten más guardia —meditó en voz alta, mirándolo con cautela—. Supongo que, en estos casos, toda seguridad es poca.

—Yo solo ofrecí mi currículum y me llamaron. —Abraxas encogió un hombro.

—Estupendo. Espero que su mujer se encuentre mejor de aquel golpe que se dio, por cierto. Solo por curiosidad... ¿Quién tuvo razón al final? ¿Aquel amigo suyo, o yo? Ya sabe... —continuó, viendo que Abraxas no sabía a quién se refería—. El chico de la sudadera. Decía que su esposa necesitaría semanas de reposo para recuperarse.

—No necesitó ningún reposo. De hecho, se ha dedicado a hacer más deporte de la cuenta y no ha habido problema alguno. Ni mareos, ni nada de lo que se mencionó.

La doctora Vaccari cabeceó con una media sonrisa vanidosa.

—Evidentemente —atajó con llaneza.

Lo despidió con un asentimiento y utilizó la identificación que colgaba de su cuello para acceder al laboratorio. El sistema era de veras impenetrable. Para cerciorarse de que si alguien robaba la tarjeta no podría acceder ni por esas, tuvo que escribir un número de cuatro cifras y esperar a que el escáner del reconocimiento facial confirmara su identidad.

Abraxas se quedó donde estaba, observando su enérgico caminar hacia una de las amplias mesas que segmentaban la sala. Vaccari dejó el papeleo a un lado para asomarse a las ecuaciones que un joven garabateaba en un cuaderno. Eso fue todo lo que atinó a ver a través del cristal, porque enseguida, una voz masculina le apremió.

—Abraxas, Mi Señor quiere verte.

Se dio media vuelta para confirmar que Metraton estaba de pie ante él. Lo reconocería en cualquier parte y bajo el nombre que prefiriera —Pavlik, como se presentó ante Ruth; Baal Zhebub, como lo nombró La Magna—, porque llegó a tratarlo cuando aún no se había entregado al Gran Grimorio. Fueron compañeros en uno de los

muchos clanes a los que Abraxas perteneció antes de que se formara El Séptimo Círculo, y aunque no recordaba muy bien aquellos tiempos porque la inmortalidad no garantizaba la precisión de la memoria, sí que había lamentado que cambiara de bando.

Fueron buenos compañeros.

«Pavlik», pensó Abraxas mientras lo seguía pasillo arriba.

Se metió las manos en los bolsillos y evitó lanzar miradas a un lado y a otro, ya desinteresado. No conseguiría averiguar más que lo que ya sabía.

—La vida como siervo del Gran Grimorio te ha tratado bien —comentó Abraxas.

—No puedo decir lo mismo de ti, por desgracia. —Metraton suspiró sin girarse—. Viendo las desgracias a las que tenéis que enfrentaros día sí y día también, me queda más claro que tomé la decisión correcta.

—Cada uno encuentra la felicidad en el lugar más insospechado —meditó, y descubrió que él mismo apoyaba esa afirmación. Clavó la mirada en la amplia espalda de Metraton, que lo adelantó con energía —. Lo que me sorprende es que te entregaras al Enclave con el propósito de que pusieran fin a tu agonía y el Gran Grimorio se las apañara para convencerte de seguir viviendo, y de hacerlo a su lado. Habría jurado que lo que te prometió fue que te devolverían a Annika en cuerpo y alma. Eso era lo único que querías cuando nos dejaste, pero no la veo por ninguna parte.

La mención de Annika tensó todo el cuerpo de Metraton. Frenó en seco el recorrido y se giró hacia Abraxas para clavar en él una fría mirada.

—Mi Señor siempre nos encuentra un propósito cuando sentimos que no nos queda nada. Él me ayudó a descubrir que Annika solo es una de tantas motivaciones que existen; que, mientras ella regresa, puedo aferrarme a cualquier ambición y seguir adelante.

«Mientras ella regresa», repitió para sus adentros. No ahondó en lo que podría implicar aquella frase una vez se formó su propia opinión.

—Somos lo mismo y hemos sufrido una pérdida idéntica, Metraton —contestó Abraxas con serenidad—. No hace falta que te pongas a la defensiva.

Metraton no había detenido el paseo para amedrentarlo con su mirada oscurecida, sino porque acababan de llegar a su destino. Empujó la puerta con una mano y le hizo un gesto para que se adentrara. El antiguo penitente se quedó atrás con el rostro descompuesto y los ojos vidriosos, la máscara de un hombre que nunca había podido recuperar lo que perdió.

A Abraxas no le extrañó, pues, que el Gran Grimorio hubiera recurrido a él y a Metraton con el fin de reclutarlos. La mayor parte de

los penitentes que habían abandonado a La Magna para unirse a su causa habían perdido a su *anandha*, y, con ello, parte del afecto y la lealtad que hasta entonces habían sentido hacia la esencia pura que eran tanto la diosa como la mujer amada.

Parte del afecto, sí..., pero quizá no todo.

Abraxas sabía que iba a encontrarse con el Gran Grimorio, pero aun así no estuvo preparado para el cambio drástico que percibió en el ambiente. Ese aire denso que se asimilaba a respirar pintura, la sensación de estar escalando una montaña donde la presión de la atmósfera taponaba los oídos y provocaba mareos, cuando no desmayos; aquellos empezaban a ser los síntomas que implicaban un acercamiento con el Gran Grimorio, quien esperaba con las piernas cruzadas, sujetando una novela tamaño bolsillo entre los dedos.

Tuvo que esperar a que La Criatura terminara el capítulo y doblara la esquina de la página siguiente para saber qué quería de él.

Abraxas se estremeció cuando el Gran Grimorio lo miró a los ojos.

—¿Has encontrado los laboratorios de tu gusto?

Eligió sus palabras con cuidado.

—Por lo poco que he alcanzado a ver, parecen muy profesionales.

—No dudo que sientas una fuerte curiosidad por averiguar más de lo que se gesta en las entrañas de este edificio. —Hizo una pausa para añadir—: Me sorprende que conozcas a la doctora Vaccari.

—Hemos coincidido un par de veces.

El Gran Grimorio dejó a un lado el libro y se estiró como un gato.

—Ajá... —Se crujió el cuello a un lado y al otro sin dejar de mirarlo a los ojos—. La doctora estaba muy sorprendida porque le hubieras dirigido más que un saludo.

—Me tiene por un hombre de pocas palabras.

—Lo que eres..., ¿no? —Ladeó la cabeza—. O tal vez te hayamos entendido mal y en realidad seas una caja de sorpresas. ¿Hay algo que desees saber, Abraxas?

Sintió que la pregunta era una trampa.

—Deseo saber por qué estoy aquí, Mi Señor. Deseo que me den directrices.

—Me lo imagino. Nunca se te ha dado bien obrar por tu cuenta... a no ser que estuvieras bajo el efecto del mayor anestésico del mundo: la ira. Necesitas una orden, y yo estaré encantado de dártela. —Acarició con los dedos el respaldo del asiento—. Pero antes he de hacerte una petición. Una que espero que comprendas, dado que eres una inclusión de última hora y has de ser sometido a las mismas pruebas de lealtad que el resto.

—Estoy dispuesto, sea lo que sea.

El Gran Grimorio sonrió muy despacio.

—¿Estás seguro de eso? Tu condición de penitente te impide

imaginar el alcance de los sacrificios que les exijo a mis criaturas para saber que puedo confiar en ellas. Has sido concebido desde el amor, y has recibido ese luminoso cariño incluso tras tu caída, porque mírame... Te trato como a un rey.

Abraxas tuvo que reprimir un estremecimiento al oír aquello.

—Al menos procuraré intentar complaceros.

El Gran Grimorio mantuvo el suspense durante unos segundos, mirándolo con la cautela que cabía esperar dado que era, en sus palabras, una nueva incorporación.

Abraxas había estado seguro desde el primer momento de que La Criatura no se lo pondría fácil. No había llegado hasta donde estaba, en la cúspide del poder terrenal y a punto de disputarle el trono universal a La Magna, siendo descuidado.

Lo vio rodear la silla y apoyar todo el peso en el respaldo del asiento.

—Quiero un tributo, Abraxas. Quiero la vida de quien ha representado la etapa que dejas atrás. Así podré estar seguro de que deseas a Astaroth sobre todas las cosas. De que puedes sacrificar a quien sea, como sea.

Abraxas pestañeó un par de veces, dándole vueltas a quién podría referirse.

—¿El *rex* Valthessar? —sugirió, dudoso.

—Ese es un blanco fácil, puesto que ya lo odias. De hecho, no lo mataste anoche porque habría sido demasiado sencillo. No, el *rex* no... —Le hizo una caída de ojos, tamborileando los dedos contra el asiento —. Quiero a Ruth Havel.

Abraxas le sostuvo la mirada con firmeza, manteniendo el semblante inexpresivo. Él lo estaba observando con especial fijación, con una media sonrisa victoriosa despuntando en sus labios, como si supiera que acababa de pillarle un embuste.

Si esperaba que se echara atrás, estaba muy equivocado.

—¿Cuándo? —fue lo único que preguntó.

—Ahora.

Abraxas agachó la cabeza en señal de obediencia.

—Así sea.

Capítulo XXXV

Ruth había ido a refugiarse donde pensaba que podría sentirse a salvo. No protegida a un nivel físico, pues había aceptado que nunca dejaría de correr peligro por el mero hecho de ser quien era —hija de un hombre diabólico y casi amante de una criatura con amistades incluso más amenazadoras—, sino comprendida por alguien que si bien no podía ponerse en su situación, al menos podría ofrecerle consuelo al tratarse de una mujer humana.

En concreto, una mujer que entendía a la perfección lo que se sentía al querer a alguien con quien por una razón o por otra, la relación no podría tener lugar.

Mara vivía en un coqueto piso antiguo en la Ciudad Nueva, donde de niña Ruth pensaba que los buenos habían construido su sociedad avanzada. Aunque su estado de salud ponía limitaciones a las labores de anfitriona, se las había apañado para ofrecerle una cerveza de botellín —Staropramen, su preferida—, una fuente de patatas fritas y una manta para ahuyentar el frío.

A pesar de ser un apartamento pequeño, costaba caldearlo porque no había calefacción. Mara tenía que conformarse con una estufita para los pies.

—La gran pregunta es... —retomó Mara, inclinándose como pudo para atrapar una patata. Ruth se apiadó de ella y le acercó el bol para que no tuviera que alargar el brazo más de la cuenta—. ¿Qué vas a hacer ahora con tu vida? ¿Acaso quieres formar parte de este mundillo en el que tengo entendido que te metieron vía secuestro? No me escandalizo, ojo, que yo más o menos entré de la misma manera. Es el *modus operandi* de El Séptimo Círculo.

Ruth apartó la mirada del televisor. Había descubierto que a Mara le gustaba que hubiera ruido de fondo en todo momento, y ella misma le había confirmado que el zumbido de las películas de sobremesa la hacía sentirse acompañada. No tenía nada que ver con que le gustaran los clásicos en blanco y negro, como la versión de *Mujercitas* de June Allyson que el canal había decidido reponer con motivo de sus últimos *remakes*.

—Me gustan las emociones fuertes, la verdad. No me desagradaría formar parte de una organización que combate el terror de los mortales, ¿sabes? Por un lado estaría en el bando bueno, no tendría

que preocuparme de pagar el alquiler y los problemas que hasta ahora han convertido mi vida en un jodido infierno quedarían reducidos a nada, aunque fuera por comparación. Ya ves tú qué puede importar que me persiga la policía o tener cuentas pendientes con los narcos de Praga si empiezo a responder ante la diosa de todos los mundos.

—La diosa de todos los mundos puede ser un grano en el culo cuando quiere —la advirtió Mara—, y sus castigos no son moco de pavo. Si eres un poquito rebelde como yo, prepárate, porque no le vas a caer bien.

Ruth recogió las piernas y se las abrazó.

—¿Cómo es que tú abandonaste el barco? —preguntó con curiosidad—. ¿Siquiera puedes tomar esa decisión?

—Ellos no pueden, así que es normal que lo preguntes, pero yo sí. Los ocultistas, la gente con poderes más allá de pertenecer a una raza protectora, los llamados «mortales bendecidos con dones» —hizo las comillas doblando los dedos—, pueden decidir si formar parte de La Sociedad. Obviamente los sobornan de lo lindo porque los necesitan para seguir adelante, y casi nadie en la historia se ha pirado porque, en fin, al amparo de La Magna se sienten comprendidos, dejan de ser los raritos de la clase en una sociedad más bien cerrada de mente. A mí no me pueden chantajear porque mi poder es único. Hay miles de augures y videntes repartidos por el mundo, pero muy pocos portales de almas. En teoría, mi poder no puede ser usado ni para el bien ni para el mal, simplemente sé quién ha muerto, por lo que no supongo ningún peligro y por tanto tengo más libertad... pero en realidad sí que pincho y corto, amiga. —Y le lanzó un guiño vanidoso. Ruth esbozó una sonrisa tan desinflada como se sentía.

—Me refería a cómo pudiste salir del clan estando vinculada a un penitente, pero bueno, también quería saber cómo funciona eso que has explicado, así que de lujo —se rio.

—Ah, eso... —Se encogió de hombros—. Puedo porque soy masoquista y solo me importa mi culo, en palabras suyas... que son también las mías, ojo. No creas que el cuerpo o el alma no te castigan por atreverte a desafiar la institución del romance *anandha*-penitente; creo que clínicamente se diría que tengo depresión y trastorno ansioso a raíz de la separación —cabeceó, pensativa, aunque sin ápice de autocompasión—, pero no es que estemos unidos por el costado como los siameses, ¿sabes? Por poder, puedes irte. La cosa es que nadie quiere porque duele de cojones.

—Creo que yo no lo haría —meditó Ruth, colocándose los mechones más largos tras las orejas—. Para mí es un sueño tener la certeza de que alguien a quien quiero estará a mi lado para siempre, sin importar lo que ocurra; que me protegerá y me querrá a pesar de mis defectos. Y también me gusta eso de limpiar el mundo de gentuza

—apostilló, frotándose las manos con aire malicioso.

Mara le hizo una caída de ojos condescendiente.

—Oh, cariño, no te equivoques. Tú no limpiarías el mundo de gentuza. El Séptimo Círculo es lo más sexista que existe. Ellos van a pelearse, y tú te quedas en casa esperando a que vuelvan.

—Creo que tú te quedabas porque no sabes luchar —meditó con una sonrisa burlona.

—También puede ser —aceptó Mara, al borde de la risa—, pero me apuesto la vida a que si se me hubiera ocurrido decir «oye, que os acompaño, dadme una pistolita», Valthe me habría dicho que nanay del Paraguay y me habría atado a la pata de una mesa.

Un golpe en la contraventana las sobresaltó a las dos. Lo ignoraron, suponiendo que se había levantado el viento de la tormenta que se desataba al otro lado del cristal. Craso error, porque al cabo de unos segundos, cuando estaban retomando la conversación, la ventana reventó como resultado de un golpe seco. Mara gritó, y gritó con terror por un simple motivo: la decisión más acertada, que en cualquier caso sería huir, quedaba muy lejos de sus posibilidades.

Ruth se incorporó con esto en mente y se acercó a ella para ayudarla a ponerse de pie. Pretendía apaciguarla alegando que la rama de un árbol habría quebrado el vidrio y llevarla al dormitorio, donde no se habría instalado el frío invernal que congeló la estancia, pero un intruso lo impidió.

—Puedes dejar a Mara donde estaba —dijo Abraxas, de pie sobre los cristales rotos. Se sacudía los hombros con desdén, sin miedo a cortarse los dedos con los restos de vidrio que habían caído sobre él como una lluvia de copos de nieve—. No he venido a por ella.

—¡No me jodas, Abraxas! —gritó Mara—. ¡¿No puedes usar la puta puerta, como la gente normal?!

Ruth arrugó el ceño, a punto de aclarar que él era de todo menos una persona corriente. No tuvo tiempo. Ni siquiera dispuso de tiempo de reacción para abofetearlo, echar a correr o preguntarle cómo se atrevía a aparecer como si tal cosa y con la obvia intención de llevársela en volandas. Abraxas se adelantó y la agarró como si le perteneciera.

Ni siquiera tuvo la oportunidad de debatirse entre sus brazos. Leyó en su semblante ensombrecido que no tenía el humor para andarse con tonterías, y que fuera cual fuese su motivo para llevársela, ni era romántico, ni ella conseguiría disuadirlo.

—No... —balbuceó Ruth, intentando deshacerse de la mano dura con la que le apretaba la muñeca—. ¡No! ¿Qué haces?

—¡Abraxas! —exclamó Mara, manteniéndose en pie muy a duras penas sin las muletas—. ¿Se puede saber qué coño te pasa? ¡Suéltala!

Pero Abraxas no atendió a razones. Levantó a Ruth en vilo y se la

echó al hombro como aquella primera vez; esa primera vez a la que, en otras circunstancias, la víctima habría hecho referencia con sorna. No en esta, porque Abraxas no le hablaba, ni siquiera la miraba, y su determinación a sacarla del edificio para llevarla a solo Dios sabía dónde era tan firme que de nada le serviría resistirse.

Pero, aun así, Ruth lo hizo: culebreó y lo golpeó con los puños cerrados hasta que se cansó. Se cansó de pelear, de gritar y de tomarse la molestia cuando nunca había servido para nada.

Abraxas no le dirigió la palabra en todo el trayecto, y ella, una vez se rindió, se limitó a mirar al otro lado de la ventanilla para memorizar los desvíos que tomaban por si acaso vivía para contarlo.

«No seas exagerada», se regañó. En el fondo, el dramatismo por el que se estaba dejando llevar tenía su base en que se sentía dolida con él, no asustada. Estaba más que acostumbrada a sus ademanes bruscos y a sus sorpresivas entradas. Lo que empezaba a inquietarla era su silencio.

—¿A dónde me llevas? —quiso saber cuando la bajó del coche de un tirón y la llevó por lo que parecía una ruta subterránea de la época romana.

Debía de tener más siglos de antigüedad que los monumentos emblemáticos de la ciudad. Sin tener gran idea acerca de las construcciones primitivas, los pasillos húmedos por los que Abraxas la condujo se le antojaron una parte descuidada de las catacumbas cristianas que Ruth llegó a visitar una vez en San Calisto, solo que sin los nichos para los fallecidos.

A partir de una puerta que por lo visto bastaba para aislar el interior del frío que se respiraba allí, el corredor se modernizaba, asemejándose mucho más al de un hospital: amplio e impersonal, y con olor a nuevo.

Ruth estaba tan ocupada memorizando todo lo que veía, tratando de entender a dónde demonios pretendía llevarla, que no le molestó que Abraxas no contestara y caminó por su propio pie hasta la habitación que él mismo escogió para poner fin al misterio. La empujó al interior con indiferencia.

Ruth tropezó y se cayó hacia atrás, la que fue la gota que colmó su paciencia.

—¡¿Qué cojones te pasa, gilipollas?! —le gritó a pleno pulmón—. ¡¿No tienes ya lo que querías?! ¡¿No has tomado ya tu decisión?! ¡¿Para qué coño me necesitas a mí...?!

—Hola, Ruth.

La aludida se calló al reconocer el tono aparentemente amistoso de Pavlik, o como se hiciera llamar después de revelar su condición sobrenatural. Ruth se giró, aún sin levantarse del suelo, para buscar entre los rincones poco iluminados de la habitación el rostro de Metraton.

Allí estaba, con las manos apoyadas en el respaldo de una silla con reposabrazos.

—¿Qué significa esto? —preguntó en voz baja. Intentó mantener el contacto visual con Abraxas, pero este le rehuía la mirada. Su cobardía terminó de avivar el mal presentimiento que había estado tratando de acallar durante todo el viaje, en el que se había aferrado la ridícula esperanza de que pretendiera quedarse a solas con ella para ofrecerle una disculpa, para jurarle que se había equivocado al elegir —. Abraxas, mírame... ¡Háblame! ¿Qué hago yo aquí?

No le dijo ni media palabra, pero le tendió una mano. Ella la aceptó a regañadientes para que la ayudara a incorporarse, y solo porque odiaba verse en situación de inferioridad. Sobre todo en presencia de aquella abyecta criatura que alternaba miradas interesadas entre los dos, como si quisiera averiguar la clase de relación que les unía. Acto seguido, y sin darle tiempo a correr hacia la puerta, Abraxas la sujetó por las muñecas y caminó, obligándola a ella a retroceder, hasta que la hubo sentado en la silla. Ante la cara de pasmo de Ruth, él utilizó las cuerdas que descansaban en el reposabrazos, casi esperándola con paciencia y riéndose de ella, para maniatarla con mimo.

El shock era tal que no encontró las fuerzas para reaccionar. Hacía lo que podía por buscar sus ojos, por leer en ellos una emoción que le sirviera para comprender lo que estaba sucediendo, pero el rostro de Abraxas estaba sumido en la penumbra debido al contraluz de los focos situados en el techo. Se había situado en el punto perfecto para que la luz blanca le diera en la espalda.

—Abraxas —le rogó esta vez con un nudo en la garganta—, dime qué significa esto.

Por fin él alzó la mirada.

—Mi Señor me ha exigido un sacrificio para saldar la deuda que Él y yo tenemos pendiente. He de cumplir con su orden para liberar a Astaroth, y esa orden no tiene sentido sin ti. Por ello, Metraton y yo estamos hoy aquí presentes: él será testigo de tu asesinato.

Antes de que Ruth pudiera asimilar el movimiento, Abraxas extrajo una daga del cinto y presionó la hoja contra su cuello, que ella echó hacia atrás en un acto de supervivencia. En otras circunstancias habría entrado en negación, o incluso se habría echado a reír, tomándolo por una broma macabra, pero una sabia corazonada le advirtió que su camino acababa allí.

Se estremeció de pavor.

—¡No! —aulló, estirando los dedos que habían quedado libres de la sujeción—. Abraxas, no... No, por favor. Aceptaría que algún esbirro de los que he visto con mis propios ojos me matara, o que lo hiciera un exsocio de mi padre, o, ya que estamos, la puta policía, pero tú... Tú no. Tú no puedes hacerme esto. Confío en ti. ¡Confío en ti!

Abraxas le sostuvo la mirada sin inmutarse. No hizo ningún movimiento, pero el cuchillo seguía presionando su garganta, y Ruth tenía miedo. Sí; por primera vez desde el secuestro, tuvo miedo de Abraxas. No de la muerte lenta y dolorosa que podría sufrir a sus manos, sino de haber cometido por él ese error que hasta el momento no había constado en su expediente; le dolió y le asustó haber entregado una parte de sí misma a alguien que nunca lo había merecido. A alguien que no valoraba el regalo y estaba dispuesto a sacrificarla sin contemplaciones.

—Lo siento —dijo con voz queda.

Ruth sintió que la hoja apretaba más y notó el roce acerado de la hoja en la piel. Un hilo de sangre brotó, disparando todas sus alarmas. Contrajo los dedos en dos puños impotentes.

—¡Que lo haga Metraton! Que lo haga otro. Por favor, que lo haga otro —insistió al borde de la asfixia. Se le atragantaban las palabras—. Si existe otra vida, no quiero... No quiero que lo último que recuerde de la anterior sea que me traicionaste así. Porque dijiste que me protegerías; me lo prometiste. ¡Lo juraste! Y puede que no signifique nada para ti ya, pero, por favor... No lo hagas tú. Y si no bajas el arma por piedad, al menos hazlo por ti: en el fondo no creo que pudieras soportar haber matado a alguien que te quiere.

Cerró los ojos al decirlo, sobrepasada por sus propias emociones y por la vergüenza de haberse humillado así. Pero si esas eran sus últimas horas, quería marcharse con el consuelo de haber sido sincera.

¿Qué importaba en ese momento lo que había estado callando por orgullo, para no dejarse en evidencia, para no admitir que a veces podía ser débil? Él ya lo estaba viendo, porque no era ciego ni tenía un pelo de tonto. Debía haber leído en su mirada que el simple hecho de que sujetara el cuchillo contra ella ya la había herido de muerte. Poco importaba, pues, la presión que ejerciera.

Pero la presión menguó.

Ruth no quiso ver lo que estaba sucediendo a su alrededor y permaneció con los ojos cerrados.

—Sé que he elegido mal. Siempre elijo mal —musitó ella entre sollozos—. Pero te quiero, por Dios que lo hago. Quizás lo hago porque soy... masoquista, temeraria y me desobedezco incluso a mí misma, quien me ha rogado siempre que sea prudente y no me deje llevar, pero te quiero.

—Por favor... —se burló Metraton. Le recordó su presencia con una risita displicente—. No te pega nada esa cursilería, Ruth, ni siquiera en tus últimos segundos de vida. ¿A qué esperas, Abraxas? La paciencia de Mi Señor no es eter...

Un grito interrumpió sus apremiantes palabras. Ruth abrió los ojos, asustada por si el aullido era una reacción a la puñalada que ella estaba esperando recibir, y giró la cabeza cuanto pudo para ver lo que sucedía a su espalda.

Abraxas estaba desarmado. El largo cuchillo había ido a parar al centro de la garganta de Metraton, por la que se estaba desangrando. Ruth devolvió la vista al agresor, anonadada, y sintió que podía volver a respirar cuando él la miró a los ojos como hacía antaño; con la misma calidez y fijación que un hombre demostraría por la debilidad que le hacía poderoso.

—Me entristece enormemente que pensaras que iba a matarte. —Meneó la cabeza, decepcionado, y le hizo una señal con la barbilla hacia la pared donde había clavado a Metraton—. Adelante, acaba con él. —Viendo que ella no podía moverse, en shock, insistió—: Tenemos muy poco tiempo para salir de aquí antes de que suenen las alarmas, Ruth, así que haz lo que me prometiste que harías en cuanto tuvieras la oportunidad: mata a este hijo de puta. Clavarlo a la pared por la garganta no hará que se desangre hasta morir, te lo aseguro.

E hizo otro movimiento de cabeza para apuntar el mango de su *gladius,* que descansaba como una morbosa oportunidad en la vaina del cinto. Ruth fue a quejarse de que estaba atada, pero se dio cuenta de que con solo incorporarse levemente y mover los brazos, las cuerdas se deslizaban sobre su piel, como si las hubiera posado sobre ella y no anudado.

Se dijo que intentaría averiguar cómo era posible más adelante y desenvainó la espada con la muñeca floja. Aunque el ataque sorpresa había dejado a Metraton acobardado y moverse a un lado o al otro le costaría el desgarro que pretendía evitar, llevó la mano a su propio cinturón, donde llevaba una pistola.

Ruth no le dio tiempo a blandirla. La hoja del *gladius* demostró estar más afilada incluso que cuando la empuñó por primera vez, como si Abraxas la hubiera afinado para ella, y le rebanó la muñeca sin dificultad.

Recordó que había estado a punto de atravesarle el corazón cuando intentó atacarla en su dormitorio y pensó que parte del trabajo ya estaba hecho. Solo para confirmarlo, Ruth se detuvo delante de él, pisando la pistola que había caído junto a la mano aún caliente, y hundió el dedo índice donde creía que le seguiría doliendo.

Metraton se retorció con un aullido que le rajó aún más la garganta y transformó su grito en una suerte de estertor animal. Levantó la

mano que le quedaba para sacarse el cuchillo a riesgo de empeorar la herida y defenderse, pero Ruth retorció el dedo sobre su pecho y lo frenó en seco. Aunque no se movió, esbozó una sonrisa peligrosa que hizo que a ella le temblara el pulso. No fue necesario que despegara los labios para hablar, ni tampoco que se comunicara mentalmente con ella: su expresión, aun vulnerable, lanzaba un claro mensaje. «Estás loca si piensas que vas a poder matarme».

No dejó que su mirada victoriosa la turbara. En su lugar la interpretó como un apremio para blandir el *gladius* y colocarlo en posición para atravesarlo por el punto exacto donde la herida aún latía. Se apresuró a dar dos pasos atrás, pero la sonrisa de Metraton se ensanchó, y justo cuando Ruth lanzó la estocada que haría que la vida abandonara su cuerpo...

—¡No! —gritó ella al verlo desaparecer ante sus ojos—. ¡No, no...! ¿Qué ha pasado? —Se giró hacia Abraxas, que tenía la mirada clavada con rabia en el mismo punto: en la pared vacía salvo por las salpicaduras de la sangre, lo único que no se había ido con él tras desmaterializarse en el aire. Sintió que Abraxas le rodeaba la mano que sujetaba el *gladius* y lo sostenía con fuerza. Ella insistió, furiosa—. ¿Qué ha pasado?

—Ha pasado algo muy curioso —musitó Abraxas—, pero ahora tenemos que largarnos. Y yo que tú cogería esa pistola para sobrevivir al camino.

Aún contrariada, pero aliviada sabiendo que iría armada, aceptó su consejo y salió en pos de él.

Capítulo XXXVI

Abraxas necesitaba llegar al ala donde se conservaban los cuerpos de los difuntos. Para ello, antes tendría que localizarla, y no le sobraba el tiempo.

Por más vueltas que había dado alrededor, por más que se asomó a las puertas que le sonaron familiares y repitió para sus adentros el trayecto que siguió el Gran Grimorio para conducirle hasta Astaroth, no había vuelto a toparse con la dichosa sala de los nichos.

Sin referencias a las que aferrarse, decidió seguir una corazonada y tirar de la mano de Ruth para correr pasillo arriba.

—¡Esta no es la dirección de salida! ¡Hemos venido por el otro lado! —gritó ella, haciéndose oír por encima de la alarma que había estallado al desaparecer Metraton. Abraxas no había visto al esbirro pulsando ningún botón ni haciendo ninguna llamada; tampoco hablar a través del *walkie* de seguridad que le habrían proporcionado para pasar por guardia del complejo, pero imaginaba que estaba conectado de alguna manera al sistema, o que las cámaras habrían grabado lo sucedido.

Contó con ello desde el principio. De hecho, estuvo dándole vueltas en su camino hasta el apartamento de Mara, cuando empezó a maquinar la manera de llevar a cabo el plan. Eso no quería decir, no obstante, que el dichoso sistema de seguridad no fuera un maldito contratiempo. Abraxas había contado con que dispondría de días, tal vez de semanas para pulular por los laboratorios del Enclave; tiempo suficiente para localizar en un mapa y con los ojos cerrados la sala donde albergaban el cuerpo de Astaroth y averiguar cómo desconectar todas las alarmas.

El Gran Grimorio debía haberlo leído en su pensamiento, incluso a pesar de haber intentado bloquearlo. Había actuado demasiado pronto al exigirle la cabeza de Ruth, seguramente guiado por la desconfianza.

—¡Abraxas! —Ruth frenó en seco y esperó a que él la mirase para transmitirle su desesperación—. ¡No es por ahí!

—Confía en mí —le rogó entre dientes—. Hay algo allí que necesito traer conmigo.

Ruth compuso una mueca de incomprensión. No podía siquiera imaginarse de qué se trataba, y era cierto que no tenía por qué confiar

en él; sobre todo después de la situación tan complicada en la que la había puesto, y solo para darle la satisfacción de acabar con uno de sus enemigos. No obstante, observó en el modo en que su ceño se dulcificaba que estaba de acuerdo con hacer un último sacrificio. Meneó la cabeza, dejando claro que no le parecía la mejor idea, pero reanudó la marcha en la dirección contraria a la única salida que constaba en la memoria de ambos.

En cuanto dieron un par de pasos, aparecieron los primeros esbirros del Gran Grimorio. Si querían detenerlos, podrían conseguirlo. Fueron tantos los engendros que de pronto se abalanzaron sobre ellos que tendría que renunciar al sueño de matarlos a todos y sortearlos a empujones para salir de allí. Que los superaran en número no detuvo a Ruth, sin embargo. Haciendo gala de una puntería brillante, les disparó en la cabeza y los echó de su camino con un ansioso gesto de mano para abrirse paso.

La alarma seguía sonando de fondo mientras Abraxas hacía lo propio con el *gladius*. Tuvo que soltar la mano de Ruth para armar la otra con la daga de repuesto y ponerse a la altura del enemigo. Estaban ralentizando su huida hacia delante, pero seguían avanzando, y eso bastaba para que Abraxas se negara a darse por vencido.

Con el rabillo del ojo, y solo durante vistazos fugaces, Abraxas se percató de que las salas del laboratorio estaban vacías. Había tomado la precaución de no capturar a Ruth hasta una hora lo bastante tardía para que la mayoría de los científicos estuvieran en casa, a salvo de un posible desenlace fatal.

Cuando pudieron librarse de la primera horda de engendros y echaron a correr, se preguntó si la doctora Vaccari seguiría allí. No le gustaría que acabara saltando por los aires si el autodestructivo protocolo de emergencia que le mencionó resultaba ser real.

Abraxas esperaba que no. Necesitaba que las pruebas sobrevivieran.

—¿Dónde coño está lo que sea que andas buscando? —jadeó Ruth —. Porque parece que no tienes ni idea de dónde se encuentra...

Las criaturas salían de todas las puertas, como si hubieran permanecido allí dentro sentados, esperando el momento propicio para abalanzarse sobre los intrusos. Abraxas ni siquiera se despeinaba rebanando sus cabezas, pero se fijó en que Ruth empezaba a cansarse, en parte porque la pistola se quedó sin balas y tuvo que conformarse con sus no tan avanzadas habilidades con el cuchillo.

«Tienes que seguir», se dijo, aun así. «Tienes que encontrarla. Es por lo que estás aquí», se seguía repitiendo. El terrible presentimiento de que aquella era su última oportunidad para recuperarla no lo abandonaba.

Estaba a punto de perder la esperanza cuando reconoció a simple

vista la puerta que el Gran Grimorio había abierto para él. Estaba protegida con un candado y el mismo sistema de seguridad ante el que, por supuesto, La Criatura no tenía que responder. Un subidón de adrenalina le hizo salvar el espacio hasta el acceso de una sola zancada y romper tanto el candado como el reconocimiento facial de un puñetazo. La puerta no quiso ceder, aun así, y Abraxas tuvo que romperse los nudillos y la muñeca para que el material blindado cediera.

No pudo sentirse aliviado cuando estuvo de pie bajo el umbral, a pesar de reconocer la disposición de los nichos y saber con absoluta claridad en cuál se encontraba Astaroth. Al fondo de la sala, en la pantalla que en su previa visita estaba apagada, destacaban los números de una cuenta atrás. El protocolo de emergencias era real, comprendió horrorizado. Quedaban cuarenta y cinco segundos para la detonación.

Eso explicaba el silencio de los laboratorios y el hecho de que los engendros hubieran dejado de salir a partir de cierta altura.

Abraxas se aferró al borde de la puerta desvencijada. Posó una mirada de ojos vidriosos en el nicho donde se encontraba Astaroth, en el candado que tendría que romper y que se resistiría tanto a su fuerza como cualquier acero inoxidable. Pensó en cuánto rato le tomaría sacarla de allí, arroparla con cuidado de no violentar su cuerpo... Tardaría esos preciados cuarenta y cinco segundos, y por un instante pensó que no le importaba. Dependiendo de los materiales que hubieran forjado la bomba, él podría morir sosteniéndola entre sus brazos o bien sobrevivir al fuego y a las cenizas. En el primer caso habría cumplido la promesa que una vez le hizo a Astaroth, entregarse a la muerte con y por ella, y en el segundo supuesto habría conseguido lo que se propuso, encontrar lo que quedaba de su mujer y darle el entierro que siempre mereció.

—¿Qué haces ahí parado? —gritó Ruth.

Él se giró para mirarla con asombro, como si acabara de recordar que no estaba solo.

Ruth jadeaba, despeinada, y tenía la cara salpicada de sangre propia y ajena. Los engendros le habían rasgado la ropa con sus zarpas afiladas, y ahora sus vaqueros de por sí rotos y su jersey de hombro caído presentaba un aspecto lamentable. Pero debajo de toda esa suciedad estaban los ojos tristes, entre el verde de la esperanza a la que se aferraba incluso en los momentos más críticos, y el gris de la melancolía que nunca terminaba de apagarla; los labios que ya había besado, la mente y el corazón de una persona que seguía viva..., pero no por mucho tiempo si no salían de allí.

Abraxas sacudió la cabeza, y sintiendo que ahí abandonaba y traicionaba la vida que tanto amó, salió de la sala. Cogió a Ruth de la

mano y se la apretó tan fuerte que ni siquiera si el detonador hubiera sido activado en ese momento, haciéndolos volar por los aires, podría haberlos separado. Tiró de ella y corrió pasillo abajo tan rápido como la humanidad de Ruth podía permitirlo.

Él contaba hacia atrás para sus adentros. Pensó que a ese ritmo no llegarían y se detuvo un instante para cogerla en brazos y apretar el paso. Llegó a la salida con diez segundos de diferencia, pero no se detuvo allí por miedo a que la bomba estallara hacia los costados. Salió a la superficie, abandonando las catacumbas, y no paró de someter a prueba su resistencia hasta que hubo puesto toda la distancia posible entre el edificio y ellos.

Estaba empezando a pensar que la detonación había sido un farol cuando la corriente de una explosión masiva lo empujó por detrás, arrojándolos a ambos a la hierba fresca de lo que parecía un parque natural. Tosiendo por el humo que entraba en sus fosas nasales, Abraxas se arrastró hacia Ruth y la cubrió con su cuerpo. Apretó los dientes para soportar el ruido que hacía pitar sus oídos y se tapó los ojos con el antebrazo libre. Inhaló para confirmar que el fuego no estaba lo bastante cerca para alcanzarlos, y supo que la lluvia de ceniza acabaría llegando hasta ellos tarde o temprano.

Ruth se presionaba las orejas con las palmas de las manos, temblando. Solo abrió los ojos cuando supo que llegaba la calma tras la tormenta, e intercambió una mirada inquieta con Abraxas. Él sintió que el corazón se le encogía, y aunque quiso abrazarla con fuerza y llevársela muy lejos para ponerla más a salvo, no pudo ni siquiera pestañear, sobrecogido por la decisión que acababa de tomar; que, de hecho, había tomado siguiendo un impulso, sin pararse a pensar en que estaba dejando atrás lo único por lo que había luchado desde que la buena suerte lo abandonó.

Abraxas se incorporó con dolor en las articulaciones y se dio la vuelta para ver cómo las llamaradas y el humo salían del corazón del parque natural, donde le sorprendió que hubiera estado situado el laboratorio. Si los bomberos no acudían pronto y controlaban a tiempo el incendio, todo cuanto alcanzaba a la vista ardería, o eso pensó hasta que miró a su derecha y vio que un lago de aguas cristalinas podría ser el cementerio al que el fuego iría a morir.

Astaroth yacía bajo las llamas. Ese era un hecho objetivo. Astaroth y la criatura que había muerto antes de nacer; los dos seres a los que más había amado, a los que tendría que haber defendido y, sin embargo, había dejado morir de nuevo.

Por un instante, la culpabilidad le nubló la mente y la vista de tal manera que fue incapaz de comprender por qué. Por qué los había sacrificado. Por qué él estaba ahí y no se había unido a ellos para ser la familia que podrían haber formado, aunque fuera en otro plano, en

otra vida. Pero las dudas desaparecieron, instaurando una nueva sensación de certeza y también de absoluto pavor, en cuanto oyó la voz de Ruth.

—¿Tenías la menor idea de que eso pasaría?

Abraxas asintió aun sin haber entendido bien la pregunta. La miró siendo por primera vez física, mental y espiritualmente consciente de que la había elegido por encima de todo. Por encima del bien y del mal. Por encima del sentido común y del respeto. Por encima del amor. La miró y se sintió tan débil y asustado por lo que eso significaba que perdió el equilibrio cuando ella torció el gesto y lo abofeteó con todas sus fuerzas.

—¡Serás cabrón! —le gritó en pleno arrebato de ira. Abraxas podía imaginarse que la adrenalina fluía por sus venas de forma desaforada —. ¿Cómo se te ocurre ponerme en peligro de esa manera? ¡Y no me digas que es porque sabías que me haría ilusión vengarme de Pavlik, Metraton o como se llame, porque te juro por Dios que nada me habría complacido más que no haberme quedado sorda después de una puta explosión que podría haberme matado!

Abraxas se quedó en el sitio, soportando con aparente estoicismo todos los reproches que ella decidió hacerle y que salían a borbotones de sus labios, como si no pudiera contener las palabras.

Gritaba tan alto que no se percató de que el cielo tronaba, preludiando una tormenta.

—¡Y encima me has hecho pensar que me ibas a matar! —seguía aullando, temblando de pies a cabeza y aun así llena de energía. Caminaba de un lado a otro, aplastando los brotes de hierba con sus botas con cadenas—. ¡Y le has hecho pensar a todo el mundo que te habías unido al Gran Grimorio! ¿Y por qué? ¿Te parecía divertido hacer sufrir a los demás? ¿Querías que todos lloraran por ti? ¿Qué cojones te pasa en la cabeza? —le gritó, señalándose la sien.

Respingó cuando cayó sobre ella la primera gota de lluvia. Alzó la mirada con la mano colocada sobre la frente como visera para confirmar que el cielo comenzaba a descargar el aguacero, y no con suavidad, sino como si él, al igual que ella, también necesitara desahogo.

Ruth pausó temporalmente su lista de reproches, pero no para ponerse a cubierto, sino para respirar hondo. Blandió el dedo índice y se preparó, empapada de la cabeza a los pies, para seguir reprendiéndolo.

Abraxas no lo permitió salvando el espacio que los separaba y besándola con desesperación. Por la sorpresa o por la rabia, ella no respondió en un principio, y luego intentó que se separara aporreándole el pecho con los puños cerrados. No fue una defensa muy eficaz, porque al tiempo que intentaba hacerle daño, abría la

boca, emitiendo un gruñido gutural, para besarlo de vuelta con idéntica rabia. Tenía todo el cuerpo en tensión cuando Abraxas la rodeó con los brazos y la apretó contra su pecho, intentando transmitirle lo que sentía y no se veía en condiciones de expresar por vergüenza y por principios: que la quería más que a nada.

Ruth se separó de forma abrupta y le lanzó una mirada de odio, pero no dijo nada. Se quitó la camiseta y la arrojó a un lado, desabrochó el sostén y se lo quitó con un par de movimientos secos, y luego empujó a Abraxas por el pecho, que dejó que la inercia lo mandara hacia atrás, dejándolo sentado sobre la hierba.

Antes de que pudiera preguntarle qué se proponía, Ruth se sentó a horcajadas sobre él y ahuecó su rostro con las manos para besarlo como si el mundo fuera a acabarse en ese preciso instante. Abraxas no pudo sino devolverle el beso con ímpetu, deslizando las manos codiciosas por la delicada espalda sobre la que la lluvia comenzó a disparar gotas de agua que eran como agujas de bordar.

Ruth se interrumpió para intercambiar con él una mirada enturbiada por el deseo y agarró el borde de su jersey para sacárselo por la cabeza. Abraxas buscó sus labios en cuanto estuvo semidesnudo. Ella lo recibió con un beso húmedo y sucio que hizo que le quemara la ingle.

—¿No tienes frío? —preguntó él entre besos, jadeante—. Debe haber... diez... diez grados.

—No me importa. —Hizo una pausa para humedecerse los labios e intercambiar una mirada oscurecida con él—. Vas a hacerme entrar en calor, ¿verdad?

Abraxas le rodeó la nuca con la mano y la trajo hacia sí para pasar la lengua por la línea recta que el roce de la hoja del cuchillo había trazado en el centro de su garganta. Ruth gimió y sacudió las caderas sobre su incipiente erección mientras él iba descendiendo por sus clavículas y el valle de sus pechos, salpicado por las lágrimas de agua con las que el cielo parecía haber querido decorarlo. Se suponía que olía a quemado, a pólvora, a vegetación húmeda, pero él solo era capaz de percibir el aroma corporal de la mujer que tenía encima, abrazándolo por los hombros para acercarlo más, más y más, como si deseara fundirse en un solo ser.

Sin dejar de recorrer con los labios el contorno de sus hombros, Abraxas guio las manos al pantalón vaquero. Desabrochó el botón, bajó la cremallera y metió las manos para comprobar, tal y como deseaba, que no llevaba ropa interior.

No mentía cuando decía que raras veces la usaba.

—Tienes que levantarte para que pueda quitarte esto —musitó Abraxas contra la comisura de su boca.

Ruth rozó la mejilla con la de él, igual que una gata mimosa,

mientras lo abrazaba contra ella de una manera que parecía a la vez una súplica y un agradecimiento. Debía de haber comprendido, antes de que él tuviera la oportunidad de explicarse, que al tomarla de la mano y salir corriendo estaba abandonando la pretensión de que Astaroth volviera a su lado; que la elegía, y cómo no elegirla, si su corazón latía y la sangre que corría por sus venas estaba tan llena de vida como toda ella, que temblaba y respiraba sobre él pidiendo que no dejara de acariciarla.

Se puso en pie, gloriosamente desnuda de cintura para arriba, y procurando que Abraxas la mirara en todo momento, se bajó los pantalones y los retiró a un lado con una patada impaciente. En lugar de regresar enseguida a sus brazos, dio un paso atrás y le dirigió una mirada desafiante. Lo retaba a salir en su busca, algo que Abraxas ni siquiera se pensó. Se incorporó de un salto, ardiendo de la cabeza a los pies, y corrió tras ella sin preocuparse de si llevaba o no los zapatos puestos, ignorando los charcos que habían empezado a formarse. La alcanzó enseguida y la atrapó entre sus brazos por la espalda. Hundió la nariz en su cuello, en la curva de su hombro.

Ruth respiraba entrecortada cuando se dio la vuelta para pedirle mordiéndose el labio que volviera a besarla. Abraxas no supo cuántos besos le dio. Tantos que perdió la cuenta, que dejó de sentir los labios, pero no la pasión arrolladora que le hacía vibrar; tantos que hubo un momento en el que no pudo más, en el que comprendió que con su lengua no le bastaba y necesitaba también el calor de su cuerpo, de sus entrañas.

La lluvia amainaba, como si estuviera de acuerdo con el estado de ánimo de Ruth, cuando Abraxas apoyó su delicada espalda contra el tronco de un árbol. Ella comprendió exactamente lo que le estaba pidiendo y se apoyó sobre sus hombros para no perder el equilibrio cuando rodeara su cintura con las piernas. Abraxas recorrió sus muslos firmes con los dedos y hundió las yemas en la carne tierna de sus nalgas antes de bajarse la cremallera y presionar la erección contra su sexo húmedo.

—Supongo que no tienes un preservativo —musitó ella. Sus ojos se habían aclarado y eran ahora de una preciosa tonalidad verde aguamarina. Si hubiera podido besarlos también, lo habría hecho.

—Existe solo un cero coma cero uno por ciento de posibilidades de que te deje embarazada. Los penitentes no fueron creados para reproducirse.

—Pero tú no eras un penitente, ¿no? Ni un guerrero sabino, ni un soldado romano... O eso dijiste —musitó de forma sugerente, acariciándole la nuca. Lo miraba con los párpados entornados y con una media sonrisa hipnotizada—. Solo eras mi novio, ¿verdad?

—Y más que eso. —Apoyó la frente contra la de ella—. Soy todo

tuyo.

Ruth le clavó las uñas en los hombros cuando comenzó a penetrarla. Abraxas procuraba hacerlo despacio para no herirla, pero en su expresión no había más que el puro éxtasis de un placer sin precedentes. Sintió que sus muslos lo presionaban por la cintura y se empujó de una embestida hasta que la hubo colmado por entero. Ella había aguantado el aliento y ahora respiraba con dificultad, alternando gimoteos ininteligibles y suspiros.

Abraxas sintió que entendía lo que quería con tan solo una mirada, y a esa mirada se aferró cuando se retiró para embestirla la segunda vez y todas las que siguieron. No había dejado de llover. Con el movimiento saltaban las gotas de agua que perlaban sus cuerpos. Fue cuando la tormenta dio signos de arreciar de nuevo cuando Abraxas se percató de que aquello que salpicaba el rostro de Ruth no era la lluvia, sino las lágrimas. Sin dejar de mover las caderas, se inclinó sobre ella y besó los surcos que habían dejado en sus mejillas. Volvió a encontrarse con sus labios, pero no profundizó el único y casto beso y se limitó a rozarse con su boca entreabierta.

—Si me abandonas otra vez... —le advirtió Ruth con voz temblorosa—, buscaré la manera de matarte de la forma más lenta... y dolorosa... que te puedas imaginar.

—Y la encontrarás, estoy seguro —respondió él entre jadeos. Mordió su labio inferior—, pero no te atrevas a amenazarme cuando estoy dentro de tu cuerpo.

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer para vengarte? ¿Follarme más fuerte?

—Dejar de hacerlo.

Ruth no respondió verbalmente. Afianzó los tobillos a la espalda de Abraxas y presionó los muslos contra sus caderas, dando a entender que haría falta una desgracia para separarlos. Él sonrió con vanidad y se pegó aún más, llegando a empujarla contra la corteza del árbol. Aumentó el ritmo de las embestidas de manera que ninguno de los dos podría haber separado los labios para decir una coherencia. No se detuvo mientras Ruth alcanzaba el orgasmo y le rajaba la espalda con sus uñas afiladas, muchas de ellas rotas después de las peleas, de los disparos, de las huidas, de la vida de guerrera; no habría parado jamás si su cuerpo no se hubiera estremecido, advirtiendo del clímax próximo.

Sabiendo que estaba a punto de derramarse, retiró el miembro de su interior y se vació sobre su vientre, llegando a salpicar el valle de sus pechos con el líquido caliente.

—¿Ahora sí puedo amenazarte? —preguntó ella. El pelo empapado se le había pegado a las mejillas, ruborizadas por el ejercicio y el calor concentrado entre los dos, y lo miraba con la boca entreabierta.

Abraxas deslizó el pulgar por su labio inferior.
—Ahora puedes hacer conmigo lo que quieras.

Capítulo XXXVII

Mara tuvo que acometer una serie de heroicidades para llegar a la mansión de El Séptimo Círculo, pero ninguna de ellas habrían sido posibles si no hubiera contado con la inestimable ayuda de un conductor de Uber. No solo necesitaba un vehículo que la llevara a la dirección estipulada, sino que la recogiera en la puerta de su casa para que no tuviera que bajar las escaleras con la única muleta sobre la que se podía apoyar sin que la clavícula la hiciera llorar de dolor.

No era tan cómoda como la silla de ruedas, pero llegaría más rápido, y la casa de los penitentes no tenía rampas habilitadas para las mujeres con discapacidades temporales.

Gracias a la colaboración del adorable chófer, pudo llamar a la puerta de El Séptimo Círculo a las cuatro de la madrugada, tan solo dos horas y media después del secuestro. Estaba empapada —no había podido evitar que le lloviera en el trayecto hasta el coche, ni tampoco en el posterior hacia el porche de la mansión— y muerta de miedo, pero para su inmensa desgracia, se sintió mejor cuando Valthessar la recibió.

Tenía el ceño fruncido, como era costumbre en él, y también estaba herido, señal de que había cubierto la guardia de aquella noche. Mara empezó a salivar al apreciar los contornos de su cuerpo bajo la camiseta térmica, que se ceñía a sus amplios costados y a su pecho trabajado. Se recordó que no había ido allí para admirar las vistas y se fijó en que Valthessar no le echaba una mirada ni remotamente parecida.

Le cambió enseguida la expresión al verla allí.

«No para bien», se percató ella con una mezcla de comprensión obligada y el furor adolescente que la había embargado con el reencuentro.

—¿Qué haces aquí a estas horas, y con el frío que hace? Te habrá traído alguien, ¿no...? Entra, vamos, que una gripe es ya lo que te faltaba.

Salió él mismo para ofrecerle su cintura como punto de apoyo. Mara no desaprovechó la oportunidad y prescindió de la dichosa muleta para aferrarse a Valthessar, que era bastante más sólido. Tuvo que darle las gracias en secreto por haberle proporcionado la excusa que necesitaba para tocarlo. El mero contacto físico con él aliviaba los

dolores de su corazón, incluso buena parte de su insoportable padecimiento físico.

También tuvo que admitir para sus adentros que se alegraba de que aún se preocupara por ella.

—¿Qué te ha pasado a ti? Estás hecho un cristo, macho. Creí haberte dicho que no quería que te tocaran la cara; cualquier cosa excepto tu fuente de atractivo —bromeó, pero enseguida descubrió que era demasiado pronto para hacer comentarios similares: Valthessar se tensó, seguramente recordando las circunstancias en las que se dio esa advertencia (habían amanecido juntos tras una guardia complicada), y clavó la mirada al frente para que ella no viera su impotencia.

¿O su dolor?

—Esa raja que ves es cortesía de Abraxas, y me la hizo anoche con su *gladius* de los cojones.

Ella soltó una carcajada que él censuró con la mirada.

—Perdón, es que me hace mucha gracia cuando te pones agresivo. No es que me alegre de que te hagan daño. —«Para eso ya estoy yo», pensó con amargura. «Para eso ya estás tú», pensaría él con toda seguridad, a juzgar por la expresión melancólica que oscureció su mirada de por sí enturbiada por la situación bélica.

—¡Mara! —exclamó Dagon, incorporándose de golpe del sofá—. ¿Qué haces aquí? ¿Te ha pasado algo?

Ante la atenta mirada de Dagon, Samael y Renyi, Valthessar la ayudó a sentarse en el sillón. En cuanto Mara estuvo acomodada, retiró las manos como si se las hubiera quemado.

—Voy a traerte algo para que te seques —anunció sin entonación.

Mara siguió con la mirada su paseo escaleras arriba.

En cuanto desapareció del salón, fue como si se hubiera visto libre de un embrujo. Pudo inspirar hondo, eliminar de su mente los estúpidos pensamientos que la habían dejado temblando de anhelos ahora prohibidos y concentrarse en lo que había ido a hacer.

—Abraxas ha secuestrado a Ruth —informó a Dagon con la voz temblorosa. Samael se incorporó con lentitud, anonadado; hasta el momento había estado repantigado con cansancio, pulsando los botones de la televisión sin el menor interés de ver los programas de última hora. Renyi apartó la mirada de las lesiones que estaba atendiendo con esa fría calma que le caracterizaba. En una ocasión, Mara lo había visto extraer un cristal afilado de su propio ombligo sin inmutarse—. Estaba con ella y de pronto entró en el salón y... y se la llevó. No sé por qué, a dónde o con qué fin, pero estoy preocupada por ella. Abraxas no parecía en sus cabales.

—¿Y cuándo lo está? —bufó Samael—. No, si al final tendremos que hacerle caso a Renyi y sacrificarlo por un bien mayor... —

Enseguida levantó la mano—. ¡Me pido no formar parte de la partida de asesinato! Me gustaría vivir para contarlo.

—¿Qué quieres que hagamos con esa información? —inquirió Renyi con voz lánguida, ignorando las idioteces de Samael. Para él, todas las ocurrencias de sus compañeros pasaban por esa descripción. Los idiotas decían idioteces—. Ruth no significa nada para nosotros, y Abraxas forma parte del bando contrario.

—Intentaría ayudar, pero no tenemos ni pistas ni la más remota idea de dónde podríamos encontrarlos —expresó Dagon con preocupación, quien tampoco estaba por la labor de tomarse en serio las violentas iniciativas de Renyi—. El Enclave no tiene base propia. Son nómadas y prácticamente omnipresentes. Están en todas partes y en ninguna.

—Algo se podrá hacer, ¿no? —repuso ella, mosqueada—. No es mi mejor amiga, y vale con eso de que tampoco tiene un don que merezca la pena proteger, pero es un ser humano, ¿y no es vuestro trabajo defender a los mortales de la amenaza del Enclave?

—Visto así... —meditó Samael.

Valthessar apareció de nuevo bajando las escaleras con parsimonia, siempre con la vista clavada en el peldaño siguiente, como debiera estar muy atento ante la amenaza de caída, y con la cara interna de los pies apuntando hacia delante. A Mara siempre le había resultado adorable que caminara en *dehors*, como las bailarinas de ballet. Él le gruñía si tenía el desatino de mencionarlo. Lo interpretaba como una crítica a su masculinidad, lo que solo avivaba las carcajadas de Mara.

El *rex* traía consigo una toalla de baño, que reposaba sobre su hombro. En una mano llevaba un par de prendas dobladas, y en la otra, un macuto de Quechua que Mara reconoció como suyo.

—Ya que estaba, te he cogido la ropa que te dejaste en el armario, así no las echas de menos y yo tengo más espacio —explicó, dejando a sus pies el macuto y ofreciéndole la toalla—. Dagon, ayúdala a cambiarse. No queremos que enferme.

Lo dijo con tal indiferencia que sí que enfermó, pero de una mezcla explosiva de rabia y celos hacia quién sabía qué.

Mara había imaginado de mil maneras diferentes su regreso a la mansión, aunque se debiera a una visita urgente. Había supuesto que Valthessar la odiaría después de saber que se veía con otros hombres, que aprovecharía para lanzarle algún reproche, como tuvo la intención cuando se encontraron en el campo de entrenamiento de La Sociedad, pero se estaba comportando como un perfecto caballero; de forma distante, como cabría esperar en un exnovio maduro, pero caballerosamente, a fin de cuentas. En ninguno de sus supuestos, la mayoría apasionados y rocambolescos, se había visto siendo ella la que no estaba a la altura de las circunstancias, la que ardía por

dentro.

En cuanto Valthessar tomó asiento en el sillón más alejado de Mara, le pusieron al corriente de las últimas noticias. Su reacción fue frotarse la mejilla, no tan sorprendido como hastiado. Las miles de conclusiones a las que llegó en el rato que permaneció en silencio debieron parecerle pésimas —porque Mara sabía que, aunque no decía nada, se le ocurrían cientos de ideas, solo que no las ponía en común —, porque acabó retirándose los mechones oscuros de la cara.

Ella aún no había olvidado lo que ese gesto significaba.

A veces pensaba que nunca lo haría.

—Tenemos que reubicarnos todos y cada uno de nosotros. No podemos permitir que Abraxas sepa dónde encontrarnos —sentenció —. He querido pensar que esto era una manera de conseguir información del Enclave, o de darme un escarmiento, incluso, pero... No podemos arriesgarnos a pensar que no va en serio. Deberíamos mudarnos a alguna de las propiedades que tiene Dagon repartidas por las afueras de Praga, recomendarle a Aladiah que traslade La Sociedad a otra parte y... —Posó una mirada en ella—. Tú también deberías cambiar de apartamento, Mara.

Sabía que tenía razón, y de hecho recordaba haber dejado el piso con un agujero significativo en la ventana del salón, pero la costumbre la llevó a quejarse.

—Abraxas no me haría daño.

—Dices que ha destrozado el cristal de tu salón para entrar. Aunque se llevara solo a Ruth, no deberías ponerte en peligro. —Hizo una pausa para decir, sin ápice de rencor pero con el cansancio de un hombre acostumbrado a que no se le tomara en serio—: Pero haz lo que consideres conveniente.

Siguió meditando en voz alta sobre las medidas que habrían de tomar para protegerse de Abraxas, pero Mara no se recuperó del mazazo que había supuesto su última frase.

«Haz lo que consideres conveniente», había dicho, como si no le importara lo suficiente para darle órdenes, la que hasta entonces había sido su única manera de demostrarle que la quería.

Mara luchó contra los sentimientos que le pedían que insistiera en quejarse, que intentara llamar su atención como una cría caprichosa, que incluso le ofreciera su sangre para recuperarse antes de las heridas que la guardia le había dejado, y todo con tal de que volviera a necesitarla. No consiguió reponerse del malestar que la distancia impuesta le provocó, pero al menos permaneció sentada sin decir ni hacer nada, disimulando que no le preocupaba que la hubiera olvidado ya.

Se suponía que ella podría olvidarlo antes. Ella era la *anandha*, la amada, la necesitada, la esperada durante siglos. Tendría que ser él

quien tuviera esa clase de pensamientos, pero nada en su actitud daba a entender que fuera siquiera consciente de su presencia en el salón.

Cuando terminaron de hacer la lluvia de ideas, los penitentes se levantaron para descansar en sus habitaciones. Dagon le sugirió a Mara que lo acompañara para intercambiar opiniones sobre el último episodio de *RuPaul's Drag Race*, pero viendo que Valthessar no se movía del sillón, lo rechazó sin esmerarse con la excusa.

El *rex* no pareció ser tan consciente como ella de que se quedaron a solas. Estaba entretenido terminando de vendarse el antebrazo, en el que presentaba una lesión visiblemente aparatosa, y volviendo a desinfectar la herida del rostro.

—¿Dejará marca? —preguntó Mara.

El eco de su voz le sonó extraño, como si no le perteneciera. Pensó que evocaba soledad y vulnerabilidad, y que para colmo acababa de perturbar la calma en la que Valthessar estaba sumido.

Casi se ruborizó, avergonzada.

Él alzó la barbilla como si acabara de darse cuenta de que estaba allí.

—No lo creo. El *gladius* de Abraxas no contiene demasiado acero azul.

—Si quieres, puedo ayudarte con la curación. Ya que estoy aquí... —Y se encogió de hombros, como si su humor no dependiera de la respuesta de Valthessar.

Él detuvo lo que estaba haciendo —envolver el brazo con la venda — para mirarla con una mezcla de cautela e incomprensión. Separó los labios para decir algo que le arrugó el entrecejo, pero renunció a lo que quiera que hubiese pretendido expresar, porque, cuando habló, Mara supo que se había decantado por la opción menos desabrida.

—Eso no sería buena idea. —Ya vendado, Valthessar se palmeó los muslos con las manos y se puso de pie. Mara pensó que parecía demasiado cansado para llevar el peso del mundo sobre los hombros —. Puedes quedarte aquí mientras tenemos noticias de Abraxas. Sé que es importante para ti —agregó con tono cariñoso, como si se alegrara de no ser el único que aún daba la cara por él—, pero no deberías relacionarte con nosotros ni frecuentar nuestros espacios como si nada hubiera cambiado.

—¿Porque te resulta difícil? —No pudo evitar que se le escapara una nota de esperanza.

Valthessar desvió la mirada hacia las escaleras con una media sonrisa incrédula. Se rascó el lateral del cuello antes de mirarla, como si le hubiera hecho una pregunta incómoda y no supiera cómo responder sin ser maleducado.

—No, Mara. No deberías seguir formando parte de nuestro mundo porque, en primer lugar, es lo que querías: ignorar las obligaciones

que conlleva. Y porque al marcharte dejaste de gozar de nuestra protección —apostilló sin ningún retintín especial, en un tono informativo que ella encontró aberrante—, y eso te expone al peligro. Eres un blanco tan fácil como Ruth... Incluso más en tu estado.

Mara se envaró con vanidad.

—Dagon y Abraxas me protegerían, ¿sabes?

Él le lanzó una mirada apesadumbrada.

—Todos te protegeríamos —le aseguró con suavidad, como quien hablaba con un niño—, pero ahora mismo no eres una prioridad para La Magna y, por tanto, tampoco lo es para nosotros estar pendiente de adónde vas o con quién.

Mara se rio sin energía, aferrada a los reposabrazos del sillón.

—¿Lo dices por lo que quiera que la diosa te enseñara? ¿Porque has visto que salgo con otros y otras? —espetó a la defensiva—. Claro que no tienes que estar pendiente, pero tampoco tienes por qué ser tan distante conmigo.

—¿Qué tiene eso que ver con...? —Se pasó una mano por la cara y la dejó caer, exhausto. La miró con los párpados entrecerrados, a punto de ceder al sueño. No le pasó por alto que le sobrevenía la resignación como un peso más, uno de tantos que le hundía los hombros—. Buenas noches, Mara.

Ella abrió la boca para retenerlo a toda costa, aunque con un reproche pudiera dejarse en evidencia. Estaba preparada para soltarle que sabía que había intentado dejar el puesto de *rex* por ella, pero la entrada de dos nuevos visitantes se lo impidió.

Sin que se hubieran dado cuenta, había llegado el amanecer, y, con ello, también una nueva oportunidad. Esa era la imagen que representaban Abraxas y Ruth, que habían aparecido de la mano por la puerta principal, empapados y despeinados.

—¡Gracias al cielo! —suspiró Mara, viendo que Ruth estaba sana y salva. Algo desmejorada, con moretones y algunas señales de violencia, pero dudaba que eso fuera culpa del hombre que tenía al lado, que la miraba como si fuera una bendición.

Inmóvil al no saber qué esperar del recién llegado, Valthessar localizó con la mirada el arma que había dejado sobre la mesilla. Se estaba inclinando muy despacio para blandirla cuando Abraxas alzó la mano.

—Soy de los tuyos. Tranquilo.

El *rex* intercambió con él una mirada cargada de preguntas. Tuvo que hallar la respuesta a todas ellas en la expresión serena de Abraxas, porque renunció a recuperar su *khopesh*. No obstante, se quedó donde estaba observando con recelo a los recién llegados.

—Será en los últimos veinte minutos, ¿no? —inquirió con una ceja enarcada.

—Bueno, anoche te dejé vivir, ¿o ya lo has olvidado? —le recordó Abraxas—. ¿Qué mayor prueba de lealtad que esa querías, dadas las circunstancias?

—Si hubiera sabido o supiera ahora qué circunstancias son las que venían dadas, a lo mejor podría responderte qué prueba de lealtad esperaba. —Valthessar se cruzó de brazos—. ¿De dónde vienes, si puede saberse?

—De averiguar información sobre el Enclave para que podamos avanzar, tal y como tú querías que hiciéramos. Hace unos días se te veía muy agobiado porque nos estaban ganando terreno y no había ninguna manera de volver a ponernos por encima.

—Metraton está herido de muerte, aunque desconocemos su posición —anunció Ruth después de coger aire—, y sabemos dónde está una de las bases del Enclave, además de tener una ligera idea sobre lo que se hacía allí. Bueno... Mejor dicho sabemos dónde *estaba*. Me temo que ya no es más que un puñado de escombros —apostilló con impotencia.

Mara se reacomodó en el asiento sin disimular su curiosidad, pero procuró no hacer ningún movimiento brusco para que no se percataran de su presencia. No soportaría que la echaran de allí cuando estaban a punto de contar una historia que se intuía trepidante, y todo porque, como abandonó El Séptimo Círculo, ya no tenía derecho a conocer los detalles.

No estaba de acuerdo con que la excluyeran. Seguía siendo el portal de las almas, aunque ningún muerto la hubiera visitado en las últimas semanas.

Valthessar y Abraxas se miraron en la distancia. De mutuo acuerdo, tomaron asiento en los sofás de la salita. Ruth lo hizo junto a Mara, a la que le agradeció que hubiera entrado allí para pedir ayuda por su causa.

Abraxas resumió su parte con la parquedad que le caracterizaba.

—Sabemos que Metraton se encargaba de reclutar a los seres humanos con dones que se dan a mala la vida. Por lo visto, también se ocupó de localizar a Ruth, a la que entendía como una mujer lo bastante afín a mí para convencerme de que era la reencarnación de Astaroth. Me confundió mezclando su sangre con la de Astaroth y confió en que la complicidad que surgiría entre los dos me atraería. Era una demostración de poder para, una vez mordiera el anzuelo, convencerme de que es lo bastante poderoso para devolver a Astaroth a la vida.

—Eso era lo que te prometió —recordó Valthessar en voz alta.

—Me lo prometió —cabeceó Abraxas—, pero os escucho cuando habláis. Si ni siquiera La Magna fue capaz de devolver a Reyyan a la vida (siendo esta la Sehara) por más de doce horas y a costa de que a

Luvart le suponga un sufrimiento inimaginable partir su alma en dos cada vez que sale la luna, era obvio que Él tampoco lo lograría. Estaba allí cuando hablabais del fracaso que fue la creación de los súcubos a partir de las runas prohibidas, y supe desde el principio que no podría resucitarla.

—¿Entonces? —inquirió Mara—. ¿Por qué te quedaste?

—Porque me enseñó su cuerpo —resumió con tristeza. Un músculo palpitó en su mandíbula—, y necesitaba recuperarlo para darle digna sepultura.

Mara observó que Ruth se envaraba.

—¿Y lo has conseguido? —preguntó Valthessar con gentileza—. ¿La has traído de vuelta a casa?

Abraxas entrelazó los dedos para disimular el temblor.

—No. El sistema de seguridad contaba con un protocolo de emergencias que consistía en volar el edificio en caso de... —Su voz se apagó—. Supongo que en caso de que yo escapara después de pasar a Metraton por la espada, cosa que de todos modos no logramos. No creo que queden más que escombros.

Hubo un tenso silencio en el que Mara no supo a dónde mirar, si a la expresión cansada de Abraxas, a la compasiva de Valthessar o la de Ruth, que no daba a entender lo que estaba pensando.

Aun así, podía imaginárselo.

—Ojalá algún día deje de darte el pésame por Astaroth —murmuró Valthessar.

Abraxas solo asintió, deseando lo mismo.

—Tenía que intentarlo, y evidentemente no podía revelar mis intenciones ni siquiera con el pensamiento. Por eso hice lo que hice. Pensé que contaría con más tiempo para memorizar los laboratorios y dibujaros un mapa, o averiguar cuál es el fondo de la investigación, pero, por suerte, la doctora Vaccari está involucrada. Podemos localizarla e interrogarla.

Valthessar asimiló toda la información asintiendo con la cabeza gacha y la vista clavada en las puntas de sus botas. Abraxas aún proporcionó algunos datos más sobre lo que había visto allí, e incluso se extendió describiendo al Gran Grimorio.

Cuando terminó de relatar lo ocurrido durante su breve periodo en el bando enemigo, ambos se pusieron en pie.

—No puedo esperar a averiguar qué castigo me impondrá La Magna —se burló Abraxas.

—No te castigará, estoy seguro. Y nosotros menos aún. Gracias —dijo Valthessar, sosteniéndole la mirada para que no le cupiera la menor duda de que estaba siendo sincero.

Abraxas tuvo que sentirse halagado. Valthessar jamás le había dado las gracias a nadie.

—Todavía no hemos acabado —le recordó Abraxas—. Deberías avisar a los demás. Hay que informar a La Sociedad y a La Magna.

—Así es... —El *rex* suspiró—. Hay que ponerse en marcha.

Capítulo XXXVIII

Ruth no durmió muy bien esa mañana.

No se debió a las pesadillas que solían atormentarla, sino a las horas que pasó tratando de conciliar el sueño. No podía apartar de su cabeza la principal motivación de Abraxas para permanecer junto al Gran Grimorio, y el hecho de que hubiera estado dispuesto a pasar semanas y meses a su servicio haciendo Dios sabía qué aberraciones.

Más de una vez se despertó en la cama que estaba compartiendo con él y quiso espabilarlo a sacudidas para enterrarlo en preguntas. No lo hizo porque debía estar tan exhausto como ella, y porque había aprendido muy pronto que era mejor no hacer preguntas cuya respuesta se temía.

Así pues, en cuanto asumió que no lograría dormir más allá de las dos de la tarde habiéndose acostado a las nueve de la mañana, Ruth se incorporó, harta de intentar olvidar mediante el sueño, y decidió dar un paseo por los jardines traseros de la mansión.

Eran tan majestuosos como el interior, y el glorioso día que se había levantado después de la inquietante tormenta solo mejoraba las vistas. Tomó asiento en uno de los bancos de piedra, un detalle romántico en un intrincado jardín estilo inglés, y se abrazó a la sudadera que había tomado prestada del armario de Abraxas, donde por casualidad se había encontrado todas las prendas de Astaroth.

Solo a ella podrían haber pertenecido los vestidos de fiesta y la ropa de premamá que compró para cuando su embarazo estuviera más avanzado. Algunos de los trajes se los había visto puestos en las fotos que ojeó desde el móvil de Abraxas. Le sentaban de maravilla.

Ruth se odió por tener celos de una mujer que había sido asesinada de una forma terriblemente cruel. Una mujer a la que antes habían arrancado de los brazos de un hombre que la amaba. Quizá porque ella no la veía solo como una víctima, a diferencia de quienes sí la conocieron; Ruth la consideraba, sobre todas las cosas, una mujer querida. Una mujer que tuvo suerte hasta que la perdió. Una mujer con la que ella jamás podría compararse y salir ganando, pues su asesinato la había elevado a la categoría de santa mártir.

Al cabo de un rato, cuando empezaba a tener frío en los pies, la voz de Abraxas interrumpió sus pensamientos.

—¿Qué haces aquí sola?

Ruth echó una mirada desinteresada por encima del hombro para asegurarse de que era él. No se había cambiado de ropa y seguía soñoliento, como si hubiera salido de la cama de forma precipitada al ver que no estaba. Tenía los pantalones y el jersey acartonados de haberse secado a la intemperie.

—Hace buen día y me apetecía disfrutarlo.

—Es verdad —coincidió tras consultar el cielo con los ojos entrecerrados—. ¿Has visto a los demás? Me he despertado de pronto y no he visto a nadie.

—Pues no me había dado cuenta, pero ahora que lo dices, es verdad —contestó sin más. Se alegraba de que estuvieran manteniendo una conversación banal. No se veía en condiciones de hablar sobre lo sucedido, y al mismo tiempo tenía tantas ganas de conocer su verdad que el miedo la instaba a posponer el momento de enfrentarlo—. No me he tropezado con ningún amigo tuyo.

—Ahora también son amigos tuyos —corrigió con dulzura, sentándose a su lado en el banco. Le pasó un brazo cariñoso por la cintura y la acercó a él. Ella se dejó por mera comodidad, aun cuando tenía el cuerpo tenso. No había vuelto a respirar con tranquilidad desde que le oyera mencionar el rescate del cuerpo de Astaroth—. O eso espero.

Ruth curvó los labios en una sonrisita desinflada.

—¿Esa es una proposición? —inquirió, aferrándose con desesperación a su característico sentido del humor. Solo refugiándose en él podría salvarla de meter la pata y de que Abraxas se diera cuenta de que estaba asustada, llena de ira y profundamente dolida.

—Quizá. Ya sabes demasiado. La opción inteligente y la más fácil sería quedarte conmigo.

La sonrisa terminó de desaparecer después de escucharlo. Su corazón se saltó un latido. Lo interpretó como la señal que necesitaba para soltar lo que llevaba toda la mañana conteniendo.

—No sería la opción inteligente, pero menos aún sería más fácil para mí —repuso, levantando la vista hacia el cielo despejado. Le gustaban los días así, fríos pero soleados—. Es, de hecho, la alternativa más peligrosa.

—Te juro que conmigo...

—Estaré protegida, sí —le cortó con cansancio. Notó que él se daba cuenta de que no estaba receptiva al contacto físico y aflojaba el brazo que la envolvía—. Dejando a un lado que me he sentido de todo menos protegida a tu lado, aunque solo sea porque me has secuestrado dos veces y me has intentado decapitar en una ocasión..., ¿podrías protegerme de ti mismo?

Abraxas arrugó el ceño, sin comprender.

—¿Qué quieres decir?

No contestó, en parte porque la avergonzaba la intensidad de sus propios sentimientos, y más aún los sacrificios que estos exigían. Sabía que no podía demandar amor eterno a un viudo doliente, ni siquiera podía pedirle que la amara más que a su difunta esposa.

—Ruth —la llamó de nuevo con tiento—, háblame.

Ella exhaló el aire para soltar los nervios y la rabia contenida. Un amago de sonrisa haciendo temblar sus labios. Le costó una buena pizca de valor, pero al fin terminó de frotarse los muslos entumecidos y dijo:

—¿Por qué no me lo dijiste?

Abraxas pestañeó una vez.

—¿El qué?

—Que buscabas el cuerpo de Astaroth.

Él no reaccionó como si hubiera mencionado un tema tabú. Más bien extrañado.

—Sí que te lo dije... más o menos. Necesitaba encontrar algo antes de irme, ¿recuerdas? Eso me suena haberlo mencionado. Si no especifiqué, fue por falta de tiempo. No era el momento oportuno, Ruth. Se nos iba a caer el techo encima.

Viendo que no respondía, Abraxas se giró hacia ella y esperó, expectante, a que reuniera el coraje para hacer una pregunta cuya contestación podría romperle el corazón.

—¿Por qué me salvaste cuando no era tu prioridad?

Él ladeó la cabeza con una media sonrisa entristecida. Le acarició la mejilla con los nudillos.

—Porque tu vida importa, Ruth —contestó con llaneza—. Me importa a mí.

Le sorprendió que volviera a parafrasearla a raíz de la conversación que mantuvieron en su apartamento, justo antes de que todo se torciera con la visita del Gran Grimorio. Ella le había pedido que hiciera que su vida importara, y él había cumplido su promesa, y por todo lo alto: a fin de cuentas, había renunciado a su prioridad, que era enterrar a Astaroth.

Aun así, no permitió que su elección de palabras la conmoviera y siguió arrojándose al vacío, aterrada por si él no la rescataba a tiempo.

—¿Pero mi vida importa más que su muerte? —Temió que dijera que no, y se apresuró a hacer una nueva pregunta—. ¿Te arrepientes de haberme elegido a mí en lugar de a ella?

—El deseo de rescatar su cuerpo no era una cuestión de amor, Ruth —le explicó tras un buen rato pensativo—, porque ya fuera con mi consentimiento o en contra de mi voluntad, ese amor mío por ella fue condenado a perecer a su lado. Era más bien una cuestión de respeto y de lealtad.

—¿Qué quieres decir?

—Iba a ignorar el ofrecimiento del Gran Grimorio —empezó con tono solemne—, pero entonces abrió un... un jodido nicho en la pared, y... y la vi. Quizá fuera una alucinación mía; no creas que no lo pensé. A lo mejor maquinaron para hacerme ver algo que no era, me manipularon. Aun así, el solo hecho de... la mera posibilidad de que... —Clavó en ella una mirada hostil—. Me puso enfermo que la tuvieran en unos laboratorios donde se experimenta con solo la diosa sabe qué cosa, etiquetada igual que en la morgue de un centro policial, como un cadáver no reclamado y condenado a pudrirse en un hoyo. Tenía que averiguar qué estaban haciendo con ella, si la utilizaban para sus fines, qué diablos le hicieron, y luego... ponerla a descansar. No de cualquier manera, como si nadie la hubiera querido. —La voz le tembló—. Merece... merecía que se la enterrara con honores.

—Y yo estoy de acuerdo —se apresuró a decir. Se sintió miserable, porque no era del todo cierto; respetaba la memoria de los muertos, mas envidiaba tanto a aquella mujer que ahora solo era polvo y cenizas que le costaba empatizar con él—. Solo quiero saber si te arrepientes de lo que has hecho.

Abraxas echó un vistazo por el jardín. Parecía perdido.

—Yo... Raras veces hablo de mis orígenes, pero los sabinos siempre hemos sido muy solemnes con todo lo relacionado con la muerte. Dudo que hayas oído hablar de las cámaras sepulcrales monumentales que construimos para nuestros fallecidos. No tenían ni punto de comparación con las de los egipcios, al menos en términos de grandeza, pero éramos respetuosos con quienes ya no estaban. —Le lanzó una mirada agobiada—. No sé de qué otra manera hacerte entender que poder enterrarla era crucial para mí.

—Sigues sin responder a mi pregunta —insistió Ruth, esta vez con tono severo—. ¿Te arrepientes?

—¿De haber elegido vivir contigo en lugar de morir con ella? —Hizo una pausa para tomar aire—. Todavía siento que debería, que debería arrepentirme y sentirme avergonzado, y dejar que la culpa me asfixiara. Siento que era mi obligación perecer con ella y que al no haberlo hecho soy un traidor, y esto se debe a que soy testarudo, a que la lealtad vence en todos los casos cuando mis sentimientos luchan por discernir quién tiene la razón. Pero aunque deba, no lo hago. —La miró a los ojos, dejando al descubierto su vulnerabilidad—. Si de verdad hubiera sentido que debía permanecer a su lado, no dudes que la habría elegido. Nunca antes me ha importado sacrificar a criaturas inocentes para hacer justicia con Astaroth. Pero la idea de pasar por encima de ti era insoportable.

Ruth agachó la cabeza y fingió haberse dado por satisfecha con un leve asentimiento. Se dijo que hacía un día demasiado bonito para

estar triste, y que no tenía por qué: después de todo, y ese «todo» englobaba una disparatada cantidad de peligros, estaba viva, y dado su historial y los últimos acontecimientos, debía estar agradecida por semejante milagro.

—¿Qué pasa? —inquirió Abraxas, buscando su mirada con temor —. ¿Qué te preocupa?

Fueron esas preguntas, entonadas con dulzura, las que le impidieron hacer lo que se proponía. Las lágrimas le nublaron los ojos, frustrando la contemplación del paisaje y su determinación a no permitir que la viera derrotada.

—¿Voy a vivir siempre a su sombra?

Abraxas curvó los labios en una sonrisa benigna y negó con la cabeza.

—No, Ruth. ¿Y sabes por qué? Porque es verdad lo que me dijiste una vez. Lo bueno de cada persona es que es única e irrepetible. Astaroth era irreemplazable, pero no quiero ni busco que la reemplaces. No podría ponerte en su lugar porque tú te has ganado el tuyo, y... y no has dejado espacio para nada más. Ni siquiera para las dudas de si eres o no la indicada.

»Mi respeto hacia su memoria me impide explicarte por qué te has convertido en alguien indispensable en un periodo de tiempo tan breve. Pero cuando pasen algunos años, a lo mejor... Tal vez... Quizá pueda hablarte de todo lo que me has dado, que es justo lo que jamás me atreví a soñar.

Ruth lo miró de soslayo con una mueca que exageraba su indignación.

—No sé si puedo esperar años para que me regales los oídos.

Él suspiró, resignado a complacerla.

—A la *anandha* se la quiere porque no existe otro remedio. No te lo cuestionas, en parte porque no lo tienes permitido. Supone una especie de traición religiosa —expresó con dificultad—. A ti te quiero porque has demostrado merecerlo incluso a pesar de lo que me disgusta. No dudes que me lo he cuestionado en un sinfín de ocasiones, pero siempre te has salido con la tuya. Has vencido cada recelo y me has hecho adorar hasta lo irritante, y todo porque estás hecha para mí. Estás hecha para mí —repitió, él mismo asombrado porque fuera posible—, y nadie ha tenido que intervenir para que así sea. Eres un milagro.

Ruth alzó las dos manos, aguantando una sonrisa llorosa.

—Vale, vale, supongo que puedo conformarme con eso que dices hasta que sufras otro arrebato de inspiración.

—Ruth, de verdad que intento convencerte —se desesperó él—, pero me es imposible borrar todo lo que he vivido con Astaroth, y no puedo mentirte a la cara y decir que no fue lo más importante para

mí. Yo hago lo que puedo para mirar hacia delante. ¿No lo puedes hacer tú?

La respuesta de Ruth se quedó en el aire. El carraspeo de una nueva presencia los cortó.

—Lamentamos interrumpir... —comentó Dagon, apareciendo con las manos a la espalda. Iba acompañado de toda la tropa a excepción de Renyi—, pero acabamos de volver de una excursión y queríamos que Abraxas viniera a ver algo.

El aludido intercambió una mirada con ella, Ruth no supo si pidiéndole permiso para marcharse durante una conversación crítica, invitándola a acompañarlo o tan solo haciéndola cómplice de su curiosidad. Resultó ser una mezcla de todos, porque no se levantó con la mano tendida hacia ella hasta que hubo asentido, dándole su visto bueno.

Ruth sentía la misma curiosidad, así que se incorporó, pero no aceptó esa mano que le había ofrecido. Caminó a su lado hacia donde le indicaban los penitentes: Dagon estaba entusiasmado, Valthessar tenía una expresión solemne y Luvart parecía haberse quitado un peso de encima.

Samael los miraba a todos de hito en hito.

Supo de qué se trataba en cuanto vio que habían trasladado un féretro a una de las salas del pasillo principal de la casa. Era de madera maciza, de una tonalidad caoba hermosísima, y descansaba abierto para que los seres queridos de la difunta pudieran mirarla por última vez.

Abraxas se quedó paralizado en cuanto dio un paso hacia ella.

—No hizo falta que anotara las coordenadas que me diste —explicó Valthessar, apoyado de brazos cruzados contra la pared—. En las noticias no han dejado de hablar de la explosión del laboratorio. Por lo visto era conocido. No nos ha costado encontrarlo. Tienen toda la zona acordonada. Suerte que contamos con ciertos recursos para hacer lo que nos apetezca.

Ruth observó con el corazón encogido que los penitentes le abrían paso a Abraxas para que se aproximara al féretro. Lo hizo muy despacio, con miedo a que la imagen se desvaneciera. No pudo ver su rostro, pero lo prefirió así. El simple hecho de que acariciara el rostro de Astaroth con los nudillos, como había hecho con ella hacía unos minutos, hizo que la embargaran las ganas de llorar.

Sintió que alguien le pasaba un brazo por los hombros. Sonrió con tristeza al ver que Samael le ofrecía consuelo. Le hizo un gesto con la cabeza, dando a entender que no le hacía gracia verla apagada.

—No es posible que esté intacta —musitó Abraxas—. Todo explotó. Vi el alcance de las llamas, y el humo...

—Por lo visto, la bomba se encontraba en el ala opuesta. Es verdad

que todo saltó por los aires, pero hubo salas que se medio salvaron y la de los nichos fue una de ellas, entre otras cosas porque todos los cadáveres estaban muy bien conservados —explicó Dagon. A nadie le pasó desapercibido que curvaba los labios al decir la palabra «cadáveres», y no porque fuera aprensivo, sino por el plural.

—En cuanto al fuego —prosiguió Luvart—, no han dejado de repetir en los informativos que la lluvia posterior evitó que el daño fuera irreparable.

—No creas que íbamos más esperanzados que tú, pero nos acercamos a ver porque debíamos intentarlo —reconoció Valthessar con humildad—. De alguna manera tenía que reparar el daño que os hice, a Astaroth y a ti, al priorizar el protocolo sobre lo humano.

Abraxas miró a Valthessar por encima del hombro. Tenía los ojos anegados en lágrimas, no de tristeza ni de impotencia, sino debido a un agradecimiento al que no supo poner palabras. A quien sí le hizo un gesto fue a Ruth, a la que le pidió que se acercara. Ella estaba aterrada por lo que pudiera hacer o decir, por si su forma de comportarse acababa matando sus frágiles esperanzas, desmintiendo lo que le había confesado en el jardín, pero le dio el gusto, sabiendo que deseaba estar a su lado incluso en los peores momentos, y cogió su mano.

Abraxas miraba a la difunta con un nudo en la garganta.

—Astaroth, esta es Ruth —musitó, emocionado—. Es el amor que juraste que me sería devuelto. Gracias... —Apretó la mano de Ruth—. Gracias por haber cumplido tu promesa. Sabes que nunca creí en los milagros, pero ahora no me queda otro remedio.

Ella se esforzó por aguantar las lágrimas. Se aferró a la mano de Abraxas como si le fuera la vida en ello, sin apartar la mirada del rostro que durante tantos siglos había sido venerado por un hombre excepcional. El hecho de que la presentara a ella en lugar de aprovechar para hablarle de Astaroth alivió la pena de su corazón, y por eso no sintió rabia ni despecho cuando Abraxas se inclinó y besó sus labios a modo de despedida. Acto seguido, soltó la mano de Ruth y dio un paso atrás sin tenerlas todas consigo. Le costó dar media vuelta. Sin duda habría querido pasar más tiempo con su difunta esposa, pero debía saber que no sería un tiempo de calidad y que estaría perdiendo miserablemente la vida.

Ella ya no estaba.

Acabó girándose en busca de Valthessar. Ruth vio que se acercaba, con toda probabilidad para darle las gracias, pero no dijo ni media palabra. Ante la sorpresa de todos, el penitente de los ojos escarlata estrechó a su superior entre los brazos con el cuerpo a punto de estallar por la emoción que contenía. El *rex*, sobrecogido también, le palmeó la espalda y se agarró a su jersey con el puño crispado,

haciendo un esfuerzo para disimular que estaba conmovido.

Pero lo estaba.

Él y los demás.

Ruth devolvió la mirada a Astaroth y apoyó la mano sobre el féretro, sin atreverse a tocar su piel de porcelana. Se preguntó si ella podría verlos desde dondequiera que estuviese, y se preguntó asimismo si les daría su bendición. Se preguntó si habrían sido amigas en un mundo alternativo; se preguntó cómo era más allá de su relación con Abraxas, si entre sus *hobbies* estaba la moda, o la repostería, o ver partidos de fútbol europeo; si le gustaban los animales, si blasfemaba cuando se enfadaba o si desafinaba en la ducha. Se lo preguntó porque supo en ese momento que tendría que aprender a querer la memoria de Astaroth para poder amar a Abraxas. Ella era una parte de él que nunca podría arrancar, y que jamás intentaría arrebatarle. Solo así el futuro tendría sentido, y esperaba que hubiera uno muy longevo y esperanzador entre los dos.

Se inclinó sobre ella y, aunque no dijo nada ni se arriesgó a rozarla, le hizo una promesa.

«Yo lo cuido».

Capítulo XXXIX

Xaphan había sido requerido por Abraxas en persona para embalsamar con propiedad a la difunta Astaroth. Fue todo un detalle acomodarla en un féretro para que su marido pudiera despedirse de ella como era debido, pero todos sabían que, antes de su entierro, debía ser arreglada con esmero y analizada en profundidad en un laboratorio bien provisto.

La última despedida de Astaroth tendría lugar en apenas unas horas, lo que le daba a Xaphan poco margen para realizar el examen exhaustivo.

Dudaba bastante que Abraxas lo hubiera escogido a él por aprecio o en reconocimiento a sus habilidades. Más bien se había decantado por Xaphan porque era bien sabido que no experimentaba atracción hacia las mujeres, que no había conocido el amor en ninguna de sus facetas y que, en cuestiones de salud, era tan escrupuloso que no dejaba nada al azar.

Abraxas era un hombre antiguo y se negaba a que un tipo que no contara con su confianza o que pudiera recrearse en los contornos de su difunta esposa le pusiera la mano encima, incluso si ella ya no podía contarlo.

De cualquier modo, Xaphan estaba conmovido por la petición, y se había propuesto ser especialmente minucioso. Iba a contar con instrumental quirúrgico de primera calidad gracias a un préstamo del mejor hospital de Praga. Abraxas había echado mano de su contacto con la doctora Vaccari, quien había les había provisto de los materiales necesarios de buena gana.

La teoría sonaba de maravilla. Xaphan estaba exultante, y aliviado por poder cerrar una etapa por fin... hasta que supo que la doctora Vaccari también estaría presente en la habitación y, como pago por las herramientas brindadas, observaría la autopsia para confirmar que todo se daba según lo previsto.

—Agradezco su preocupación por la difunta, doctora, y más aún su consideración hacia Abraxas, pero no necesito supervisión —le dijo Xaphan con tacto, debatiéndose entre mirarla a los ojos, a costa de delatar su extraño nerviosismo, o seguir disimulando que tenía una mancha en el zapato—. He realizado suficientes trabajos como este para saber cómo proceder.

—Estoy aquí porque Abraxas me lo ha pedido expresamente —repuso con ese tono que no admitía réplica—. Si no, habría cogido el busca cuando me han llamado para una operación de urgencia. No es que ande ociosa o me guste meterme en asuntos ajenos, señor...

«Hombre, por fin se molesta en preguntarme el nombre», pensó. Su propia irritación no hizo sino aumentar la irritación con la que ya cargaba. «¿Qué más te da que no le intereses?».

—Xaphan —le dijo con un cabeceo cortés, quizá más solemne de la cuenta... Tal vez incluso pomposo y afectado. Se arrepintió del gesto enseguida, y se arrepintió de arrepentirse tan solo un segundo después.

—Xaphan... —repitió para sí. Él se tensó durante los segundos que dedicó a paladearlo—. Curioso nombre. ¿No aparece en el grimorio de bestias antiguas? Era el demonio que sugería prenderle fuego al cielo.

Oyó con absoluta claridad un pensamiento de la doctora Vaccari: «No parece la clase de tipo al que se le ocurriría semejante idea de bombero».

Xaphan tuvo que contener una sonrisa. Los pensamientos de la mujer eran más ácidos de lo que se atrevía a demostrar, y eso ya era decir.

—Ese mismo —le confirmó—. Me sorprende que tenga conocimientos tan concretos sobre la religión, un ámbito del saber muy alejado de la medicina.

Ella no lo miró. Se entretuvo limpiando un bisturí cuyo aspecto no le convenció hasta que brillaba tanto que podría haberse reflejado en el borde.

—Me interesan todas las disciplinas —zanjó con seguridad. «Excepto la música techno. Eso es una puta basura», meditó para sus adentros, otro pensamiento aislado que estuvo a punto de provocarle una carcajada a Xaphan.

Según su experiencia como lector de mentes forzoso, pues detestaba entrometerse en las intimidades de los demás, las opiniones individuales de los sujetos iban en sintonía con lo que hacían, decían o sus significativas expresiones daban a entender, pero con Vaccari no era así. Xaphan se negaba a fijarse en la gente según los derroteros que tomaran sus pensamientos; prefería darles la oportunidad de impresionarlos con su fachada, con lo que decidían ser y no con lo que eran a su pesar. Y la doctora Irving Vaccari lo consiguió, pero además le fascinó el funcionamiento de su psique. El primer y único día que la vio quedó asombrado porque su perfil visible fuera uno —serio, profesional, incluso con caracteres asociados al espectro autista— y sus pensamientos fueran por otro lado, llegando a tender a la informalidad de los adolescentes.

Se ruborizaba si pensaba en la cantidad de barbaridades que

acudieron a la cabeza de Vaccari cuando vio a Abraxas. El guerrero le había fascinado a primera vista. Gracias a este detalle y a sus anhelos secretos, Xaphan supo que se pirraba por los hombres con aspecto de luchadores de artes mixtas.

Se obligó a concentrarse en su labor. Para ello se situó ante Astaroth con las manos recién lavadas. Pensativo, se colocó los guantes cuidadosamente. No tan cuidadosamente como le habría gustado, por desgracia, porque le temblaban los dedos.

Más allá de las particularidades de su personalidad que él encontraba curiosas y fascinantes, la mera presencia de Irving Vaccari le había inquietado desde el preciso momento en que la conoció.

—Es usted consciente de que colaborando en esta... misión no va a ganarse su afecto, ¿verdad? —se vio impelido a preguntar, pues era bien sabido que la doctora aún tenía la esperanza de conquistar al viudo—. Abraxas es un hombre comprometido.

—Y su nueva mujer me cae de maravilla —apostilló ella, posicionándose a su lado para observar con las gafas en la punta de la nariz. Xaphan carraspeó y se dijo que sería muy mala idea colocárselas en condiciones.

Acababa de tomar el bisturí cuando oyó con absoluta claridad un pensamiento de la doctora Vaccari: «Pero donde caben dos, caben tres, y si el tipo ha tenido dos mujeres todo este tiempo, la que la palmó y la que va hecha un putón, ¿por qué no podría ser yo una de ellas?».

Sacudió la cabeza con una media sonrisa de extrañeza, avergonzado porque un comentario tan despectivo le hiciera gracia, y retiró la sábana para realizar la primera incisión del pecho hasta el ombligo. Fue al desvelar su vientre cuando la sonrisa se desvaneció en sus labios y olvidó cómo respirar.

Había tenido la mala suerte de observar unas cuantas atrocidades a lo largo de su vida. Sin ir muy lejos, fue médico vocacional durante la cruenta guerra entre Atenas y Esparta, pero nada se asemejaba a lo que acababa de ver. En parte porque lo estaba viendo en una mujer a la que había apreciado.

—¿La paciente estaba embarazada? —preguntó la doctora, disimulando mejor que él su mortificación. Se ajustó las gafas y se inclinó para observar de cerca con el ceño fruncido—. No soy experta en obstetricia, pero me atrevería a decir que le hicieron un destrozo... ¿De cuánto estaba?

—Poco. Doce semanas... Tal vez más.

—¿Cabe la posibilidad de que le hubieran extraído el embrión por alguna causa médica? No tiene mucho sentido. Los abortos se suelen llevar a cabo con una pastilla, o si acaso con un legrado, no haciendo incisiones en el vientre... —Presionó los labios. «Pobre criatura. Pobres las dos», oyó que pensaba—. ¿Quiere que llame a un obstetra para

averiguar en qué condiciones se hizo esto?

—No, no hace falta. —Xaphan deslizó la sábana lo suficiente para valorar la profundidad de los daños, protegiendo en todo momento la desnudez de Astaroth. Terminó la incisión, aunque eso implicara retirar los puntos que unían el abultado cosido del vientre, y con los dedos corazón y pulgar separó la carne. Valorando el interior tocando lo mínimo posible, confirmó—: Conserva todos los órganos. Solo retiraron el embrión, y tuvieron que hacerlo cuando la madre vivía, porque ¿para qué querrían a la criatura una vez muerta?

Lo preguntó para sí mismo, pues no esperaba que Vaccari conociera el alcance de las prácticas médicas que se llevaban a cabo en el mundo inmortal. No obstante, ella parecía necesitar estímulos constantemente, porque no perdía la oportunidad de intervenir.

—No estará insinuando que dicha criatura podría haber vivido de alguna manera, ¿verdad? —Enarcó una ceja, mirándolo como si le faltara un tornillo—. Un bebé no sobrevive fuera del vientre de su madre si no ha alcanzado los siete meses. Los hay de seis que obran un milagro, y he leído casos remotos de fetos con cinco meses, pero requeriría la implicación de un profesional con la fama y la habilidad de Kypros Nicolaides[8].

Xaphan se reservó una explicación que para él era lógica: la magia podía obrar milagros impensables para la medicina contemporánea.

—Respeto más al doctor Denis Mukwege que a Nicolaides —admitió él—. Y debe ser usted la única doctora que habla del tiempo de los bebés en meses y no en semanas.

—Mukwege recibió un Nobel por su labor moral realizando cirugías reconstructivas a las mujeres violadas del Congo, no un premio por sus avances médicos. Es un buen hombre, pero nadie ha dicho que sea un gran especialista. Y hablo de los fetos por meses y no semanas porque soy neurocirujana, no obstetra, y ni mucho menos madre.

«Dios me libre de semejante castigo», pensó Irving.

Para cambiar de tema e ir directo al meollo de la cuestión, Xaphan quiso preguntarle sin rodeos por los laboratorios en los que había trabajado para averiguar en qué consistía la experimentación. Si el *rex* no le había informado mal, Astaroth no era el único cuerpo sin vida que habían encontrado después de la explosión, y estaba convencido de que los demás también habrían sido profanados.

Lo sabría cuando hiciera el resto de las autopsias.

Reprimió sus ansias de saber tras recordar los deseos de Valthessar. Por una vez, el *rex* había priorizado el respeto a los fallecidos sobre las misiones. Enterrarían a Astaroth tal y como merecía, y más adelante interrogarían a la doctora Vaccari.

En silencio, Xaphan revisó el útero. No quedaban restos de la placenta. Se lo habían sacado todo a costa de hacerle un destrozo en

los órganos. Los conservaba todos, pero ninguno intacto, y desde luego no lo suficientemente sano para donarlo.

Tampoco habrían podido. La doctora Vaccari no podía saberlo, pero las criaturas que fueron inmortales permanecían con el aspecto de haber muerto hacía tan solo unos minutos incluso meses después de fallecer. Ahora bien: eso no quería decir que los órganos pudieran cumplir su función en un cuerpo ajeno. Lo más probable era que el receptor los rechazara. La sangre de los seres sobrenaturales no era compatible ni siquiera con otras razas de inmortales.

Xaphan estaba llevando a cabo un estudio sobre ello.

—¿Haría algo por mí, doctora Vaccari? —preguntó, alzando la vista por fin hacia ella.

Tenía unos rasgos muy peculiares que, por separado, eran indiscutiblemente hermosos: los labios finos pero bien moldeados, la nariz pequeña y puntiaguda, los ojos transparentes. En su conjunto, sin embargo, parecía una modelo andrógina, un ser de otro mundo, una ninfa o un elfo de las novelas de Tolkien. Nadie diría que era guapa, pero a Xaphan le dolía el corazón cada vez que la miraba. Se quedaba hipnotizado y empezaba a temblar como resultado de una mezcla de un ataque de nervios y una sensación relacionada con el miedo, y no le gustaba no tener el soberano control sobre sus actos... Pero al mismo tiempo resultaba novedoso y excitante.

Ya no le importaba no poder dormir. Tenía un buen motivo con el que entretenerse fantaseando.

—Depende. —«No pretenderá acostarse conmigo, ¿no?», pensó Vaccari. Xaphan casi se atragantó con su propia saliva—. ¿De qué se trata?

Tuvo que obligarse a ser profesional y no dejarse llevar por la desazón de haber confirmado lo que sabía: Vaccari no pensaba en él de forma romántica o sexual. No en serio, al menos.

—No revelemos el descubrimiento. Abraxas ha sufrido muchísimo por este motivo y por fin ha decidido seguir adelante. Informarle de este... percance le alteraría de nuevo y creo que le bastaría con conocer la sordidez de los detalles para renunciar a su propósito de dejar el pasado atrás. Además... —Xaphan miró a Astaroth a la cara—, informarle de esto sin decirle además por qué la criatura fue extraída sería una crueldad. Me gustaría llegar al fondo de esta cuestión y averiguarlo antes de ponerlo al corriente para poder contárselo con pelos y señales.

—Estoy de acuerdo. —Hizo una pausa—. ¿Qué es lo que le pasó?

Xaphan suspiró en voz baja y, con extrema delicadeza, posó una mano sobre la frente de Astaroth.

—A veces pienso que no me gustaría saberlo —musitó, conmovido —. Solo sé con toda certeza que sufrió.

—Lo siento —le dijo la doctora de pronto. Él, extrañado, se encontró con su mirada—. Es obvio que la conocía y la quería. No debería haber sido quien le hiciera la autopsia. Me temo que es una experiencia desagradable que le perseguirá para siempre.

Xaphan sentía que estar en la mente de los demás era un castigo de La Magna; uno de todos los que sufría, junto a no ser capaz de dormir y no poder yacer con una mujer. No obstante, de vez en cuando aparecía alguien increíblemente interesante que hacía que maldijera aún más su condición de clarividente, porque solo le permitía captar pensamientos inconexos y no recuerdos o vivencias.

Cuánto le habría gustado conocer la historia de la doctora Vaccari, esa que intuyó en sus condolencias y en la claridad que se apoderó de su semblante..., pero ese aspecto de la mente quedaba reservado para su intimidad, y, en el fondo, eso le parecía cautivador. Le gustaría ganarse su confianza y que ella misma le desvelara sus secretos.

Por desgracia, sabía que eso era poco probable.

La doctora Vaccari se marchó en cuanto el busca sonó por segunda vez. La reclamaba el deber, y como pensó antes de irse, «cómo se notaba que no había otra como ella». No le hizo una caída de ojos, una insinuación o una propuesta como la que el afortunado de Abraxas había recibido.

Se limitó a sacudir la mano con desgana.

Para ella, Xaphan era invisible o incluso desagradable para la vista. Y en el fondo eso debería alegrarle, porque ¿para qué quería que una mujer lo deseara, si no podría satisfacerla ni hacerla feliz?

Capítulo XL

El entierro oficial de Astaroth tendría lugar en unas pocas horas, en el palacio del Autem, y se celebraría con todos los honores imaginables. La diosa lo había decidido así no ya para honrar una última vez a la joven *anandha*, pues la tragedia de sus seres era la suya, sino para ocupar a sus criaturas. Con suerte, de esta manera no se darían cuenta de que los últimos acontecimientos la tenían particularmente preocupada.

La Magna permanecía en sus aposentos mientras los ayudantes terminaban de organizar el salón de audiencias para congregar a sus asistentes. Con las manos apoyadas en el alféizar del ventanal, oteaba el horizonte. Siempre había hallado la fuerza en la claridad de los amaneceres, pues aquella era una de las pocas certezas a las que podía aferrarse: sin importar lo que ocurriera, incluso si se daba el peor de los casos y el Gran Grimorio lograba vencerla, el sol volvería a salir.

«Y dices que le arrebataron al niño», inquirió con aparente calma.

Lanzó una mirada por encima del hombro para comprobar que Xaphan asentía con la cabeza, tan escueto y correcto como cabía esperar. Había aparecido con una mala noticia y con los dedos entrelazados a la espalda, una postura en apariencia inocente que solo confirmaba, una vez más, que era la criatura adecuada para trasladar esa clase de revelaciones. Él nunca la decepcionaría recreándose en un suceso desagradable o permitiendo que la sangre caliente le venciera a la hora de tomar decisiones, como sí le sucedió a Abraxas. Era sensato y sabía con exactitud lo que debía hacer.

Lucía la túnica gris que se le proporcionó en el momento en que fue requerido en el Autem. Incluso para colaborar con Ella debía ir vestido como mandaba el decoro. Estaban haciendo un buen trabajo desmantelando la Orden, un proyecto del que solo podían encargarse la diosa, gracias a su omnipotencia, y el joven Xaphan. Sus habilidades eran excepcionales, y muy útiles para la causa.

—No es solo eso. Por lo que el *rex* me contó sobre lo que encontraron bajo los escombros del laboratorio, el cuerpo de Astaroth no era el único que conservaban —prosiguió Xaphan. Mantenía la pose que dictaba el protocolo, la espalda enderezada y la barbilla gacha—. Abraxas les mencionó que tenían a su esposa embalsamada, y que la sala en la que se encontraba estaba repleta de nichos

etiquetados. No llegó a verlos, pero cuando El Séptimo Círculo hizo su expedición al parque natural, el primero en toparse con un cadáver fue Dagon. Lo desestimó creyendo que habría fallecido en la explosión, pero Abraxas insistió en que dio el golpe cuando supo que no habría inocentes en el edificio, y el hecho de que estuvieran en féretros o cajones resultó bastante esclarecedor. Además... el *rex* reconoció los rasgos de algunos de los pocos que sobrevivieron más o menos intactos al fuego, que son los que revisaré en cuanto me deis vuestro beneplácito. Eran seráficos, Santidad. No de La Sociedad, o los habríamos echado en falta; probablemente de otros clanes.

La Magna cerró los ojos e inspiró hondo. Se aferró al barandal del alféizar con fuerza, desahogando una frustración que jamás se atrevería a dirigir contra su herramienta más valiosa. Lo encaró con el aliento contenido.

«¿Qué sugieres?».

—No tengo la menor idea de lo que puede significar. Lo que sí puedo adelantar es que si bien supimos de la muerte de Astaroth gracias a Mara, a través de quien además pudo salvar su alma, no nos han constado que a posteriori identificara a muchas más víctimas. No tantas como las que se han encontrado, al menos. Habría que preguntarle si a raíz de su marcha, o incluso antes, la han visitado criaturas en busca de liberación. Porque no eran un par de cadáveres, sino una cantidad desorbitada, y el *rex* no ha dejado de repetir que Mara le hablaba en todo momento de las almas que ayudaba a cruzar, en parte porque después se apagaba; es decir, las muertes la afectaban personalmente, y después de Astaroth, los fallecidos apenas la visitaron de forma puntual.

»Tengo la impresión de que el Enclave ha encontrado la manera de que sus víctimas se salten el paso de la liberación y se queden pululando en quién sabe dónde. Y en el caso de ser así, podríamos estar enfrentándonos a un problema multidimensional de criaturas atrapadas entre los dos mundos. Con el consentimiento de Su Santidad, sugiero que se me permita descender a la Subrealidad y hacerme cargo de la situación.

La Magna sintió una punzada de dolor en el pecho, pero se obligó a sobreponerse y a transmitir la imagen contraria cuadrando los hombros.

«Estás desesperado por abandonarme y regresar con tus compañeros», dedujo.

Xaphan no ocultó su sorpresa al ser reprendido con indisimulable tristeza.

—Siento que no puedo ser de mayor utilidad aquí, Santidad, y mi obligación es tratar de mantener el orden en todo momento. Además..., me mandasteis a La Tierra porque El Séptimo Círculo

necesitaba supervisión —apostilló—. Si ya no es así, no obstante, estoy a vuestra disposición.

«No es tu buena mano lo que requiere esta situación, sino la implicación del portal..., y mucho me temo que ni tú ni El Séptimo Círculo tiene el poder necesario para convencer a Mara de regresar con el *rex* y recuperar su lugar en el clan», meditó, abrazándose los codos. «Por suerte, de eso puedo encargarme yo».

Aunque un destello de curiosidad iluminó los ojos castaños de Xaphan, tuvo la prudencia de no preguntar cómo lo haría. Se limitó a asentir con la cabeza.

«Descenderás a La Tierra, aun así», dictaminó, procurando ignorar el alivio que percibió en Xaphan. Prefería no saber hasta qué punto la ofendía que no deseara permanecer junto a Ella. «Tenéis que averiguar qué se gestaba en las entrañas de esos laboratorios, y tú eres el único con formación médica y a la vez pensamiento estratégico para iniciar una investigación».

—Tenemos una pista importante a la que referirnos —agregó él con energía—. La doctora Vaccari podría ser clave para conocer la finalidad de los experimentos.

La Magna cabeceó a desgana, pensativa, y lanzó una mirada de advertencia a Xaphan.

«Controla tu entusiasmo hacia la doctora, Xaphan», acotó con el rostro tenso. «Espero no tener que recordarte el que es tu castigo».

—En absoluto, Santidad —le aseguró con humildad, agachando la cabeza.

Hastiada por los últimos acontecimientos, y deseosa de lamerse las heridas ahora que sabía que Xaphan la dejaría sin compañía, la diosa lo invitó a marcharse con un brusco ademán de mano. Terminó de prepararse para la despedida una vez se quedó a solas en sus aposentos.

En el mundo mortal existía un dicho que se había resistido a compartir: «Si quieres algo bien hecho, hazlo tú mismo». La Magna había querido confiar desde el principio en las capacidades de sus penitentes, de sus seráficos, y aunque habían defendido sus obligaciones con esfuerzo y tesón, Ella seguía teniendo la sensación de que todo se desmoronaba; de que apenas estaban poniendo parches a un problema con demasiadas fugas para mantenerlo bajo control. Un problema que estallaría tarde o temprano, o peor: que la obligaría a echar mano de su as bajo la manga, de lo que para Ella era más preciado.

«Jamás», pensó. «Aún podemos retenerlo un poco. Aún no estamos en un punto crítico».

Se suponía que gracias a la intervención de Abraxas y su infiltración en los laboratorios habían podido avanzar a pasos

agigantados. Sin embargo, La Magna empezaba a sospechar que el coste sería conocer detalles truculentos. Temblaba de rabia si pensaba en aceptar que el Gran Grimorio había ganado más terreno del que Ella podría haber imaginado.

¿Quién sabía lo que habría hecho para atrapar los cuerpos y las almas de un grupo de seráficos? ¿Y para qué quería el feto de una pobre mujer?

La Magna se estremeció a solas en su habitación hasta que llegó la hora de hacer acto de presencia en la ceremonia conmemorativa. Ya se habían reunido todos los penitentes de El Séptimo Círculo, los seráficos de La Sociedad y numerosos empíreos que conocieron a Astaroth en el pasado. Junto a Abraxas, que ocupaba el lugar de honor junto al féretro, una mortal miraba a un lado y a otro como si nunca hubiera visto nada parecido.

Cuando pasó por el lado de Mara, que se había tomado la libertad de invitarse pese a su deserción, La Magna le lanzó una mirada que la instaba a reunirse con Ella después de la celebración. La joven no había cambiado un ápice desde la última vez que se enfrentó a ella, cuando le hizo entrega de la daga de acero azul que perteneció a su madre adoptiva, Ledah. Seguía siendo impertinente y temeraria, porque le aguantó la mirada como si pudiera permitirse faltar a la cita.

«Numerosos discursos se han vertido en honor a Astaroth a lo largo de los últimos meses», comenzó La Magna con los dedos entrelazados en el regazo. Paseó la mirada por los asistentes. «Hoy le decimos el último adiós, esto gracias al empeño de Abraxas por hacerle justicia a su esposa. Estás invitado a hacer los honores».

Abraxas asintió con la cabeza y subió las escaleritas que desembocaban en la plataforma elevada sobre la que descansaba el ataúd. Con la antorcha que tenía en la mano, prendió uno a uno los cirios y varillas de incienso que enmarcaban el féretro.

La Magna observó su gesto solemne y sus movimientos serenos, llenos de seguridad ahora que no tenía qué temer, y se compadeció de él.

De cuantas criaturas eran suyas, Abraxas siempre le había suscitado un respeto que no sentía por nadie más. Era un guerrero ejemplar, y solo la desobedeció una vez en el pasado, cuando las leyes de traición eran bastante más rigurosas y se condenaba a un empíreo a la penitencia sin miramientos. Después del percance que le convirtió en pecador, solo había ido en contra de los deseos explícitos de La Magna para vengar a Astaroth. Tal y como le dijo a él mismo cuando se arrodilló ante Ella para recibir su castigo, no podía reprenderlo por haber defendido a su esposa y a su diosa en un mismo movimiento.

Abraxas no subestimaba el poder de la esencia divina, y de hecho

se había convertido en un adicto a cómo esta le hacía sentir. Representaba otro fracaso de la institución romántica que La Magna levantó en torno a la *anandha* para garantizar la adoración de sus criaturas, porque sí, Abraxas había llegado a amar a su mujer, pero sobre todo la necesitaba y se sentía en la obligación de serle fiel, y a raíz de estos sentimientos había desarrollado una inquietante dependencia que por momentos La Magna tildó de maldición.

Lamentó en el alma que, ahora que se había librado de ella o estaba en el proceso, la vida le tuviera preparado un último y letal revés, en este caso conocer el desenlace del embarazo de su esposa, y celebró la decisión de Xaphan de mantenerlo al margen.

Aunque fuera por el momento.

«Antes de que aquellos que desean honrar a Astaroth una última vez pronuncien sus discursos, me gustaría hacer algunos apuntes sobre lo ocurrido durante la breve rebelión de Abraxas». Posó la mirada en él, quien la levantó hacia Ella tanto como lo permitía el protocolo sin ápice de miedo o preocupación. Estaba decidido a aceptar con humildad el que fuera su castigo. «Tu estrategia para recuperar a Astaroth, si bien fue arriesgada y podría considerarse un amago de traición, ha sido crucial para conocer los secretos que nuestro enemigo guarda. No serás sancionado por ello, pues en parte la Providencia y tu diosa ya han sido lo bastante crueles contigo».

»De hecho, quisiera, ahora que tienes la suerte de tu parte y has comprendido con qué fuerza nos golpea y nos arrastra el amor genuino, concederle a tu nueva compañera el regalo de la vida eterna. Una vida que habréis de pasar juntos si es vuestro deseo.

Ruth se quedó perpleja ante la sugerencia. Intercambió una mirada anonadada con Abraxas, que se limitó a curvar los labios en una sonrisa resignada a la que fuera su decisión.

Aunque pretendía darle la impresión de que la apoyaría sin importar lo que eligiera, seguía siendo un hombre al servicio de sus propias pasiones, y todo el mundo pudo darse cuenta de que la instaba con una mirada intensa a escogerlo a él.

—Yo... A ver, eso de la vida eterna suena bastante... importante. —Aunque lo musitó, como si no quisiera que nadie la oyera, la sonoridad del salón duplicó el eco de sus palabras—. Creo que prefiero ver si lo nuestro va funcionando, si de verdad encajamos y podemos disfrutar de una relación normal antes de tomar una decisión como esa. No querré la inmortalidad para nada si no es por él, eso lo tengo claro.

La Magna aceptó su respuesta con un escueto cabeceo.

«Inteligente decisión», aplaudió con respeto. «Como todos sabéis, el cuerpo de Astaroth será entregado a los sacerdotes de la Orden para que le dediquen una última oración antes de llegar a su destino final:

el panteón de nuestras almas más puras, las que fueron sacrificadas. En lo que resta de la ceremonia, cederé la palabra a quienes deseen dirigirle unas palabras de despedida».

Dicho aquello, La Magna descendió las escaleras que subían a su asiento dominante y rodeó el círculo que se había formado en torno a Astaroth por el exterior, como si así pudiera pasar desapercibida. Tenía la mirada fija en Mara, que, aunque fingía no percatarse del interés de la diosa, no era inmune a su escrutinio. Tras emitir un suspiro con el que dejaba claro lo cansada que estaba de lo que ella interpretaba como «acoso y derribo», acabó alejándose del gentío para ir al encuentro de su creadora.

La Magna le hizo una señal para que se retirara junto a las columnas que delimitaban la salida del salón, y allí echó Mara el seguro de su silla de ruedas. Estaba más pálida que nunca, ojerosa, y había perdido tanto peso que se le habían ahuecado las mejillas.

—Antes de que digáis nada, permitidme advertiros que no vais a obtener de mí lo que deseáis. Sé lo que es, sé que esperáis que vuelva, pero no lo haré.

«¿Ni siquiera ahora que se requiere tu ayuda en específico? ¿Ahora que tu don es clave para el desarrollo de la investigación?».

Mara apartó la mirada apretando la mandíbula.

—No sé de qué manera podría ser yo vital, pero estoy segura de que podéis sobrevivir sin mí.

«¿Y tú? ¿Puedes sobrevivir sin nosotros? No creo que de verdad estés dispuesta a pagar el precio de tu salud y tu cordura, y todo a costa de defender tu orgullo».

—No me conocéis —le ladró con insolencia—. No sabéis lo que podría llegar a sacrificar por mi felicidad.

«No eres feliz», determinó con severidad, y Mara se estremeció. «Puede que no me pertenezcas, pero puedo hurgar en tus deseos más íntimos, y sé que tu alma está en conflicto».

—Será un conflicto que resuelva por mi cuenta —le espetó, mirándola enrabietada—. No es una cuestión de orgullo, como decís. Todos os habéis empecinado en reducir mis aspiraciones personales al mero egoísmo, o al simple egocentrismo, y solo para convencerme de que mi vida no tiene sentido sin vosotros, pero mi deseo de libertad va muchísimo más allá. Si no queréis verlo...

«Todo cuanto veo es a una niña que se envenena a sí misma porque se niega a reconocer que su alimento es el amor y, por desgracia, su hombre nunca llegó a decirle que la ama. Y no porque no lo haga, sino porque no es lo bastante paciente».

Mara aferró con tanta fuerza los reposabrazos de la silla de ruedas que sus nudillos palidecieron, así como el color escarlata estalló en su rostro.

—Creo recordar que tú no eres mi diosa —dijo, ignorando adrede el protocolo—, que no respondo ante ti y que no tengo por qué obedecerte. Tú misma lo dijiste, tú misma sembraste esa idea en mi cabeza cuando me entregaste la daga de mi madre: soy una criatura independiente con un don que no puede ser domesticado. El portal de las almas es apolítico y no responde ante nadie. Si eso es cierto, déjame en paz.

Tras rechinar aquello entre dientes, Mara la esquivó como si fuera un obstáculo molesto y regresó al lugar que ocupaba para atender al discurso que Luvart estaba dando.

La Magna no apartó la mirada de ella, sin embargo.

Era cierto que no podía domesticarla a su antojo, pero había otros mil y un recursos de los que la diosa podía echar mano para doblegar su voluntad.

Por suerte, sabía que recurrir a solo uno de ellos bastaría para hacerla volver.

Epílogo

«¿Dónde está?», exigió saber la diosa.

El sacerdote Primero hizo la venia de rigor. Sin necesidad de inquirir a quién se refería, con un gesto le indicó las escaleras de caracol que ascendían al ático de la torre.

—En el observatorio, Santidad. Como siempre.

Eso no era del todo cierto. La Magna no tenía el menor interés en vigilar a la muchacha, pero los sacerdotes le hacían llegar con religiosa frecuencia una serie de reportes sobre su comportamiento, y enseguida le había quedado claro que a Citlali le encantaba pulular por los rincones del templo de la Orden... Si bien el observatorio era su espacio preferido.

Sus informantes acostumbraban a quejarse de que intentaba meter las narices donde no era de su incumbencia. Si le decían que no podía participar en los rituales, Citlali encontraba la manera de averiguar qué se cocía oteando las reuniones desde un punto estratégico; si le impedían pasearse por la biblioteca y ni mucho menos tomar prestados los libros de sortilegios, tarde o temprano acababan cazándola en flagrante delito, escalando unas escaleras vertiginosas para alcanzar el volumen más exquisito de las estanterías.

Otra pregunta era cómo averiguaba información como aquella, cómo era posible que pareciera saberlo todo sobre la Orden cuando procuraban mantenerla al margen. También les había sido encomendado protegerla y hacerla sentir acompañada, y no mentirle sobre la que era su labor allí, pero de ningún modo podían permitir que se inmiscuyera de lleno en las labores del sacerdocio.

A La Magna no le cabía la menor duda de que Citlali, además de ser más inteligente que la media y de haber potenciado este don gracias a la curiosidad y el respeto que sentía por el mundo sobrenatural, se había informado sobre la religión antes de ser entregada a los sacerdotes. Solo ellos, con su magia, y los empíreos sanadores, podrían haber obrado el milagro que constituyó darle una segunda oportunidad para vivir.

La Magna celebraba haber previsto que la necesitarían. Y aunque no la hubieran necesitado finalmente, jamás dejaría de alegrarse de haberla reclutado. Disfrutaba de su compañía. Era, de hecho, la única que la hacía reír. O casi la única, porque antes de ella, estuvo Él.

Subió las intrincadas escaleras de caracol que conducían al observatorio, donde al fin al cabo podría ser cierto que pasara la mayor parte del tiempo. La encontró arrodillada detrás del telescopio, con un cuaderno en una mano y la rueda del artefacto en la otra. Estaba graduando la vista para mejorar la visibilidad. Una pluma estilográfica descansaba sobre la circunferencia que dibujaba su túnica azul sobre el empedrado.

No necesitó que la llamara para saber que La Magna se encontraba tras ella. Su clarividencia de nacimiento trascendía a lo que tenía explicación. La miró por encima del hombro y, en lugar de sonreírle de oreja a oreja, se mordió el labio.

—La he visto —dijo con voz queda, aunque sin disimular su entusiasmo—. No sabía que estaba tan... desmejorada.

«Da igual que te pida que no te pases el día vigilando lo que ocurre fuera, ¿verdad?».

Citlali se puso de pie y se sacudió la túnica, que a pesar de ser lo bastante ancha para que cupieran dos muchachas de su tamaño, de alguna manera la hacía parecer aún más delgada.

—¿Qué daño hago? Nunca había visto una ceremonia como esa, y Astaroth se merecía que incluso yo rezara por ella. Además... Quería verla. —Apretó los labios—. No me mencionasteis hasta qué punto estaba herida, Santidad.

«Quizá porque pronto podrás reunirte con ella y ayudarla tú misma».

Su rostro pálido se iluminó.

—¿Es verdad? ¿Voy a poder volver?

«Ajá... Y no tendrás que hacer nada en lo relativo a tu hermana salvo estar con ella. Solo ayudar como empírea en formación que eres».

—¿Creéis que estoy preparada?

«Las criaturas como tú nacisteis preparadas, Citlali», le respondió con cariño. «Recoge tus pertenencias hoy mismo y prepárate», le ordenó. «Es tu momento».

Ella dio un saltito de emoción y le hizo un venia a la diosa.

Alguna que otra vez se le había ocurrido la pésima idea de arrojarse a sus brazos, como si de una buena amiga se tratase. A La Magna no le había desagradado, porque, de hecho, la apreciaba enormemente, pero tuvo que reprenderla para no sentar el equívoco precedente de que podía prescindir de rigurosas ceremonias a la hora de tratarla.

Citlali dejó de recoger sus artefactos con precipitación para mirar a la diosa con una duda.

—¿Cuál será mi nombre ahí abajo? ¿Citlali, como me llamasteis aquí?

«Puedes tomar el que prefieras... Pero las dos sabemos que tu hermana te llamará Rebecca».

Glosario de términos

➳ **La Magna**. Primera fuerza y poder omnipotente, omnipresente y omnisciente. Fuente de vida.

➳ **Primer Final.** Primera traición a la Magna, llevada a cabo por el Gran Grimorio.

➳ **Segundo Final**. Segunda traición, llevada a cabo por Mithrael (regente de La Sociedad en tiempos griegos) y Asherah (princesa fenicia con la que engendró a los áureos).

➳ **Gran Grimorio**. Primer traidor de la Magna y mente pensante detrás de la organización enemiga de la diosa y sus creaciones: el Enclave. También llamado «El Traidor», «La Criatura» o «El Que No Puede Ser Vencido».

➳ **Suprarrealidad**. Se divide en el Autem, hogar de la diosa, los empíreos y aquellos que tras su muerte les fue dada una segunda oportunidad, y el Fatem, donde descansan las almas de las criaturas sobrenaturales a las que la inmortalidad les es arrebatada.

➳ **Subrealidad**. Sinónimo de La Tierra.

➳ **Seráficos**. Criaturas creadas por la Magna para proteger a los seres humanos de las fuerzas del Enclave. Se organizan en torno a La Sociedad y se dividen en dos linajes: el de los Albos, primigenios, inmortales, con poder sobre la magia blanca y ciegos, y el de los Áureos, mestizos de albos y humanos, mortales, estrategas y empáticos.

➳ **La Sociedad**. Nombre que recibe el clan de los seráficos en La Tierra, no solo el ubicado en Praga sino a lo largo y ancho del mundo. Su deber es frenar los avances del Enclave.

➳ **El Enclave**. Nombre que recibe el clan de los engendros y esbirros del Gran Grimorio, liderados por su general, Metraton.

➳ **Consejo de los Prefectos**. Máximo órgano de poder divino, fundamentalmente judicial, en La Tierra. Se encuentra en La Sociedad y consta de doce prefectos. Tres pertenecen a los Albos, tres a los Áureos, dos forman parte del Séquito de la Magna en el Autem y bajan para representar la ley divina en calidad de empíreos; dos son humanos con talentos sobrenaturales (generalmente videntes, augures y manipuladores de auras) y los dos últimos son seguidores de la Sehara o practicantes de la magia *albis*: sacerdotes de la Magna.

➳ **La Promesa**. Institución que une a dos seráficos en La Sociedad. Un seráfico con dones se convierte en el alumno de uno de los

prefectos —generalmente, uno que posee su mismo poder— para ayudarlo a desarrollarse y posteriormente ocupar su lugar en la tribuna del Consejo. Es considerado un honor.

➳ **Empíreos**. Humanos que sacrificaron su vida mortal por un individuo que habría de marcar un impasse en la historia del mundo. Fueron reclutados por la Magna para formar parte de su séquito personal y del ejército que habría de bajar a La Tierra para luchar si la situación política requiriese refuerzos; también para misiones terrestres concretas.

➳ **Penitentes**. Empíreos que traicionaron a la diosa y fueron desterrados del Autem para luchar en La Tierra junto a los seráficos. La única manera que tienen de obtener el perdón de la diosa es consiguiendo el amor de la *anandha*.

➳ ***Anandha***. Fragmento del alma de la Magna que se reencarna en cuerpos mortales, masculinos o femeninos, cuyo único cometido es que el penitente la encuentre y se gane su favor. Así es como obtienen el perdón de la diosa y pueden volver al redil.

➳**El Séptimo Círculo**. Nombre que recibe el clan praguense de los siete penitentes. Su deber es el mismo que el de La Sociedad: proteger a la humanidad del Enclave.

➳ **La Triple Maldición**. La reciben los penitentes cuando traicionan a la Magna. Consiste en despojarlos de su nombre, lanzarlos al destierro y añadir un castigo personalizado.

➳ **La Sagrada Crónica**. Recopilatorio de todos los hechos acaecidos en La Tierra y en la Suprarrealidad que se conocen desde que la Magna apareció en el mundo. De ella se encarga Hocus, el escribano inmortal.

➳ **El Libro de la Sehara**. Recopilatorio de todos los trucos y formas de hacer magia blanca que se conocen, todos ellos gracias a la gran hechicera de todos los tiempos: Sehara.

Índice

Prefacio
Prólogo
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV
Capítulo XXV
Capítulo XXVI
Capítulo XXVII

Capítulo XXVIII
Capítulo XXIX
Capítulo XXX
Capítulo XXXI
Capítulo XXXII
Capítulo XXXIII
Capítulo XXXIV
Capítulo XXXV
Capítulo XXXVI
Capítulo XXXVII
Capítulo XXXVIII
Capítulo XXXIX
Capítulo XL
Epílogo
Glosario de términos

[1] Génesis, Cap. 3, Vers. 19
[2] Oh, y cariño, estoy peleando a puñetazos con el fuego solo para estar más cerca de ti. ¿Podemos quemar algo, cariño? Correría por millas solo para sentir tu sabor.
[3] *Bezpečnostní informační služba* (BIS), servicio de inteligencia que opera en la República Checa. Su misión es proteger a los ciudadanos y el país de una variedad de amenazas, desde el terrorismo hasta el espionaje extranjero.
[4] Mítico modelo milanés de los ochenta y los noventa que apareció en las portadas de cientos de novelas románticas.
[5] Mira, mami, tengo éxtasis, si te va consumir drogas...
[6] A mí me va tener sexo, no me va hacer el amor.
[7] Así que ven a darme un abrazo, si es que te va que te froten
[8] Profesor en el King's College Hospital de Londres. Es uno de los médicos pioneros en medicina fetal. Sus descubrimientos han revolucionado el campo.